

ESTEFANÍA YEPES

Un mundo
para
Héctor

II

EL HILO ROJO DEL DESTINO



NARRATIVA

CONTEMPORÁNEA

UN MUNDO PARA HÉCTOR.

II

EL HILO ROJO DEL DESTINO.

Primera edición: Noviembre 2016

© Estefanía Yepes, 2016

PORTADA:

Diseño:

©Marta Fernández, M-Design.

Derechos:

Estefanía Yepes.

Imagen:

Shutterstock

Barcelona, Noviembre 2016.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 0](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

AGRADECIMIENTOS

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA.

A todos los que han descubierto
la capacidad de renacer.

CAPÍTULO 0

Ocho meses atrás...

Llegó a aquel agujero infernal del que todavía no sabía cómo alguien podía salir indemne. Supuraba moho por todos los rincones a los que uno quisiera dirigir la mirada. Apestaba a odio, a crueldad, a cientos de malos recuerdos que él se empeñaba en dejar atrás.

Se plantó frente a la puerta y deambuló durante unos instantes de un lado a otro. Estaba nervioso, como cada vez que se acercaba hasta ese lugar que aborrecía. No sabía cómo proponerle lo de la oferta, pero tenía claro que esa sería la última vez que trataría de ayudarla y era su última palabra.

Al final, corroído por todas las malas vibraciones que se contenían entre aquellas paredes, llevó la mano hacia la puerta y la golpeó un par de veces con los nudillos.

Esperó. Esperó y sintió que todo su organismo batallaba por traicionarle. Le incomodaba la situación y todo lo que tuviera que ver con ella. Todavía se preguntaba por qué hacía todo aquello por ella cuando le había dejado claro en innumerables ocasiones que no quería saber nada más de él, así como tampoco de sus padres que, a pesar de todo, se habían volcado en cuerpo y alma con su hijo.

Escuchó entonces los pasos acelerados tras la puerta y supo que el

fantasma de su demonio particular se acercaba hasta allí. Se llevó una mano al cuello y se recompuso el nudo de la corbata, que ya de por sí continuaba en su sitio. Apretó los puños, liberando así parte de la tensión que su cuerpo generaba en dosis industriales y trató de respirar profundo y evitar el temblor de sus manos, que amenazaba con intimidarle y conseguir que perdiera gran parte de su habitual aplomo. Aquella mujer podía con él. Era la única persona en todo el planeta capaz de anularle, de conseguir que se sintiera pequeño e indefenso e incluso, trasladarle a épocas pasadas donde apenas había rastro de luz en su vida. ¿Por qué motivo se obligaba entonces a continuar con aquel infierno?

—Ah, eres tú. ¿Qué coño quieres, Eloy?

Tomó aire una vez más ante aquel ataque tan directo.

—He venido a proponerte algo.

—Muy bien. Gracias por tus intentos. Y ahora, lárgate por donde has venido.

—¿Es que ni siquiera piensas hacer el intento de escucharme?!

Su voz resonó imponente en el estrecho y lúgubre rellano. Olía a una mezcla de alcohol y podredumbre, a sueños rotos y a vidas relegadas a la perdición. La observó durante algunos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada al respecto. Tenía los brazos llenos de moretones, tan evidentes que incluso dolía contemplarlos. Continuaban faltándole algunas piezas de la boca y su rostro era la imagen de la adicción personificada. Sus ojeras lucían hundidas con una profundidad aterradora. Sus pómulos sobresalían de sus demacradas facciones y su tez mostraba signos inequívocos de años y años de maltrato y adicción.

—¿Qué cojones quieres ahora? —inquirió de nuevo.

—Tengo una oferta de trabajo para ti... Tal vez te interese.

Sentía que apenas le salía la voz. Toda la autoridad que solía poseer quedaba ahora desplazada a un segundo plano, como si nunca hubiera llegado a existir.

—Desembucha.

Cogió aire antes de continuar con su propuesta cuando, después de que ella se apoyara de lado contra el quicio de la puerta, algo que no esperaba ver llamó su atención en el interior de la estancia. Miró por encima de la mujer y distinguió a la perfección aquello que tanto desentonaba en aquel deleznable lugar.

—¿Quién es ese niño? —preguntó en un tono ahora muy distinto.

Dirigió de nuevo la vista hacia la melena despeinada y de un tono avellana realmente curioso, que se mantenía con la mirada perdida en ningún punto en concreto.

—Lárgate de aquí. Nada de esto es asunto tuyo.

La mujer hizo el intento de cerrarle la puerta en las narices pero él fue mucho más rápido y se lo impidió con la mano, ejerciendo una fuerte presión contra la misma.

—¡Que te largues! —gritó exasperada, perdiendo los estribos.

—¡Cállate!

El bramido retumbó por toda la estancia, que se vio abocada a un silencio extraño y desgarrador; como un reloj que se hubiera detenido en el tiempo, sin ruido de fondo, creando una especie de vacío a su alrededor. Solo el vestigio de sus respiraciones, agitadas y convulsas, dejaba patente que

todavía estaban vivos.

—Déjame entrar.

Sonó más como una amenaza que como una petición. Empujó con fuerza la puerta hacia el interior arrastrando a su paso a la mujer. Invasa por una rabia fuera de todo orden, se abalanzó contra él, embistiéndole sin éxito alguno. Martín la detuvo asiéndola por las muñecas justo cuando una de sus manos iba a impactar directa contra su mejilla. Con firmeza, la arrinconó contra la pared y acercó su rostro al de ella, sintiendo el asqueroso hedor que desprendía su aliento.

—No te atrevas a ponerme la mano encima. Te juro que no responderé de mis actos si vuelves a intentarlo.

Un leve zarandeo agitó el cuerpo de la mujer, delgado y de tono cetrino, que le sostenía la mirada con furia y rabia contenida. Le odiaba, podía verlo a través de sus ojos, pequeños, corrompidos y perdidos y, para colmo, del mismo color que los suyos. Al final, cuando estuvo seguro de haber conseguido el efecto que buscaba y de que ella no se rebotaría, la soltó y le dedicó una última mirada cargada de hastío. Se frotó las manos en la tela de los pantalones en un gesto inconsciente con el que sin duda, buscaba deshacerse de cualquier contacto y de la repulsión que este le provocaba, mientras se acercaba con recelo a aquel niño que continuaba inmóvil, ajeno a la escena que acababa de tener lugar a escasos dos metros de él.

—Hola —saludó desde una distancia prudencial.

Ni siquiera hizo el más mínimo intento de alzar la cabeza en su dirección. Le estudió cauteloso desde su posición, atento a todas sus reacciones. Pasados unos instantes de riguroso silencio, dio un paso más al frente y se agachó, quedando ahora junto a él. Tampoco reaccionó. Precavido

por lo que estaba sucediendo, lanzó una mirada hacia atrás para comprobar que ella continuara en el mismo lugar en el que la había dejado. Era como una niña. Sus ojos reflejaban el mismo pavor que un crío cuando temía ser castigado. No estaba acostumbrada a la presencia del joven y lo cierto era que le imponía sobremanera, pues su corpulencia y sobre todo, aquel aspecto de superioridad tan impregnado en él, la apabullaban y aterraban a partes iguales. Volvió a girar la cabeza en dirección al pequeño y con sumo cuidado, acercó una mano hacia él.

Sin embargo, este reaccionó con celeridad y se apartó como si temiera que su contacto pudiera abrasarle la piel. Desde una nueva distancia, el niño continuaba con la mirada perdida sin embargo, su respiración comenzó a agitarse nerviosa, lo que no podía significar nada bueno. El chico se llevó una mano a la nuca en un gesto pensativo. No lograba entender todavía por qué había un niño en aquel nido de ratas en el que de hecho, no debería de poder vivir nadie. Había mugre en cada uno de los rincones que podían observarse, apestaba a colillas y alcohol rancio y cualquier parte a la que dirigiera la vista estaba invadida por manchas de humedad, demasiado antihigiénicas e insalubres.

—¿Cómo te llamas? —intentó en un tono ahora mucho más suave y conciliador incluso que antes.

El pequeño, intimidado por la presencia de aquel hombre que no conocía y que sin duda alguna se le antojaba peligroso, hizo el intento de un puchero que controló casi al instante. Entonces, para la total sorpresa de Martín, gateó a toda prisa hasta quedar por completo escondido tras el único sillón, resquebrajado y lleno de remiendos descosidos, que había en la sala. El joven, que todavía continuaba a cuclillas, dejó caer la cabeza abatido y se llevó ambas manos a los laterales de la misma, mientras rascaba nervioso el

cuero cabelludo con los dedos. Cuando ya no pudo soportarlo más, se puso en pie y se acercó hecho un basilisco hacia la mujer, que lo contemplaba con una especie de sonrisa triunfal en el rostro, como si la reacción del niño fuera motivo de su agrado.

—Te juro por mi propia vida que esto no va a quedar así.

—Estúpido e inocente niñato de mierda. Te crees que tienes el mundo a tus pies y que todos se rinden ante tus deseos. Pero no eres más que un consentido. Márchate a tu puta casa de pijo sabelotodo y déjame en paz de una maldita vez.

Recibió la acusación como si un cuchillo le atravesara y se abriera paso, afilado y experto, por todo su abdomen, hasta llegar a la altura del pecho, donde el dolor se intensificó hasta un punto que no conocía ni sabía posible.

—He tratado de ayudarte en todo lo que he podido, pero esta vez te has pasado de la raya. No sé quién narices es ese niño pero te juro que lo averiguaré. No te saldrás con la tuya. Ese crío necesita ayuda —sentía que su corazón latía descarriado y la vena de su cuello trataba de sostener el bombeo de la sangre, que corría a través de ella sin medida ni contención, amenazante y osada, desafiante—. Que tú no la quieras ha dejado de importarme, pero no tienes por qué joderle la vida a ese niño.

Consciente de que había ganado aquel primer asalto, la mujer mostró una mueca divertida, como si salirse con la suya fuera más importante que lo que él acababa de decirle. Su sonrisa, sin embargo, logró exasperar todavía más al joven, que contempló hastiado los amarillentos dientes y los huecos que había entre ellos, con una mezcla de repulsión y odio. Todo aquello le producía arcadas. Se tensó la americana y se irguió con su imponente altura

antes de dedicarle una última mirada, dar media vuelta y cruzar la puerta que le devolvería al exterior.

Llegó al rellano casi de una zancada y comenzó a bajar los escalones de dos en dos cuando, de repente, escuchó la voz afilada de la mujer dirigiéndose de forma indiscutible hacia él.

—Por cierto, no serás tan listo como crees cuando no eres capaz de ver más allá de tu puto ombligo.

Martín se detuvo en seco y trató de analizar aquellas palabras. Nada tenía sentido, nada de lo que aquella mujer podía decir tenía el más mínimo sentido para él.

—¿Qué has dicho? —la increpó con los dientes apretados, sin ni siquiera darse la vuelta hacia ella.

—¿De verdad no has sido capaz de reconocer sus ojos? Eres un idiota. Lárgate de aquí. Espero no tener que volver a verte más.

Escuchó el portazo a sus espaldas y todo su organismo se tensó al momento. Se llevó una mano hacia el pecho y sin darse cuenta, recitó en un susurro aquellas últimas palabras, tal vez para cerciorarse de que las había escuchado bien o tal vez, para darse cuenta de que estaba a punto de estallarle el mismísimo esternón. Se apoyó en la barandilla, ahora ya sin importarle todo el cúmulo de bacterias e infecciones a las que se exponía con el contacto directo de aquella barra metálica en su piel y trató de enfocar el rostro del niño que había contemplado de cerca hacía apenas unos minutos. No tenía sentido. Aquella mujer le estaba manipulando, del mismo modo que lo había intentado hacer en otras ocasiones. Estaba seguro.

Sin embargo, continuaba con la nítida imagen de aquellos ojos color miel que en un primer momento, le habían pasado por completo

desapercibidos pero que ahora, le producían una sensación de escozor y de ahogo que le llevaría directo a la perdición. Era un color atípico, sí, pero no tenía por qué tener nada de especial. Tan solo quería ponerle a prueba con su dichoso jueguito una vez más.

Bajó casi al trote el resto de escalones mientras sentía que se le terminaba el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones. Al final, cuando creía que ya no iba a poder sostenerse en pie durante mucho más tiempo, llegó a la calle y cruzó la puerta resuelto, como si le fuera la vida en ello. Corrió unos cuantos metros más hasta alejarse del edificio y cuando creyó que sus venas no soportarían mucho más aquella tensión, se detuvo en seco y se agachó. Con las manos en sus rodillas, aguantando así el peso de su cuerpo, se mantuvo agachado frente al agujero de un árbol mientras sentía aquellas arcadas que ya escapaban totalmente de su control. Vomitó todo lo que tenía dentro, lo poco que había desayunado. Le escocía la garganta y aquel intenso sabor a bilis se estaba encargando de arrancar de raíz todo cuanto pillaba a su paso. Sentía las lágrimas en la comisura de los ojos mientras se daba cuenta de que estaba perdiendo una parte de sí mismo. Se sentía débil, abatido y utilizado.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los labios como pudo. Se agachó todavía un poco más y se dejó llevar por todo lo que sentía. Las lágrimas recorrieron su rostro, adueñándose de él y de sus marcadas facciones, que ahora se desdibujaban borrosas a través de ellas. Lloró del mismo modo en que lo había hecho la última vez que recordaba haber derramado una lágrima. Tenía diez años y por vigesimocuarta vez le habían rechazado. Aquel día se prometió a sí mismo que jamás volvería a llorar. Y sin embargo, ahí estaba, vencido y rendido al dolor, al sufrimiento que solo aquello más puro, más intenso y personal podía llegar a producir. Acababa de incumplir su propia promesa. Aquellos ojos le atormentaban, dando forma a

una única idea en su cabeza que cada segundo que pasaba, se tornaba más y más límpida.

No podía ser.

Se puso en pie y lanzó una patada al aire, consternado por sus propios pensamientos, aquellos que ahora se habían adueñado del poder absoluto de su cordura. Volvió a llevarse las manos a la parte trasera de la cabeza y la alzó hacia el cielo mientras dejaba que aquellas últimas lágrimas terminaran de desdibujar el contorno de sus mejillas.

No podía ser. Aquella mujer no lo podía haber vuelto a hacer.

Estaba jugando con él.

Y ahora, tan solo se precipitaba hacia el borde del abismo.

CAPÍTULO 1

Ahora...

Había una vez una bella campesina, joven, resuelta, de fuerte carácter y muy independiente. Creció sin más compañía que la de un gato al que llamaba Botas pues el felino, de aspecto flaco y desgarrado, gozaba de unas curiosas manchas blancas al final de sus cuatro patas que le hicieron la suficiente gracia a la pequeña como para bautizarle con aquel apodo.

Los padres de la joven aldeana no gozaron nunca de muchos recursos, aunque intentaban darle a su pequeña todo cuanto estuviera en sus manos... o tal vez eso creían ellos.

La campesina creció gracias a su entereza, aunque la soledad que padecía la abrumaba en numerosas ocasiones, pues sus ruegos y la atención que le pedía a su familia, en raras ocasiones era satisfecha. Las consecuencias de ello fueron nefastas pues Olga, se veía obligada a confinarse en su dormitorio, donde pasaba las horas con la única compañía de su gato.

Sin embargo, el reloj jamás se detenía por nadie y al igual que

sucedía con todos los que vivían a su alrededor, Olga fue creciendo con el paso de los años, hasta que su capacidad de comprensión lo hizo con ella y le permitió darse cuenta de la realidad de su entorno.

Sandra llevaba el mismo peinado de siempre. Con su más que habitual piel bronceada por los tímidos rayos de sol, lucía una melena larga y cuidada, en un tono caramelo que me encantaba. La hallé en el mismo lugar en el que solíamos reunirnos, sentada sobre aquel depósito con la mirada perdida en el horizonte. Nos apasionaba encontrar cualquier motivo para vernos y así, poder hablar un poco de todo y de nada a la vez. Pero hacía demasiado tiempo que no podíamos hacerlo y la echaba tantísimo de menos...

—¿Jana...? Jana, ¿Puedes oírme?

Escuché aquella voz a cierta distancia, de una forma muy lejana. Pero la reconocí al instante. Sin embargo, no pertenecía a la persona a la que yo anhelaba escuchar.

—San...

Traté de llamar a mi hermana pero algo me impedía pronunciar su nombre, como si tuviera el cerebro embotado y mis labios experimentaran grandes dificultades para moverse y dejar salir mis palabras. Además, me dolía todo el cuerpo y apenas me sentía con fuerzas para algo más que no fuera respirar.

—¡Está despertando! —exclamó la misma voz de antes.

Escuché algunos pasos que se acercaban con premura hacia donde yo me encontraba. Tenía la boca seca y me costaba incluso mover la lengua, como si hiciera años que no probara una gota de agua.

Le di la orden a mi cerebro para que tratara de abrir los ojos, pues sentía la necesidad de tomar consciencia de cada movimiento antes de poder llevarlo a cabo. Así pues, conseguí hacerlo con cuidado, muy lentamente, mientras luchaba por enfocar la mirada y distinguir entre aquellas cabezas el rostro de la persona que más ansiaba ver.

No había ni rastro de ella.

—San... —Lo intenté una vez más. Entonces, sentí que mi madre me ponía una mano en la frente y me sonreía con el rostro compungido—. Sandra... —logré balbucear al fin con gran esfuerzo.

—Cariño. —Mi madre me contemplaba sin poder evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas—. Soy yo, cielo... Soy mamá.

La seguí con la mirada aunque mi mente continuaba perdida en otro lugar, sin atinar a comprender nada de lo que ahí estaba sucediendo.

—Sandra —repetí, esta vez con mayor claridad.

Me di cuenta de que en la sala había más personas de las que había imaginado y que todas ellas me entendieron a la perfección. Sus miradas eran el más fiel reflejo de la tristeza y el desamparo. Escuchar mis súplicas les hacía daño. Pero no tenían ni idea de lo que yo sentía, del temor que me poseía en esos instantes. Mi madre trató de hacerse con el control de la situación —pues fue la que logró recomponerse con mayor rapidez— y me acarició el rostro con ternura, con aquella dulzura solo propia de una madre. Sentí su cálida mano sobre mi mejilla y sin saber muy bien el porqué, las lágrimas comenzaron a despeñarse por mi rostro hacia la sien, sin ningún tipo de control. No podía contenerme, la realidad me mataba por dentro y lo único que yo necesitaba era a mi hermana. Quería abrazarla y decirle cuánto la echaba de menos. Quería sentir el calor de sus caricias y el sonido de su

sonrisa. Deseaba con todas mis fuerzas que me aconsejara, que me ayudara y que me contara cualquiera de aquellos secretos que solo compartía conmigo.

Lloraba con fuerza, con desgarró, a pesar de ser consciente de que mi madre no soportaba verme sufrir de ese modo. Sin embargo, en esta ocasión no era un dolor físico el que padecía, era algo mucho peor, y ella lo percibía sin margen de error. Me conocía y sabía cuánto había llegado a querer a mi hermana mayor. Sandra había sido mi segunda madre y mi única prioridad. Era verdadera devoción lo que había sentido por ella durante toda mi vida y nunca me avergoncé de admitirlo. Pero desde aquel maldito día en el que la perdí, nada había vuelto a ser lo mismo.

Mamá nunca se había atrevido a preguntarme por el motivo de mi silencio, supuse que en el fondo, para ella también era una forma “fácil” de aliviar su corazón, resquebrajado por el dolor que solo una pérdida como aquella podía producir. Pero me conocía, del único modo en el que una madre conoce a sus hijos. Sabía que había llorado la pérdida de Sandra en silencio en incontables ocasiones y que no mencionaba nada de mi hermana delante de ellos por no hacerles sufrir más de lo que ya lo habían hecho. Sin embargo, los tres sabíamos que eso no era posible, pues en el mundo no podía haber nada más doloroso que la pérdida de un hijo, y eso solo se aprendía el día en el que una persona cogía por primera vez en brazos a su bebé. En ese instante, un vínculo transparente se creaba entre ese recién nacido y sus padres que, a partir de ese día, jurarían protegerle de todo cuanto amenazara con causarle sufrimiento y darle lo mejor, aun cuando ni siquiera pudieran tenerlo para ellos mismos.

Sandra había sido la primera y el destino nos la arrebató de las manos, creando así una herida que ya nada podría llegar a sanar. Pero yo... yo era muy distinta a ella. Era pura energía, vitalidad, entereza... y la pérdida de mi hermana me había cambiado por completo. Aunque no quisiera aceptarlo en voz alta. Había perdido toda mi fuerza y lo peor de todo, aquella sonrisa que siempre me había caracterizado y que había sido la encargada de poner el toque de vida y alegría a nuestro hogar. Sin embargo, llevaba más de dos años sufriendo en absoluto silencio. Un silencio que dolía, que escocía y que dejaba un rastro inconfundible e indeleble a su paso. Mis padres optaron por seguirme el juego y no hablaban nunca de Sandra delante de mí. Debieron de pensar que tal vez aquello me ayudara a recuperarme. Pero no fue así. A pesar de que yo me había empeñado en obviar cualquier tema que hiciera referencia a mi hermana, estaba segura de que mi madre me había observado en silencio durante demasiado tiempo como para no darse cuenta del infierno por el que estaba pasando. Jamás había llegado a olvidarme de Sandra, ni un solo día de mi vida.

—Mamá... Sandra —volví a repetir, ahora ya con expresa claridad.

—Cariño... —Mi madre se agachó junto a mí y posó sus labios temblorosos sobre mi frente, mientras sus lágrimas se mezclaban con las mías en una vorágine de dolor que solamente nosotras comprendíamos—. Cielo mío, Sandra no está aquí... Ya lo sabes...

—No, mamá... La necesito... Tráela conmigo... Quiero ir con ella...

En ese instante, mi madre ahogó un sollozo mientras continuaba abrazándome con fuerza. Todavía me costaba entender qué era lo que sucedía allí dentro y por qué me miraban así.

—Arturo, llama al doctor, por favor —escuché que le decía mi madre

en apenas un susurro, todavía abrazada a mí.

Volví a cerrar los ojos y me dejé llevar por todo lo que sentía no supe durante cuánto tiempo. Mi madre se separó de mí y antes de que se alejara por completo, así su mano con fuerza y me aferré a ella como si se me fuera a escapar la vida al perder su contacto.

—Jana, ¿sabe dónde está?

Aquella voz no me resultaba conocida, en absoluto, aunque parecía agradable. Abrí los ojos una vez más y traté de enfocar la vista, no sin ciertas dificultades. Sin embargo, cuando al fin lo logré, me encontré frente a un rostro desconocido, que me observaba con atención desde una distancia prudente. Tenía una expresión serena aunque incluso yo misma pude apreciar la preocupación en su mirada.

—Quiero ir con Sandra.

El doctor alzó la mirada y la dirigió hacia mi madre durante un par de segundos mientras yo seguía con atención todos sus movimientos.

—Jana, me llamo Julián. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Quiero ir con mi hermana, necesito hablar con ella.

Julián tragó con dificultad y dejó la carpeta que sostenía entre las manos sobre la mesilla que había junto a mi cama antes de acercarse un poco más a mí. Sacó una linterna del bolsillo de su bata, el mismo del que colgaba su acreditación, y llevó sus manos hacia mi rostro. Encendió la linterna y enfocó con ella a uno de mis ojos, mientras lo abría delicadamente con los dedos de la mano que le quedaba libre. Hizo exactamente lo mismo con el otro antes de volver a guardarla en el mismo bolsillo del que la había sacado.

—Jana, es consciente de que lo que pide no es posible... ¿verdad?

A pesar de que agradecía el tono y la suavidad con la que intentaba dirigirse a mí, no había nada en el mundo que lograra apaciguar mi dolor, y aquello no era suficiente.

—Doctor, lléveme con mi hermana.

Julián volvió a quedar en silencio y me sostuvo la mirada durante unos breves instantes antes de rendirse. Cogió de nuevo su carpeta y se dirigió esta vez a mis padres, que observaban la escena compungidos y sumidos en un silencio demoledor.

—¿Qué sucede, doctor?

El hombre dio un par de pasos hacia la puerta, seguido de mis padres. Supuse que lo hicieron para que su conversación pasara a un término más privado, pero desde mi posición podía escucharles a la perfección.

—Jana está sufriendo una especie de choque emocional. Está consciente y puede oírnos, pero todavía tiene que asimilar demasiadas cosas... me temo. Voy a avisar a la enfermera para que le traigan algo con lo que pueda relajarse y así podamos tratar de recuperar su estado de ánimo cuanto antes. Mientras tanto, deberían empezar a plantearse la necesidad de cierto apoyo psicológico para su hija...

—¡No estoy loca! —grité sin poder evitarlo—. ¡No necesito a un maldito psicólogo! ¡Lo único que quiero es ir con mi hermana!

A pesar de que se habían apartado y de que habían bajado el tono de voz, no perdí detalle de toda su conversación. Aquello no me podía estar pasando a mí. ¡No estaba loca! ¿Es que no lo entendían?

Julián se acercó de nuevo hacia donde continuaba tumbada y pulsó el botón de llamada de las enfermeras. Cuando una de ellas contestó, requirió su

presencia por el interfono y se mantuvo a mi lado mientras yo trataba de conservar el ritmo de mi respiración que, una vez más, amenazaba con acabar conmigo.

—Jana, debes calmarte —añadió esta vez mucho más cercano—. Todo saldrá bien. Tan solo necesitamos que te tranquilices, verás como no pasa nada. Estás muy débil y eso no es bueno para el bebé.

El bebé... Joder, ¡el bebé!

—¿¿Qué le pasa a mi bebé?!

Me incorporé de forma brusca y sentí que algo me tiraba de la mano. Llevaba una vía puesta y entonces fui consciente de la gran cantidad de tubos que salían de mi cuerpo y que terminaban en una de aquellas pequeñas pantallas en las que podían controlar mis constantes vitales. ¿Pero qué narices estaba pasando ahí?

—Jana, por favor, debes calmarte —pidió esta vez mi madre, justo antes de volver a poner sus manos sobre mi rostro y besarme con todo su amor.

—Mamá, ¡mi bebé! ¿Qué le pasa?

Sentí que mi voz escapaba de mi garganta como si ya no me perteneciera y que mis fuerzas desfallecían mientras le suplicaba a mi madre con la mirada que me diera una respuesta. La puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera con una jeringuilla en una bandeja. El doctor se hizo a un lado y la chica cogió uno de los tubos que salían de aquella vía, puso la punta de la jeringuilla y lentamente, empezó a suministrar aquella especie de líquido blanquecino y espeso bajo mi atenta y desenfocada mirada.

—No te preocupes, Jana. Esto te ayudará...

Pero ya no escuché nada más. Mis ojos pesaban demasiado y tenía que concentrar en ellos todas mis fuerzas si quería continuar despierta. Pero no sabía si lograría conseguirlo. Me costaba tantísimo seguir atenta a lo que sucedía a mi alrededor...

CAPÍTULO 2

Al despertar volví a sentir que tenía la boca seca. Necesitaba beber agua cuanto antes. Con mucho más esfuerzo del que tal vez debería, logré abrir los ojos y enfocar la mirada. Parecía oscuro. Tardé un poco en ubicarme hasta que descubrí que continuaba en aquella habitación de hospital. Giré la cabeza con cuidado hacia un lado y luego hice lo mismo hacia el otro, pero ahí dentro no había nadie. Me habían dejado sola.

Tragué con dificultades y respiré hondo. Aunque hubiera querido, no habría podido ponerme en pie, pues sentía debilidad y flaqueza en cada músculo de mi cuerpo. Entonces, con mucho cuidado y de forma costosa, traté de levantar el brazo y llevarme una mano hacia la cabeza. Me pasé los dedos por la frente y removí el flequillo, despeinándolo más de lo que seguramente ya lo estaba.

Como si estuviera controlada por alguna especie de cámara de vigilancia, la puerta de la habitación se abrió con riguroso silencio y la visión de aquella silueta consiguió arrebatarme la poca entereza que todavía me quedaba.

—¿Qué haces aquí? —balbuceé fin sin estar muy segura de que se hubiera entendido alguna de mis palabras.

—¿Jana?

Martín llevaba entre sus manos un vaso de cartón humeante. Al

escuchar mi voz, corrió hacia mi lado para comprobar cómo me encontraba. Dejó el vaso sobre la mesita y se abalanzó sobre mí, acunó mi rostro entre sus manos y dirigió sus cálidos labios hacia mi frente, antes de besarme con dulzura, provocando casi al momento que me abrasara toda la piel ante su contacto.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

Sus preguntas sonaban apresuradas, cargadas de preocupación y sentía que tras ellas se escondía un leve indicio de alarma que no me gustaba en absoluto.

—Martín, ¿qué pasa? ¿Por qué nadie me dice nada? —inquirí, ahora con mayor claridad aunque todavía con grandes dificultades—. Joder, necesito agua.

Martín cogió un pequeño botellín de agua y lo abrió justo antes de acercarlo a mi rostro y ayudarme a sostenerlo mientras le daba un par de tragos y recuperaba un poco la humedad de mis labios.

—¿Le ha pasado algo al bebé?

Tardó unos instantes en responder aunque no apartó la vista de mis ojos en ningún momento. Podía apreciar a través de ellos el mismo terror que sentía yo misma, pues estaba segura de que ambos éramos los únicos que compartíamos aquel estado que nadie más podía comprender.

—Todavía no se sabe nada...

—¿Qué?! —Alcé la voz mucho más de lo debido. Se pasó una mano por el pelo con angustia y lo revolvió antes de volver a llevarla hacia mi rostro—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Continuaba observándome angustiado, sin contestar a ninguna de las

cientos de preguntas que se arremolinaban de forma atropellada en mi cabeza.

—¡Contesta!

—Desde ayer... —dijo al fin.

El impacto de aquella respuesta fue tan intenso como si hubieran dejado caer una losa sobre mi pecho. Desde ayer... Habían pasado más de veinticuatro horas —si tenía en cuenta la oscuridad que se colaba a través de mi ventana— desde que había perdido el conocimiento al salir del despacho de Martín.

—¿Qué han dicho los médicos? ¿Por qué no están aquí mis padres? ¿Quién puede decirme algo del bebé?

—Jana, por favor, debes calmarte. Tu madre está en casa con Héctor y tu padre en la cafetería. Le he dicho que descansara mientras yo me quedaba contigo por si sucedía algo. Estaban agotados también...

—Héctor... ¿Dónde está mi niño? Necesito que sepa que nunca he dejado de quererle...

—Jana, tienes que calmarte si no quieres que vuelvan a administrarte un nuevo chute de esa cosa que te han estado poniendo. —Su voz sonaba preocupada y suplicante, mucho más profunda incluso que de costumbre—. Necesito que pongas todo de tu parte y te recuperes antes de que te expongas más al peligro... y también lo hagas con el bebé.

Asentí un par de veces y apreté los labios con fuerza mientras me guardaba todas aquellas preguntas para las que necesitaba una rápida y pronta respuesta.

—Si quieres, puedo esperar contigo un par de minutos más antes de avisar al médico para decirle que ya estás despierta, pero tienes que

prometerme que no volverás a alterarte...

Asentí y continué interrogándole con la mirada mientras luchaba por mantener constante el ritmo de mi pesada respiración.

—Martín... Tú también le oíste, ¿verdad? —añadí al fin sin poder contenerme más tiempo—. Dime que no fueron imaginaciones mías... otra vez.

Tardó algunos instantes antes de responder nada al respecto. Se incorporó un poco más y comprobó uno de los laterales de la cama antes de sentarse a mi lado con sumo cuidado. Al final, tan solo me dedicó un gesto afirmativo con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

—¿Eras consciente de las alucinaciones? —añadió con manifiesta sorpresa.

No quería responder. No quería admitir mi debilidad. No quería afirmar que estaba loca y mucho menos hacerlo en voz alta.

—No debes avergonzarte —dijo entonces, como si me hubiera leído la mente—. Viviste algo muy duro y el hecho de que tuvieras la sensación de que Sandra todavía estaba contigo... no es nada fuera de lo habitual. ¿Sabes? Los médicos están un poco recelosos con el tema... Creen que estás en estado de shock y que no comprendes la gravedad de lo sucedido... —Martín tomó aire de forma visible, cerró los ojos durante unos instantes con el rostro levantado hacia el techo, se aflojó el nudo de la corbata y continuó—. Jana, confío en ti; pero tú también tienes que confiar en mí si quieres salir de esta sin repercusiones.

Sus palabras me chocaron. ¿Confiar en él? Hacía apenas unos días que conocía de la existencia de mi embarazo, nos habíamos peleado y había decidido ausentarse de mi vida. ¿Y ahora pretendía que confiara en él?

—¿Cómo puedes pedirme algo así? —me atreví a añadir, armada de valor.

—Porque si no lo haces, van a retenerte aquí durante mucho más tiempo del que creo que es necesario. Sé que no necesitas precisamente esto, y tú también eres consciente de ello. Tan solo necesitas ayuda para superarlo, pero no que te encierren o te mediquen. Eres fuerte y... y yo creo en ti. Y hay dos personitas que te necesitan muchísimo. Te lo aseguro.

Aquella última afirmación me descompuso. Sentí que una lágrima traidora me la jugaba y empañaba con total libertad mi mirada, nublándola y opacándola a su paso. Martín, sin dejar de observarme, deslizó su dedo pulgar por mi mejilla en una caricia dulce y cálida con la que secó aquella temerosa lágrima y también parte de mi alma.

—¿Sabes? Echo de menos a mi hermana.

Me dolía la garganta mientras hacía acopio de todas mis fuerzas para evitar las ganas de derrumbarme que me invadían. Pero él no dijo nada. Se mantuvo a mi lado, acompañándome en aquel momento en el que tanto necesitaba su alivio. Cogió mi mano derecha y la envolvió con la suya, grande, cálida y suave, justo antes de llevarla hasta sus labios y besar mis dedos con ternura, con una suavidad que no esperaba recibir.

—Murió con treinta y un años y ninguno de nosotros pudimos hacer nada por evitarlo... Me hubiera cambiado por ella sin pensarlo, si así hubiera podido evitar que Héctor perdiera todo cuanto tenía. No se lo merecía... Ninguno de los tres se merecía aquello. —Tuve que obligarme a hacer una leve pausa ya que el temblor de mi voz amenazaba con acabar con el poco aplomo que me quedaba—. A veces, me gustaría presentarme con Héctor en casa de aquel gilipollas y enseñarle lo que hizo, mientras deseo con todas mis

fuerzas que se hunda en la más profunda miseria por haber permitido que mi sobrino perdiera a sus padres el día en que iban a formalizar la compra del que iba a ser su nuevo hogar...

Esperaba que Martín añadiera algo al respecto de aquella crueldad que mis palabras se negaron a reprimir, tal y como solía hacer Minerva cuando expresaba mis deseos de acabar con aquel tipo al que jamás llegaría a perdonar. Pero no lo hizo. Se mantuvo en silencio, con la mirada perdida en el horizonte, mientras continuaba acariciando mi mano con delicadeza.

—Era única. Todas las virtudes que a mí me faltan las poseía ella. Era tan bonita...

Martín continuó en silencio durante algunos segundos, como si su cabeza estuviera perdida en otro lugar muy lejos de donde estábamos nosotros.

—Jana, tú posees todas las virtudes que podrían enamorar a cualquier persona —afirmó entonces para mi total y absoluta sorpresa.

La puerta de la habitación se abrió y la triste silueta de mi padre apareció tras ella.

—¡Jana! —exclamó al verme despierta.

Martín se puso en pie y nos lanzamos una última mirada silenciosa, después de que hubiera pronunciado aquellas palabras con las que había traspasado una especie de muro que ambos manteníamos entre nosotros, habiéndonos situado uno a cada lado del mismo.

—Hola, papá —saludé al fin desviando la atención hacia mi padre, que justo ahora se acercaba hacia mí y me besaba la frente con todo su amor.

CAPÍTULO 3

El médico abandonó la habitación pasado un buen rato. Cuando cerró la puerta tras de sí, los tres nos quedamos sumidos en un extraño e incómodo silencio. El doctor había sido bastante claro y conciso con el informe: o me cuidaba de ahora en adelante, o tendría que medicarme de forma diaria; lo que no resultaría nada positivo ni para mí ni para el bebé.

Sé que Martín había mantenido una charla en privado con el doctor sobre la procedencia de someterme a tratamiento y observación psicológica. No quise indagar en los detalles de dicha conversación, pero me tranquilizó la idea de que se me concediera una pequeña tregua al respecto. Por ahora, no iba a seguir ningún tratamiento o terapia, por lo menos hasta que no diera nuevas muestras de necesitarla.

Me quedé contemplando el rostro compungido de mi padre, que ahora observaba distraído el horizonte a través de la ventana de aquella clínica en la que llevaba unas cuantas horas encerrada. Nunca me habían gustado los hospitales. Había mucho movimiento, silencios repentinos y olían a dolor y sufrimiento perenne.

Cuando Martín se acercó a mí, pude apreciar que mi padre le lanzaba una mirada curiosa. Me fijé en su expresión, serena y precavida a la vez, como si le guardara un recelo especial al chico. Pero no podía culparle... ¿Cómo debía de reaccionar alguien en su situación? Acababa de enterarse de nuestra aventura, la implicación de Martín en la vida de Héctor y para colmo,

acababa de descubrir que estaba embarazada... precisamente de él. No podía recriminarle nada.

—Os dejaré solos, chicos —dijo al fin—. Necesito descansar y creo que estarás en buenas manos, cielo.

Se acercó a mí por la izquierda, se agachó y me besó la frente con mucha más parsimonia de la habitual, como si el contacto de mi piel en sus labios pudiera sanar el dolor de su corazón. Percibí el sufrimiento en sus ojos y recordé la última vez que le había visto en aquel estado. Mi padre no se merecía nada de todo aquello. Había sido una imprudente y no había calibrado que esto podría acabar justamente de este modo.

—Papá, me pondré bien. Mañana me dejarán salir, te lo prometo.

Me miró como solo él sabía hacerlo, diciéndome con los ojos todas aquellas cosas que sus labios callaban. Me regañaba y me amaba a la vez, en un enfrentamiento de sentimientos fuera de todo orden y sentido común.

—¿Cuándo dejarás de darnos estos sustos?

Pero esta vez lo dijo con una sonrisa, con el perdón reflejado en cada una de sus curtidas arrugas, cicatrices de una vida de preocupación y amor por los suyos. Heridas del alma, algunas de las cuales, perforaban más que las de cualquier guerra. Se despidió de Martín con un suave apretón de manos y tras dedicarnos a los dos una última sonrisa, cogió sus cosas y se encaminó hacia la puerta.

—Cualquier cosa, llamadnos, por favor.

—Descuide, señor Peñalver, no le quepa duda de que así será.

Llevábamos un rato en silencio, avasallados por la penumbra de aquella habitación. Desde que mi padre se había marchado, ninguno de los dos se atrevió a dar el paso. Podía ver cómo Martín procesaba información a gran velocidad. Por un momento, pensé en preguntarle qué era lo que le pasaba por la cabeza, pero la verdad era que me mantenía demasiado atareada tratando de controlar mis propias reflexiones y conjeturas. Sin embargo, al final hubo algo cuya espera ya no pude soportar más... Tenía que conocer la verdad, saber qué era lo que sucedía en mi propia casa, en mi propia vida y en la de mi pequeño príncipe.

—¿Qué es lo que sabes de Héctor? —inquirí al fin, consciente de la sorpresa de su rostro al escuchar la pregunta.

Fue como si las agujas del reloj se detuvieran por unos instantes. Martín me miró directamente a los ojos, juntó las manos y se reclinó hacia delante en el sofá donde estaba sentado, apoyando los codos sobre las rodillas y llevándose ambas manos, unidas con los dedos entrelazados, hacia sus labios. Aguardó en esa misma posición y le vi dudar durante algunos segundos sobre la respuesta que debía darme a continuación. Pero habíamos llegado a un punto en el que más nos valía comenzar a ser completamente sinceros el uno con el otro, aunque una respuesta como la que esperaba en esos momentos pudiera hacerme daño.

—Martín, necesito que me cuentes todo lo que sabes de una vez por todas.

—Jana, es pronto para determinar cualquier cosa. Llevo poco tiempo tratando a Héctor... Lo entiendes, ¿no?

—Martín, no te pido resultados. Te estoy pidiendo información... la

que sea. Acabo de descubrir que Héctor sabe hablar, ¿no crees que tengo algún derecho a saber qué es lo que está sucediendo?

—Te contaré todo lo que necesites saber, pero debes estar tranquila. Que te alteres no es bueno para ti... ni para el bebé.

—No vuelvas a pedirme que me tranquilice y deja de esconderme nada más. ¿Qué le pasa a Héctor?

Apretó los labios en un gesto nervioso, se pasó una mano por la nuca y cogió aire mientras buscaba las palabras más adecuadas con las que darme una explicación que yo pudiera entender.

—Martín... —requerí con impaciencia.

—Está bien, de acuerdo. El día que Héctor entró en mi consulta por primera vez, pensaba que me hallaba ante un nuevo caso de autismo e incluso, un posible Síndrome de Asperger. Su manera de no mirar a nadie concretamente y de mantenerse ausente de todo resultaba inquietante y daba lugar a muchas dudas. Además, aquel silencio permanente era el primer síntoma de que algo sucedía y había que hallar la respuesta cuanto antes. Sin embargo, descarté aquellas dos opciones en el mismo momento en el que Héctor me prestó atención por primera vez. —Alcé las cejas en un gesto de sorpresa ante tal descubrimiento, pues para nada me cuadraba lo que estaba diciendo con todo lo que yo había vivido con el niño—. Fue algo rápido y momentáneo, pero pude ver en su mirada que entendía a la perfección todo cuanto yo le decía.

»Empecé a crear juegos específicamente enfocados para él, juegos en los que se viera obligado a mantener toda su concentración puesta en ellos y también en mí. Observé todas y cada una de sus reacciones a mis gestos y palabras, y comprobé que no había ninguna carencia en su aprendizaje:

dominaba a la perfección la comprensión y el lenguaje.

—¿Qué quieres decirme con todo esto, Martín? No entiendo nada...

Hizo un gesto con el que me pedía paciencia con la mano y tras aflojarse un poco más el nudo de la corbata, continuó.

—Un día, no hace mucho de ello, mientras estábamos entretenidos con uno de aquellos juegos que yo iba ideando para él le preparé una encerrona, y cuando estaba total y absolutamente concentrado en lo que tenía que hacer, conseguí que hablara por primera vez al ver que yo le había tendido una trampa muy evidente. Lo llevé hasta el límite y la tensión pudo con él así que, de pronto, vi que había roto la frontera que se había autoimpuesto.

En ese momento, abrí la boca dispuesta a preguntar cómo era posible aquello pero Martín, con un gesto rápido de la mano, me pidió silencio para que pudiera continuar y responder así a todas mis dudas.

—Una vez revelado el secreto, Héctor ya no pudo dar marcha atrás. Había sido descubierto. En ese instante, esperó estoicamente una charla por mi parte que, obviamente, no le di. De ese modo, terminé de ganarme su confianza y a partir de aquel momento, comenzó a hablar conmigo con total tranquilidad cada vez que aparecía por la consulta.

—¿Estás intentando decirme que toda esta deducción la ha hecho un niño de tan solo tres años?

—No, por supuesto que no. Él no es consciente de todo esto, ni por asomo. Es demasiado pequeño para entenderlo.

—Pues vas a tener que disculparme, pero la que no entiende nada soy yo. Lo siento, pero creo que necesitaré que te expliques mucho mejor.

Martín cogió la botella de agua y llenó un par de vasos con ella. Se fijó en que no me había terminado la sopa que me trajeron para cenar y que todavía quedaba la mitad de la tortilla que acompañaba aquel “delicioso” menú, pero decidió no forzarme más, supuse que no al menos ahora que las cosas empezaban a ir bien entre nosotros.

—Las personas, y por ende los niños también, funcionamos por estímulos y vibraciones. Héctor no puede entender lo que está haciendo conmigo, para él no es una terapia, es un rato en el que juega con otra persona. Pero mi objetivo era el de lograr meterme en su espacio de confort y que él aceptara lícitamente mi intromisión. Cuando lo conseguí, él no era consciente de ello, pero me había aceptado en su vida, simplemente porque mi compañía le resultaba agradable. La confianza que fue depositando en mí fue afianzando una nueva relación entre nosotros, hasta que eso le permitió sentirse totalmente relajado en mi presencia, como si llevara tiempo compartiendo su vida conmigo. Su memoria todavía es corta, lo que me permitía generar ese vínculo de confianza entre nosotros que me daba la posibilidad de trabajar este caso a un nivel todavía más profundo. Fue entonces cuando decidí ponerle a prueba... y salió bien.

—Entonces, si Héctor sabe hablar a la perfección... ¿Por qué no lo hace con nadie?

Martín hizo un ademán con la mano antes de continuar.

—Llegué a pensar que podía tratarse de un caso de altas capacidades, tal y como te comenté en una ocasión, pero más tarde, caí en la cuenta de que también podía tratarse de un tipo de mutismo selectivo.

—¿Mutismo selectivo? —pregunté sin comprender.

—Se trata de casos en los que, a resumidas cuentas, una persona no

habla en todos los ámbitos o entornos que rodean su vida sino únicamente en algunos de ellos, a pesar de que su comprensión del lenguaje sea perfecta.

—Entonces, ¿es eso lo que le sucede a Héctor?

—No.

Aquella respuesta volvió a descolocarme, ahora que había comenzado a ver un rayo de luz en todo aquel turbio asunto.

—¿No...? —pregunté, con una marcada desilusión en la voz.

—Héctor no padece mutismo selectivo, pues su caso es justamente lo contrario... Te explico. —Volvió a incorporarse adoptando la misma posición que había mantenido un rato atrás, con los codos sobre sus muslos, acercándose un poco más hacia la cama en la que yo continuaba tumbada—. Los niños que padecen este tipo de problema o patología, suelen hablar en los entornos más familiares, donde ellos se sienten cómodos y respaldados. Sin embargo, cuando se enfrentan a nuevos ambientes desconocidos y que requieren de ellos unas aptitudes sociales determinadas, es cuando suele aparecer este tipo de mutismo o patología, que puede derivar en grandes dificultades en la interacción social. Sí que es cierto que Héctor padece cierto grado de mutismo selectivo —dijo acompañando ese término con un gesto de comillas de los dedos—, pero te aseguro que es voluntario y totalmente controlado.

—¿Estás tratando de decirme que Héctor no quiere hablar con nosotros?

Martín tomó aire y me miró directamente a los ojos. Intuía que no sabía cómo decirme algo sin hacerme daño, pero necesitaba ser consciente de la realidad que estaba viviendo Héctor para poder ayudarlo con su problema y así, superarlo junto a él de una vez por todas.

—Verás... Creo que lo que Héctor necesita es comprender todo cuanto le rodea para poder ver dónde encaja él.

—Sí, eso ya me lo dijiste una vez, pero no entiendo a qué te refieres con ello.

—¿Recuerdas que te dije que tenías que olvidarte de obligarle a sentirse parte de tu mundo, y que debías crear un mundo para él?

Asentí con la cabeza recordando sus palabras —aunque sin comprenderlas demasiado bien—, a la espera de que continuara con aquella explicación que tantos dolores de cabeza me estaba provocando.

—Pues bien, Héctor intuye que algo ha sucedido en vuestra familia y necesita comprender dónde encaja para poder asumirlo de una vez por todas.

—¿Cómo dices? —pregunté alarmada por la revelación. Me incorporé y al segundo, sentí un fuerte pinchazo en la mano, justo en el mismo lugar donde continuaba puesta la vía. Había estado a punto de arrancármela por culpa de aquel movimiento tan brusco.

—Jana, los cuentos —añadió tratando de recuperar y mantener la calma.

—¿Qué?! ¿Cómo sabes lo de los cuentos?!

Martín se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Una vez allí, se apoyó durante unos segundos en el alféizar y perdió la vista en el horizonte. A continuación, volvió a girarse y me miró directamente a los ojos, absorto en sus propios pensamientos, antes de retomar la explicación que había dejado a medias.

—Hace unos días, Héctor apareció muy nervioso y sin venir al caso, dejó de hablar conmigo. Aquello no era normal, pues no había sucedido nada

parecido en ninguna de las sesiones anteriores. Después de intentarlo durante mucho rato, Héctor se mostró rebelde e indisciplinado, cosa que me extrañó todavía más y logró descolocarme por completo. Entonces, até cabos de lo que estaba sucediendo, pues todo aquello coincidía con los días en los que te atormentaban las pesadillas. Héctor percibía el dolor en ti pero no sabía canalizarlo, y tú... —Hizo una pausa y tragó con dificultad, seguro de que sus próximas palabras podrían provocar una fuerte conmoción en mí—. Tú no supiste lidiar con el problema, provocando con ello que Héctor pagara las consecuencias. Es por eso que se muestra tan distante contigo. Echa de menos a su madre, la necesita junto a él, en los buenos momentos... y también en los malos. Sobre todo en los malos.

Sentí un fuerte dolor, un pinchazo agudo que me atravesó como si de una estaca se tratara. Un intenso sabor amargo y ácido ascendió a través de mi garganta y las lágrimas surcaron mis ojos inundándolos de tristeza, rabia y pesar. Me incorporé en la cama y me senté de lado, dándole la espalda por completo a Martín, dejándole así fuera de juego. Sin embargo, el joven psicólogo, tras tomarse un par de segundos para reaccionar, se dirigió hacia el otro lado y volvió a colocarse frente a mí, supuse que con el único objetivo de ayudarme a comprender todo aquello. Me encontró sentada en el borde de la cama, con la mirada ensombrecida y borrosa. Se acercó sigiloso hasta mí y con suma delicadeza, me pasó una mano por el hombro, tratando quizá de transmitirme cierta calma y tranquilidad que en esos instantes, yo no poseía.

—Martín, déjame, por favor.

Me observó dolido mientras seguramente se maldecía en silencio por no haber sabido tratar aquella cuestión con mayor delicadeza.

—Jana... permíteme que me quede contigo y así podamos buscar entre los dos el modo de solucionar esto... Puedo ayudarte. Déjame

intentarlo.

—No puedes ayudarme, ¿no tienes ni idea de lo que significa todo esto! —estallé con el rostro anegado en lágrimas.

—Jana, te lo pido por favor... Encontraremos el modo de afrontar este asunto... Tranquilízate.

—¿No me pidas que me tranquilice! Hago todo lo que puedo con Héctor y ni siquiera así consigo hacerlo bien.

—Nadie ha dicho eso, Jana. ¡Por el amor de Dios! ¡Nadie nace enseñado! Si no has sabido bregar con un problema estás a tiempo de solucionarlo, tan solo deja que te ayuden los demás.

Volvimos a quedarnos en silencio. Al final, mi respiración fue acompañándose de nuevo al ritmo de las caricias que Martín me regalaba, mientras sostenía mi mano, todavía envuelta entre las suyas.

—¿Por qué no me contaste que no eras su madre? —preguntó entonces en apenas un susurro.

Alcé la mirada justo a tiempo para encontrarme con sus ojos, expectantes, que pedían en silencio una respuesta, en esta ocasión sin mentiras.

Sentí que me estremecía por completo pues, de pronto, la imagen de Sandra se apoderó de mi mente, mientras sentía que un sudor frío recorría mi espalda, irguiéndome y tensando todos los músculos que encontraba en el camino. Separé mi mano de las suyas y me puse en pie, visiblemente alterada, sin alejarme de aquella estructura metálica que aguantaba las botellas y tubos que todavía se mantenían adheridos a mi cuerpo a través de

la vía.

—¿Cómo lo has descubierto?

—A través de los cuentos de Héctor. No me resultó muy difícil averiguar que le estabas contando su propia historia.

—¿Lo sabe él? —murmuré.

—No. Pero él se siente de algún modo parte de esa historia que tú le cuentas.

—¿Cómo lo sabes?

—Los niños sueñan con convertirse en los héroes de los dibujos que ven a diario o en los protagonistas de sus historias favoritas. Es ley de vida: así ha sido siempre y así seguirá siendo. Héctor, sin embargo, siente devoción por la figura de unos padres capaces de amar a su hijo por encima de todas las cosas.

—¿Cómo puedes estar seguro de lo que estás diciendo?

—Porque llevo muchos años estudiando y especializándome en este campo. Un niño no es tan diferente de un adulto, tan solo hay que adaptar la realidad a su forma de entender la vida. Si tú le hablas del País de *Nunca jamás* y lo idealizas, el niño soñará con visitar ese país, con formar parte de él e incluso, imaginará que se encuentra ahí mismo poniéndose un gorro y unos pantalones verdes como Peter Pan. Del mismo modo, cuando idealizaste en su mente la figura de unos padres que, siendo unos humildes príncipes —añadió haciendo alusión a la forma en la que yo había tratado a mi hermana y a mi cuñado a través de los cuentos—, eran las mejores personas del mundo y amaban a su hijo con verdadera devoción, provocaste, sin ser consciente de ello, que Héctor deseara vivir en ese mundo idílico al sentir que

el suyo no cubría aquella carencia emocional que él padece desde hace tiempo.

Escuché sus palabras con una sensación extraña. Lentamente, coloqué la zona baja de mi espalda contra la cama y me senté con cuidado, dejando las piernas colgando en una pose ciertamente infantil. Martín, que observaba la situación atento a cualquier reacción que yo mostrara, imitó mi posición. Se sentó a mi lado, recostó su hombro contra el mío y envolvió una vez más una de mis manos entre las suyas.

—¿Cuánto tiempo llevas contándole este mismo cuento?

Ta vez demasiado... De hecho, podía recordar perfectamente la escena, mientras acunaba a un pequeño bebé entre mis brazos y le contaba la historia de aquellos príncipes tan especiales.

—No has hecho nada mal, Jana. Necesito que comprendas esto por encima de todas las cosas.

—Te juro que lo único que trataba de explicarle con esos cuentos era su verdadero origen. No quería que olvidara a sus padres, ni que se sintiera extraño... Jamás pensé que le haría tanto daño.

—No fue una mala idea, debes entenderlo, de hecho, creo que fue una idea formidable. Pero los niños son como los adultos, tal y como te he dicho, y en ocasiones, pueden resultar igual de impredecibles.

—Entonces, ¿qué crees que es lo que debería hacer ahora? Estos últimos días ni siquiera me miraba a la cara.

Martín aprovechó aquel instante de debilidad y se acercó todavía más a mí, al tiempo que aprovechaba para pasarme un brazo sobre mis hombros, reduciendo así todavía más la distancia entre nosotros.

—Creo que no estoy muy lejos de hallar una solución... Déjame que continúe con la terapia y prometo mantenerte al día de todo cuanto descubra.

Afirmé con un gesto de la cabeza y me saqué las gafas antes de llevarme la mano hacia el puente de la nariz y apretarlo con fuerza, como si aquel simple gesto pudiera hacer desaparecer el dolor de cabeza que empezaba a martillearme con estridencia. Acto seguido, Martín se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—Martín. Siento mucho haberte escondido lo del embarazo. Solo te pido que tengas un poco de paciencia... No estoy acostumbrada a... todo esto.

Giró la cabeza con lentitud hasta que nuestras miradas por fin se cruzaron. Esbocé una sonrisa tímida que él me devolvió con complicidad y antes de continuar su camino, las palabras salieron de entre sus labios sin que yo pudiera esperarlas.

—Si en algún momento me convierto en un energúmeno mandón e irreverente, también te pido paciencia. Yo tampoco estoy acostumbrado a... todo esto.

Acompañó esas últimas palabras de un gesto con el dedo que nos señalaba a los dos de forma intermitente, como queriéndose referir a lo que estaba surgiendo entre nosotros y que empezaba a parecerse por lo visto a alguna clase de relación, aunque ninguno tuviéramos muy claro de qué tipo.

Entonces, sin que yo lo esperara —y estoy segura de que él tampoco lo tenía premeditado— se acercó a mí con cuidado y con una ternura casi celestial, me besó en los labios de forma dulce, cálida. Aquel fue un beso que sabía a paz, a hogar. Un beso que aseguraba que a su lado todo iba a salir bien. Pasados unos instantes, se separó de mí con la misma lentitud con la

que me había besado, me miró por última vez y me sonrió antes de dirigirse hacia la puerta y despedirse de mí con un breve “ahora vuelvo”.

CAPÍTULO 4

Llegó un buen día en el que Olga, harta de que nadie tomara parte por ella, empezó a desatender sus estudios sin que sus padres se percataran de tal hecho. Dejó de acudir a clase, de presentar las tareas pendientes e incluso, dejó de respetar en gran medida la figura del maestro. Aquello le costó una buena expulsión lo que, sin embargo, tampoco llegó a oídos de sus padres, que parecían más volcados en el negocio del taller que en cualquier otra cosa.

Un buen día, en aquellas horas que Olga pasaba fuera de casa haciéndoles creer a sus padres que se hallaba en el colegio, conoció a un grupo de campesinas, un par de años más mayores que ella y que le abrieron las puertas a un mundo que desconocía por completo.

A sus quince años, aquellas jovencitas poseían todo cuanto necesitaban, deseaban e incluso, mucho más. Vestían ropajes coloridos y llamativos. Lucían pulseras y bolsos con los que Olga no podía ni soñar y además, sabían maquillarse de forma muy peculiar, como si llevaran tiempo disfrutando de los placeres y ventajas que un buen pintalabios podía proporcionar.

No les hizo falta mucho tiempo para adueñarse de la voluntad de Olga quien, absorta con la vida de aquellas jóvenes, se dejó llevar por ellas. Vivían fuera de cualquier límite, sin horarios, sin presiones, sin nadie que les dijera lo que tenían que hacer. Alguna vez, un señor de oscuros trajes venía

a verlas y charlaba un rato con ellas, pero no era gran cosa. Las chicas le entregaban un sobre y el joven se marchaba deprisa, volviendo a dejarlas tranquilas con sus historietas y sus charlas.

No fue hasta la última hora del domingo cuando por fin me concedieron el alta médica. Había pasado ahí dentro únicamente un par de días, pero estaba agotada de aquellas cuatro paredes que tan claustrofóbicas se me antojaban a esas alturas.

Martín se marchó por la mañana, justo cuando llegaron mis padres junto con un termo lleno de humeante —y muy descafeinado— café con leche.

—¿Cómo te encuentras, cariño mío?

Mi madre cruzó la puerta con el rostro impregnado de agotamiento. Se notaba que apenas había pegado ojo en todo el fin de semana.

—Mejor. Mamá, de verdad que estoy bien, puedo apañármelas yo sola.

—Cielo, no quiero que te pase nada, todavía estás muy débil...

Aún me seguía cautivando aquella forma que tenía tan suya de mirarme y de hacerme ver cuánto podía llegar a necesitarla en mi vida. Pero no podía transmitirle debilidad, debía aparentar fortaleza, aunque solo fuera para que ella se quedara tranquila.

—¿Por qué no llamas a Martín y le preguntas si puede pasar la noche contigo?

Aquella pregunta me descolocó. ¿Cómo podía explicarle a mi madre el tipo de relación —¿relación?— que manteníamos en esos momentos?

—Mamá... no es tan sencillo como parece.

Mi madre dejó la bandeja sobre la mesita que había frente al sofá, en el que yo todavía permanecía tumbada bajo sus estrictas e inquebrantables indicaciones. Sobre la misma había un plato con una sopa que olía a aquel caldo que solo ella sabía preparar y que era capaz de calentarme el cuerpo y también el alma. De nuevo, toda la casa olía a hogar. También me había preparado unas croquetas, hechas seguramente con los ingredientes con los que había elaborado aquel exquisito cocido. Cómo me conocía. Algo tan simple pero sumamente delicioso. Las croquetas eran un verdadero manjar, a mi parecer, infravalorado. La gente las veía como algo infantil, algo sencillo con lo que salir del paso. Sin embargo, una buena croqueta escondía mucho más tras aquella simple apariencia. Escondía horas de cocido, de mezcla, de ingredientes secretos, de recetas de abuelas, pero sobre todo, escondía horas de cariño y mimo... Y yo me moría por un plato de sus croquetas desde que tenía uso de razón. Mi rostro se iluminó por completo y todos mis sentidos se pusieron en alerta al recibir el impacto del aroma de aquel caliente plato inundando mis fosas nasales. Entonces, un voraz apetito rugió en mi interior como un verdadero felino, despertando de su letargo a mis entrañas.

—Jo, mamá. ¡Menuda pinta!

Empecé a devorar sin apenas importarme que mi lengua estuviera sufriendo quemaduras de tercer grado. Mi madre me contemplaba orgullosa, supuse que feliz por verme de nuevo recuperando el apetito después de lo sucedido.

—¿Por qué no me explicas qué es lo que hay entre Martín y tú?

Continué masticando mientras calibraba la repercusión de contarle toda la verdad a mi madre. ¿Qué pensaría de mí? Por un momento me

bloqueé, sin embargo, hubo algo que me confirió tranquilidad. Mi madre se había enterado de lo de Martín el mismo día que entré en el hospital y en ningún momento me había recriminado nada al respecto, así como tampoco le había pedido explicaciones a él. Había aceptado la situación y había actuado como si todo siguiera su curso habitual, como si nada hubiera interferido en mi camino.

—Mamá... Lo que ha pasado entre nosotros no es precisamente algo muy normal...

—No quiero que me des detalles, cielo. Solo quiero saber qué es lo que sientes o piensas acerca de lo que estáis, o mejor dicho, estás viviendo. Eres mi hija y para mí, lo primero eres tú y tu bienestar. Y ahora, también el del bebé.

Miré a mi madre con aquella adoración que hacía tiempo que no despertaba en mí. Empezaba a pensar que últimamente las hormonas me la estaban jugando más de la cuenta.

—No sé ni cómo empezó todo esto... Simplemente, pasó.

—Cielo, las cosas del amor, si fueran premeditadas, no serían amor.

La contemplé boquiabierta, como si no pudiera creer que aquellas palabras hubieran brotado precisamente de sus labios. ¿Desde cuándo mi madre era tan sabia?

—Es muy difícil tratar de contar todo lo que me está pasando... Al principio, ni siquiera le soportaba...

—¿De veras crees que no le soportabas? Porque yo lo vi muy claro desde el primer momento en que pronunciaste su nombre en casa...

Recapacité sobre aquella última acusación. ¿Tan evidente resultaba

para los demás?

—Da igual lo que sienta por él, ahora mismo la prioridad no es precisamente esta... como puedes comprender.

—Jana, el amor siempre debe ser una prioridad. ¿De dónde crees que proviene aquello de “las grandes locuras se hacen por amor”?

—Sé que ahora mismo es tu parte sentimental la que está hablando y se está quedando conmigo pero... creo que no es el momento, de verdad.

Mi madre me observó de nuevo, esta vez sin añadir nada más, como si supiera que todavía no hubiera terminado con toda aquella reflexión.

—Martín ha aparecido en un momento delicado de mi vida y la ha revolucionado, la ha puesto patas arriba y ha alterado todo lo que hasta hoy, se mantenía de algún modo estable a mi alrededor. He tenido que lidiar conmigo misma, con Héctor, con sus problemas, con el embarazo y encima, he tenido que asumir que sentía algo por Martín... cuando ni siquiera sé lo que le pasa por la cabeza.

—No tienes por qué pensarlo...

—¿Cómo dices?

Mi madre se estaba convirtiendo en un gran enigma para mí. Estaba segura de que era la primera vez que hablaba con ella de algo tan íntimo como mis sentimientos y, por extraño que pudiera parecer, me estaba resultando mucho más cómodo y fácil de lo que hubiera podido llegar a imaginar.

—Jana, cariño, estas cosas no deben ser un motivo para agobiarse ni para pensar en ellas detenidamente. De acuerdo que tenemos que ayudar a Héctor y también lo haremos con el bebé, no lo dudes nunca. Pero en las

cosas del amor, deberías aprender y empezar a dejarte llevar, sin darle tantas vueltas a todo lo que sientes cuando estás junto a Martín. Disfrútalo, vívelo, siente cada instante, pero no detengas tu vida pensando en lo que podría o no podría ser, simplemente, deja que pase y el tiempo ya dirá.

De nuevo sentí aquella especie de revoloteo, como si mi cuerpo estuviera plagado de mariposas alzando su vuelo y una parte de mí se sintió débil y agradecida por tener a mi madre a mi lado. Este tipo de conversaciones las había compartido únicamente con una persona, mi hermana. Ella siempre había sido mi gran apoyo y mi guía. Pero mi madre... para nosotras siempre había sido una especie de tabú el mero hecho de compartir historias y detalles como los que acababa de compartir con ella. Sentí la imperiosa necesidad de abrazarla, de sentirla cerca de mí, de tranquilizarme con el ritmo pausado de su respiración.

¿Por qué nos empeñábamos a veces en no disfrutar de nuestros padres como era debido? ¿Acaso existía algo que tuviera mayor poder sanador que el abrazo de una madre?

Esa misma pregunta fue la que me sacó de mi estupor. Los brazos de una madre... ¿Cómo no había podido verlo antes? Lo único que Héctor había necesitado era aquello que yo no había sido capaz de proporcionarle. Los primeros años de vida de una persona son muy importantes en cuanto a lo que a lazos afectivos se refiere, su desarrollo y el crecimiento del pequeño. Héctor había sufrido una pérdida irremplazable, pero no por ello tenía que perderlo todo... Me había empeñado en no querer suplantar el lugar que por derecho le pertenecía a mi hermana, en esperar que Héctor pudiera entender que yo no era su madre y en tratar de no olvidar nunca el recuerdo de aquella persona que la vida nos había arrebatado a los dos. Sin embargo, si ni yo misma había sido capaz de asimilar todo lo sucedido después de tanto

tiempo... ¿Cómo había podido pretender que lo hiciera él?

—Mamá... ¿Cómo puedo recuperar a Héctor?

Aquellas palabras me salieron desde dentro, desde un resquicio de mi ser del que no había querido ser consciente hasta ahora. ¿Cómo había podido llegar a ser tan egoísta? Mi madre me miró con aquella sabiduría que solo ella poseía, como si me estuviera analizando con detenimiento hasta encontrar el origen de mis dudas más profundas.

—Nunca le has perdido. ¿Por qué dices eso?

—No supe darle lo que necesitaba... ¿Y si es por eso que no habla? ¿Y si no soy lo que Sandra esperaba? ¿Y si he sido una mala madre?

No supe cómo continuar, me sentía abatida; vencida por todos los sentimientos que me entorpecían y me nublaban el pensamiento, mientras me obcecaba en buscar el origen de todo el problema de Héctor y atribuírmelo en su totalidad.

—¿Te has dado cuenta de lo que has dicho?

Analiqué extrañada mis propias palabras en busca del error, de aquello a lo que ella se refería y que yo no era capaz de encontrar.

—No te entiendo...

Me sonrió una vez más, afable y cariñosa, justo antes de acariciarme la mejilla.

—¿Sabes que es la primera vez que te has considerado a ti misma como su madre?

CAPÍTULO 5

—Hola, Eloy.

—Te he dicho mil veces que no me llames así, no tienes ningún derecho a hacerlo.

—¿Cómo quieres que te llame entonces?

—Mira, no voy a volver a entrar al trapo con la misma discusión de siempre, empiezan a agotarme esta clase de tonterías.

—Vaya, veo que hoy vienes de mal humor.

—Pues sí. La verdad es que cada vez me resultan menos agradables estas visitas.

El joven miró a la mujer con hastío. Durante muchísimos años se había preguntado el motivo que la había impulsado a tomar la decisión que tomó en su día, pero no podía reprochárselo. Al fin y al cabo, él había sido el que dio inicio a su búsqueda cuando ni siquiera la necesitaba y ahora, todo estaba cambiado demasiado deprisa a su alrededor.

—¿Por qué no has traído a Óscar?

El desprecio que los ojos del chico mostraban era apabullante.

—Porque no creo que tenga necesidad alguna de verse obligado a

presenciar estas escenas. Con que lo haga yo solo ya debería de ser más que suficiente.

—Eres un egoísta, Eloy. Tengo derecho a verle, y lo sabes.

—¡¿Que tienes derecho a verle?! Pero, ¿acaso te has mirado al espejo? Llevas la ropa sucia, los dedos amarillentos por el tabaco y apestas a alcohol rancio. ¿De veras crees que Óscar merece ver esto?

—Eres un ingenuo patán. Lo que tienes que hacer es darme dinero y ayudarme.

—¿Ayudarte a qué? ¿A conseguir más chutes? No, gracias.

—Egoísta y engreído pelacañas. ¿Qué te crees, que por vestir siempre de traje tienes más derecho que los demás a vivir bien?

—¿Perdona? He tratado de ayudarte en cientos de ocasiones con todo esto. Sabes que he puesto todo de mi parte para tratar de echarte una mano y conseguir un trabajo digno para ti, pero te has negado siempre. Claro, para la señorita, limpiar oficinas no tiene el suficiente nivel, es mucho mejor ponerse en una esquina y dejar que te magree cualquier hombre a cambio de cuatro miserables billetes de cinco euros.

La mano de la mujer se movió con rapidez y se dirigió directa hacia una de las mejillas del joven. Sin embargo, el chico la alcanzó a tiempo gracias a sus rápidos reflejos y sujetó el brazo con fuerza, ejerciendo mucha más presión de la que seguramente era necesaria. Ambos se sostuvieron la mirada con el odio reflejado en el rostro. No le fue difícil reconocer en las pupilas de aquella mujer el rastro de alguna droga mezclada con ingentes cantidades de alcohol. Estaba totalmente fuera de sí misma, pero aquello no era excusa suficiente para justificar nada de todo lo que estaba sucediendo.

—Debería darte vergüenza la manera que tienes de tratarme...

—Y a ti debería darte vergüenza salir de casa en este estado. Me das asco.

Soltó con fuerza la mano de la mujer, casi de un empujón y dio media vuelta, dispuesto a no malgastar junto a ella ni un solo segundo más. Estaba harto de toda aquella situación, de luchar a diario por tratar de lograr para ella una vida mejor y de ver que todos sus intentos pasaban desapercibidos y se fraguaban en una miserable vorágine de dolor, perdiéndose en el tiempo, como cuando un objeto cae en el mar y sabes que ya nunca más volverás a recuperarlo.

Se marchó sin mirar atrás, sin ni siquiera escuchar los gritos que provenían de aquella mujer y que no estaba dispuesto a que volvieran a hacerle daño. No se merecía todo aquello, pero tampoco podía darse por vencido tan pronto. Tal vez solo necesitaran tiempo, o tal vez el tiempo no hiciera más que estropearlo todo. En todo caso, eso era algo que ya se vería en su debido momento.

Mientras tanto, solo había una imagen que rondaba la mente del chico y que colmaba cada uno de los rincones de la misma. Óscar continuaba en una situación de desamparo que no merecía y él se sentía responsable de la misma, como si la hubiera propiciado él, como si hubiera tenido algo que ver en el destino.

¿Cómo podía haber gente en el mundo que todavía permitiera tales situaciones? ¿Por qué motivo un niño se merecía pasar por todo aquel calvario?

Aturdido por todos aquellos pensamientos, se puso de nuevo el casco de la moto, subió hasta arriba la cremallera de la cazadora casi de un tirón y montó en su Honda Hornet 600 justo antes de meter primera y huir de toda aquella pesadilla cuanto antes.

CAPÍTULO 6

Aquel era el primer día que iba a quedarme sola en casa. Mi madre insistió en que todavía era pronto para traer a Héctor conmigo y yo, por mucho que me pesara, pensaba que tenía toda la razón. Pero lo creía por motivos muy distintos. A ella le asustaba una recaída que me impidiera hacerme cargo del niño y en cambio, a mí me aterraba la posibilidad de no saber qué hacer con él cuando cruzara la puerta.

Me sentía perdida en mi propio mundo. Sentía que había perdido el control absoluto de mi vida, las riendas de mi día a día, la fuerza que me había caracterizado siempre. Me veía sumida en una espiral de dolor, un dolor del que no había sido consciente hasta ahora.

Cogí un vaso de zumo y lo llevé conmigo hacia el sofá. Necesitaba el silencio que reinaba en esas cuatro paredes, pues era la única forma en la que podía escucharme sin distracciones. Tenía que oponerme a mis demonios, a mi pesar; desafiar la situación y hacerle frente sin que ello volviera a suponer un declive importante. Sin embargo, no sabía cómo afrontar aquella clase de pensamientos. ¿Quién iba antes? ¿Podía ocuparme de Héctor cuando ni siquiera me había recuperado a mí misma?

Héctor... mi pobre niño. Todo lo que Martín me había contado sobre él encajaba, pero había algo que todavía escapaba de mi control y estaba segura que también del suyo. ¿Cómo podía un niño tan pequeño gestionar tal cantidad de sentimientos? Era imposible y sobre todo, era injusto. No podía

pedirle tanto...

Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos pensativa, mientras me masajeaba con ligera presión el puente de la nariz. ¿Cómo había llegado hasta aquel punto? Todas esas últimas semanas de pesadillas constantes me habían arrojado al vacío y no me había preocupado por procurarme algún tipo de protección con la que salvar el impacto.

Todavía recordaba la voz de Sandra de forma nítida en mi cabeza. Era como escuchar una armoniosa melodía, un tintineo agradable, un eco risueño. Sentí que mi cuerpo fallaba a mi voluntad y las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, difuminando mis rasgos y alterando la visión de mis ojos. Pero no detuve el llanto. Al contrario, dejé aflorar todo aquello que había ido almacenando en alguna parte de mi ser, alguna a la que no había querido volver a visitar, confinándolos ahí dentro, a la espera tal vez de que alguien les abriera la puerta y les permitiera reducir el impacto sobre mis sentimientos.

Lloré como no lo había hecho hasta el momento. Ya no era rabia ni impotencia. Me había rendido. Me rendí a la evidencia de lo que había sucedido en realidad mientras pedía perdón en silencio por no haber sabido cuidar de mi pequeño príncipe como ella esperaba.

Sandra ya no volvería conmigo y tenía que aceptarlo de una vez por todas.

Todo había sucedido demasiado deprisa. Los días después del accidente fueron un absoluto caos. Íbamos arriba y abajo, deambulando de un edificio a otro, arreglando papeles que ni sabíamos que existían. Me encontré con un niño a mi cargo, cuando ni siquiera había tenido tiempo de asimilar

que había perdido a mi hermana para siempre. Héctor se convirtió en mi único pensamiento, en la única cosa que ocupaba la totalidad de mis días, pues sentía que se lo debía a mi hermana. Estaba en deuda con ella. Si no le fallaba, tal vez ella regresara a mi lado. ¿Qué inocentes podíamos resultar a veces, verdad?

Pero la necesitaba tanto que ni siquiera me dediqué un tiempo para sanar las heridas que aquella pérdida había ocasionado en mí. Tenía que ser fuerte. Por Héctor, por Sandra, por mis padres.

Cogí el teléfono móvil con la vista todavía nublada por las lágrimas y busqué en la galería de imágenes una carpeta que no había vuelto a abrir desde hacía dos años. Respiré hondo, expiré con fuerza y al final, lo hice.

Un montón de imágenes que recordaba con una claridad impactante aparecieron de golpe frente a mí. Sandra salía en todas ellas. Eran fotos nuestras, de las dos. Las había en el cine, con enormes cubos de palomitas mientras enseñábamos un paquete de pañuelos a la cámara y unos tremendos pucheros, tras haber disfrutado de uno de aquellos dramones que tanto nos gustaban. Continué deslizando el dedo por la pantalla y encontré otra en la heladería. Habíamos comprado un par de cucuruchos, recubiertos de *toppings* y virutas de chocolate. Le encantaban los helados de vainilla y al final, siempre me acababa dando un poco del suyo cuando yo me cansaba del mío, después de sus repetidas advertencias sobre los sabores “innovadores”.

Me sorprendí sonriendo por primera vez ante un recuerdo de mi hermana. Fue extraño y agradable a la vez. Así pues, embebida de una nueva sensación distinta y reconfortante, continué buscando instantáneas de lo que fueron algunos momentos de nuestra vida. En la pizzería, en aquella

cervecería que habíamos descubierto, en el probador de una tienda de ropa ataviadas con el mismo vestido, cada una de un color distinto... En carnaval, en su casa...

Apareció en la pantalla la foto del día que descubrió que estaba embarazada. Tenía la incertidumbre reflejada en el rostro mientras yo le dibujaba una carita sonriente en la barriga, pero nunca dejó que ese sentimiento inicial se apoderara de ella. Era fuerte incluso para eso.

Sonreí para mis adentros hasta que las lágrimas se mezclaron con esa sensación de bienestar y temor a la vez, y nació desde mis entrañas una especie de carcajada nerviosa que no había experimentado nunca antes. Reí sin impedimentos, sin presión, permitiendo que aquella risa se adueñara de todas las partes de mi ser de las que deseara apropiarse.

Cerré la galería de imágenes y me dirigí a *Youtube*, donde busqué *Photograph*, de Ed Sheeran. El efecto fue inmediato. Tal y como las primeras notas acompañaron aquellas imágenes, las lágrimas volvieron a recorrer mi rostro, como un torrente catapultado con la fuerza única de la propia naturaleza. El niño crecía lentamente sin abandonar su mayor pasión: la música. Crecía y crecía siempre rodeado de los suyos, que lo apoyaron sin contemplaciones en toda su esencia.

Loving can hurt , loving can hurt Sometimes

But it 's the only thing that I know

When it gets hard , you know it can get hard Sometimes

It is the only thing That Makes us feel alive

We keep this love in a photograph

These memories we made for ourselves

*Where our eyes are never closing
Hearts are never broken
And time 's forever frozen still
So you can keep me
Inside the pocket of your jeans ripped
Holding me closer ' til our eyes meet
You will not ever be alone , wait for me to come home.*

*Amar puede hacer daño, amar puede hacer daño a veces. Pero es la única cosa que sé.
Cuando algo se pone complicado, pues sabes que puede complicarse a veces... Amar es la
única cosa que nos hace sentir vivos.*

*Podemos mantener este amor en una fotografía, estas memorias que hicimos para nosotros
mismos, donde nuestros ojos nunca se cierran y nuestros corazones nunca se rompen.*

*Y el tiempo quedará para siempre congelado. Así que puedes mantenerme dentro del
bolsillo de tus pantalones vaqueros rasgados. Guárdame cerca hasta que nuestros ojos se
encuentren de nuevo y así, nunca estarás solo...*

Espérame hasta que vuelva a casa.

Sandra siempre había sido mi sustento y yo quería que Héctor se sintiera igual de cuidado y de protegido como lo había estado yo junto a su madre. Nos necesitábamos mutuamente y lo único que me dolía ahora mismo era el no haber sido capaz de darme cuenta de ello hasta ahora.

Como aquellas cosas que solo suceden en algunos momentos de la vida, escuché unos golpecitos en la puerta. Tal vez me estuviera volviendo loca. Eran casi las doce de la noche y no esperaba visita, por lo que me quedé en silencio a la espera de descubrir si volvía a padecer alucinaciones o no. Tardé apenas unos cinco segundos en darme cuenta de que no era así. Me

puse en pie y con cierta cautela, me acerqué hasta la puerta. Eché un vistazo a través de la mirilla y di un pequeño brinco hacia atrás al descubrir a Martín a través de ella.

Abrí con lentitud, como si aquello pudiera alargar el momento, pero al final, de forma inevitable, asomé la cabeza y me encontré con su mirada.

—¿Puedo pasar? —dijo con aquella voz rasgada.

Vacilé durante unos instantes hasta que le cedí el paso con la mano. No quería ni mirarme al espejo, tal vez así no me avergonzara del aspecto que estaba segura que debía poseer.

—Jana, no quisiera molestarte... En absoluto. He pensado que... —Se detuvo en un gesto nervioso, como si le costara pronunciar aquellas palabras—. He pensado que tal vez quisieras compañía y quería que supieras que puedes contar conmigo.

—Gracias.

Aquella vez se lo agradecía de verdad, con todo mi corazón. No era consciente de necesitar compañía, pero ahora que le tenía a mi lado, lo único que deseaba era que no se marchara y yo volviera a quedarme sola.

—¿Te apetece tomar algo?

—Agua está bien.

Me encaminé hacia la cocina y él continuó hasta el salón, donde le vi dejar la gabardina negra sobre el respaldo de una de las sillas. Se sacó también la bufanda y la dejó sobre esta. Martín era tan elegante que a veces me sorprendía pensar que todavía pudieran existir hombres así. Era como si le hubieran sacado de una película, un tipo al más puro estilo Colin Firth o Hugh Grant, pero con algunos años menos.

Me acerqué hacia el sofá y dejé sobre la mesa un par de vasos y una jarra de agua.

—¿Cómo estás? —preguntó tras unos segundos de indeciso silencio, mientras servía un poco de agua en cada uno.

—A ratos... ¿Por qué has venido?

Le vi dudar unos segundos antes de contestar.

—Pensé que tal vez desearas compañía. Puedo marcharme si quieres. Lo entendería.

—¿Sabes? Antes de que llegaras estaba mirando fotos de las dos... Desde el accidente no me había atrevido a hacerlo.

Me contempló con una expresión serena. Sus ojos, del color de la miel, me observaban pacientes y comprensivos. Pero no dijo nada y lejos de molestarme, aquello me tranquilizó todavía más. Tal vez no sonara tan absurdo como había imaginado en un principio.

—Solíamos hacernos miles de fotos... Descubrir las posibilidades de un *selfie* nos abrió las puertas a un nuevo mundo.

Sonreí y vi que Martín se contagiaba de mi gesto. Su sonrisa era bonita y armoniosa e invitaba a dejarse llevar por ella. Dejé caer la cabeza hacia atrás con aquel sabor tan típico de las lágrimas amenazando con reaparecer. No quería que me viera flojear, que descubriera la debilidad en mí una vez más. Sin embargo, tampoco me importaba que supiera que estaba atravesando un mal momento. Porque eso era lo que me sucedía. Saldría de aquel pozo, tan solo necesitaba encontrar el modo de hacerlo.

—Martín, no soy tan fuerte como pensaba. Creo que necesito ayuda... Ayuda profesional, digo.

Aquellas palabras brotaron de entre mis labios sin que apenas hubiera tenido tiempo de pensarlas. Reconocer a viva voz que yo sola no podía con todo aquello era demasiado nuevo para mí, pero ya estaba dicho y por fin me sentía tranquila, al menos en parte, pues su silencio continuaba desconcertándome.

—Reconocer una debilidad y querer hacerle frente es de valientes. Cobarde es el que lo esconde y con ello, permite que otros sufran. Ten por seguro que el paso que acabas de dar te convierte en una mujer mucho más fuerte de lo que crees.

Le miré de reojo, sonrojada y temblorosa. Por lo visto, Martín sabía encontrar las palabras adecuadas para sosegar mis impulsos. Era como si estuviera en poder de una respuesta mágica, aquella capaz de apaciguar el dolor producido por la crueldad de la propia realidad. Alcé la mirada una vez más y me encontré de frente con sus ojos, que me escrutaban pacientes.

—Creo que los dos necesitamos comenzar de cero en muchos aspectos —afirmó, esta vez sorprendiéndome por completo con tal revelación.

—¿A qué te refieres?

Se recompuso y giró un poco el cuerpo para quedar situado frente a mí, cara a cara. Me cogió una mano y la envolvió con la suya, cálida, suave y generosa.

—Yo también he sido débil, y no he trabajado de forma profesional contigo.

—No te entiendo, Martín. Héctor está encantado y parece que os entendéis a la perfección.

—Todas las terapias pasan por reconocer el problema y hablar mucho con los padres, aparte de tratar al pequeño. En tu caso... fui frágil. Me dejé llevar por lo que despertabas en mí cada vez que entrabas por la puerta. Me mostré de un modo que ni yo mismo reconocía y no permití que te sintieras tranquila en mi presencia. Por eso quiero redimirme y pedirte que me dejes empezar de cero. Con Héctor y contigo. De este modo, tú también podrías empezar desde el principio conmigo y entre los dos, podríamos abordar mucho mejor el tratamiento de Héctor. ¿Qué me dices?

Quería decirle demasiadas cosas para las que no encontraba ni siquiera las palabras. ¿Cómo podía disculparse él por algo que yo misma había provocado? Había saltado a la defensiva en casi todos nuestros encuentros, ¿cómo no iba a mostrarse tenso en mi presencia?

—Martín, lo siento. No debí comportarme de forma tan arrogante contigo.

—Ni yo mostrarme tan prepotente. Entonces, ¿hacemos las paces?

Le sonreí por enésima vez y en esta ocasión nos sostuvimos la mirada, como si estableciéramos alguna especie de pacto no escrito a través de nuestros ojos. Levanté una mano y la sostuve en el aire frente a él, hasta que entendió mi gesto. Entonces, imitándolo, llevó la suya hacia la mía y la estrechó en señal de paz.

—Y ahora, ¿qué se supone que deberíamos hacer? —pregunté con un leve rubor tímido en las mejillas.

—¿Qué te parece si me cuentas realmente qué pasó? Necesito saber toda la verdad... Esta vez sin tapujos ni mentiras —puntualizó.

Tragué con cierta dificultad y volví a recostarme en el sofá. ¿Por dónde podía empezar? Cerré los ojos y traté de reflexionar sobre todo lo que

estábamos viviendo durante las últimas semanas. Era demasiado como para encontrar un orden con el que poder empezar a relatar lo que Martín necesitaba saber. Sentí un leve cosquilleo en mi cabeza hasta que descubrí que sus dedos se enrollaban con suavidad entre mis mechones, enredándolos en una especie de caricia que amortiguaba el pesar que en realidad contenía mi corazón. Respiré hondo un par de veces, incluso algunas más y entonces, fue mi cuerpo el que pidió la liberación.

—Sandra fue mi apoyo, desde que llegué al mundo. Con ella a mi lado nunca me perdía. A pesar de ser un foco para cualquier lío, todo acababa terminando bien. Me salvaba de apuros, me cubría en mis primeras escapadas adolescentes y me ayudaba con cualquier problema que la vida me planteara. Quiero a mis padres con todo mi corazón, pero ella era única. Y no me di cuenta de lo importante que era para mí hasta que recibí aquella maldita llamada que lo cambió todo. —Me quedé en silencio, sintiendo aquel nudo ciñéndose alrededor de mi garganta. Me oprimía y hacía que me faltara el aire, pero tenía que continuar, por mí, por ella, por Martín y por Héctor, sobre todo por Héctor—. Corrí hasta el hospital como nunca antes lo había hecho, mientras sentía un dolor en el pecho tan intenso que creí que iba a desfallecer antes de poder despedirme de mi hermana. Se iba, Martín. Me la estaban robando. Eran dos personas maravillosas y la vida las estaba castigando, nos castigaba a todos. Los tres estaban ingresados de urgencia y yo creí que me moriría allí mismo si no me los devolvían.

Martín se recostó a mi lado sin añadir nada al respecto, tan solo me escuchaba. Sus ojos oscurecían por momentos, como si la tristeza que emanaba de mis palabras se hubiera adueñado ahora de él y tratara de poseerle, tal vez para que lograra entenderme o bien, quizá porque pudiera llegar a entender de algún modo de lo que le estaba hablando. Sin embargo, sus dedos continuaban acariciándome. Subían y bajaban suaves por mi nuca,

mientras el calor de su mano se transmitía a través de mi piel, aportándome la calidez que en realidad, tanto necesitaba en aquel momento.

—Héctor sobrevivió aquella noche. Estaba herido, pero pateaba y se removía inquieto en la cunita en la que continuaba tumbado. Estaba a punto de cumplir un añito. Tenía un llanto tan desgarrador... A veces me da la sensación de que incluso puedo escucharlo de nuevo, me llega como una especie de eco, pero es tan nítido que consigue estremecerme después de tanto tiempo. Nunca ha vuelto a llorar así. Pero aquella noche él lo sabía, estoy segura. Martín, fue la peor noche de mi vida... y también de la suya. Sé que es absurdo lo que te estoy diciendo, es imposible que un niño tan pequeño entienda lo que sucede a su alrededor, pero te juro que Héctor sabía que sus padres no estaban bien.

Sentí en ese momento el salado e inconfundible sabor de mis propias lágrimas entre los labios. Recordar aquel momento era incluso todavía peor. Había intentado borrarlo de mi memoria cada día que pasaba, pero jamás lo conseguiría. Escuchar a Héctor llorar desconsolado la muerte de sus padres era mucho peor que llorarla yo misma. Sollocé en silencio mientras trataba de eliminar aquel doloroso recuerdo. Sentí entonces los labios de Martín sobre mi sien, suaves, aquietando de algún modo mis inquietudes. Recibí aquel beso en absoluto silencio mientras me recomponía de todo el dolor que ya no podía arrancar de mí. Era un dolor que necesitaba ser sanado con paciencia, día a día, hasta que llegara un momento en el que al fin remitiera, permitiéndome llevar una vida normal junto a mis pequeños, mi familia.

—No creo que sea descabellado lo que dices, Jana. La mente humana es impredecible y hay conexiones, vínculos invisibles que se establecen entre personas que, a pesar de parecer imposibles, pueden producir sensaciones en el otro, aunque se encontraran a miles de kilómetros de distancia. El vínculo

entre una madre y un hijo es uno de los más fuertes y potentes que existe. Nadie sabrá nunca qué sintió Héctor en aquel momento... —dijo antes de hacer una leve pausa—, pero estoy seguro de que no eran meras imaginaciones tuyas.

Respiré de nuevo y cogí aire antes de continuar con el relato de mi vida. Tenía que hacerlo por completo, ahora que había empezado, no podía dejarlo a medias. Era la primera vez que me expresaba tan abiertamente y ahora necesitaba hacerlo, del mismo modo que necesitaba respirar para seguir con vida.

—A los pocos días me enteré de las últimas voluntades de mi hermana y mi cuñado. Querían que cuidara de Héctor. Yo... que ni siquiera sabía cuidar de mí misma.

—No digas eso... Eres una gran mujer, ¿por qué te infravaloras?

—No es eso, Martín. No me conocías antes de la llegada de Héctor... pero no era precisamente el mejor ejemplo para un niño. Sin embargo, estaba en deuda con Sandra. —Hice una leve pausa para tomar aire antes de continuar, pues sentía que las palabras se arremolinaban desordenadas—. Fueron unos días de verdadero caos. Mi padre estaba ausente, había desaparecido. La vida le había silenciado y yo no tenía fuerzas para hacerle regresar, pues a duras penas las tenía para mantenerme en pie. Mi madre se hizo cargo de Héctor y de mí, mientras luchaba por sobrevivir a su propio infierno. Fueron días de gritos, de llantos y de pesadillas, sobre todo recuerdo eso. Estaba por todas partes, en cada rostro que miraba, en cada recuerdo, cada imagen, en cada documento que firmaba...

»Mi madre afirmaba que yo no podría hacerme cargo de un niño y yo, aunque sabía que ella tenía razón, me negué a fallar a mi hermana. Lo había

hecho en vida muchas veces y siempre me lo había perdonado pero, si lo hacía ahora, la que jamás podría perdonárselo sería yo misma.

—Héctor estaba presente en todo este proceso, entiendo, ¿no?

Afirmé con un gesto de cabeza aunque me extrañó su pregunta, pues era obvio que Héctor estaba con nosotros desde el primer día.

—Continúa, por favor, no pretendía interrumpirte.

—Las disputas al final nos llevaron hasta un juzgado, donde un juez tuvo que mediar para dar por válidas las últimas voluntades de los padres de Héctor. Recuerdo que los primeros días, mi madre se sentía mucho más furiosa de lo habitual, pero no la culpo. La vida le había arrebatado a su hija y el ser humano no está preparado para experimentar una pérdida así. Nacemos con el conocimiento cierto de que en algún momento enterraremos a nuestros mayores... pero nunca a nuestros hijos. ¿Cómo podía alguien culparla? Sin embargo —continué tomando un poco de aire—, no se separó de nosotros. Todo era difícil, pero yo todavía vivía con ellos y aquello, visto ahora desde el presente, fue de gran ayuda. Discutíamos más de lo habitual, pues ya no quedaba nada de lo que un día habíamos sido. Sandra se convirtió en una especie de tabú en casa. Nadie hablaba de ella y los silencios se tornaron insoportables. Yo no me atrevía a hablar con mis padres sobre el dolor que oprimía cada día mi pecho por no querer producirles a ellos más sufrimiento, y lo mismo sucedía al revés. De aquel modo, Sandra desapareció de nuestras conversaciones, de nuestra mesa, de casa, de nuestra vida...

»Me propuse cambiar mientras me obligaba a dejar de ser la chica inmadura que siempre había sido y traté de buscar un futuro mejor para poder darle a Héctor lo que necesitara, y demostrarle al mundo que yo era la persona que Sandra esperaba que fuera.

—Si no me equivoco, tenías apenas veintitrés años, ¿no?
—interrumpió con dulzura.

—Así es...

—Eras muy joven para gestionar tantas emociones, Jana...

—No tenía opción. Tenía un niño a mi cargo, no podía rendirme. Aunque mi cuerpo solo me pidiera hacerlo. Tal vez sea demasiado difícil de explicar... pero te juro que nunca he experimentado un dolor parecido.

Martín recostó el brazo sobre el respaldo del sofá y apoyó la cabeza sobre su mano, en actitud pensativa. Sentía que de algún modo me entendía, aunque tal vez lo que le proponía fuera demasiado difícil de comprender para alguien que nunca hubiera sufrido una pérdida parecida.

—Desde ese día, no he vuelto a ser la misma. Ninguno lo ha sido, de hecho. Hemos tratado de volver a la normalidad pero, en ocasiones, es como si una especie de fantasma flotara sobre nosotros. Sin embargo, mi único propósito fue que Héctor nunca olvidara a sus padres... Por eso, un buen día, mientras le acostaba, empecé a contarle en forma de cuento su propia vida. Si su pequeño cerebritito no iba a permitirle recordar a sus padres el día de mañana, yo intentaría devolverle de algún modo aquel recuerdo que la vida se había encargado de eliminar.

—¿Estás bien?

Le miré y recapacité sobre aquella pregunta. Estaba hecha un lío. El dolor no me permitía discernir con la claridad que tal vez me gustaría, pero una parte de mí se sentía por fin liberada. Era como si hubiera logrado deshacerme de aquel nudo que me había impedido sacar la venda de mis ojos. Podía respirar y de hecho, ahora lo hacía mucho más tranquila. Sí, me sentía mejor. Aunque fuera consciente de que jamás lograría eliminar todo aquel

dolor por completo.

—Gracias.

—No me las des, Jana, tan solo quiero ayudaros en lo que pueda. Vas a ser la madre de mi hijo y lo único que deseo es que podamos hacerlo bien desde el principio. No hay garantías de nada, pero si algo tengo claro es que no podemos continuar con toda la tensión que habíamos mantenido hasta ahora. Lo que acabas de contarme cambia mucho las cosas respecto a Héctor, pero todavía estamos a tiempo de reconducir toda la terapia. —Sentí sus dedos bajo mi barbilla, que ejercían una ligera presión hasta alzar mi rostro y sostenerlo frente al suyo, que me observaba con una dulce sonrisa a pocos centímetros del mío—. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto sola y te prometo que intentaré ayudaros a los dos. Tan solo tienes que darme tu palabra de que serás sincera conmigo en todo lo que a vosotros, y a nosotros —puntualizó—, se refiera.

Asentí de forma casi imperceptible. Cohabitan en mi cuerpo demasiadas inquietudes mezcladas en ese instante. Sin embargo, ninguna de ellas pudo compararse a lo que sentí cuando sus labios rozaron los míos. Lo hicieron primero con timidez, como si tantearan de algún modo el terreno en busca de un consentimiento tácito, que les permitiera continuar con lo que se proponían. Sentí la calidez y suavidad, como si se hubieran convertido en una especie de seda destinada solo a la alta costura. Cerré los ojos de forma instintiva y separé los labios, permitiéndole el acceso. Su sabor, inconfundible y único, se mezclaba conmigo, provocando que sintiera que me levantaba del suelo como si hubiera alcanzado el mismísimo nirvana. Era demencial y celestial al mismo tiempo.

CAPÍTULO 7

Después de unos días en los que me dediqué a consciencia a recuperarme por completo de la debilidad de mi cuerpo hasta sentirme del todo preparada, aquel era el primer fin de semana que volvía a tener a Héctor conmigo después de todo lo sucedido. Me sentía muy nerviosa por lo vivido, por lo que había descubierto y por la forma en la que él pudiera aceptar de nuevo mi “regreso”. Quería reconquistarle y que volviera a ser el mismo de siempre conmigo. No obstante, no sabía cómo enfocar lo de que él supiera hablar y sin embargo, no lo hiciera nunca... ¿Sería bueno obligarle?

Martín me había escrito cada noche durante aquella semana, pero por ahora, preferí que no pasara por casa. Necesitaba unos días para mí, y los necesitaba con una fuerza casi sobrehumana.

Por extraño que pudiera parecer, todavía no me había atrevido a mencionar nada respecto de lo sucedido. Me asustaba muchísimo saber que lo que tuvo que presenciar pudiera haberle causado más sufrimiento del que su pequeño corazón podía llegar a asimilar. Por otro lado, no encontraba la forma más idónea de sacarle el tema del habla... pero era consciente de que obviar aquel hecho tampoco nos llevaría a ninguna parte. Sin embargo, él no sabía que yo le había escuchado y eso me ponía las cosas tan fáciles...

Eran las ocho de la mañana, si no le despertaba yo, no tardaría mucho más en hacerlo por sí mismo. Me encerré en el cuarto de baño, me di una ducha rápida y me puse una sudadera y unos tejanos. Me calcé las deportivas

y me apliqué por último un poco de corrector en las ojeras. Las gafas ya se encargarían de disimular el resto.

Salí del baño y me dirigí hacia el dormitorio de Héctor. Al abrir la puerta, aquel típico y tan embriagador aroma infantil me colmó por completo y una sonrisa inevitable cruzó mi rostro de forma fugaz. Olía a *Nenuco*. Aquella fragancia me recordaba a mi propia infancia, cuando entre mi madre y mi hermana me sentaban en un taburete, me embadurnaban el pelo con aquella loción tan fresca y luego se dedicaban a experimentar en mi cabeza todos los peinados que les viniera en gana. Pero a mí me hacía feliz, sobre todo porque durante todo ese rato, su entera atención estaba puesta en mí, sin que nada más importara.

Me sorprendí sonriendo de forma visible, mientras contemplaba la serenidad y calma que reflejaba el rostro de mi pequeño príncipe. Era tan hermoso... Tenía los rasgos de su padre y los hoyuelos de su madre. Era como una especie de simbiosis perfecta de ambos. Como si hubiera podido percibir mi presencia, Héctor pestañeó ligeramente un par de veces antes de abrir los ojos. En ese instante le sonreí y su expresión se tornó todavía más dulce, eclipsando mi mirada mientras trataba de de inmortalizar aquella instantánea en mis retinas y en mi memoria.

—Hola, cariño mío. ¿Has dormido bien?

Héctor me contempló todavía somnoliento y no dijo nada. Me observaba a través de aquellos ojitos almendrados hasta que al fin, pasados unos minutos, hizo un gesto afirmativo antes de llevarse una de sus manitas al rostro y frotarse los ojos.

—He pensado que podríamos ir a pasar la mañana al parque... Podemos darle de comer a los patos, ¿te apetece?

Pareció gustarle la idea a pesar de que no obtuve ninguna respuesta, o por lo menos, no la clase de respuesta que yo esperaba.

Durante el día anterior, me convencí de que tratar de lanzarle preguntas directas me ayudaría en mis intentos de estimularle a hablar. Aunque ahora que lo pensaba mejor, me parecía una absoluta y solemne estupidez.

Héctor se puso en pie, más animado, tal vez ilusionado con la idea de ir a ver a los patos. Le encantaban los animales —fueran de la especie que fueran—, desde antes incluso de empezar a caminar. Me había planteado en numerosas ocasiones la idea de comprarle alguna mascota que pudiera hacerle compañía, pero pasaba tantísimas horas fuera de casa... Quizá sería bueno hablarlo antes con Martín, tal vez él tuviera alguna opinión importante al respecto sobre si resultaría conveniente o bien, sobre si habría alguna clase de animal mejor que otra en este sentido.

Le ayudé a vestirse y mientras observaba divertida cómo se enredaba con los agujeros del jersey de la *Patrulla Canina* que se estaba poniendo, sentí que el móvil vibraba en el bolsillo de mis pantalones.

«Cielo, vengo en un rato pero no podré quedarme toda la mañana con vosotros. Traigo churros, prepara chocolate. 08.30».

«A sus órdenes. 08.31».

Tecleé la respuesta a mi amiga rápidamente. Hacía días que no la veía y la echaba muchísimo de menos. Sin embargo, aquella pequeña separación me había ido de fábula para pensar con tranquilidad y sin más opiniones que pudieran distorsionar mis propios deseos. Sentía que me había fortalecido, pues las palabras del médico habían sido contundentes y todavía repicaban en

mi memoria como las campanas de la iglesia de algún pueblo a media noche. Tenía que enfrentarme a mis inquietudes, aunque antes tuviera que aprender a diferenciarlas. Pero había una cosa muy clara en todo aquel asunto: yo era la única persona capaz de superar lo que estaba sucediendo en mi vida y si no ponía de mi parte, mis propios demonios acabarían conmigo.

Realmente me parecía asombroso que pudiera mantener esa clase de pensamientos apenas una semana después de haber sufrido un desmayo por culpa de la falta de nutrientes, azúcar y proteínas que mi cuerpo —y mi bebé— necesitábamos.

En ese momento, me llevé la mano hacia el vientre y lo acaricié con cuidado. Nos había ido de tan poco... Aquellos dos días en el hospital se convirtieron en un antes y un después para mí y para el bebé. Todavía me dolían las palabras del médico y de las enfermeras, pero a pesar del susto, me aseguraron que los dos estábamos bien.

Parecía mentira que algo tan simple pudiera hacerte cambiar tantísimo de opinión en apenas unas horas. Hasta que no me vi encerrada en el hospital, no había conseguido aclarar mis ideas sobre lo que quería hacer con aquel embarazo que yo no había buscado. Sin embargo, una vez me encontré en la soledad de mi hogar, pude escuchar a mi corazón y a mis anhelos. Me sorprendí con el rostro anegado en lágrimas, mientras me agarraba el vientre con fuerza, temblorosa ante la sola idea de haberle perdido. Fue en ese instante cuando decidí que saldríamos los tres adelante, fuera lo que fuese lo que el futuro me deparase respecto a Martín.

Héctor se encargó de sacarme de mis pensamientos cuando, al tratar de ponerse una de aquellas diminutas botas que tanta gracia me hacían, perdió el equilibrio y cayó de culo contra el suelo. Di un brinco rápido hacia él, tal vez más preocupada de la cuenta pues, de golpe, el niño comenzó a reír

hasta que aquella pequeña risotada que había logrado contagiarme, terminó por convertirse en una fuerte carcajada con la que ambos disfrutamos durante unos segundos. Parecía que la complicidad regresaba a nuestras vidas, y nosotros, no podíamos hacer más que empaparnos con ella y subyugarnos a aquella mágica melodía en la que confluían nuestras sonrisas.

La mente de un adulto puede estar contaminada por miles de factores externos sin embargo, los niños son puros, verdaderas joyas todavía sin pulir. Me había pasado la semana sufriendo por la forma en la que Héctor me recibiría y sin embargo, tal y como este cruzó la puerta, fue como si nada hubiera sucedido entre nosotros. Me abrazó, eso sí, con mucha más fuerza de la habitual y se dirigió hacia el interior de nuestro apartamento como si el episodio del viernes pasado no tuviera cabida en su memoria.

El timbre sonó pasados apenas cinco minutos desde que habíamos servido el chocolate en aquella jarrita y habíamos preparado la mesa entre los dos al ritmo de Enrique Iglesias y su último éxito. Héctor, como siempre, corrió hacia la puerta y dio un golpecito con los nudillos antes de esperar la respuesta de mi amiga: cuatro únicos golpes que delataban su presencia.

Abrí la puerta bajo la atenta mirada del pequeño y en cuanto a este le fue posible, se coló por el agujero de la misma y corrió al encuentro de la pelirroja.

—¡Buenos días, bicho bola!

Héctor se deshacía en carantoñas con mi amiga mientras que ella se dedicó a besuquearle la cabeza durante todo el tiempo que le vino en gana.

—Hola, *Erys*. ¿Cómo estás?

—¡Buenos días, cielo! —saludó con verdadera efusividad—. Bien, ¿y vosotros? ¿Qué se cuece por esta casa?

Entramos los tres y nos dirigimos de forma automática hacia el salón. Minerva dejó aquel típico envoltorio de papel en forma de cono, grasiento y aceitoso, sobre la mesa y los tres tomamos asiento alrededor de la misma.

—Todo bien, llevo varios días cuidándome con mucho más esmero que antes...

—Eso está bien, no debes permitir que nada parecido vuelva a ocurrir. Pero bueno, que no he venido precisamente a hablar de penas y lamentos...

—Ah, ¿no? ¿Tenemos novedades en villa maravilla?

Héctor nos observaba atento, mirándonos de forma intermitente.

—¿Qué planes tienes para el concurso?

Aquella pregunta me pilló un poco desprevenida. En realidad, no había vuelto a pensar en ello. Bueno, sí que lo había hecho, pero no de forma productiva.

—No lo tengo muy claro todavía. —Mi respuesta no pareció convencerle.

—Tú y tus habituales lagunas creativas esporádicas.

—Gracias, son de gran ayuda tus aportaciones.

—¡Pero si todavía no he dicho nada!

—Ah, ¿es que tienes alguna cosa en mente?

Minerva me dedicó una mirada reprobatoria sin que en ningún

momento se le borrara la sonrisa de los labios.

—Como te iba diciendo —prosiguió, haciendo caso omiso de mis burlas—, creo que tengo una idea sobre la que podrías trabajar.

Me dio la sensación de que ya no bromeaba así pues, decidí dejarla continuar antes de seguir metiéndome con ella. Cogí uno de aquellos churros azucarados y pringosos de aceite a más no poder y le lancé una mirada divertida a Héctor, mientras que este se ponía las manos y la cara perdidas de chocolate.

—Una idea magnífica la del chocolate, por cierto —dije en dirección a mi amiga, aunque sin apartar la vista del rostro cómico del niño—. A ver, sorpréndeme.

—He pensado que podrías buscar algo que una madre pudiera necesitar. Algo que, cuando la llegada de un bebé sacuda tu vida, te facilite las cosas. Si te fijas, las mejores patentes han nacido por necesidad y comodidad, y casi todas tienen que ver con un palo: la escoba, el paraguas, la fregona...

—Los *chupa-chups*...

—*Eeeeeexacto* —añadió, feliz de que yo le siguiera el hilo—. Debes encontrar algo que resulte necesario, algo en lo que nadie haya pensado o bien, algo que, aunque ya exista, necesite una mejora importante.

La contemplé pensativa mientras que con una cucharilla terminaba de apurar el fondo de mi taza.

—Es una buena idea en la que comenzar a trabajar —afirmé al fin con rotundidad—. Gracias.

—De nada. Para eso estamos. Lo mío es darle al coco, las manos ya te

las ensucias tú...

Le guiñé un ojo y cogí el que me juré que sería el último churro de la mañana. Vale que ahora iba de cara a lo que seguramente sería un engorde masivo inevitable, pero tampoco era plan de abusar... ¿no?

Pasamos el resto del desayuno sin querer profundizar demasiado en temas delicados. Ni yo sentía que tuviera fuerzas para ello, ni creo que Minerva estuviera preparada para ciertas respuestas. De hecho, como si aquella nos resultara la opción más confortable, nos centramos las dos en Héctor y pasamos el resto de aquel rato que íbamos a compartir dedicándonos a jugar con el chocolate, con tal de conseguir una nueva carcajada del pequeño, que no nos permitiera tener que pensar en lo que verdaderamente nos preocupaba a las dos.

—Debo marcharme. Hoy tengo muchísimo trabajo en el despacho.

—Es sábado... ¿ha pasado algo?

—No, pero esta semana recibimos la propuesta de una importante multinacional y mi padre no quiere perderles como clientes. Es una gran apuesta y supondrá un fuerte empujón en nuestra carrera.

—Vaya, os deseo toda la suerte del mundo, entonces. Aunque tampoco creo que la necesitéis.

—Gracias, cielo. Pero créeme, esta vez no estarán de más todas vuestras plegarias...

Mi amiga se puso en pie mientras terminaba de limpiarse el poco azúcar que le había quedado alrededor de los labios. A continuación, se acercó a Héctor y le dio un sonoro beso en la cabeza, justo antes de acercarse

hasta mí y despedirse con un cariñoso abrazo, que logró recomponer parte del silencio que habíamos decidido establecer entre nosotras aquella mañana.

—Nos vemos pronto, florecilla. ¡Y dale caña a tu cerebritito de pistacho!

Héctor y yo la vimos partir desde nuestros asientos y cuando al fin cerró de nuevo la puerta tras ella, volvimos a cruzar una vez más nuestras miradas.

—Bien —dije al fin con una sonrisa en el rostro—. Entonces, ¿nos vamos a ver a los patos?

A pesar de que estábamos a finales de noviembre, el día acompañaba en aquella ocasión. Como la mañana había amanecido soleada, decidí que bajaríamos andando hasta el parque de la Ciutadella. El camino tal vez fuera largo para Héctor, pero tampoco teníamos prisa alguna.

Llegamos al cabo de una hora desde que salimos de casa y el parque ya estaba abarrotado. Turistas por todos lados, parejas paseando con tranquilidad cogidas de la mano, chicos corriendo enfundados en sendas mallas y camisetas tan llamativas, familias jugando con los niños y gente disfrutando con sus mascotas. Incluso, llegamos a ver a un par de grupos de gente mayor practicando yoga al aire libre.

Continuamos por aquel espacioso camino de tierra disfrutando de las vistas, aunque para mi gusto, estas hubieran perdido gran parte de su encanto. Héctor iba un par de pasos por delante de mí, sosteniendo con ambas manos aquella bolsita que habíamos preparado en casa con las migas del pan que

había sobrado de ayer. Llegamos al famoso estanque y mi vista se iluminó por completo. Hacía años que no me acercaba por allí y aquella visión me pareció más espectacular de lo que la recordaba. La fuente estaba presidida por una gran estatua compuesta por diferentes figuras y podías subir a la parte trasera de la misma a través de unas escaleras que había a ambos lados. La gente ascendía por ellas, gritaba jubilosa, se hacía *selfies* con la fuente a sus espaldas y tiraban comida a los pececillos y patos que valientes, se acercaban a su encuentro.

Héctor salió disparado hacia allí y lo seguí con la mirada sin perderle de vista ni un segundo.

Parecía feliz y sobre todo, entusiasmado. Era posible que tuviera en casa a un futuro veterinario en potencia, si es que no se me iba antes como voluntario a África, dispuesto a cumplir cualquier clase de misión de rescate de animales en peligro de extinción.

Se acercó al estanque y se reclinó sobre el borde en busca de algún pobre pececillo que quisiera comer lo que él le tendía con la mano. Bendita inocencia. Me acerqué y me senté a su lado, sujetándole por la parte trasera del jersey con precaución. Ya solo faltaba que el niño acabara metido en el agua y se nos fuera al traste la mañana.

—¿Crees que saben que eso es comida?

Héctor me miró sin comprender lo que yo estaba queriéndole decir.

—Si no saben lo que tienes en la mano, no se acercarán. Échales primero unas migas al agua, verás cómo vienen todos.

Obedeció a mis indicaciones y dejó que las migas de pan que tenía entre los dedos resbalaran a través de ellos hasta caer directamente al agua. La reacción fue instantánea. Decenas de pececillos naranjas se arremolinaron

alrededor del lugar en el que estas habían caído, sin darles siquiera tiempo a que se hundieran. Se lo habían comido todo. Héctor aplaudió feliz con el descubrimiento y sus ojos se llenaron de un júbilo que me contagié por completo. Qué sencilla podía resultar la mente de un niño a veces y qué complicada llegaba a ser la nuestra. Abrió de nuevo la bolsa que todavía llevaba, cogió otro puñado de migas de pan, esta vez mucho mayor que en la anterior ocasión, y las dejó caer de nuevo al agua mientras reía sorprendido por la velocidad en la que aquellos peces devoraban hasta la última de ellas.

Cuando terminó el contenido de la bolsa, ayudado por un par de niños que se acercaron a él dispuestos a disfrutar del mismo espectáculo, subimos por las escaleras para contemplar aquella fuente desde la parte trasera de la misma.

Lo hicimos cogidos de la mano entre risas y payasadas. Me sentía pletórica viéndole tan feliz a mi lado y me di cuenta de cuánto necesitaba aquello en mi vida. Héctor era mi luz y su sonrisa, el único motor para seguir adelante. Solo una de ellas lo valía todo y compensaba cualquier clase de contratiempo, aunque me hubiera costado tanto darme cuenta de algo tan importante. Pero todavía estaba a tiempo y él, parecía aceptarlo sin ningún tipo de reproche en su mirada. Ojalá no olvidara nunca esa forma tan suya que tenía de mirarme y de decirme tantas cosas a través de sus ojitos.

Llegamos arriba y le cogí en brazos para que él también pudiera contemplar las vistas. Como había mucha gente, decidimos bajar deprisa antes de que comenzaran a regalarnos incómodas miradas de suplicio e impaciencia, casi todas ellas cortesía de turistas.

Regresamos de nuevo a los pies de la fuente y volvimos a tomar uno de aquellos caminos de tierra sin poner atención por dónde íbamos realmente. Nos dedicamos a dejarnos llevar por nuestros pies y a disfrutar del sabor de la

libertad que solo el tiempo libre con los tuyos podía proporcionarte. A mi izquierda, leí un cartel que había en un muro, protegido por una valla metálica, y me di cuenta de que aquel era uno de los límites del Zoológico municipal. Por un momento pensé que sería muy buena idea acercarme con Héctor y pasar un buen rato dentro —ya que la “misión acuario” había quedado en el olvido y todavía no me perdonaba haberle fallado—. Sin embargo, cuando recordé la última vez que estuve ahí dentro y me vinieron a la memoria todas aquellas imágenes de rostros animales teñidos por el dolor de la soledad y la falta de libertad que a diario sufrían, me di cuenta de que en realidad, yo no estaba de acuerdo con todo el sufrimiento por el que se veían obligados a pasar. Un león había nacido para vivir en la selva, un pingüino en el polo norte y un flamenco donde fuera el lugar en el que se suponía que vivían los flamencos. Decidí no mencionarle nada a Héctor —mientras me alegraba sobremanera del hecho de que todavía no supiera leer— y continuamos andando como si nada de aquello hubiera pasado por mi mente.

Sin que pudiera haberlo esperado, Héctor se soltó de mi mano con facilidad en un momento en el que yo estaba comprobando en mi teléfono las últimas notificaciones que había recibido. Alcé la mirada extrañada y le seguí con los ojos para descubrir cuál era el objeto de tantas prisas. Entonces, cuando logré enfocar la visión y situarla en algún lugar de mi raciocinio en el que esta encajara, palidecí y me quedé inmóvil en ese mismo punto como si todo mi cuerpo hubiera dejado de responder.

La imagen de aquellas tres personas me impactó, a pesar de que no hubiera nada de extraño en la estampa que formaban. Chico jugando con niño, chica haciéndoles fotos, chico y chica riéndose junto al niño... Vamos, lo que podría esperarse de cualquier pareja joven que hubiera salido a pasear con su hijo, si no hubiera sido porque conocía a aquel chico, su marcada barbilla y su varonil silueta. Si no fuera porque conocía aquella sonrisa. Si no

fuera porque aquel hombre que se deshacía en sonrisas no fuera ni más ni menos que el padre de mi futuro bebé... junto a otra mujer y otro niño.

CAPÍTULO 8

Mi mente corría y trabajaba impetuosa. De acuerdo que existía la posibilidad de encontrar diferentes interpretaciones plausibles para aquella desconcertante imagen, todas ellas muy lícitas y viables. Un sobrino, una hermana, una prima, una amiga...

Héctor llegó al encuentro de Martín justo en el mismo instante en el que mi cerebro se debatía entre desbordarse o mantener la serenidad. Entonces, se enganchó a la pierna del psicólogo con cariño, sorprendiéndole con aquella intromisión inesperada. Me mantuve observando la escena desde la distancia, alertada por alguna especie de alarma mental que no me estaba poniendo las cosas precisamente fáciles. Martín reconoció a Héctor de inmediato y le saludó con aquel suave tono que siempre usaba con él mientras que al mismo tiempo me buscaba con la mirada. Hasta que nuestros ojos se encontraron. Pude apreciar algo distinto en ellos, algo que no había visto hasta ahora y que de algún modo, inclinó la balanza confirmando mis sospechas iniciales.

Nos manteníamos a unos diez metros de distancia pero reconocía sus facciones como si le tuviera tan cerca que pudiera incluso rozarle con las pestañas. Sin embargo, no supe descifrar aquella mirada. No sabía si era ansiedad, duda o tal vez sorpresa. Ninguna de aquellas opciones me encajaba en ese instante.

Hizo un leve gesto negativo con la cabeza, casi imperceptible, pero

que pude apreciar sin ningún tipo de problema. Era consciente de que la chica nos observaba a los dos y que tal vez buscaba algún tipo de explicación que pudiera dar sentido a aquella especie de parálisis en la que había sucumbido su compañero. Pero tampoco se atrevió a preguntar. Sin embargo, algo cálido en mis mejillas me sacó de aquella especie de trance en el que me hallaba sumida, despertándome con crudeza y devolviéndome a la realidad. Me sentía dolida, usada, engañada... Podía haber cientos de explicaciones para aquella escena, sí, pero mi mente ya solo podía entender una de ellas como real. Porque nada podía explicarme por qué aquel niño le pedía a Martín que le cogiera en brazos, por qué me había dicho que no podía quedar ese fin de semana en vez de decirme la verdad pero sobre todo, había una cosa que me inquietaba por encima de lo demás y era por qué ese niño, que no debía de ser mucho más mayor que Héctor, poseía el mismo color miel en los ojos, tan atípico y único, que el del hombre por el que había perdido el juicio y la razón.

—¡Héctor! —grité desde la distancia—. Ven, nos vamos.

Me miró ceñudo sin comprender el motivo por el que ni siquiera me acercaba a saludar al psicólogo, pero mi gesto fue suficiente para alertarle y darle a entender que no admitiría réplicas en ese momento.

El pequeño miró a Martín sin comprender y este respondió revolviéndole la melena mientras mostraba una extraña sonrisa que para nada me tranquilizó. Héctor se despidió con un gesto de la mano y con una expresión con la que llegó a rozar una parte de mi ahora astillado corazón, se acercó a mí, me dio la mano y comenzó a caminar sin volver la vista atrás. Yo tampoco volví a buscarle con la mirada aunque una pequeña parte de mí, deseaba que Martín me llamase, se acercara o me diera algún tipo de explicación al respecto. Pero aquello tampoco sucedió, lo que no hizo más

que empeorar la dirección de mis pensamientos, que ahora se arremolinaban con torpeza a modo de estampida suicida, impidiéndome darle algún tipo de luz al pozo al que me acababa de precipitar.

Deshicimos el camino por el que habíamos llegado al parque sumidos en un sepulcral y absoluto silencio. Las risas, las carcajadas, las canciones y todo el buen humor del que nos habíamos imbuido aquella mañana, se esfumó sin dejar rastro, como un misterioso halo sombrío que se hubiera apoderado de todas las buenas vibraciones del día.

Me dolía pensar que Martín me había engañado de aquel modo porque, de no ser así, ¿por qué no había corrido hacia mí para ofrecerme una explicación? Me dolía tanto que sentía que una parte de mí se resquebrajaba y se desprendía con virulencia, como si ya nunca más pudiera volver a recuperar su lugar.

Tenía que ser fuerte y no dejarme llevar por aquella retahíla de malos pensamientos que me estaban cegando... No podía regresar al hospital y ponerme de nuevo en peligro... a mí y a mi bebé, claro.

¿Cómo me las apañaría yo sola con los dos...?

El sonido del teléfono me sacó de mi estupor. Estaba tumbada en la cama cuando el móvil sonó por quinta vez. Era Martín de nuevo, pero me negaba a responder. Así pues, opté por la vía rápida y le envié un simple mensaje, claro y conciso.

«No necesito que vengas a contarme cualquier historia con la que

pretendas engañarme. Ha quedado todo suficientemente claro esta mañana. 23.51».

«No seas infantil. Estoy aquí fuera. Por favor, déjame pasar y explicarte qué es lo que supuestamente has creído ver. 23.51».

No le volví a contestar. Permanecí en la cama tumbada durante algunos minutos más, mientras escuchaba el silencio sepulcral que provenía del rellano. Martín no se movía y tampoco insistió con los mensajes. Al final, pasado no sé cuánto rato desde el último, suspiré con resignación y me puse en pie de malas maneras, exhausta y agotada por todo lo que estaba viéndome obligada a vivir.

Abrí la puerta con desdén y me encontré a Martín sentado en el primer escalón, apoyado contra la barandilla, con la cabeza echada hacia atrás y jugueteando con el teléfono entre sus dedos. Al verme, se puso en pie de un brinco, como si temiera que fuera a cerrarle la puerta en las narices. Parecía cansado y sus ojeras no hacían más que evidenciar ese estado.

—Hola... —saludó en un tono de voz que no conocía en él—. ¿Puedo pasar?

—No veo la necesidad. Estaba durmiendo. ¿Qué quieres?

Sabía que me estaba pasando y que estaba superando límites que no era conveniente traspasar, sin embargo, no me salía dirigirme a él de otro modo. Me sentía dolida y furiosa, aunque directamente no me hubiera hecho nada.

—Jana... Lo que has visto no es lo que crees.

—¿Y qué es lo que creo, Martín? —añadí fulminante, mostrando un especial énfasis al pronunciar su nombre.

—No lo tengo muy claro pero, sea lo que sea, estoy seguro de que no se acerca ni por asomo a la realidad.

—Pues tú dirás.

Martín jugueteaba ahora con las llaves de la moto entre los dedos, después de haber guardado el teléfono móvil en el bolsillo trasero de los tejanos oscuros que llevaba puestos, los mismos que lucía por la mañana. Llevaba el casco en una especie de bolsa-mochila de tela, cuya asa le cruzaba el pecho de forma ostentosa y provocativa, como si se jactara de poder estar tocando aquella parte de su cuerpo en la que cualquier mujer desearía perderse.

—¿Me dejas pasar? No quiero hablar de esto en el rellano...

—No. Héctor está durmiendo y yo lo estaba hasta que has decidido interrumpir mi sueño a tu antojo. Así que espabila, tengo ganas de meterme en la cama.

No sabía de dónde provenía toda aquella rabia contenida que estaba sacando ahora, pero no podía echarle el freno. Era como si quisiera desquitarme de todo a través de la provocación y las malas palabras.

Martín me observaba incrédulo aunque no se atrevía a cuestionar mi reacción. Era como si fuera otro, como si no quedara nada del Martín que había conocido unas semanas atrás.

—Jana, te juro que esto es muy complicado para mí. Dame la oportunidad de explicarme con calma. Lo necesito...

Aquella especie de súplica me llegó al alma, pero no podía dejarle ganar. No podía perder el norte y olvidar lo que nos había llevado hasta aquella situación. Me había mentido y encima había sido descubierto junto a

otra mujer, fuera quien fuera, y un niño del que no sabía nada, a pesar de guardar un gran parecido con el hombre que tenía delante. No, no podía olvidarlo y rendirme ante lo que sus ojos, su sonrisa y la melodía vibrante de su voz me hacían sentir.

—Tienes un minuto antes de que cierre la puerta. Decídete o márchate, no tengo más tiempo que perder.

Sabía que me estaba pasando, que aquello iba más allá de lo debido, pero me estaba creciendo por momentos, salvándome de mi propia perdición. Era hacerle daño a él, o hacérmelo a mí misma... y ya había tenido suficiente en los últimos días.

—¿Sabes qué? He intentado explicártelo a las buenas, darte una razón para que no pienses lo que no es. Pero veo que tu nivel de desconfianza hacia mí sigue siendo el mismo de siempre. Eres una cría que se niega a crecer. Jana, tengo treinta y dos años y poco tiempo que perder con absurdas situaciones e infantiles pataletas. Tengo suficiente con los niños a los que trato como para tener que pelearme también con adultos. ¿No quieres escucharme? Lo entiendo. Pero luego no digas que no lo he intentado. Tal vez cuando entiendas que no eres la única a la que la vida la ha sacudido con fuertes conmociones, empieces a superar todos esos celos y experiencias de las que no consigues salir. Mientras tanto, no esperes que me arrastre ni un segundo más. Buenas noches.

Ni siquiera me dio tiempo a replicar nada al respecto. Me había dejado de piedra, asombrada por toda aquella sucesión de palabras que tardaría un buen rato en asimilar. Martín dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras, a través de las cuales desapareció sin mirar atrás.

Cerré la puerta al fin cuando, a lo lejos, escuché la puerta principal del

edificio cerrarse seguramente a sus espaldas. No era un farol, se había marchado de verdad. Corrí como si fuera yo la niña de la casa y me dirigí hacia una de las ventanas del salón desde donde se veía la calle. Corrí la cortina hacia un lado y le busqué en la oscuridad de la noche. Estaba justo debajo. Iba a ponerse el casco cuando alzó la vista como si hubiera podido percibir mi presencia y nuestras miradas se cruzaron durante una milésima de segundo. Sentí que mi estómago se contraía y que algo en él se removía, señal de que algo iba de mal en peor. Así pues, tras unos instantes de extraña y silenciosa comunicación en la que no supe captar ninguno de sus sentimientos, Martín terminó de ponerse el casco, pasó una pierna por encima de la moto, la encendió y desapareció de mi vista en un rápido abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO 9

No hicieron falta muchas semanas para que Olga se dejara arrastrar por completo por aquellas muchachas. Aprendió su vocabulario, adoptó sus gestos e incluso, se contagió de su desfachatez y vitalidad. Les hacía compañía cada tarde, cuando estas se juntaban en un bar frecuentado en su totalidad por hombres. En ocasiones, alguna de ellas desaparecía de su vista y regresaba al cabo de un rato, con la melena más revuelta, pero con el mismo humor que cuando había desaparecido. Rara vez soltaban algún impropio, pero cuando lo hacían, las demás maldecían a la vez y luego se animaban entre ellas, sabiendo que la próxima ocasión no iría tan mal.

Un buen día, las chicas animaron a Olga a dar el siguiente paso. Hasta ese momento no había preguntado jamás por lo que hacían durante sus ausencias, aunque cierta parte de su mente se aferraba a negar las evidencias. Sin embargo, aquel día, animada por toda la libertad que imperaba aparentemente en la vida de las chicas, Olga dio su primer “sí”. Esperaron pacientes la llegada del hombre indicado hasta que, para su sorpresa, no fue un campesino el que apareció sino que fue un supuesto caballero el que solicitó la compañía de alguna de ellas. Por unanimidad, decidieron ceder aquel encantador mozo a su nueva incorporación, pensando que de aquel modo, todo sería más fácil. Así pues, el joven tendió la mano a una temerosa Olga, que aceptó el recibimiento con una extraña sensación en el cuerpo.

—Hola, cariño mío. ¡Qué ilusión verte por casa!

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien, cielo. Aquí andamos, como siempre. Cansada y con dolores de espalda pero aguantando el tipo, como debe ser.

—Deberías jubilarte ya... Te lo digo cientos de veces. Entre papá y yo podemos asumir los gastos sin problemas, no necesitas hacerte más daño...

—Ay, cariño, si has venido a sermonearme no te prepararé una taza de chocolate caliente.

Martín sonrió ante el comentario de su madre, pues aunque ya no fuera un adolescente, la sola idea de disfrutar de una de aquellas tazas que ella preparaba con todo su amor era suficiente para levantarle el ánimo y el apetito.

—De acuerdo, tú ganas.

Besó la frente de la mujer con ternura y se sentó en el que siempre había sido su sitio, la silla de la esquina, la que quedaba de espaldas al televisor. Nunca había querido ver la tele mientras disfrutaba de la comida o de la cena junto a sus padres; aquel era el mejor momento del día para él y había cosas que nunca cambiarían.

—¿Dónde está papá?

—Tu padre ha salido con tu tío. Tenían que hacer unas gestiones del despacho que les corrían un poco de prisa.

—¿Problemas?

—No, para nada —continuó la mujer mientras ponía un pequeño cazo al fuego y le echaba un buen chorro de leche, a la antigua usanza—. Pilar, la secretaria, ha cogido la baja por lo de su marido y tenían que hacer un poco de papeleo y un par de entrevistas, creo.

—Ah... espero que se recupere pronto. Si la veis, dadle un abrazo de mi parte.

—Claro, cielo. ¿Espeso o clarito? —preguntó la mujer cambiando de tema.

—Me parece muy mal que todavía continúes preguntándomelo...

—Solo quería comprobar que seguías siendo el mismo de siempre.

Martín le dedicó una mirada de reproche a su madre que sin esperarlo, fue tornándose más triste y confusa. Había acudido a casa de sus padres con la firme intención de contarles lo de Jana y ahora no sabía cómo afrontar el tema. Había pasado horas ensayando el mismo discurso frente al espejo, tumbado en la cama o mientras cenaba. Pero no quería defraudarles, que creyeran que no sabía usar la cabeza y que había cometido el error de su vida. Le asustaba que dejaran de confiar en él, que ya no le vieran como el hijo perfecto que siempre había sido. Pero no lo había hecho queriendo, había tomado precauciones y estas habían fallado... ¿Cómo prever que algo así pasaría?

—Cielo, ¿quieres o no?

—Eh... ¿perdón? —vaciló.

—Digo que si quieres azúcar... ¿Dónde tienes la cabeza?

Cogió aire con profundidad y se revolvió la melena en un gesto preocupado. Sentía los labios secos, al igual que su garganta, que ahora

parecía haberse endurecido como si estuviera recubierta de una espesa capa de yeso.

—¿Me lo vas a contar ya?

Su madre se había sentado frente a él y servía con complacencia una taza de chocolate a su único hijo, mientras le lanzaba miradas de reojo que trataban de captar la preocupación del que siempre sería su niño, por mucho que este continuara creciendo.

—Es por una chica, ¿verdad?

Martín cogió la taza que su madre le tendía sin querer cruzar los ojos con su mirada. Sabía que en el momento en el que estos entraran en contacto, acabaría derrumbándose sin poder hacer nada al respecto. Cogió el azucarero y se puso un par de cucharadas en la taza mientras continuaba manteniendo aquel silencio tan y tan revelador.

—Hijo, no tienes por qué contarme nada... Hazlo solo si tu corazón te lo pide. Sea lo que sea, sabes que papá y yo siempre estaremos aquí para ayudarte.

Martín trató de tragar y lo consiguió después de muchas dificultades. Parecía que ahora ya ninguna parte de su cuerpo le perteneciera, como si su mente y su voluntad se hubieran enajenado de su *yo* físico. Sentía la presión en el pecho, el temblor en las manos y un doloroso y agudo pinchazo en la garganta.

—Mamá... estoy muy asustado.

Por un momento, al igual que sucedía cuando era jovencito y necesitaba ayuda y consejo, agradeció que su padre no estuviera en casa y

fuera su madre la única que se hallara frente a él. Se sentía en deuda con ambos, pero no soportaba la idea de fallarle a su padre, de mostrarse débil ante él. De hecho, jamás le había gustado ese término, había luchado muy fuerte por llegar a alcanzar la posición que hoy en día mantenía y nunca había dado muestras de flaquezas frente a las adversidades que el día a día le había presentado. El hecho de que él pudiera haberse desmoronado en la intimidad de su dormitorio por las noches no había sido suficiente para terminar con su entereza. Lo había hecho en silencio, en soledad y sin nadie que pudiera ayudarle a mitigar ese dolor. Pero todo aquello eran recuerdos. Dolorosos e intensos recuerdos que no habían acabado con él.

Sin embargo, todo había cambiado. Jana había aparecido en su vida como un terremoto, como un maldito huracán. Sin aviso, sin darle tiempo para prepararse. Su presencia le había alterado desde el primer momento y todavía ahora, a pesar de sus estudios sobre la personalidad y conducta humana, no se explicaba por qué motivo había actuado de aquel modo con ella. Había rehuido del contacto femenino durante toda su vida. Había tenido sus aventuras, claro, después de todo era un hombre y como tal, tenía unas necesidades. Pero jamás ninguna mujer le había despertado un interés más allá de su atractivo físico, nada que pudiera resultar lo suficientemente atrayente como para alejar su mente del trabajo y de su familia.

Jana se había encargado de tirar todo aquel trabajo por la borda, atropellarlo y luego se había asegurado de que no hubiera forma de volver atrás. Y lo peor de todo era que ni siquiera había sido consciente de ello. Lo había hecho sin saberlo, sin pretenderlo. Y ahí estaba él, luchando cuerpo a cuerpo con sus propios sentimientos, rindiéndose ante su propia voluntad y tratando de encarrilar de nuevo su vida, ahora que sabía que iba a tener un hijo.

—¿Por qué no me lo cuentas y dejas que trate de ayudarte?

—Mamá... no quiero que pienses mal de mí... No soy un irresponsable, te lo prometo...

Se derrumbó. Primero sintió aquel típico escozor que ascendía con fuerza por la garganta, con un intenso sabor amargo que se hacía con todo lo que tocaba a su paso. La humedad de sus ojos terminó de cegarle, hasta que una lágrima empezó a rodar por la comisura de sus ojos, siguiendo sus facciones, definiéndolas y contorneándolas.

—Cariño mío, jamás pensaría que eres un irresponsable. Nunca lo has sido y aunque no te lo creas, errar es humano. Equivocarse es casi obligatorio en la vida, pero tenemos que aprender a reponernos, a levantarnos y a rectificar siempre que esté en nuestras manos.

—No puedo rectificar... No puedo echarme atrás.

—Martín, a no ser que me digas que has matado a alguien, cosa que sinceramente, pongo muy en duda, no creo que haya nada que te impida rectificar.

Martín alzó el rostro, lo justo hasta encontrarse de lleno con la humilde y cariñosa mirada de su madre. Siempre le había tratado tan bien... ¿Y si al contarle la verdad dejaba de sentirse tan orgullosa de él?

Con las mismas dificultades que antes, tragó sintiendo la aspereza del gesto y se llevó la mano hacia el puente de la nariz, donde presionó con fuerza los dedos antes de decidirse a dar el paso.

—He dejado embarazada a una chica.

Lo dijo sin abrir los ojos, sin querer presenciar el horror en el rostro de su madre. En ese momento, todo a su alrededor se tambaleó y sintió que se

mareaba, como si estuviera incluso a punto de perder el equilibrio, el poco que todavía le sostenía erguido en aquella silla. Continuaba esperando aquella frase con la que su madre le lapidaría, aquellas palabras con las que perdería todo el coraje y el orgullo y pasaría a ser simplemente su hijo y no su mayor satisfacción.

—¿La quieres?

Aquella pregunta entró como una flecha en su cabeza que hubieran lanzado a varios metros de distancia y le llegó en forma de un eco ligero y repetitivo. ¿La quería? ¿Cómo podía saberlo? ¿Se podía querer a alguien a quien apenas conocías? ¿Se consideraba querer cuando no podías apartar a una persona de tu cabeza? ¿Podía querer a la única persona que llegaba incluso a asustarle?

CAPÍTULO 10

Cogí el ordenador portátil y lo llevé conmigo al sofá. No sabía muy bien qué era lo que quería hacer, así que abrí mi perfil de *Twitter* y me distraje durante un buen rato con los estados de mis seguidores.

—Vaya, hacía mucho tiempo que no te veía por aquí... ¿Cómo va todo, *florezilla*?

Ni siquiera había sido consciente de haber abierto la página de contactos en todo el rato que llevaba hipnotizada frente a la pantalla. Lo hice de forma inconsciente y automática, como si mis dedos tuvieran voluntad propia para teclear lo que se les antojara.

—Si por todo podemos considerar el desastre que tengo por vida... Creo que he tenido días mejores —tecleé como respuesta.

—¿Necesitas que alguien te escuche?

—Lo que necesito es una copa capaz de fulminarme y hacerme desaparecer de este mundo... al menos por un rato.

—Pues no tengo de eso... Pero si necesitas desahogarte, puedo ayudarte.

—No estoy de humor para tus jueguitos —respondí con desdén.

—No me refería a esa clase de desahogo... Puedo tratar de echarte una mano con lo que sea que te aflige.

—Claro —respondí lacónica y de forma muy estúpida, a decir verdad.

—¿Por qué no lo intentas?

En ese momento, su respuesta me pareció sincera por primera vez. Jamás me había podido llegar a imaginar que encontraría a alguien a través de una simple pantalla que, a pesar de que pudiera encontrarse a miles de kilómetros de distancia —cosa que desconocía y que esperaba continuar manteniendo en secreto— pudiera resultarme a la vez tan cercana. No estaba muy segura del motivo por el que me había conectado a aquella página, pero necesitaba hablar con alguien con desesperación y era como si todo cuanto me rodeaba se estuviera viniendo abajo. Me sentía sola y desorientada, como si mi vida se hubiera derrumbado por momentos y ya nada pudiera volver a ser igual de sencillo como lo era antes.

—¿Qué gano yo contándote mis penas? —pregunté, todavía indecisa.

—Podrías preguntarte a ti misma qué es lo que pierdes no haciéndolo.

Medité aquella respuesta pero no encontré ninguna objeción con la que poder rebatirla. No perdía nada, lo sabía, y por lo menos, hablando con él podría sacar de mis adentros todo lo que sentía o como mínimo, intentarlo.

—Estoy embarazada —sentencié al fin.

—Debo entender por tu forma de decirlo que hablamos de un embarazo no deseado... ¿no?

—*Touché.*

—¿Lo sabe el padre?

—Eso parece.

—Pero tú no querías decírselo, ¿verdad?

Me detuve ante aquella pregunta. No se trataba de que quisiera decírselo o no. No tenía nada que ver con aquello. Lo que sentía iba mucho más allá de algo tan... simple. A pesar de que jamás lo reconocería ante nadie, en lo más profundo de mi ser había deseado no tener que contárselo. No porque no quisiera, ni tampoco porque temiera su reacción. Me temía a mí misma, a mi capacidad de afrontar aquella nueva vida que me esperaba y sobre todo, temía las consecuencias que ahora podían tener todas las decisiones. No contárselo a Martín suponía, en definitiva, negarme la realidad de lo sucedido, en un burdo intento de taparme los ojos y hacer ver que nada de aquello era real.

—¿Sabes? Todo esto me supera... —reconocí al fin, abatida.

—¿Es que no sientes nada por ese chico?

Volví a quedarme en silencio tras aquella pregunta. ¿Es que acaso sabía lo que sentía por él? ¿Lo tenía claro? Martín me gustaba, no había duda de ello... Pero, ¿hasta qué punto?

—¿Es un amor correspondido? —continuó preguntando el chico en un afán supuestamente generoso de ayudarme.

—No me he sincerado del todo con él todavía... No estoy segura de que ni yo misma sepa muy bien lo que siento...

—¿Y por qué no lo habláis?

—Porque lo nuestro es realmente imposible, inviable... ¡Ni siquiera tendría sentido intentarlo!

—¿Por qué crees tal cosa?

—Porque somos incapaces de estar dos minutos en una misma sala sin discutir. Somos polos opuestos y, aunque en algún momento haya llegado

a pensar en que justamente eso podría explicar nuestra atracción... No se acerca ni por asomo. ¿Cómo podríamos ocuparnos de un niño?

—Entonces, te quedas sin muchas opciones... ¿Qué tienes pensado?

—No lo sé... Estoy verdaderamente hecha un lío.

—¿Y en qué se traduce eso? ¿Estás pensando en... perder el bebé?

—No te negaré que le he estado dando muchas vueltas al tema durante estos días... Pero, por otra parte, es mi hijo. No puedo ni soportar la idea de perderlo.

—Creo que tú misma te has dado la respuesta, entonces.

—No sé qué hacer... Si decido seguir adelante con esto... No sé cómo podré hacerme cargo de todo.

—Me da la sensación de que exageras. Antes has dicho que él estaba dispuesto a responsabilizarse del bebé... ¿Crees acaso que ha podido cambiar de opinión?

—Si te digo que antes preferiría decirle que tengo algún tipo de enfermedad venérea... ¿te haces a la idea de cuán complicada es la situación?

—Joder...

—Exacto.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Supongo que ya no viene de ahí.

—¿Cómo pudisteis dejar que pasara?

—No tengo ni idea. Usamos protección, pero falló... No fuimos tan inconscientes de no usar preservativo.

—¿Y puedo hacerte otra pregunta?

—Dispara...

—¿Quieres a ese chico?

—¿En qué sentido?

—Me refiero a que si le amas...

Aquel tipo sabía hurgar en la herida, de eso no había duda. ¿Cómo podía preguntarme aquello y a continuación, quedarse tan ancho?

—Qué oportuna la preguntita, ¿eh? —respondí al fin, tratando de ganar unos segundos más de margen para pensar.

—Eso no responde a mi cuestión.

Me recosté mejor sobre el sofá, adoptando así una posición algo más cómoda. Llevé la mirada al techo y cerré los ojos. Cogí aire tranquilamente, inspiré y expiré repetidas veces hasta que al fin, volví a abrirlos sin tener todavía una respuesta clara.

—No es algo que pueda responder de una forma tan rápida y fría.

—De acuerdo, te lo plantearé de otro modo entonces. Pero debes responder deprisa. ¿Te parece bien?

—Supongo.

—¿Qué sientes cuándo no está cerca de ti?

Me quedé paralizada por la pregunta. ¿A qué venía aquello? Si ni siquiera era consciente de lo que sentía cuando estaba cerca de él, ¿cómo iba a saber lo que sentía cuando estaba lejos?

—Responde.

—Miedo, supongo.

Aquella respuesta me salió sin pensar y me impresionó tan pronto la vi escrita en la pantalla. ¿De verdad era eso lo que sentía?

—Vaya, veo que esto se pone más interesante todavía.

Me asusté por la magnitud de lo que comportaba aquella afirmación. Lo había dicho de carrera y no era siquiera consciente de haberlo sentido en algún momento. Aquello me había descolocado, pues aquel sentimiento jamás se me había despertado hacia un hombre, sino que, de lo contrario, únicamente recordaba haberlo experimentado el día en el que recibí aquella llamada de mis padres que tanto cambió mi vida.

—¿Eras consciente de ello?

—No...

—¿Jamás te habías enamorado antes?

—No... Supongo.

—Creo que deberías hablar con él abiertamente de todo esto. Te lo debes a ti y se lo debes a él. Si hay una mínima probabilidad de que lo vuestro funcione...

—Ni siquiera sabría decirle lo que siento por él. Es lo más extraño que me ha sucedido jamás con un hombre. Aunque, del mismo modo, tampoco sé muy bien por qué te estoy pegando este rollo hoy, sin conocerte de nada. Debes de pensar que estoy chalada...

—¿Sabes? A veces nos resulta más fácil abrirnos con personas a las que no conocemos de nada. Nunca sabes si volverás a saber de ellos, lo que te confiere esa tranquilidad que alguien cercano no te da. No temes ser juzgado

o cuestionado, sino que eres libre de expresarte sin tener que pensar luego en los remordimientos. En definitiva, sabes que si no quieres volver a hablar conmigo, puedes “desconectarme” de tu vida con un simple *click*. Tampoco sería la primera vez... je, je, je.

—¿Qué quieres decir con esto? Me parece una reflexión muy profunda... —añadí un tanto sorprendida.

—Muy fácil. Si le contaras todo esto a alguien que te importa, cosa que por ahora continúas sin hacer, sabes perfectamente que de un modo u otro te acabaría juzgando, aunque después te diera su apoyo incondicional. Pero a mí no me conoces de nada. Ni siquiera has llegado a verme la cara. Por eso mismo te da igual que pueda juzgarte o no ya que con tan solo darle a una tecla puedes eliminarme totalmente de tu vida y después de ello, te dará igual lo que yo haya podido opinar sobre la manera en la que has decidido afrontar este problema.

—Vaya, creo que me he equivocado de psicólogo...

—¿Cómo dices?

Me di cuenta de que aquella afirmación le había sorprendido más de lo que debería y traté de desviar el tema de algún modo que pudiera resultar creíble.

—Nada. Hace algún tiempo que estoy llevando a mi hijo al psicólogo, nada importante —comenté sin mencionar que precisamente este era el origen de mi problema, pues el psicólogo era el punto de partida de toda aquella historia—. Pero creo que tú lo harías mucho mejor que él.

Fui consciente de que por primera vez en mi vida había usado aquella palabra. Lo había hecho para esconder la verdadera identidad del pequeño pero, ahora, me sentía extraña por ello, como si le estuviera usurpando algún

tipo de privilegio a alguien. Sacudí la cabeza con delicadeza y me esforcé en sacar aquella idea de mi mente, tratando de concentrarme al máximo en la conversación que tanto me interesaba y que tan bien me estaba yendo.

—No te creas. Únicamente estoy tratando de ayudarte a abrir tu mente hacia otras perspectivas. ¿No has pensado que, seguramente, tu psicólogo quizá te esté presionando porque sabe que puedes dar mucho más de ti misma? Pareces una mujer muy madura para tu edad.

Aquello no me lo había planteado siquiera. ¿Cómo podía parecerme de pronto tan obvio?

—Supongo que eso es gracias al niño. Él parece estar reaccionando muy bien con el psicólogo y ahora mismo no me veo con fuerzas de alejarle de él.

—Nadie ha dicho que debas alejarte.

De nuevo, aquel tipo volvió a sorprenderme con sus palabras. ¿Quién demonios era y por qué sabía tanto de la vida?

—Si ha sido capaz de ganarse el cariño del pequeño, quizá no sea tan malo como intentas creer que es, ¿no?

—Si te digo la verdad... es un tipo excepcional. He tenido mucha suerte de que Héctor cayera en sus manos, aunque jamás lo reconoceré ante su presencia.

—Entonces... ¿en qué quedamos?

—Es muy buen profesional y me encanta ver cómo empieza a evolucionar Héctor a través de la terapia. Desconozco totalmente en qué consisten las sesiones, pero él es feliz y a mí eso me sirve. Como psicólogo, es un tipo excelente. Sin embargo, todo lo que tiene de bueno, lo tiene de

arrogante, engreído, estúpido...

—Para, para... Echa el freno, mujer. ¿Me estás diciendo que ese supuesto psicólogo es el tipo del que llevamos hablando toda la noche?

—Sí... —tuve que admitir al fin—. ¡Y me he quedado corta!

—Pues mira, ahora que dices eso... ¿Sabes qué es lo que me parece a mí?

—Sorpréndeme. Aunque no sé si llegados a este punto, debería desconectarte ya mismo.

—Créeme, si no lo has hecho ya es porque en el fondo, necesitabas contarle a alguien todo lo que pasa por tu cabeza ahora mismo.

El tipo permaneció en silencio durante algunos instantes antes de volver a escribir un mensaje para mí.

—Me parece que lo que te sucede es algo tan sencillo como el hecho de que estás enamorada de él, aunque todavía no seas consciente de ello, por lo visto.

—Mira, esto ya es lo último que me faltaba por oír.

—Piénsalo detenidamente, quizás te des cuenta de pequeñas cosas a las que has dejado de prestar atención hasta ahora.

—¿Sabes? De todo lo que estoy viviendo en estos momentos esto es, con diferencia, lo que menos me preocupa. Tengo cosas mucho más importantes en las que centrarme como para dar paso en mi cabeza a lo que siento o dejo de sentir por él.

—Ese es tu principal problema, si me permites el atrevimiento.

—Pues mira, no sé si te lo permito.

Me sentía furiosa por aquella afirmación. ¡Pero si ni siquiera me conocía! ¿Cómo podía saber tanto sobre mí? Entonces, algo me paralizó. Una idea —absurda seguramente— se instaló en mi cabeza y se detuvo ahí con fuerza, a la espera de que tomara una forma definitiva o acabara por completo con la poca cordura que todavía me quedaba.

—¿Martín? —pregunté en un súbito ataque de pánico. El chico tardó unos instantes más de la cuenta y aquello me aterrorizó todavía más. No sería capaz de aquello, ¿no?

—¿Cómo dices? —añadió el otro al fin.

Dudé durante un momento sobre lo que acababa de hacer. Al final, convencida de que mi mente me estaba jugando una mala pasada, deseché aquella locura y traté de no darle más importancia al asunto.

—¿Acaso crees que soy tu psicólogo?! —preguntó el otro, evidentemente atónito.

—No... No, déjalo. Ha sido un error.

El chico permaneció en silencio de nuevo y aquello consiguió asustarme todavía más. Lo había estropeado todo, seguro, a pesar de lo bien que me había sentido con aquella conversación.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! ¡Pero si yo estaba presente el día de vuestro... ¿*Affaire*? ¿Escarceo? ¿Visita nocturna inesperada?!

El chico no parecía muy alterado, lejos de lo que yo había creído, sino todo lo contrario. Aquello me permitió respirar tranquila de nuevo lo cual, supuso un gran alivio.

—Lo siento. Estoy peor de lo que pensaba...

—Eh, vamos. Todos cometemos esta clase de errores. No te martirices por ello. Pero, escúchame. Debes ponerle fin a toda esta historia, agarrar al toro por los cuernos, como suele decirse, y ser valiente para afrontar esta situación. Con o sin el psicólogo, tienes a un niño (y medio) del que ocuparte... échale valor. Puedes con esto y más. Tan solo debes hacerte a la idea pero, en realidad, somos imparables. Lo único que nos separa de la realidad es la muerte y mientras no llegue tu momento, debes luchar para llevar las riendas de tu vida y no dejar que aquello que podría llegar a ser te impida que algo realmente llegue a existir.

Echarle valor... Hacía mucho tiempo que había perdido las fuerzas para todo. Además, el hecho de que Sandra hubiera desaparecido tan repentinamente de mi vida lo había empeorado, consiguiendo que todavía perdiera un poco más la esperanza y las ganas de continuar luchando por seguir adelante. Pero aquel tipo había logrado despertar en mí un instinto que hasta ahora, había permanecido latente, escondido, a la sombra de otros sentimientos que afloraban cada día con más fuerza, peleándose entre ellos por descubrir cuál podía más. Tenía que luchar por Héctor, darle lo que tanto necesitaba, disculparme con Martín y tomar una decisión de una vez por todas. Aquel tipo que no me conocía de nada había logrado tocarme la fibra sensible, como solo una de todas las personas que me conocían pudiera haberlo hecho. Pero aquella persona se había ido de mi vida y ahora solo me quedaba ser fuerte, mirar al frente y luchar por todo lo que quería.

—¿Puedo preguntarte quién eres? —añadí, muerta de curiosidad por la capacidad que poseía aquel hombre para remover los cimientos de mi esencia—. Para nada te pareces al tipo que hace tan solo unos días, me

“obsequió” con otras partes de su “ser” menos profundas... por así decirlo.

—Esa es buena, lo reconozco...—contestó en un tono que realmente pareció divertido al añadir un par de emoticonos sonrientes—. Hagamos una cosa: yo no te vuelvo a “deleitar” con mis “atractivas virtudes” si tú me prometes que considerarás todo lo que hemos hablado hasta ahora y que tomarás una decisión al respecto.

Aquello me sorprendió, era sin duda lo que menos me esperaba en aquel instante. Pero no quise darle más importancia, el pacto me parecía cuanto menos, curioso, a la par que disparatado pues, por mucho que lo pensara, no lograba entender qué beneficio obtendría aquel tipo de que yo tomara una decisión así sobre mi vida privada.

—Trato hecho. Pero, con una condición...

—Dispara —añadió, todavía con aquel tono divertido.

—Algún día me contarás quién eres en realidad.

—Eso no puedo prometértelo.

—¿Por qué?! —la sorpresa fue más que evidente y no pude disimular mi decepción al respecto.

—Porque si lo hiciera, dejaría de ser aquella persona desconocida con la que puedes sincerarte para ser alguien con nombre y rostro con el que, una vez más, establecerías esas barreras de las que antes te he hablado. Si necesitas liberarte, contarme cualquier cosa o simplemente hablar, aquí estaré... pero siempre desde el anonimato. No necesitas que un nuevo amigo entre en tu vida, lo que necesitas es salir y vivir tu vida con aquellas personas que te rodean, te cuidan y que quieren compartir su vida contigo.

Aquellas palabras volvieron a removerme por completo. Aquel tipo

era diferente y de todas las personas con las que podía haberme cruzado en la red, me había tocado a mí. A veces, la vida parecía tener esas salidas tan curiosas e imprevistas. Una sonrisa se había dibujado en mi rostro sin que hubiera sido consciente de ello hasta que recordé algo que unas semanas atrás había supuesto un gran problema para Martín y para mí.

—Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta...?

—Con esa ya serán dos... je, je. Dime.

—Aquella noche... cuando... esto... ¿llegaste a grabar algo?

Volvió a establecerse un silencio incómodo entre nosotros pues ambas pantallas se quedaron en una especie de *stand by* momentáneo. No sabía si aquello le habría molestado, aunque esperaba que no fuera así. Pero necesitaba saber la respuesta, no tanto por mí sino por Martín, pues lo que menos deseaba en el mundo era ser la causante de un gran socavón en su carrera profesional.

—Puedes estar tranquila. No te negaré que me quedé embobado frente a la pantalla... Joder, ¡para no hacerlo! Pero no grabé ningún vídeo. No soy esa clase de persona. Te doy mi palabra.

¿Su palabra? Aquella afirmación me pareció insustancial. ¿Podría creerle si ni siquiera conocía su nombre? Sin embargo, no parecía que aquel tipo pudiera tener algo en mi contra, al fin y al cabo me había dedicado parte de su tiempo sin pedir nada a cambio. ¿Sería suficiente para darle un voto de confianza? Decidí que así sería y no volví a sacar el tema.

—Gracias por todo, de verdad. Realmente creo que necesitaba desahogarme —dijo al fin a modo de despedida.

—Tal vez tenga una ligera de idea de aquello por lo que puedes estar

pasando... No decaigas, ¿de acuerdo?

Y como si me lo prometiera a mí misma, sonreí una vez más frente a la pantalla del ordenador y le hice saber a aquel simple desconocido que así sería desde aquel momento.

—Gracias por todo, anónimo *Cascahueces*.

—De nada, *florezilla*. Nos leemos por aquí.

Sin esperar ninguna respuesta más, desconecté el chat y salí de la página. El fondo de pantalla apareció frente a mí y me quedé pensativa ante aquella foto que me había tomado con Héctor la primera vez que le llevé a la feria. Se le veía tan feliz... Ajeno a todo lo que había sucedido en su corta vida, la sonrisa que mostraba era tan radiante que ni siquiera toda la luz del mundo podría haberse comparado con la que emanaba de sus ojos.

Había sido tan egoísta con él... Sentí que el labio inferior me temblaba ligeramente y me pasé los dedos con suavidad sobre el mismo. Sentía la súbita necesidad de abrazarle, de achucharle fuerte y comérmelo a besos hasta que el niño pidiera clemencia tras uno de sus ataques de risa.

CAPÍTULO 11

El miércoles, los nervios que sentía por la inminente llegada del viernes ya eran latentes y palpables. Había pasado aquellos días encerrada en el taller sin parar de trabajar, pues mi madre accedió gustosa a hacerse cargo de su nieto mientras tanto. Sin embargo, le echaba muchísimo de menos por casa. A pesar de que el silencio siempre imperaba en nuestro hogar, estuviera presente Héctor o no, aquella soledad me dolía en el alma. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de presentarme al concurso, aquel dinero nos vendría muy bien para poder ir más desahogados e incluso, para plantearme de algún modo la posibilidad de contratar a algún ayudante, aunque solo fuera durante algunas horas.

Sin embargo, las horas no pasaban delante de aquellos folios en los que planteaba diferentes esbozos y dibujos sin sentido ni orden. No era capaz de dar con la pieza clave, con aquello que pudiera destacar por encima de todos los diseños que seguramente se presentarían al concurso. ¿Cómo podía competir con gente que llevaba en el sector toda la vida?

La campanilla de la tienda tintineó, indicándome la llegada de alguien, sacándome de forma abrupta de todos aquellos pensamientos.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? —preguntó mi madre desde la distancia mientras sujetaba la mochila de Héctor y le ayudaba a quitarse la chaqueta.

—Hola, mamá. Esto es un verdadero desastre. No me sale nada decente y solo tengo la sensación de estar perdiendo muchas y valiosas horas que, por cierto, no me sobran —contesté de carrerilla mientras salía de detrás

del mostrador. Entonces, me acerqué a Héctor y lo acogí entre mis brazos con fuerza, con un anhelo extraño pues a pesar de haber pasado a verle cada tarde, le echaba muchísimo de menos. —Hola, cariño mío. ¿Cómo te ha ido en el colegio?

Héctor aguantó el abrazo durante algunos segundos antes de zafarse de mis brazos con virtuosa agilidad para, acto seguido, mirarme con una expresión extraña e incluso, indescifrable y entonces, para nuestra sorpresa, se dirigió hacia la esquina donde estaba situada la pequeña mesa y se sentó en la silla, justo antes de coger los colores y encerrarse en su propio mundo particular.

—Cariño...

—Déjalo, mamá —añadí cortándola sin que ella lo esperara —. Encontraré la manera de hacerlo. No es necesario que te lo quedes más días, creo que puedo con todo.

—¿Y el concurso? No vas a poder trabajar en condiciones...

—Da igual, mamá. No creo que el concurso pueda ayudarme con Héctor. Esto es cosa mía.

Al final, sin atreverse a añadir nada más al respecto, cedió ante mi petición. Se acercó, me besó en la mejilla con ternura y me dedicó una última sonrisa. A continuación, fue hacia el rincón y abrazó con fuerza a su nieto, que recibió con gusto sus brazos, acomodándose entre ellos con una expresión de serenidad en el rostro. Antes de cruzar la puerta, se despidió de nosotros con un sencillo aunque extraño “hasta mañana”, acompañado de una de sus dulces sonrisas.

De nuevo a solas, me dediqué a observar durante no supe cuántos minutos a Héctor, que mantenía su absoluta y entera atención en el folio que

tenía delante. Pintaba sin cesar usando ceras de colores, únicamente en tonos verdes. Me acerqué con sigilo hacia él y me senté con cuidado —y con cierta dificultad— sobre un cubo de pintura grande que había al lado de la mesa del niño. Observé atenta sus trazos sin decir nada al respecto, tratando de buscar una forma definida a todo aquel amasijo de tonalidades, consciente de que, aunque Héctor sabía que yo estaba a su lado, continuaba ajeno a todo lo que no fueran aquellos colores.

—¿Qué es esto, cielo? —dije, a sabiendas de que no obtendría respuesta alguna, tal y como, evidentemente, sucedió.

Pasaron todavía algunos minutos más en los que continuamos en silencio, perdidos en todos los trazos que él iba haciendo.

—¿Es un bosque? —volví a preguntar.

Héctor pareció sorprendido por aquella pregunta. Sin mover la cabeza, sus manos se detuvieron durante algunos instantes y me lanzó una mirada de reojo, gesto que percibí a la perfección.

—Es un bosque, ¿verdad? ¡Es precioso, cielo! —dije animándole, tratando de cambiar la estrategia con tal de conseguir un mínimo de atención por su parte.

En ese instante me pareció que Héctor sonreía ligeramente, casi de forma desapercibida, aunque estaba segura de lo que acababa de ver en el rostro del pequeño.

—¿Sabes? A mí me encanta ir al bosque... Antes solía ir mucho —continué mientras él seguía pintando, aunque esta vez parecía atento a todas mis palabras—. ¿Quieres que vayamos un día? Podemos ir a buscar castañas, o tal vez setas.

Héctor alzó la vista por primera vez de forma visible y me contempló en absoluto silencio con una mirada penetrante como ninguna otra. Sin embargo, en sus ojos había un pequeño destello de luz distinto, lleno de fuerza, así como un atisbo de esperanza, un brillo que logró paralizarme hasta el punto de secarme la boca mientras me preguntaba cómo era posible que un niño tan pequeño lograra transmitir algo tan potente.

—¿Me prestas un momento el dibujo?

Héctor apartó las manos que reposaban sobre el folio y dejó que lo cogiera. Estudié durante algunos instantes todos y cada uno de los trazos que él había realizado y traté de buscar alguna forma que destacara de algún modo sobre las demás. Sonreí para mis adentros, sin apartar la vista del dibujo. Me puse en pie y me dirigí hacia la pared donde reposaban de forma ordenada todos mis materiales. Cogí un pincel de punta muy fina y un pequeño bote de tinta negra. Me acerqué entonces de nuevo a la mesa y tomé asiento una vez más sobre el bote de pintura. Dejé el folio, abrí el botecito de tinta y mojé en ella el pincel. Con una destreza que nacía por completo de alguna parte de mí, comencé a trazar líneas sobre el dibujo de Héctor. Al principio nada de aquello tenía sentido. De hecho, hicieron falta algunos minutos antes de que Héctor descubriera por fin mis intenciones. Entonces, sin poder evitarlo, vi cómo sus ojos centelleaban brillantes ante aquel descubrimiento. Todo lo que él había dibujado ahora adquiriría una nueva dimensión. Las hojas, los arbustos, toda la espesura verde sin forma definida mostraba con timidez un tupido paisaje colmado de vegetación. Continué dibujando líneas sin parar, consciente ahora de que Héctor me contemplaba embelesado, con una mirada que hacía días que echaba de menos. Era una mezcla de admiración y de amor, un sentimiento difícil de definir pero que podía percibirse desde el silencio que entre nosotros reinaba. Sabedora de lo que estaba sucediendo y de cuánto había llegado a anhelar aquella sensación,

continué dibujando, proporcionándole al pequeño un paisaje de ensueño sin perder la esencia de su dibujo. Había logrado que ambas creaciones se fusionaran en una sola, pudiéndose percibir a la perfección la esencia de cada una.

—¿Te gusta? —pregunté al fin, encontrándome directamente con su mirada por primera vez en todo aquel rato.

Tras dudar un par de segundos en los que no apartó la vista de mis ojos, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, moviéndola arriba y abajo únicamente un par de veces, tal y como siempre había hecho.

—¿Sabes? A mí siempre me ha encantado pintar también. Tanto como a ti. Parece que al final sí te has llevado alguna de las pocas virtudes que había codificada en mis genes...

Como si aquella confesión fuera lo que Héctor llevara tiempo necesitando, se levantó de un salto y se lanzó a mis brazos —para mi absoluta y total sorpresa—. No sabía muy bien a qué respondía aquel repentino arrebató, aunque no dudé ni un instante en estrechar con fuerza a mi pequeño, que pedía a gritos silenciosos un poco de cariño.

—Te prometo que un día de estos iremos a dar un paseo por el bosque... Así podremos coger nuevas ideas para dibujar juntos. ¿Te gustaría?

Héctor asintió con fuerza sin despegarse ni un milímetro de mis brazos. Así pues, un poco azorada e impactada por aquella reacción, me dejé llevar por lo que aquel abrazo me estaba proporcionando, sintiendo cómo se liberaban en mi organismo las endorfinas que por fin, me regalarían un estado de felicidad que hacía tiempo que no poseía.

CAPÍTULO 12

La habitación estaba en la penumbra. En ella no había gran cosa, pues apenas una cama y un par de mesillas eran el único mobiliario que conformaba la estancia. El caballero, atento a la joven campesina, observaba paciente la expresión de su rostro. Parecía muy niña todavía, pues a su alrededor podía apreciarse el aura de pureza que aún desprendía. Aquello todavía le gustó más por lo que, dispuesto a conseguir lo que tanto deseaba, se acercó a ella y le llenó los oídos de todas aquellas promesas y palabras que ella ansiaba escuchar. Aquello únicamente facilitó las cosas, pues apenas encontró resistencia cuando el chico, haciendo uso de parte de su fuerza, pudo hacerse con ella, arrebatándole por primera vez su integridad.

Olga no lloró cuando el joven, al que ya no consideraba un caballero, desapareció dejándola tirada sobre la cama junto a unos cuantos billetes que había sacado de su bolsillo al ponerse los pantalones. Respiró hondo, se vistió de nuevo y se guardó aquel dinero que no era más que el recuerdo de lo que había sucedido en la habitación.

Al salir, se encontró con el jovial rostro de sus recién adquiridas amigas. Ninguna de ellas le preguntó por lo que había sucedido. Ninguna quiso saber cómo se encontraba. Tan solo la recibieron con una sonrisa, le pusieron una copa delante con algo que ni siquiera se molestó a preguntar qué era mientras estas la animaron a que se lo bebiera de un trago

asegurándole que, con el paso del tiempo, esa sensación amarga desaparecería y todo aquello no sería más que la forma de ganarse el dinero con el que podría permitirse todo cuanto quisiera.

El viernes llegó y con él la primera visita que realizaría en compañía de Elsa. A pesar de todo lo sucedido durante las dos últimas semanas, nada indicaba que Martín hubiera cambiado de parecer. La anterior no había acudido a la consulta porque todavía era demasiado pronto y quería recuperarme del todo, pero ahora ya no podía escaquearme una vez más. De hecho, hacía días que no sabía nada de él y tan solo de pensarlo se me rompía el alma en pedazos. Pero yo tenía gran parte de culpa en todo aquel asunto, pues había sido yo misma la que no había querido entrar en razón y atender a sus explicaciones.

Me sentía nerviosa desde la tarde anterior en la que empecé a imaginar cómo sería aquel encuentro. Cierto era que las pocas veces en las que nos habíamos visto, no me había parecido una chica difícil, ni mucho menos estricta. Al contrario, Elsa debía de tener más o menos la misma edad que yo, tal vez dos o tres años más a lo sumo. Parecía responsable y curiosamente, tenía algo que me recordaba a mí.

Me levanté temprano como cada mañana, me duché, me vestí con lo primero que pillé al abrir el armario y tras recogerme el pelo en una cómoda coleta, me puse las gafas y me encaminé hacia el dormitorio de Héctor. Resultó que ya estaba despierto cuando entré, a pesar de que no eran las ocho todavía. Sin embargo, calmado como siempre, me esperaba tumbado en su cama, abrazado a aquel oso de peluche con el que siempre dormía y con el pulgar en la boca a modo de chupete.

—Héctor, cielo, ¿qué hace ese dedo metido en la boca? —pregunté sin borrar una sonrisa mientras me acercaba a él.

Me apoyé en el borde de la cama y le pasé una mano por el pelo antes de retirar con cuidado el brazo para que Héctor dejara de chuparse el pulgar. Aquello era muy extraño, nunca antes le había visto hacerlo. Sin embargo, no

quise darle más importancia pues tal vez de aquel modo él tampoco lo hiciera.

—¿Has dormido bien? —volví a preguntar, ahora ya retirando las sábanas y ayudándole a incorporarse.

Con un gesto todavía soñoliento, Héctor afirmó con la cabeza y se lanzó a mis brazos. Entonces, sin esperarlo, un fuerte pinchazo me atravesó desde lo más profundo del vientre. Me dolió hasta el punto de cortarme la respiración, obligándome a pensar de nuevo en aquello que había tratado de mantener al margen de mi cabeza durante esos últimos días. Cogí con fuerza el poco aire que mis pulmones me permitieron aspirar y contuve las ganas de llorar que aquel dolor me provocaron. No quería que Héctor se diera cuenta de nada así que, con grandes dificultades, tragué en silencio el nudo que se había formado en mi garganta y respiré hondo un par de veces con la intención de recuperar cuanto antes la normalidad.

Dejé a Héctor en clase y me dirigí directamente hacia la cuarta planta, donde estaba situado el pasillo al final del cual, se encontraban los despachos de Elsa y por supuesto, el de Martín.

En absoluto silencio, recorrí el corredor y de forma instintiva, me dirigí hacia el del psicólogo, a la espera de escuchar cualquier ruido que delatara su presencia. Esperé tras la puerta del mismo, apoyada de lado en la pared mientras que, sin darme cuenta, llevé una de mis manos a la barriga y empecé a acariciarla con suavidad.

—Has llegado pronto... —dijo una voz a mis espaldas.

Me sobresalté por culpa de aquella intromisión inesperada y me giré para descubrir a quién pertenecía aquella voz, aunque intuía con seguridad de

quién podía tratarse.

—Buenos días, Jana. El señor Saavedra no está en el colegio, si le buscabas para hablar con él... —añadió de nuevo sin borrar aquella dulce sonrisa de sus labios—. Te esperaba más tarde, pero tengo un rato libre. Si quieres pasar, podemos empezar ahora...

Dudé durante unos breves segundos bajo la atenta mirada de la coordinadora. Al final, asentí dibujando una tímida sonrisa en el rostro y me adentré en el despacho que había justo enfrente del de Martín, mientras la otra me indicaba el camino con un gesto de la mano.

La estancia era algo más pequeña que la del subdirector, aunque daba la sensación de estar ordenada e impoluta, lo que le confería una amplitud adicional. Elsa tomó asiento tras el escritorio del despacho y yo hice lo mismo frente a ella, en una de las sillas que ahí había dispuestas.

—Bien, hoy realizaremos la sesión sin Héctor. Yo no soy psicóloga por lo que no hay motivos para que él esté aquí con nosotras, aunque estoy al corriente de todo su caso para poder continuar con las reuniones mientras dure la ausencia de Martín.

—Ah... está bien —atiné a decir únicamente.

—Puedes estar tranquila, no muerdo. Al menos, no tanto como lo hace Martín...

Aquel comentario vino acompañado de un guiño por su parte que logró relajar un poco la tensión que yo albergaba y que trataba de disimular. El hecho de que Elsa se refiriera a él por su nombre y no por su apellido o cargo no me pasó en absoluto desapercibido, lo que me llevó a pensar en la

posibilidad de que la chica pudiera estar al corriente de algo más que no fuera únicamente lo que a Héctor se refería. Sin embargo, deseché la idea rápidamente de mi cabeza y traté de mantener la atención en lo que fuéramos a hablar en el despacho durante ese rato.

—¿Puedo preguntar a qué se deben estas repentinas ausencias de Martín? Si no es mucha molestia, claro... —me apresuré a corregir al fin, tratando de evitar que se notara el nivel de desesperación que sentía por tal decisión.

—No es nada personal, si esa es la pregunta. Martín se halla inmerso en medio de un significativo... proyecto, donde hay más instituciones implicadas aparte de nuestro colegio. Así pues, su presencia es requerida con cierta continuidad y así continuará siendo, al menos durante un tiempo, me temo. Tenemos la gran suerte de contar con uno de los mejores especialistas a nivel infantil de todo el país así que, espero que este proyecto le colme de todo el reconocimiento que se merece.

—Ah... parece algo realmente importante —dije entonces, sin querer mostrar lo mal que me sentía por el hecho de que él no me hubiera contado nada al respecto sino que, todo lo contrario, hubiera dejado que mi imaginación pensara lo que le viniera en gana, causándome así más de una mala jugada.

—Créeme, lo es. Y espero que algún día recoja sus frutos, se lo merece después de todo el esfuerzo y dedicación que está empleando.

—Sí... ojalá así sea.

Elsa se mostraba tranquila y risueña y, a pesar de que me gustaba aquella proximidad que me ofrecía, todavía continuaba pareciéndome muy extraño estar en ese despacho y no en el de enfrente.

—Pues bien, si a ti te parece, comenzaremos con la reunión —dijo mientras observaba el gesto afirmativo que le dediqué con la cabeza—. Verás, tengo apuntadas algunas preguntas que deberíamos resolver. Sin embargo, no me gustaría que te sintieras en una especie de interrogatorio, por lo que puedes preguntarme a mí lo que quieras, lo que te pase por la cabeza o lo que necesites. Bien, empecemos, pues. ¿Cómo ha pasado Héctor los últimos días?

—Bien. Parece que vuelve a ser el de siempre...

—¿Cómo dices? —añadió descolocada.

—Verás, Héctor empezó a mostrarse reacio y distante conmigo hace unos días. Parece que, de nuevo, vuelve a buscar mi atención tal y como lo hacía antes.

—Bien, eso es un gran avance. Tengo entendido que Héctor es un niño realmente despierto y atento. ¿Crees que en algún momento ha perdido esa curiosidad que tiene por todo o simplemente, le veías más apagado de la cuenta?

—No creo que haya perdido la curiosidad por nada desde el día en que nació. Héctor es... fascinante, en muchos aspectos. Sin embargo, yo no logro entender su pequeño cerebritito. Tiene un modo de funcionar que a veces me descoloca y no sé cómo reaccionar con él. No sé cuándo necesita un abrazo o cuándo quiere que le enseñe a hacer algo. Es... complicado, supongo.

Me detuve y pensé en lo fácil que me estaba resultando mantener aquella conversación con Elsa. Lejos de lo que había creído en un principio, la chica me escuchaba paciente y no me forzaba en ningún momento, al contrario, me animaba a contarle lo que fuera que yo necesitara sacar. Al fin

y al cabo, el cambio de rutina en las sesiones tal vez no fuera a resultarme tan tedioso como en un primer momento había imaginado.

—Te entiendo. He pasado con él poco tiempo, a pesar de que sigo de cerca todo el procedimiento y terapia. Pero, cuando he estado con Héctor, a solas me refiero —puntualizó sonriente—, he podido observar su forma de mirar, de estudiar lo que le rodea. Es curioso, atrevido e inteligente, cualidades que le hacen destacar muy por encima de sus compañeros.

—Gracias —añadí ruborizada—, la verdad es que es un niño único...

—Ahora, con tu permiso, necesito que me contestes a una pregunta un poco más personal. ¿Cómo llevas el embarazo?

Aquella pregunta sí que no me la esperaba en absoluto. Pensaba que toda la reunión se ceñiría a Héctor, pasando por alto todo aquello en lo que yo me negaba a pensar.

—Verás, me gustaría aprovechar ahora que no está Martín para poder hablar tal vez más tranquilamente del tema... Si te parece bien.

—Creo que no te sigo...

—Mira, soy consciente de cómo es Martín. Es una persona ejemplar y un profesional admirable, pero en algunos temas... carece del tacto que se necesitaría para abarcarlos. Está acostumbrado a tratar con niños y el trabajo con adultos es muy distinto. Por eso, me gustaría saber si tienes alguna cosa que te gustaría o que necesitarías hablar con alguien. Puedo tratar de entenderte y ayudarte en la medida de lo que me sea posible. Según lo que tengo entendido, todavía no estás muy segura de la decisión que quieres tomar... ¿verdad?

Aquella inmersión repentina en mi vida me asustó. Me pregunté cómo

era posible que la chica que tenía delante pudiera tener constancia de tantos detalles personales pero, suponiendo que Martín fuera el que se escondía detrás de toda aquella información que le habían cedido, no me atreví a poner en duda la diligencia que habría debido de poner a la hora de transmitir todos y cada uno de los datos del caso.

—Me siento... abrumada —dije como única respuesta y a modo de liberación.

Elsa, al contrario de lo que hacía el psicólogo, se mantuvo en silencio. Dejó que pensara con total libertad lo que quería contarle, sin presionarme con más preguntas.

—Verás. Vivo sola y me hago cargo de un niño de tres años, no sin ciertas dificultades. Tengo la suerte de que mis padres me ayudan muchísimo con él, pero no veo cómo podría traer a otro bebé al mundo sin que ello tuviera unas tremendas repercusiones en todo lo que es nuestra vida... ¿Cómo se lo tomaría Héctor? Él me necesita más que nadie... Si tengo otro bebé, ¿cómo afectaría en su vida?

En ese mismo instante me di cuenta de que, por primera vez, había mostrado abiertamente mis verdaderas inquietudes. No le temía a la llegada del bebé en sí sino a la repercusión de este en la vida de Héctor. Me sentía en deuda con él y no soportaba la idea de fallarle una vez más.

Elsa hizo una leve mueca sonriente. Intuí que de algún modo, conocía a la perfección esa sensación de angustia que yo poseía y sabía a ciencia cierta que, en ese momento, yo necesitaba la misma ayuda que Héctor.

—Te voy a explicar una cosa. He sido hija de madre soltera durante toda mi vida, bueno, casi toda... Cuando era pequeña, no entendía por qué motivo yo no tenía un padre, igual que los demás niños de mi clase, sin

embargo, nunca me hizo falta. Ella me hacía sentir plena, importante, me mimaba y me colmaba de cariño. Me brindó la educación que necesitaba y jamás eché en falta nada más. Créeme cuando te digo que te entiendo. Pero eres fuerte, tienes mucho más de lo que muchísimas chicas de tu edad tienen. Dispones de un negocio propio, de un hogar propio, de un niño precioso y de una familia que te quiere. Dime, ¿cuántas chicas con veinticinco años conoces que puedan decir lo mismo?

Me detuve a recapacitar sobre aquella afirmación sin ser consciente de la pequeña sonrisa que mostraban mis labios y del tenue rubor que se había adueñado de mis mejillas. Tenía razón. Había invertido mucho y me había esforzado para lograr todo aquello. ¿Por qué no me sentía feliz? ¿Por qué solo veía lo que no tenía en vez de darle importancia a todo lo que había logrado por mis propios méritos?

—Gracias... —añadí al fin un poco turbada.

—No me las des. Era una mera observación. Lo que quiero decir con esto es que seas fuerte. Eres una chica con iniciativa, con templanza y con mucho ímpetu. Puedes conseguir lo que sea que te propongas. Y Héctor estará contigo porque no necesita a nadie más. Lo que tienes que hacer es dejar de pensar por él. No le pongas en el camino más obstáculos de los que ya tiene. Héctor no verá la llegada de un hermanito como una zancadilla para él si tú no le dejas que así sea. Él siente en función de lo que vive, de lo que tú le haces vivir. Si tú ríes, él ríe. Si tú lloras, él se entristece. Si tú te alejas... él se aleja.

Él se aleja. Aquella última afirmación resonó de forma categórica en

mi cabeza. Sin poder evitarlo, me vinieron a la mente aquellos últimos días en los que Héctor no parecía querer estar conmigo. Sin embargo, sabía perfectamente que gran parte de la culpa era mía. Yo había sido la que con mi actitud, me había alejado del niño. No estaba feliz, no le prestaba la atención habitual y no atendía a sus peticiones y necesidades con el mismo mimo de siempre. Yo me había alejado de Héctor y le había dejado en parte solo frente aquel mundo que él no comprendía.

—Jana, no sé si me estaré metiendo donde no me llaman o si esto traspasa alguna línea más allá de lo estrictamente profesional. Pero creo que necesitas ayuda. Héctor está atendido y créeme que no existen mejores manos que las de Martín. Pero, y quiero que conste que esto te lo digo como mujer y no como coordinadora, creo que ahora mismo quien más atención necesita eres tú.

—¿Y cómo lo hago? No puedo pagarme un psicólogo y siento que hay cosas que no puedo hablar con nadie. Mis padres han pasado por momentos muy duros y no son imparciales y Minerva... Minerva es mi mejor amiga y la quiero con todo mi corazón pero, a pesar de que está a mi lado siempre que la necesito, en el fondo sigue siendo una chica de veinticinco años, con trabajo, dinero y ninguna responsabilidad de la que hacerse cargo. Siento que no puede entenderme ahora mismo. Nadie puede hacerlo...

Sequé uno de mis ojos con el dedo, llevándome con él una lágrima que amenazaba con resbalar por mi mejilla. No me esperaba confesar aquello en voz alta, y mucho menos hacerlo en presencia de Elsa. Sin embargo, esa chica tenía algo que me invitaba a reflexionar de un modo distinto al que lo hacían los demás. No era nada especial, pero su forma de hablar me permitía hacer un ejercicio de introspección que realmente necesitaba y me ayudaba a sacar todo aquello que mi cerebro se aferraba a mantener a raya.

—Mira —dijo la otra tendiéndome una tarjeta por encima del escritorio—. Este es mi teléfono, mi correo ya lo tienes. Úsalo. Llámame o escíbeme cuando lo necesites. No puedo ofrecerte terapia porque no soy profesional... Pero puedo escucharte y tratar de ayudarte a ver la vida desde otro punto de vista. Si te sientes nerviosa, alterada, fuera de lugar o simplemente, pierdes la dirección de tu vida durante unos instantes... llámame. Prometo intentar hacer todo lo posible por ayudarte.

—Gracias... —añadí entonces con un ligero temblor en el labio inferior—. ¿Puedo preguntarte por qué haces esto si no forma parte de tu trabajo?

Elsa asintió sonriente y se incorporó un poco más sobre su escritorio, acercándose más hacia mí.

—Digamos que la vida me ha enseñado que no todo es tan difícil como nos aferramos a creer a veces y que, en ocasiones, pedir ayuda es la forma más fácil de resolver aquello que tenemos pendiente.

—Gracias... —volví a agradecer sin poder añadir nada más—. Gracias por todo.

—De nada, Jana. Estoy en tus manos para lo que quieras... Solo te pido un favor. En el caso de que decidas llamarme, no le cuentes nada a Martín. Esto se sale de mis competencias y no quisiera que mi trabajo se viera afectado por ello.

—Descuida, no me gustaría que mi presencia supusiera un problema para ti. De nuevo, gracias, Elsa. Estoy en deuda contigo.

Me acompañó hasta la puerta y tal vez sin pensar muy bien qué era lo

que estaba haciendo, me acerqué a ella y la abracé con cariño.

Pasé el resto del día en la tienda con la mente distraída. Repasé mentalmente una y otra vez la reunión con Elsa y lo único que saqué en claro era que aquella chica me hacía sentir bien. Por primera vez en todo el tiempo que llevábamos de terapia no me había sentido forzada, ni tampoco sentía que nadie se hubiera entrometido en mi vida. Al contrario, todo había sido fácil con Elsa.

A las cinco y cuarto más o menos aparecieron en la tienda mi madre con Héctor, que parecía feliz con aquel panecillo con chocolate que llevaba entre sus rechonchos dedos.

—Mamá, te he dicho mil veces que al niño le conviene comer más embutido y menos chocolate —dije a modo de saludo aunque sin evitar sonreír visiblemente al ver la cara del niño manchada por el chocolate.

—Y yo te he dicho mil veces que lo que le conviene a Héctor es ser un niño normal... y los niños comen chocolate, *Nutella* y si me apuras, te diré que incluso, comen chucherías. Aunque te parezca imposible. Además, no eres precisamente la más indicada para decirme eso. Sé perfectamente que el niño desayuna cada sábado más azúcar del que su sangre necesita.

Aquella respuesta se ganó una mirada de fingida sobriedad por mi parte a la que ella respondió con una descarada sonrisa mientras colgaba el abrigo y la mochila de Héctor en el perchero de la tienda.

CAPÍTULO 13

Minerva acudió a mi encuentro tan pronto le fue posible. Trajo con ella una bolsa llena de envases de plástico con diferentes manjares del japonés que había dos portales más allá del nuestro. Sin embargo, me excusé alegando dolor de barriga y no comí apenas nada más que media ración de fideos salteados.

Me sentía tentada de contarle lo sucedido con aquel tipo de la página de contactos, pero había algo que me frenaba a hacerlo y preferí guardar los detalles para mí.

—¿Qué te parece si nos pasamos por el karaoke? —sugirió Minerva mientras terminaba de guardar la comida restante en el frigorífico—. Carlos y Marta deben de estar ahí.

—No me apetece ir esta noche...

Me hallaba en pijama, pues mi amiga me había sorprendido sin avisarme de su repentina e improvisada visita. Además, después de la conversación que había mantenido unos días atrás con aquel tipo, me sentía extraña. Pero entonces, como si no hubiera reparado en ello, la imagen de un Martín desenfadado, feliz, divertido y escandalosamente sensual cruzó mi mente y se apoderó de todos mis pensamientos. Fue allí donde le conocí por primera vez y desde aquel día, nada en mi vida había vuelto a ser lo mismo. Pude ver el fuego en su mirada, una especie de luz que centelleaba y que

iluminaba un rostro que apenas había podido ver a través de un antifaz. Pero la intensidad de aquellos ojos me había fulminado y ya no había podido eliminarla de mi memoria. Martín se había adueñado de mis pensamientos, de mi vida y de mi cordura, y ni siquiera era consciente de ello.

—¿Y ahora por qué sonríes?

—No estaba sonriendo.

—Claro, y yo no soy pelirroja natural, ¿no te jode?

—Déjalo, tan solo estaba embobada.

—¡Estabas pensando en él! —Me señaló con un dedo mientras se ponía en pie. Minerva no dejaba de sonreír por el descubrimiento y usó aquel filón para terminar de convencerme—. Vamos, será divertido... Y lo más importante, dejarás de martirizarte por un rato y de pensar en todo y en nada a la vez. Va... ven conmigo...

Minerva tenía un arma secreta capaz de ablandar el corazón de cualquiera y que se materializaba cada vez que hacía alguno de sus pucheros. Simplemente era irresistible. Así pues, consiguió que aceptara, después de dejar caer la cabeza sobre el respaldo del sofá y suspirar sonoramente, me levantara y me encerrara en mi habitación para ponerme algo con lo que poder salir un rato.

Cuando Martín reparó en que Jana también se encontraba en el local, sintió que el mundo se desvanecía a sus pies. La encontró preciosa, más radiante que nunca. Se quedó sin aliento, sin fuerzas. Hacía días que se habían visto por última vez, pero cada uno de aquellos minutos se habían

convertido en una tortura lenta y dolorosa. Ansiaba verla de nuevo, estrecharla entre sus brazos, sentirla junto a él. Jamás una chica le había despertado aquella necesidad y le aterraba. Se había pasado la vida evitando los efectos y estragos del amor para dedicarse en su entera plenitud a su carrera profesional. Pero ahora, toda su vida se había convertido en un ciclón que le había absorbido sin remedio y tan solo esperaba que llegara el momento de calma después de la tormenta. Era consciente de que la había alejado de él al escribir a Elsa y modificar la orientación del caso, pero era absolutamente necesario para la terapia de Héctor, pues de su imparcialidad dependía la eficacia de la misma. Pero no se lo había dicho y ahora debía asumir las consecuencias derivadas de sus propios actos.

Por un momento sintió la tentación de acercarse a ella, abrazarla y perderse entre el aroma de su perfume. Quería disculparse por haberse marchado de aquella manera, decirle que quería estar a su lado y afrontar con ella la decisión con respecto al bebé. Pero no sabía cómo reaccionaría ella en el caso de hacerlo. Por un momento, hizo acopio de valor y trató de ponerse en pie, sin embargo, las piernas le fallaron y se negaron a responder a sus deseos. Jana parecía distraída, pero no se la veía feliz. Al contrario, parecía ansiosa, como si buscara algo con la mirada. Sus ojos se veían caídos incluso desde la distancia, pero no supo distinguir si aquella mirada era triste o si en realidad escondía alguna otra clase de sentimiento que a él le resultaba desconcertante. Entonces, sin esperarlo, Lucía se acercó a él, se sentó a su lado —pues hasta ahora habían estado el uno frente al otro— y le tendió una copa en un gesto amigable. Martín cogió aire y agradeció con una sonrisa fingida el detalle de la chica. Casi de forma automática, esta se acercó más a él y puso una mano sobre su pecho, abrochándole uno de los botones de la camisa que, no sabía cómo, se había desabrochado en algún momento. Lucía aprovechó ese breve instante para acercar sus labios al oído del joven y

susurrarle algo. Fue entonces cuando la vio. Había desviado la vista de ella durante aquellos breves segundos en los que Lucía había reclamado su atención y al dirigirla de nuevo hacia ella, se encontró de sopetón con aquella mirada que tan poco expresaba pero que tanto decía. Justo en ese momento sus ojos se cruzaron y supo que Jana había observado la escena que menos debería de haber visto. No porque tuviera que esconderse de algo sino porque, analizándola durante los pocos segundos en los que su mente estaba teniendo tiempo para reaccionar, seguramente habría llegado a conclusiones que para nada tenían algo que ver con la realidad.

En el rostro de la chica vio el odio, la rabia y el temor a partes iguales. Pudo ver cómo tragaba con dificultad y aguantaba el tipo delante de Minerva, que tecleaba algo distraída en su teléfono móvil. Jana le sostuvo la mirada sin perderle de vista ni un solo instante y su alma se rompió en mil pedazos, sintiendo en su interior el gran estruendo que sus añicos produjeron al estallar con tanta fuerza. Martín apartó casi de un manotazo a la chica y se puso de pie al momento. Sin embargo, Jana le amenazó con la mirada, sin necesidad siquiera de pestañear para hacerlo. Martín no podía moverse del sitio y ansiaba echar a correr tras ella, abrazarla y explicarle que aquello nada tenía que ver con lo que ella estaba pensando, una vez más, sino que había una explicación, por mucho que aquellas palabras no parecieran más que un absurdo y reiterativo tópico masculino. Porque esa era la cruda realidad: no podía besar a ninguna chica ni sentir lo mismo que sentía por Jana porque ella era la única que le removía por dentro. La única que lo hacía vibrar y con la única que lograba sentirse especial y no un tipo cualquiera incapaz de amarse ni siquiera a él mismo.

Continuábamos observándonos desde la distancia con el mismo gesto impenetrable. Martín, después de unos interminables segundos, dio un paso al frente en nuestra dirección, ignorando por completo las miradas extrañadas de su acompañante, que seguramente no entendía qué era lo que le sucedía. Sin embargo, solo necesité de un pequeño gesto para inmovilizarlo. Negué discretamente con la cabeza, aunque él pudo distinguir el gesto con una claridad absoluta, sabiendo lo que aquella advertencia significaba por mi parte. Sentí entonces que las náuseas se apoderaban de mí atrapando a su paso parte de mi alma.

—Nos vamos —sentenció.

—¿Cómo dices? —preguntó Minerva, apartando los ojos de su pantalla y quedándose atónita ante la expresión que mostraba mi rostro.

—He dicho que quiero ir a casa. No me encuentro bien.

Minerva, que no se dejaba engañar tan fácilmente, giró la cabeza hacia el concurrido local y después de observar con atención diferentes puntos del mismo, le encontró allí parado, suplicándole con la mirada que le ayudara a dar el paso. Minerva percibió el terror que desprendía la mirada de aquel hombre que me estaba haciendo perder la razón y trató de tranquilizarlo con sus ojos, aunque no lo consiguió en absoluto.

—Jana, no te precipites....

—He dicho que me voy. No te metas más en esto. ¿Vienes conmigo o te quedas?

—Jana... Déjale por lo menos que se acerque...

Le dediqué una mirada gélida y cargada de furia y me puse en pie con todas las pertenencias en las manos. Acto seguido, dediqué otra con la misma

rabia a Martín y di media vuelta dispuesta a marcharme de allí cuanto antes. Minerva se giró a gran velocidad hacia él y le articuló un tímido “lo siento” con los labios, esperando a que el chico pudiera entenderlo.

—¿Sabías que estaba aquí?! —le espeté en un tono que jamás había usado antes con ella mientras nos dirigíamos hacia la puerta de salida.

—No... ¡Te lo juro!

—Ya claro... demasiadas coincidencias, ¿no crees?

Minerva no sabía cómo reaccionar ante aquellas acusaciones. Jamás me había visto tan enfadada y no sabía qué hacer para apaciguarme sin salir perjudicada. Podía verlo en su rostro. Pero toda esa rabia no podía ser buena para el bebé, en absoluto. Debía tranquilizarme como fuera.

—Jana, escúchame. Tienes que hablar con Martín; tenéis que aclarar lo que sea que pase entre vosotros...

—Olvídate de ello, ¿vale? Martín ya ha dejado muy clara su posición en todo esto.

Martín, que sentía todas sus terminaciones nerviosas a flor de piel mientras la veía alejarse desde la distancia, reaccionó con celeridad y recorrió los escasos metros que le separaban de la mesa del chico que se encargaba de la música. Le dio un par de órdenes y como si hubiera visto un fantasma, corrió hacia el escenario, saltando incluso por encima de algunos taburetes. Cortó al chico que en ese momento estaba cantando una canción a pleno pulmón y le arrebató el micrófono de las manos sin previo aviso, dejándole ahí en medio con cara de póquer.

—Jana... —dijo entonces, haciendo que su voz retumbara por toda la sala—. Jana, por favor, espera.

La chica se detuvo en seco en el momento que escuchó su nombre retumbando por todo el local. Se refería a ella sin duda, pues aquella voz era tan única y especial que resultaba imposible confundirla con cualquier otra. Sonó muy grave, triste, ronca. Jana tragó con dificultad y cogió aire con fuerza, aunque todavía no era capaz de girarse y mirarle a la cara.

—Jana, lo siento. Sabes que lo que estás pensando no va conmigo y si verdaderamente me estabas observando, te habrás dado cuenta de que ni siquiera ha sucedido nada que pueda llevarte a pensar lo contrario... —dijo casi en un hilo de voz—. Jana, por favor. Escúchame... Desde que te subiste a este escenario conmigo por primera vez soy incapaz de dejar de pensar en ti. Apenas te conozco y ya te has adueñado de todos y cada uno de mis pensamientos. Hasta el momento en el que te cruzaste en mi camino, ninguna chica había traspasado esa trinchera invisible tras la que yo me he confinado durante toda la vida. No conozco el amor, ni sé lo que significa estar enamorado y fíjate, lo estoy confesando a pesar del apuro que me dan todos estos ojos clavados en mí. Sí, a mi edad no he compartido mi vida con ninguna otra mujer. Mi principal motivación ha sido siempre mi trabajo. Sin embargo, apareciste tú y lo tiraste todo por la borda, todos mis años de estudio y dedicación exclusiva a mi profesión se han desvanecido y ahora me paso el día buscándote en mi memoria porque no sé de qué manera puedo pasar a formar parte de tu vida...

La sala, a pesar de estar repleta de clientes, mantenía un silencio sepulcral. Todos los presentes escuchaban las palabras de aquel hombre con el corazón en un puño mientras miraban aleatoriamente a la chica a la que

iban dirigidas, que todavía continuaba de espaldas y totalmente inmóvil. Minerva, que se hallaba frente a ella, estaba siendo testigo de la reacción y expresiones de ambos. Observaba a Martín subido en el escenario sin ser consciente de que, a causa de la sorpresa, se había llevado ambas manos a su boca, escondiendo tras ellas un gesto de angustia y tensión que la mantenía con el corazón en vilo. Jana continuaba con la mirada en blanco, como ida, y sentía que las lágrimas se arremolinaban y pugnaban entre ellas por salir desesperadas. Una parte de ella deseaba correr hacia él, lanzarse a su cuello y olvidar todo cuanto les rodeaba en ese momento. Pero estaba muy preocupada y no lo podía controlar.

Escuchó las primeras notas de una guitarra y todo su cuerpo se tensó, pues lejos del funcionamiento habitual del karaoke, aquello no se trataba de una base musical puesta por el chico del local sino todo lo contrario, aquella guitarra sonaba en directo. Entonces, miró a Minerva y pudo ver que mientras asentía delicadamente, un par de lágrimas resbalaban por su rostro. Jana tragó con dificultad y tras escuchar las primeras notas de aquella canción, fue girando sobre sí misma para encontrarse con un Martín totalmente diferente al que ella conocía. Tocaba la guitarra con una pasión única e intensa y aquel micro potenciaba su voz, tan dulce y hechizante como solo había escuchado una única vez en su vida.

En una décima de segundo sus miradas se cruzaron y aquello fue una eclosión de sentidos. De golpe desaparecieron de su vista todas las personas que estaban presenciando la escena, para ellos dos ya no había nadie más que el otro.

Yo no pido tanto, nada que no pueda ser.
Ni un minuto amargo con quien no quiera querer.

Algo de luz a este desconcierto,
párame tú que al pedir me pierdo...
Y luego ya no vuelo bien.

Dejaré mi puerta bien abierta,
para cuando quieras volver.
Cúidate que el frío siempre acierta.
Y si algo no marcha bien, para ti encontraré
una nave espacial que nos lleve lejos
donde no existan miedos ni soledad.

Toma mi presente... mi futuro incierto,
y que el mundo nos recuerde por soñar despiertos.
Que navegues siempre hacia mar abierto
y si alguna vez te pierdes
solo mira dentro, solo mira dentro...

CAPÍTULO 14

Conocía aquella letra a la perfección, pues solía escuchar con gran frecuencia todas las canciones de *Maldita Nerea*. Pero Martín tuvo que escoger esa, concretamente es que tan bien encajaba y con la que estaba intentando decirle todo aquello que ella no había querido escuchar. Lo acompañó mentalmente y escuchó con pasmoso deleite la voz de aquel hombre, perfecta y entonada, que conseguía dominar el ritmo de su pecho con toda la fuerza que transmitía. Sintió que le faltaba el aire a causa de la impresión y de todo lo que estaba experimentando y salió corriendo de allí. Minerva, que para nada esperaba aquella reacción, restó inmóvil sin saber qué dirección tomar. Martín, que contemplaba todo lo que estaba sucediendo, dejó la guitarra a un lado y salió corriendo tras ella, pasando por medio de los clientes que le abrían sitio a su paso. Cruzó el local como un vendaval y salió a la calle, donde se encontró con una cortina de lluvia que caía con ímpetu y a borbotones.

—¡Jana! —gritó desesperado localizándola con la mirada.

Dirigió la vista hacia todos los rincones que había a su alcance y sintió que la fría lluvia empezaba a calarle la ropa. El pelo le caía empapado por la frente y la camisa se le había pegado al cuerpo. De pronto, vislumbró su silueta de forma difuminada a través del espesor y negrura de la noche y corrió en aquella dirección. La encontró sentada en el bordillo de un portal, temblorosa, empapada y con los ojos inundados en lágrimas. Se agarraba las

piernas con ambas manos y había hundido la cabeza entre ellas.

El poco maquillaje que llevaba se había corrido y había dejado en su rostro los indicios de un pesar que ensombrecían mucho más su mirada.

—Jana... —Se agachó y se colocó frente a ella, quedando ahora a su altura—. Dame una oportunidad, solo una. Déjame demostrarte que puedo hacerlo, que puedo con todo esto... Que podemos hacerlo juntos. Tenemos muchos meses por delante para conocernos mejor. Sé que asusta y que es atrevido, pero ¡maldita sea! Llevo toda la vida manteniendo mis deseos al margen de todo, limitándome a ser el profesional que siempre había querido ser y olvidándome de vivir cada instante como si fuera único. Te juro... te doy mi palabra de que no te he engañado ni que nada de lo que has visto es lo que parece, pero necesito que me des un voto de confianza... Necesito que confíes en mí.

Jana levantó la mirada y le observó atenta, sin derramar ni una sola lágrima más. Permanecieron en aquella posición durante un rato, transmitiéndose todo lo que pasaba por sus mentes sin necesidad de palabras.

—Estoy muy asustada, Martín. No sé si puedo llegar a ser una buena madre... —dijo al fin con gran dificultad. Y se sorprendió de que no fuera precisamente un reproche lo que salió de sus labios.

—Jana, no estás sola en esto. Yo estoy aquí, contigo. —Se detuvo antes de coger un mechón de la joven y pasarlo tras su oreja en un gesto cariñoso—. No tienes por qué seguir adelante tú sola, déjame ayudarte. Te prometo que trataré de no inmiscuirme en tu vida pues, a pesar de que vayamos a tener un hijo, no sería bueno para nosotros pasar de no compartir nada a compartirlo absolutamente todo. Podemos empezar por conocernos; salir, contarnos cosas sobre nuestra vida, ¡incluso podríamos tener una cita!

Si no recuerdo mal... hace poco pensaste que iba a pedirte una —dijo provocando por primera vez una sonrisa disimulada a la chica—. Pero debes reaccionar y comenzar a pensar que no puedes seguir adelante sola y que yo quiero asumir también mis responsabilidades como padre. Si quieres, puedo firmar cualquier acuerdo que me pidas, lo que sea, pero no me mantengas al margen de todo esto... por favor. Tan solo dame una oportunidad y cree en mi palabra y también en mí.

Pasados unos instantes, Jana afirmó con un gesto delicado y Martín respiró tranquilo por un segundo.

—¿Sería un mal momento si te la pidiera ahora?

Me mordí el labio, ciertamente sorprendida y nerviosa por aquella pregunta y sobre todo, lo que esta significaba. Apreté los dedos entres los puños hasta que estos se tornaron de un color blanquecino sospechoso. Martín era guapo a rabiar, con aquella melena despeinada y mojada por la lluvia, la camisa pegada al cuerpo y sus masculinas manos, ahora apoyadas sobre mis rodillas. Jamás había conocido a alguien tan atractivo, capaz de dejarme sin aliento con tan solo una mirada. Había leído cientos de novelas sobre aquellos chicos que te dejaban rota con apenas un simple pestañeo, pero aquello no tenía nada que ver con eso, iba mucho más allá. Martín me provocaba a un nivel tan extremo que sentía el pulso disparado en cualquier parte de mi cuerpo, de mi piel. El solo roce de su aliento cerca de mi mejilla me paralizaba sin remedio. ¿Cómo podía escogerme a mí a pesar de conocerme en mis facetas más oscuras? ¿Realmente quería tomar aquel camino a mi lado?

Le miré a los ojos y no pude evitar que un escalofrío me recorriera por completo. Martín era puro éxtasis, un elixir de vida, una piedra preciosa pulida, algo difícil de encontrar... y yo, le tenía justo enfrente, esperando una respuesta por mi parte a aquella propuesta que ahora encontraba tan fuera de lugar.

—Creo que ahora no es precisamente el momento más ideal para que me pidas una cita... —respondí al fin.

—Tienes razón. —Me descolocó—. Si vamos a hacer todo esto juntos, tendremos que tratarlo con normalidad.

Se quedó en silencio y se levantó con mucha lentitud, sin apartar la mirada de mi rostro y sin borrar aquella sonrisa del suyo. Entonces, para mi sorpresa, me tendió la mano esperando a recibir la mía.

—¿Qué significa esto?

—No voy a pedirte una cita. Voy a acompañarte a casa y si tú estás de acuerdo, pasaré la noche contigo. Puedo dormir en el sofá, si así lo prefieres. Pero creo que este sería un buen modo de empezar a normalizar todo esto... ¿No crees?

Medité aquellas palabras. Tomé aire un par de veces antes de contestar y al fin, como única respuesta, volví a levantar la vista hacia él, así su mano con suavidad y me puse en pie. Nos sumimos en un silencio cargado de miles de emociones y de temores desconocidos, e iniciamos el camino de vuelta a casa sin pronunciar ninguna palabra más, cogidos de la mano e incapaces de deshacer aquel único contacto que nos mantenía unidos todavía.

Al llegar, me di cuenta de que era mucho más tarde de lo que en un principio había creído. La noche nos cayó encima cual manto silencioso, sin que hubiéramos podido hacer nada al respecto. Abrí la puerta de mi apartamento y una sensación de calidez nos guió en silencio hacia el interior. Encendí las luces y me quité la chaqueta que llevaba puesta e invité a Martín a hacer lo propio con la suya.

Anduvimos todavía inmersos en un extraño silencio. Sentía que todo mi cuerpo se agitaba perturbado. Por otro lado, Héctor no estaba y aquello facilitaba las cosas. Entonces, me sentí cohibida a su lado. Le miré de reojo mientras nos adentrábamos en el salón y sentí una fuerte sacudida nerviosa. ¿Cómo podía estar sucediéndonos todo aquello? No obstante, una pregunta mucho más profunda se hizo con el poder absoluto de mi mente: ¿Cómo podía haberme quedado embarazada de semejante hombre?

Fue en ese instante cuando la imagen de la escena que había presenciado en el karaoke regresó a mi memoria. Lucía estaba casi sobre Martín, como si lo quisiera solo para ella. Sentí entonces que mis músculos se tensaban y apretaba la mandíbula con fuerza. Podría haberme esperado aquello de cualquier chica, pero Lucía me había parecido tan angelical...

Sentí que unos dedos rozaban mi cuello por detrás. Me apartaron la melena con una delicadeza etérea y dibujaron un camino que recorrió desde la parte trasera de mi oído hasta deslizarse sobre el hombro y luego acariciar medio brazo. Me paralizó por completo. Mi mente dejó de trabajar y me centré únicamente en aquellos dedos que me recorrían con mimo y parsimonia, como si acariciarme fuera la cosa más maravillosa que un hombre pudiera hacer en la vida. Sentí que algo se posaba en el mismo lugar donde segundos antes habían estado los dedos de Martín. Esta vez era más

suave, más cálido. Sentí entonces su aliento, dulce y embriagador, sobre mi nunca y se me erizó todo el vello del cuerpo. Cerré los ojos y me dejé llevar por aquella sensación. Jamás había experimentado nada parecido.

—Eres todavía más irresistible que en mis sueños.

Aquellas palabras me cogieron por sorpresa. Sin duda alguna, aquello era lo que quizá menos me había esperado de él. Martín se había mostrado siempre ante mí con una distancia y un porte que le conferían aquel aura de frialdad que mantenía impertérrita. Era cierto que en muchas ocasiones había pasado por alto las normas de decoro y habíamos terminado protagonizando escenas un tanto comprometidas en su despacho, entre otros lugares. Pero aquel Martín que ahora estaba a mi lado era... distinto.

Cogí aire muy lentamente, como si quisiera empaparme de la tensión y de todas las sensaciones que me invadían en ese momento. Comencé a girarme con mucho cuidado, de forma gradual hasta quedar frente a él. No se había movido ni un solo milímetro. Había observado el movimiento en silencio, con atención, manteniendo el rostro de lado. Ahora nos hallábamos el uno frente al otro, nuestras narices se rozaban y nuestras frentes nos sirvieron de mutuo apoyo.

—Dime qué es lo que estás haciendo conmigo... —añadió en un susurro apenas perceptible. Sus labios estaban tan cerca de los míos que me resultaban casi invisibles, luchando por mantenerse a una distancia que ninguno de los dos quería mantener.

—Creí que el psicólogo eras tú...

Tragó con dificultad en un gesto arrebatador y sensual que puso todas mis terminaciones nerviosas en alerta. Era una voz rota, marcada, única y diferente.

—Martín, no sé si...

Con cuidado, se separó unos centímetros y nuestras miradas se cruzaron. Me sentía abrumada por aquella intensidad a la que no estaba acostumbrada, y supe que mis mejillas se teñían de un rubor casi eléctrico, por lo que no pude más que bajar la vista hacia el suelo.

—¿Qué sucede, Jana? —se atrevió a preguntar.

Cogí aire de nuevo, del mismo modo como si tuviera realmente dificultades para respirar, y volví a mirarle todavía sonrojada. Me pasé una mano por el pelo y me revolví el flequillo de forma inconsciente antes de apoyar la otra en la cintura. Aquello era demasiado difícil para explicarlo con palabras, pero tenía que intentarlo. Por una vez creía que así tenía que ser, pues Martín ya había dado el primer paso dentro del karaoke, aunque todavía me abrumaran todas aquellas imágenes sobre las que me había pedido confianza, aunque yo no les encontrara sentido, ni siquiera una explicación posible que pudiera apaciguarme.

—No sé cómo lidiar con todo esto. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y siento que no tengo ningún tipo de control sobre ninguna de ellas.

Me miró con atención, sin perder de vista ni un solo detalle. Sabía que, de algún modo, se sentía con la obligación moral de ayudarme como fuera con todo aquello que estuviera en sus manos. Entonces, me cogió de la mano y me llevó a paso lento hacia el sofá, situado en la otra punta del salón, donde me invitó a tomar asiento a su lado.

—No es hora de terapia, no necesito un psicólogo —dije en un tono que no pareció agradaarle.

—No te estoy ofreciendo terapia. Desde el momento en el que crucé esa puerta dejé de ser un simple psicólogo para ti. Es más, desde la primera

vez en que entraste en mi consulta deseé con todas mis fuerzas que fueras mucho más que eso.

Abrí los ojos apabullada por aquella revelación y me di cuenta de que Martín se encontraba igual de atónito que yo. Era una declaración de intenciones en toda regla, una sinceridad a la que yo no estaba acostumbrada.

—No puedo darte lo que ahora mismo necesitas... —añadí en un hilo de voz.

—No te he pedido nada, que yo sepa. Tan solo quiero que me dejes formar parte de tu vida, del modo que tú elijas. Me gustaría conocerte mejor, sin prisas, como si tuviéramos toda la vida para ello.

Aquellas palabras volvieron a calar profundo en mi interior. Necesitaba decirle miles de cosas, todo lo que sentía a su lado, todo aquel laberinto de emociones que experimentaba junto a él, capaz de llevarme a los extremos más opuestos posibles. Sentía que podía odiarle y amarle a la vez, que podía llorar de felicidad y al mismo tiempo, sentirme triste y frágil, como una muñeca a la que pudiera manipular a su antojo.

—Jana, no debes temerme. Sé que los primeros días puse ante mí una coraza. Fui un impertinente contigo y soy plenamente consciente de ello. Cada vez que te veía cruzar esa puerta me atormentabas con tu rebeldía y tu intransigencia. Por todos los cielos, estoy acostumbrado a tratar con niños, ¡no sabía qué hacer contigo!

Sonreí con disimulo, pues su afirmación me hizo gracia. Saber que me había convertido en una especie de debilidad para él en el fondo me gustaba, me hacía sentir importante y hacía demasiado tiempo que había creído que ya nunca más aparecería nadie capaz de hacerme suspirar de aquel modo por su culpa. Entonces, me vino alguna imagen a la cabeza de cuando todavía no

tenía a Héctor conmigo. Recordé aquella sensación de libertad. Pensé en el chico con el que había estado tonteando unos meses antes de que toda mi vida cambiara. Me había sentido realmente atraída por él, pero jamás demostró ser un hombre, al contrario, desaparecía cada vez que había partido, fiesta o curiosamente, cada vez que había algún tipo de atisbo de seriedad a la que enfrentarse.

—¿Por qué me escogiste a mí?

Me miró con aquella especie de embelesamiento que le poseía desde hacía un rato y sonrió ante la ocurrencia, justo antes de responder a ella sin tener que darle muchas vueltas a la pregunta.

—¿Acaso tenía otra opción?

Nos hallábamos el uno frente al otro sin saber muy bien qué hacer. Aquella situación era de lo más extraño que hubiéramos vivido durante los últimos meses, o tal vez años. Por un lado nos deseábamos, con el mismo fulgor que se desea el bien más preciado, aquel sueño que nos quita la calma y el aliento. Anhelábamos sentir nuestros cuerpos, la vitalidad que desprendían y su magnetismo con aquella intensidad que habíamos sentido unas semanas atrás. Sin embargo, la incertidumbre hacia lo desconocido imperaba en el ambiente y nos paralizaba, impidiéndonos dar ese paso al frente que lograría romper todas las murallas que nos habíamos encargado de levantar.

Martín se acercó a mí en un silencio sepulcral y esperé aquel beso con impaciencia. Sin embargo, cuando creía que ya le tenía a escasos milímetros de mis labios, abrí los ojos, lo justo para ver que en realidad se dirigía hacia mi mejilla, donde el calor que emanaba de su aliento fue perceptible a través

de mi piel. Sintiendo entonces que mi estómago se revolvía, llevé la mano hacia su cintura y lo acerqué hacia mí, dándole aquel último empujón para terminar de decidirse. Giró el rostro lentamente hasta que nuestras narices quedaron pegadas y nuestros labios se rozaron con un descaro evidente. Dejó que fuera yo la que hiciera lo que creyera conveniente pues seguramente, lo que más temía llegados a ese punto, era dar un paso en falso que pudiera poner en jaque toda aquella situación. Supe que de algún modo, estaba dispuesto a luchar por nosotros, aunque todavía no estuviera seguro de que yo deseara lo mismo.

Sentí sus labios posándose sobre los míos y por primera vez en mucho tiempo, volví a experimentar aquella sensación de paz que hacía demasiado que había dejado de hacer acto de presencia en mi vida. Todo a mi alrededor se difuminó y todos mis temores desaparecieron. Ya no quedaba nada más que aquellos besos que me liberaron de mis propias cadenas, abriéndome las puertas a un nuevo horizonte en el que deseaba perderme con todas mis fuerzas.

Nos dirigimos hacia mi dormitorio y lo hicimos con los nervios a flor de piel. Me sentía nerviosa, mucho más de lo que lo había estado en compañía de Martín durante los últimos días. Era como si fuera a cometer uno de aquellos actos en la vida que te disparan el riego sanguíneo y te roban un suspiro.

A veces, la vida escondía momentos como ese. Cosas tan triviales podían despertar en ti emociones tan dispares que controlarlas, podía convertirse en un trabajo de alto riesgo. Quería dejar de pensar, o más bien,

necesitaba dejar de hacerlo. Necesitaba acallar esa voz que me pedía explicaciones, que me sepultaba hacia la realidad de mi vida. Necesitaba concederme una tregua, dejar que aquella parte de mí, ingenua y todavía impúber, saliera de su escondite, en el que llevaba tanto tiempo recluida. Quería experimentar la magia de una caricia furtiva, el sabor de un beso robado y el aleteo incesante de mariposas, aquellas que alzaban el vuelo tras el contacto de sus labios.

Pensé en Sandra y en todas aquellas conversaciones que siempre habíamos mantenido sobre el amor. Nos encantaban las películas románticas y habíamos compartido cientos de novelas del mismo género que, en muchas ocasiones, robábamos a escondidas de la estantería de mi madre. Éramos soñadoras empedernidas, dos chicas dominadas por la magnitud de los efectos y estragos del amor. Habíamos debatido en miles de ocasiones hasta qué punto estaríamos dispuestas a darlo todo por el amor de nuestra vida. Ella no tenía dudas, lo habría dado todo por él.

Todo.

Lancé una mirada distraída a Martín en ese preciso instante. Seguíamos los pasos del otro en absoluto silencio, sumidos cada uno en nuestro propio mundo. De hecho, no era consciente de toda aquella retahíla de pensamientos que me había absorbido durante el camino, ni del rato que hacía que ninguno de los dos despegaba los labios. Pero no me sentía incómoda por ello. Al contrario, saboreé aquel silencio como solo se pueden saborear los mayores placeres de la vida. Volví a llevar la vista hacia el suelo y continué divagando. No tenía ni idea de si Martín sería el hombre por el que yo lo daría todo. Apenas nos conocíamos y todo lo que había sucedido entre nosotros respondía a puros estímulos de nuestro cuerpo, que habían

vencido la batalla contra nuestra voluntad. Era evidente que nos atraíamos, negarlo hubiera sido absurdo y contraproducente. Sin embargo, no era una simple atracción física lo que yo sentía por él. El ser humano resultaba fascinante por eso mismo: era el único capaz de poder recapacitar sobre sus propios estímulos y sentimientos, el único “animal” en el universo poseedor de tal habilidad. No sabía si Martín sería mi “todo”, pero había algo que sí tenía claro y de lo que no me había dado cuenta hasta ese momento: tanto si Martín iba a convertirse en una constante en mi vida como si no, necesitaba descubrirlo y experimentarlo.

Necesitaba darme una oportunidad.

Aunque de camino pudiera acabar estrellándome.

Sin saber entonces de dónde nacía aquel movimiento, me sorprendí llevando mi mano hacia la de Martín, asiéndola con suavidad. El calor emanaba de su palma y rápidamente se propagó por mi piel. Él, sorprendido tal vez por la intimidad de aquel gesto, tan natural y personal al mismo tiempo, giró el rostro en mi dirección y me dirigió una mirada interrogativa. Pero no dijo nada al respecto. Sin soltarme, volvió a llevar la vista al frente y mostró un pequeño amago de sonrisa al que yo quise aferrarme como si me fuera la vida en ello.

Aquella noche, los silencios ganaron la batalla. Desde la penumbra de mi dormitorio, con Martín profundamente dormido a mi lado, me detuve a recordar cada uno de los instantes que habían dado un nuevo sentido a mi vida. Cada una de las acometidas de Martín, habían construido un nuevo camino en mi interior, abriéndose paso entre la maleza en la que el día a día

había enterrado a mi corazón. Era como si él conociera a la perfección los adustos caminos por los que discurrían mis sentimientos y se abriera paso con destreza y pleitesía. Se encargó de todos y cada uno de los rincones de mi piel, sin olvidar ni uno solo de ellos, grabando en ellos infinitas sensaciones con sus labios, sus dedos y con cada parte de su cuerpo que entraba en contacto con el mío. Por un momento, olvidamos todo lo que nos había llevado hasta ahí y dejamos que fueran nuestros cuerpos los que firmaran aquel tratado de paz que necesitábamos hasta que al final, su liberación fue mi rendición.

—¿No puedes dormir?

Su voz sonó en la penumbra, en un susurro que apenas alcanzó a mis oídos.

—Estaba pensando.

—¿Y en qué pensabas a las cuatro de la madrugada?

Me detuve y me quedé en silencio. ¿Cómo decirle todo lo que sentía? Eché un vistazo hacia donde él se encontraba. Continuaba tumbado a mi lado, con los ojos entrecerrados. Tenía el pelo revuelto y sus marcadas facciones resaltaban sobre las blancas sábanas.

—En cosas...

—¿Qué cosas?

Abrió los ojos y me contempló durante unos instantes. Me pasó un brazo por encima y me envolvió con su cuerpo. El calor de su piel recibió a la

mía con delirio, necesitada como lo estaba desde hacía tanto tiempo de olvido.

—En ti, en mí... En el bebé.

—Jana... —Su voz sonaba adormecida pero contundente, no había rastro de dudas en sus palabras—. Aprenderemos la forma de hacerlo, aprenderemos a conocernos. Siento mucho respeto por ti. Tal vez nos equivoquemos en algún momento pero, al fin y al cabo, en eso consiste la vida, ¿no?

—¿Y si no sé llevarlo bien? ¿Y si lo estropeo todo con Héctor? ¿Y si la llegada del bebé estropea todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora?

—Si pasa alguna de esas cosas, encontraremos la forma de arreglarlo. Ninguna madre nace enseñada, Jana, y tú eres más fuerte de lo que crees. En cuanto a Héctor, estoy seguro de que nada podrá con él. Es un niño muy valiente.

Saboreé sus palabras en silencio. Me sorprendía aquel nuevo Martín que estaba descubriendo y que me moría de ganas de seguir conociendo. Era dulce y sensible y poseía un extraño don con las palabras.

—Gracias... por tanto.

CAPÍTULO 15

Aquella desagradable situación empezó a tornarse habitual en su vida. Entraban y salían de ella hombres de los que ni siquiera sabía el nombre, pues tan solo le interesaban los billetes que llenaban sus bolsillos. Al principio, la incomodidad era latente en cada uno de los encuentros, sin embargo, las semanas pasaron y lo que en un principio la aborrecía y asqueaba sobremanera, se convirtió en un mero trámite de paso, pues la recompensa que venía a continuación solía acabar con aquella sensación, o por lo menos, la escondía tras una fina capa de indiferencia e ilusión.

Sin embargo, un día se cruzó en su camino el mismo apuesto hombre que se había adueñado de su virtud sin que ella supiera que aquello hubiera tenido un precio adicional mucho más elevado. El supuesto caballero continuaba igual de apuesto y volvió a solicitar su compañía de entre todas las muchachas, lo cual, no la sorprendió. No obstante, Olga había cambiado mucho durante aquellos últimos meses y en esa ocasión, se puso a sí misma un precio mayor, pues todavía sentía aquella primera vez como una agresión directa a su integridad, a su dignidad y sobre todo, a su feminidad.

El chico dudó durante algunos instantes sobre la petición, pues podría conseguir lo mismo que buscaba de Olga con cualquiera de las otras chicas sin pagar ese extra. Sin embargo, ella tenía algo especial que se le antojaba irresistible y tentador. Tal vez fuera su edad, su tez suave y juvenil o bien, el aura de inocencia que, a pesar de todo, todavía conservaba. Así

que, después de terminarse de un trago la copa que sostenía entre sus manos, le hizo un simple gesto afirmativo con la cabeza y ambos se encaminaron hacia la misma habitación que les había servido de alcoba la primera vez.

—Hola.

—Veo que te has atrevido a aparecer de nuevo por aquí. ¿Qué mierdas te trae esta vez? ¿Vienes a darme dinero?

—No he venido por ti.

—No esperaba menos por tu parte —le cortó sin darle tiempo a continuar, interrupción que él recibió paciente antes de proseguir.

—No puedes continuar así.

—Y tú no puedes decirme qué es lo que debo hacer con mi vida.

Se había acercado a aquel barrio que tan pocas esperanzas aguardaba entre sus muros y edificios. Las paredes estaban llenas de pintadas, había bolsas de basura tiradas de cualquier forma por las esquinas y a pesar de que el ayuntamiento estaba dotado de unidades de limpieza para cada uno de sus distritos, parecía que en ese imperaba una especie de territorio comanche en el que nadie más, aparte de los que ahí vivían, quería adentrarse.

—Sabes que podrías tener una vida mucho mejor.

—No la necesito. Ni tampoco te la he pedido.

Olga se encontraba de pie en el umbral de aquella puerta que se caía a trozos, literalmente. Por lo poco que le había permitido averiguar, sabía que compartía hogar con un par de prostitutas más que, a pesar de no hacerle daño alguno, tampoco la impulsaban a desear un cambio o mejora para su propia vida.

El hedor a humedad, suciedad y mugre le sacudió desde el centro del inmueble, como si se hubiera filtrado una ráfaga de viento desde la otra punta

de la estancia y lo arrastrara a su paso. El chico sintió una oleada de amargura nauseabunda que logró disimular ante los ojos de la mujer con toda la profesionalidad que le caracterizaba.

—Si has venido para volver a molestarme con la misma canción de siempre, puedes largarte por donde has venido.

Sabía que no debía de entrar al trapo y contestarle lo que verdaderamente tenía ganas de decirle, pero tenía que ser fuerte, ya no solo por él.

—De acuerdo. Aceptaré una vez más que renuncies a mi ayuda y a la que mis padres...

—No son tus padres —volvió a cortarle, esta vez con rabia contenida y la mandíbula apretada.

La miró con desprecio y aquel gesto fue suficiente para callar a la mujer, aunque no para hacerla cambiar de opinión.

—Como decía, aceptaré que no quieras nuestra ayuda... Pero no voy a continuar tolerando el daño que le estás causando a Óscar. No se lo merece.

—Óscar está bien atendido y en cuanto pueda, volveré a hacerme cargo de él.

—¿Que está bien atendido? ¡Pero si está en un maldito centro tutelado por el estado! Además, ¿dónde vas a cuidar de él? ¿En una casa donde existe el riesgo de contagiarse por hepatitis en cada esquina? Por el amor de Dios, ¡que solo tiene cuatro años!

—Eloy, te guste o no, Óscar es mi hijo. Y volverá a casa con su madre, que es el único lugar en el que debería estar.

El chico se pasó una mano por el pelo, furioso y desesperado, al mismo tiempo que daba un par de pasos a izquierda y derecha en el poco margen de movimiento que le concedía aquel diminuto rellano.

—Estás loca si crees que voy a permitir que ese niño viva en este nido de ratas.

La puerta que había justo a sus espaldas se abrió y la cabeza de un hombre mugriento y haraposo apareció tras ella. Llevaba una camiseta de manga larga sucia y sudada, llena de insalubres y antihigiénicos lamparones y manchas de comida. Lucía cuatro pelos grasientos que trataban de cubrir aquella especie de calva brillante y asquerosa a la vez. Al abrir la boca, el joven se dio cuenta de que además, le faltaban gran parte de las piezas elementales para que aquello pudiera llegar a considerarse siquiera una dentadura.

—¿Qué coño pasa con tanto grito? —dijo en un tono hosco y hostil.

—Métete en tu puto agujero, Fran. No quiero ni verte el careto —contestó ella igual de altanera.

El señor, que estaría en la cincuentena según pudo calcular el otro, la miró ceñudo y volvió a esconderse tras su puerta, no sin antes cerrarla de un buen golpe.

—¿Quieres algo más, Eloy? —añadió, volviendo a hacer hincapié al pronunciar su nombre.

Aquello logró desestabilizarle por completo. Cómo odiaba escucharlo en boca de esa mujer. Era curioso como algo tan sencillo como pronunciar un nombre podía convertirse en una de las batallas más difíciles de librar.

—Te he dicho mil veces que no me llames así.

—Claro, el señorito solo quiere llamarse igual que el pijo y remilgado que se cree su padre.

No pudo soportarlo más y dio un golpe seco con la palma de la mano en la pared, justo a la misma altura —aunque a unos centímetros de distancia — a la que se encontraba el rostro de la mujer, que aguantó impertérrita, incluso ciertamente divertida, el ataque de ira que estaba provocándole.

—Voy a solicitar la tutela de Óscar.

Aquello sí que pareció surtir un efecto repentino sobre la mujer y por primera vez en mucho tiempo, pareció quedarse fuera de combate.

Se observaban sin apartar la mirada en ningún momento, en una especie de duelo de titanes en el que solo quedaría un único vencedor.

—No te atreverás. No puedes hacer esto.

Le dedicó una última mirada furibunda y muy decisiva que casi logró paralizar el corazón de la mujer.

—Eso ya lo veremos. De momento, voy a recogerlo al centro para llevármelo a casa en tutela preventiva. Me han llamado esta mañana avisándome de que una vez más, se lo habían tenido que llevar. No vas a salirte con la tuya. Pagarás muy caros todos esos malitos chutes que antepones a la vida de tu hijo.

Y sin volver la vista atrás, dio media vuelta y comenzó a bajar aquellos escalones que le llevarían de nuevo al exterior, lejos de toda aquella inmundicia, del sufrimiento y de la mujer que un día le dio la vida.

CAPÍTULO 16

Habían pasado unas semanas de la última vez y sus encuentros, desde entonces pasaron a darse de forma mucho más habitual. De hecho, el joven caballero la visitaba como mínimo una vez a la semana. Lo que en un primer momento se había convertido en un esporádico escarceo con el que no pretendía nada más que saciar su voraz apetito, ahora se había tornado algo mucho más oscuro y complicado. El joven, cuyo nombre todavía desconocía por completo a petición y voluntad de ambos, le regalaba los oídos en cada uno de sus encuentros, prometiéndole un sinfín de oportunidades que, a su lado, podrían convertirse en una realidad. Aquello confundía a Olga, pues provocaba que muchas sensaciones contradictorias se instalaran en su estómago y afloraran con fiereza en aquellos momentos en los que nada tenía sentido.

Llegó el día en que el joven dejó de pagar por sus servicios, pues Olga cayó totalmente rendida en sus garras sin poder evitarlo. Esperaba con ansias todos y cada uno de sus encuentros, con tanto fulgor que ni siquiera fue consciente de que algo inesperado crecía en su interior, fruto de la pasión que el joven desprendía y de no haber tomado las precauciones necesarias con él, tal y como siempre hacía con el resto de clientes.

Aquel día llegué al taller con una especie de inyección de adrenalina casi desconocida. No recordaba haberme sentido tan bien en ninguna ocasión durante los últimos meses. Pero ahora lo tenía claro, tenía ante mí una idea en la que por fin poder trabajar y estaba segura de que podía llevarla a cabo. Era consciente de que concentrarme en el premio y crear solo para ganar no era la mejor forma de afrontar aquel proyecto. Las cosas no debían hacerse por codicia. Sin embargo, no podía sacarme de la cabeza la idea de ganar cincuenta mil euros. Solo de pensarlo ya me entraban los calores. Podría hacer tantísimas cosas con todo ese dinero... Nos ayudaría a ir más desahogados ahora que la crisis apretaba, pues a pesar de que no me iba del todo mal en la tienda, había meses en los que verdaderamente hacía milagros para alcanzar las cifras y llegar a fin de mes. Me había convertido en toda una experta en el funambulismo de finanzas.

Me puse una cinta en el pelo para evitar que me molestaran los mechones en los ojos y me dirigí hacia la mesa que tenía dispuesta en el centro del taller. Cogí un par de folios y llevé el taburete metálico conmigo. Las manos trabajaban solas y de repente, lo tenía claro. Era una idea que ya existía a la que, sin embargo, le veía salida si le daba un nuevo enfoque. Minerva tenía razón: la pereza era el mejor —o peor, en función de la perspectiva— enemigo del hombre.

No tardé más de dos horas en tener todos los esbozos listos. Me detuve a contemplarlos, tendidos frente a mí y sonreí para mis adentros. No me llevaría mucho tiempo hacerlos realidad y los materiales eran fáciles de conseguir. Además, pedían un prototipo, nada definitivo, lo cual facilitaba las cosas.

Conté las piezas por separado e hice un presupuesto aproximado de lo

que me costarían todos los materiales y herramientas. Doscientos euros era un precio razonable como inversión si el premio final caía en mis manos. De lo contrario, podría aprovecharlo para el bebé así que, en realidad tampoco perdía nada.

El bebé.

Hacía todo aquello por él. Por él y por Héctor, mi ojito derecho. Pensar en ambos me había ayudado, a pesar de que no fueran conscientes de ello. Llevaba días dándole vueltas al proyecto hasta que algo en mi cabeza se iluminó y este cobró vida propia. Tenía que hacer algo para ellos, algo que supusiera algún tipo de ayuda con la llegada de un bebé y que, a la vez, pudiera servir a un niño de la edad de Héctor. Ellos, paradójicamente, habían resultado ser la solución a todos los problemas.

Sentí una sacudida nerviosa y me llevé la mano hacia el vientre. Tenía que obligarme a concentrarme en el concurso, apenas me quedaban unas semanas de margen y necesitaba una tregua para poner todo mi empeño en dar lo mejor de mí. Sabía que podía hacerlo. Había levantado un negocio por mis propios medios, la gente solía llevarse mis diseños con una sonrisa... tenía que salir bien. Todo era cuestión de visualizarlo y si creía en ello, era posible que llegara a conseguirlo. Así pues, tras haber elaborado una lista detallada con todo lo necesario, decidí cerrar la tienda para dirigirme a un gran almacén de bricolaje en el que poder comprar todos los materiales y ponerme cuanto antes con el proyecto.

Llegué a causa exhausta pero con una sensación increíble. Había trabajado a destajo durante todo el día y nada me había interrumpido. Me

sentía satisfecha conmigo misma ahora que veía que todo empezaba a cobrar un poco de sentido.

Acosté a Héctor a las nueve y caí rendida en el sofá. Ya no podía más. Era como si hubiera hecho una clase de *spinning* y una carrera de atletismo después. Estaba en baja forma y empezaba a sufrir los estragos del embarazo. Puse las noticias y ni siquiera fui consciente de haberme quedado dormida en el sofá hasta que el timbre me despertó. De hecho, no reaccioné hasta la segunda vez, momento en el cual intuí que aquello ya no era fruto de mi imaginación.

Me puse en pie y anduve con letargo hasta la puerta, que abrí sin preguntar siquiera quién había tras ella.

—Vaya.... Siento haberte molestado.

Su voz me sacó por completo del estupor. Me froté los ojos con los dedos y sacudí la cabeza ligeramente. ¿Habíamos quedado y lo había olvidado?

—Perdona... si quieres me marchó —titubeó con cierta timidez—. He salido tarde del colegio y he pensado que... tal vez...

—Adelante, no te preocupes. Ha sido un día intenso en el taller y me he quedado dormida. Pero todavía no he cenado... ¿Te apetece cenar algo rápido?

—Claro.

Su sonrisa me cautivó. Me costaba reconocer de dónde salía la naturalidad con la que le estaba recibiendo pero en realidad, su visita sorpresa me gustó. Así pues, le pedí que me esperara en el salón y pensara qué le apetecía mientras yo aprovechaba para lavarme la cara y despejarme un poco.

Me miré al espejo y fue cuando me di cuenta de mi aspecto. Llevaba puesto un pantalón de algodón de deporte y una sudadera. ¿Cómo se me había podido ocurrir abrirle la puerta de aquella guisa? Pensé en el impoluto traje que él llevaba puesto y me avergoncé en cuestión de segundos. No tenía nada en el baño con lo que cambiarme y tenía que pasar frente a él si quería encerrarme en el dormitorio. La cosa pintaba complicada. Así pues, como lo único que tenía a mano era el neceser del maquillaje, me tapé un poco las ojeras con un corrector y me recogí el pelo en una coleta, poniendo de nuevo en su sitio todos los mechones que habían caído despreocupados durante aquella improvisada siesta. Al final, concienciada de que nada podría hacer al respecto, salí de nuevo y me dirigí hacia el salón con la mirada al frente. Debía mantener indemne mi dignidad, aunque fuera solo por unos segundos.

—Siento no haberte avisado —dijo nada más verme llegar—. De veras que no pretendía molestarte.

—No lo haces, Martín. En realidad, me apetecía ver una película, pero no suelo aguantar despierta casi ningún día. ¿Te importa que me cambie de ropa en un momento? No resulta muy cómodo verte tan mudado...

—No es necesario que lo hagas... —me sorprendió entonces con aquella sonrisa que me anulaba con tanta facilidad—. Me gusta verte tan natural.

Le miré con la incertidumbre reflejada en el rostro. ¿Acaso se estaba quedando conmigo o solo lo decía por cumplir? La cuestión fue que al final consiguió que le creyera y solícita ante su petición, regresé al sofá junto a él.

—¿Traigo algo para beber?

—Agua está bien.

Me dirigí hacia la cocina y nada más entrar respiré hondo. O más

bien, solté el aire contenido mientras intentaba borrar aquella sonrisita que se había instalado en mi rostro y se negaba a abandonarlo. Abrí uno de los armarios y saqué un bol y un par de vasos. Busqué un paquete de frutos secos y lo vacié en el interior. Tiré el envoltorio a la basura y cogí una jarra de agua de la nevera. Con todo en las manos, anduve con facilidad hacia el salón, en un alarde de la virtuosa habilidad malabarista que te proporcionaba el hecho tener un niño pequeño en casa.

—Gracias —dijo alargando el brazo para coger algo de mis manos y ayudarme a colocarlo en la mesa—. He pedido un par de pizzas mientras estabas en la cocina, llegarán en media hora. Barbacoa y jamón y queso, todo un clásico. —Sonrió—. ¿Te apetece que busquemos una película de mientras? Me encanta el cine.

Tomé asiento a su lado, subí las piernas y me senté como un indio bajo su atenta mirada. Al descubrirme en aquella posición, mis mejillas se sonrojaron casi por inercia, provocando que a él todavía le hiciera más gracia la situación.

—Me gusta pensar que empiezas a sentirte cómoda en mi presencia... —añadió entonces, provocando con ello que mis mejillas todavía alcanzaran un tono más rojizo. Consciente del efecto que estaba causando en mí, rectificó y lanzó una mirada distraída hacia el televisor—. ¿Qué películas te gustan?

—Suelen gustarme todas —atiné a decir sin tartamudear—. Podemos buscar algo en *Netflix*, lo descubrí hace apenas unos meses y se ha convertido en mi mayor aliado las noches de fin de semana. ¿Te gustan las de acción? Hace días que quiero ver una en concreto y no encuentro nunca el momento...

Me lanzó una mirada curiosa a la par que divertida, supuse que sorprendido ante mi declaración.

—Eres una caja de sorpresas. ¡Me parece una gran elección!

—Más bien soy como un *Kinder* sorpresa... Recuerda que en unos meses, sacaré un huevo con un regalito dentro.

Aquella afirmación me salió de dentro con la misma espontaneidad con la que hablaba normalmente con Minerva. Sin embargo, acababa de mencionar a mi hijo, y al suyo, claro... Fue entonces cuando fui consciente de lo que realmente acababa de decir, aunque el tono rubicundo de mis mejillas se hubiera adelantado a mi mente.

Sin embargo, Martín se dejó llevar y sonrió ante la ocurrencia, aunque no dijo nada al respecto. Verle tranquilo ante un comentario como aquel me apaciguó, tal vez en el fondo tuviéramos más cosas en común de las que creía... Al fin y al cabo, tenía frente a mí a un tipo al que había conocido con dos pechos en la cabeza.

Las pizzas estaban deliciosas y las devoramos en apenas unos minutos. Se notaba que los dos habíamos trabajado de forma intensa durante el día. De hecho, haber dormido un rato me había sentado bien, pues ahora me sentía desvelada y me creía capaz de poder terminar la película sin caer vencida antes por el sueño.

Llevaríamos la mitad de la película cuando, sin que hubiera podido esperarlo, aquella cabecita morena que debería estar acostada desde hacía

rato, ahora nos observaba analítica desde el umbral de la puerta que daba acceso al salón. Tenía la punta del dedo índice entre sus labios y me observaba con una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué ha pasado, cariño? —dije, incorporándome en el sofá.

Martín imitó mi gesto y también se irguió, a la espera de la respuesta del niño. Héctor nos observó a los dos y yo, en silencio, deseé con todas mis fuerzas que pudiera explicarme qué le pasaba. Todavía no había vuelto a hablar después del desmayo y yo no le había obligado ni forzado a hacerlo, a pesar de que cada día le hacía preguntas con tal de intentarlo. De nuevo, el pequeño dirigió la vista hacia Martín, que le sonrió con dulzura transmitiéndole tranquilidad. Pero no habló. Con un paso muy lento e incluso, me atrevería a añadir que teñido de una timidez impropia de él, se acercó sigiloso hacia nosotros y se detuvo frente a los dos. Continuaba con aquella expresión tan infantil en el rostro y su regordete dedo todavía entre los labios, en un gesto que me estaba descomponiendo por dentro. Con la otra mano, señaló el estrecho hueco que había entre nosotros y volvió a mirarme a los ojos.

—¿Has tenido una pesadilla, cielo? —dije, reparando ahora en lo despeinada que lucía su melena y el mohín de sus labios—. Siéntate un rato con nosotros.

Martín se hizo a un lado y Héctor subió al sofá, colocándose entre los dos. Acto seguido, se acomodó y llevó la cabeza hacia uno de mis costados, justo antes de apoyarla con delicadeza sobre mi pecho. Lancé desde mi posición una mirada extrañada a Martín a la que respondió con un gesto de las cejas y una breve sonrisa. Pasé mi mano por encima del cuerpecito de Héctor y le abracé, ofreciéndole la protección y el calor que había venido buscando. Su mano se dirigió hacia mi barriga, como si no quisiera soltarme

por temor a que en un momento dado, pudiera desaparecer de ahí sin que él pudiera evitarlo. Sentí su abrazo como una especie de manto, una sensación que me envolvió y me reconfortó. Mis dos mayores tesoros unidos, piel con piel, corazón con corazón. Mis dos príncipes separados únicamente por la barricada que mi propio cuerpo erigía entre ambos. Me sentí pletórica. Cerré momentáneamente los ojos y dejé caer la cabeza hacia el respaldo del sofá, justo antes de coger aire de forma profunda, ofreciéndole a mis pulmones todo el oxígeno que reclamaban.

De nuevo, mientras mis dedos acariciaban con suavidad la espalda de Héctor, dirigí una vez más la vista hacia Martín. Me observaba con una expresión dulce y embriagadora en el rostro. Parecía embelesado, como si hubiera llegado a descubrir lo que yo había sentido en aquel breve instante. Acto seguido, sin dejar de sonreír, llevó su mano por encima del respaldo del sofá hasta mi nuca, donde se detuvo. Sentí sus dedos sobre mi piel y su contacto revivió en mí sensaciones tan dispares como colores pudiera haber en la paleta de un pintor. Supuso una especie de anestesia, un calmante con el que conferirme la piedad de un espacio en el que todo iba bien.

Sin embargo, algo se torció. Sentí una fuerte presión en el pecho y lancé una mirada a Héctor, que se apretaba con todas sus fuerzas contra el respaldo. Antes de que continuara comprimiendo mi cuerpo bajo el suyo, le separé como podía y le observé con atención. Sus ojos parecían vacíos y su rostro era el puro reflejo del terror. Jamás había visto una mirada como esa. Martín reaccionó con la misma velocidad que yo al sentir que me incorporaba con brusquedad y analizó la situación en busca de una explicación.

—Héctor... ¡Héctor! —repetí en busca de su mirada—. Martín, ¿qué le pasa?! ¡Héctor!

Continuaba palideciendo por momentos. Sujeté su rostro con cuidado

entre mis manos y continué tratando de que enfocara la vista, que continuaba perdida en un horizonte que yo no alcanzaba a ver.

—Martín, ¡está ardiendo! ¡¿Qué le está pasando?!

La respiración de Héctor comenzó a acelerarse y tanto su barriguita como el pecho, subían y bajaban demasiado deprisa. Me miró y percibí a la perfección su terror, tan evidente que incluso yo misma me asusté.

Martín se agachó a mi lado e incorporó al niño justo antes de obligarle a buscarle con la mirada. Le puso los dedos en la barbilla y giró su rostro hasta conseguir que este fuera lo único que pudiera ver Héctor.

—Héctor, no pasa nada. Mamá y yo estamos aquí. ¿No nos ves?

Sentí aquellas palabras tan dentro de mí que creí que yo misma desfallecería. El niño lanzó una mirada en dirección al televisor y volvió la vista a Martín justo antes de romper a llorar como nunca jamás lo había hecho. Me llevé una mano al rostro y silencié aquel sollozo que estuvo a punto de escapar de mi garganta. Martín me imploró en absoluto silencio que mantuviera la calma por el bien de Héctor, pero jamás le había visto llorar así. Era un llanto despavorido, aterrador, desconocido y sobre todo, demoledor.

Aparté a Martín sin miramientos y me acerqué a él. Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, su madre estaría con él. Lo cogí entre mis brazos y lo alcé. Sentí que escondía el rostro en el hueco de mi cuello mientras sus lágrimas recorrían mi espalda, rasgándola a su paso como si un afilado bisturí diseccionara mi piel. Me marcaban, me herían, me dolían tanto que la necesidad de su alivio se tornó mi única obsesión. Sentía sus manos, regordetas y diminutas asiéndome con fuerza alrededor del cuello. No me separaría de él. Me di cuenta de que Martín me buscaba con la mirada y me

señalaba el televisor. En la escena solo pude descubrir muchas sirenas, ambulancias y un puente colapsado por el impacto de dos coches. Me giré de nuevo hacia él que me observaba con un gesto totalmente distinto en el rostro, sin pronunciar todavía ninguna palabra al respecto. En un gesto de las manos me pidió calma, justo antes de señalar a Héctor. Así pues, con el niño todavía en brazos salí del salón y lo llevé hacia su dormitorio mientras continuaba sintiendo sus lágrimas recorriendo mi piel.

Sentí que mis labios se despegaban y no supe de dónde nació aquella voz pero mientras me sentaba con delicadeza en nuestro “rincón de los sueños”, aquel mullido rincón lleno de almohadones donde siempre le contaba historias, sentí que las primeras palabras de aquella canción de cuna brotaban de mis labios como si mi propia voz no me perteneciera. Comencé a cantar aquella nana que me sabía de memoria, que jamás había olvidado aunque nunca antes la hubiera cantado yo. Sandra solía cantármela cuando temblaba por culpa de los truenos. De hecho, la última vez que la escuché no tendría más de cinco años. Pero no la había llegado a olvidar jamás.

Me balanceaba con lentitud, cantando con suavidad con Héctor acunado entre mis brazos. Martín apareció justo en ese mismo instante con una toalla húmeda entre las manos. Se agachó frente a nosotros y la puso sobre la nuca del niño, antes de que yo le ayudara a sujetarla para que no cayera.

Con mucho cuidado, aprovechó que tenía la mano en aquella parte de su cuerpo y puso un par de dedos en el cuello del niño, comprobando el pulso del mismo bajo mi atenta mirada.

—No dejes de cantar —dijo únicamente en un susurro que solo yo pude escuchar.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza y continué con aquella canción de cuna. Cuando la terminaba, volvía a entonar las primeras notas, así una y otra vez mientras le acariciaba la melena y le besaba el rostro.

Al cabo de unos minutos, Martín cogió la toalla y se la llevó para regresar con una nueva, ya que la temperatura de Héctor había ascendido de forma notable. Sin embargo, su pulso se estabilizaba por momentos lo cual permitió que ambos respiráramos un poco más tranquilos.

—Mamá está aquí, cariño. —Vi que Martín se detuvo en seco al escucharme mientras se acercaba a nosotros, pero fue una pausa de apenas unos segundos, tras los cuales, continuó hasta donde seguíamos sentados.

Sentí que una de las manos de Héctor se movía por primera vez en todo aquel rato que se me estaba antojando una eternidad y la llevó hacia mi pecho. No me molestó, le dejé hacer mientras trataba de encontrar una explicación para todo aquello. Sentí que dejaba de gimotear y que su rostro se movía a la altura de mi cuello.

—Hay pañuelos en el estante, Martín. Acércame un par.

Reaccionó con celeridad y se puso en pie obedeciéndome al instante. Me los tendió y sin dejar de sostener al niño, busqué su rostro con la otra mano, para secarle algunas de aquellas lágrimas silenciosas y limpiarle un poco la nariz.

Parecía que comenzaba a recuperar el aliento. Sin sacar la mano de mi pecho, movió la otra con mucho cuidado y se llevó el pulgar a los labios.

—Martín, hay un chupete en el primer cajón. Dámelo —inquirí con más autoridad de la que creía poseer.

—Jana, no creo que sea conveni...

—Martín, soy su madre y sé lo que hago. Dámelo.

Afirmó con un gesto de la cabeza y obedeció al instante. Buscó el chupete y me lo tendió. Llevé la mano hacia el rostro de Héctor y con sumo cuidado, le saqué el pulgar de la boca y lo sustituí por el chupete. Hacía muchísimo tiempo que Héctor había dejado el chupete atrás. Pero siempre mantuve alguno conmigo pues en algunas ocasiones, cuando Héctor había mostrado algún tipo de debilidad, le reconfortaba. Y yo lo sabía. Nadie le conocía como yo.

Volví a iniciar aquella canción de cuna, ahora algo más calmada, mientras continuaba con aquel movimiento balanceante, consciente de que Héctor parecía tranquilizarse con el suave vaivén de mi cuerpo.

—Apaga la luz, Martín. En aquella esquina —añadí mientras señalaba hacia donde me refería con un leve gesto de la cabeza—, hay una lucecita en forma de luna. Deja únicamente esa encendida.

Una vez más, el chico reaccionó al instante e hizo todo cuanto le pedí. En silencio, regresó y se colocó cerca de donde estábamos nosotros, en el otro extremo del rincón, y recostó la cabeza contra la pared que ahora quedaba a su espalda. Flexionó las rodillas y apoyó los brazos en ellas antes de unir sus manos y entrelazar sus dedos. Vi que me dedicaba una última mirada que ya no analicé y a continuación, cerró los ojos.

En la oscuridad de aquella estancia en la que solo estábamos nosotros tres, la noche se apoderó de todos aquellos miedos que la vida nos había regalado a traición. Mi voz era lo único que rompía aquel silencio tan desgarrador, una voz que de hecho, ni yo misma reconocía como propia.

Sin embargo, en la sola penumbra de la habitación en la que tanto

empeño había puesto para llenarla de vida, ahora nos hallábamos refugiados de todos aquellos demonios que nos perseguían, sepultándonos bajo montañas de invisibles recuerdos a los que nos negábamos a dar cabida. No obstante, ganar la batalla cada uno de nuestros días, no era una tarea precisamente fácil. Y ahí teníamos la prueba más evidente de ello.

Sentí el roce del pie de Martín contra el mío y sentí los efectos paliativos que aquella caricia estaba teniendo en mí. Acaricié el rostro de Héctor por última vez y le besé en la frente con ternura, mientras veía cómo sus ojitos luchaban por mantenerle despierto.

—Duerme tranquilo, mi príncipe, mamá se quedará contigo.

Sentí un leve movimiento de su mano, como si quisiera aferrarse con fuerza a mi pecho y su respiración se tornó más suave, tranquila y estable, ralentizándose lentamente hasta que al final, el cansancio venció, llevándose hacia aquel mundo de sueños que llevaba años construyendo para él.

Desperté con un intenso dolor a la altura de la clavícula. Abrí los ojos y traté de enfocar la mirada a través de la penumbra. Héctor continuaba dormido entre mis brazos, en la misma posición que cuando le vi cerrar los ojos. Me llevé la mano que tenía libre hacia el cuello y lo masajeeé con cuidado, mientras lo estiraba hacia un lado y a otro, desentumeciendo la tensión que se había acumulado en aquella parte de mi cuerpo.

Me di cuenta de que Martín continuaba en la misma posición,

manteniendo el único contacto entre nosotros a través de nuestros pies. Cogí aire y recosté la cabeza contra la pared. Sentía la respiración tranquila de Héctor y se me hizo un nudo en la garganta.

Le besé en la frente y con sumo cuidado, me puse en pie con él en brazos. Ante mi movimiento, Martín reaccionó y despertó, buscándome con la mirada.

—¿Estáis bien? —inquirió sobresaltado con voz adormecida.

—Sí. No sé cuánto rato llevamos dormidos... pero me duele muchísimo la espalda.

—A mí también... —dijo, siendo esta vez él quien se masajeaba la nuca—. Espera, te ayudo.

Se puso en pie, se colocó a mi lado y cogió a Héctor de mis brazos, liberándome de su peso. Mientras él lo dejaba en la cama y le arropaba con cariño, me pasé una mano por el brazo con el que había acunado a Héctor durante todas aquellas horas. Sentía un doloroso cosquilleo por la piel pero ni siquiera me importaba, mi niño estaba bien y eso era lo único que contaba.

—Gracias... por quedarte.

—De nada.

En ese momento, acababa de tapar a Héctor y me buscó entre la penumbra. Del mismo modo en que yo lo había hecho con el pequeño, me dio un beso en la frente y aquello, sin más, me consoló. No necesité más palabras, pues ni siquiera me sentía capaz de pedir algún tipo de explicación, pero ahí estaba. Se había quedado con nosotros sin que yo se lo pidiera y se lo agradecí en silencio de forma repetida.

Me aferré a su mano y me dirigí con él a mis espaldas hacia el

dormitorio. No sabía de dónde nacía esa sensación, pero le necesitaba a mi lado, le necesitaba tanto como agua y oxígeno necesitábamos para vivir. Me tumbé en la cama y él hizo lo propio a mi lado. Tan solo me dio tiempo a pegar mi cuerpo contra el suyo, pues al sentir el calor de su pecho contra el mío, una fuerza irrefrenable se apoderó de mí, lanzándome al vacío, apoderándose de mi consciencia y transportándome hacia otro lugar en el que de pronto, ya no había imágenes.

CAPÍTULO 17

A pesar de la incertidumbre de los primeros días después de lo que le sucedió aquella noche a Héctor, la calma parecía haber regresado de nuevo a nuestra vida. El niño no dio muestras de volver a tener pesadillas aunque parecía un poco perdido, lo cual seguía desconcertándome, aunque no le perdía de vista ni un solo instante.

Por otro lado, la vida seguía para todos sin conceder ninguna tregua y esa mañana en el taller pintaba entretenida. El proyecto parecía avanzar a buen ritmo a pesar de todo lo demás y sentía que cada vez lo tenía más cerca. Sin embargo, debía mejorar el sistema de ensamblaje para que el diseño final tuviera las ventajas que yo deseaba, sino no lo podría presentar como algo innovador con respecto a los que ya existían en el mercado.

Mientras marcaba con un lápiz el lugar exacto en el que debía hacer un agujero para poner una tuerca, sentí que mi bolsillo trasero vibraba. Me detuve y saqué el teléfono móvil. Era Martín y como si pudiera oler el peligro, mi cuerpo se puso en alerta al momento.

—Hola, Martín. ¿Le ha pasado algo a Héctor?

—Buenos días. No, Héctor está bien. Ya le he dejado en clase de nuevo.

—Ah, menos mal, me había preocupado. —Respiré tranquila.

—Esto, me gustaría pedirte un favor...

Su voz sonaba melosa y distinta. Dejé el lápiz sobre la mesa del taller y me dirigí hacia el mostrador para sentarme en el taburete que tenía tras el mismo.

—Claro, tú dirás.

—¿Puedo llevarme a Héctor esta tarde conmigo? Lo tendrías de vuelta en casa a la hora de cenar...

—¿Cómo dices? —me extrañó la petición, pues no entendía por qué necesitaba llevarse al niño fuera de horas escolares—. ¿Adónde quieres llevarlo?

—Esto... Llevo días dándole vueltas a todo lo que le ha sucedido. A lo que ha vivido, a lo que supuso para él, a aquel repentino ataque de pánico... a su aceptación de los cuentos. Creo que he tenido una idea y me da la sensación de que puede ayudarle con todo este proceso. Pero necesito tu consentimiento. Te prometo que no le pasará nada ni le pondré en peligro. Tan solo quiero afrontar parte de la terapia desde otra perspectiva y comprobar de primera mano su viabilidad.

Le creí. Sabía que no le haría daño, pero había algo que no terminaba de encajarme. ¿De qué clase de terapia debía de estar hablando? ¿Por qué necesitaba salir del colegio o de su despacho?

—¿Adónde iréis?

—Me gustaría que me acompañara a un centro residencial de menores en el que colaboro siempre que está en mis manos —comentó antes de hacer una pequeña pausa—. ¿Te va bien pasar diez minutos por el colegio? Acércate a mi despacho y te lo cuento con más detalle.

Medité durante unos instantes. Estaba realmente apurada de tiempo en

el taller, pero si Martín se llevaba a Héctor, yo podría trabajar unas horas más por la tarde, con lo que podría compensar aquella pausa.

—De acuerdo. En unos minutos estoy ahí.

—Ok. Te espero entonces. Hasta ahora.

—Ciao.

Apagué el ordenador y cogí el bolso y un zumo que me había traído para desayunar. Me lo tomaría de camino. Ya en la puerta, cambié el cartel de abierto por el de “volveré en unos minutos” y la cerré con llave ya que no vi necesario bajar la persiana metálica. Por lo que intuí, no iba a pasar mucho rato en el colegio así que no habría problema.

Llegué a la puerta del despacho apenas diez minutos después, mientras agradecía una vez más la cercanía del colegio respecto del taller. Llamé a la puerta con los nudillos y esperé a escuchar la voz de Martín, por si en ese momento estaba llamando por teléfono o tenía alguna cita dentro.

—Adelante.

Abrí la puerta y su familiar aroma me recibió. A pesar de que cada día que pasaba su presencia en mi vida se tornaba más decidida, todavía no me acostumbraba a su esencia. La fragancia de Martín era sinónimo de seguridad, de aplomo, y cuando la percibía a mi alrededor, sentía que toda yo reaccionaba y crecía, me hacía más fuerte. Como si su presencia actuara de escudo y espada para mí.

—Hola —saludé con cierta timidez sobrevenida.

—Buenos días...

Se puso en pie y ninguno de los dos supimos cómo reaccionar. Las últimas veces que nos habíamos visto había sido en la intimidad y los besos y caricias habían pasado a tener gran protagonismo en nuestros encuentros. Sin embargo, ahí estábamos en territorio neutral y no sabía muy bien cómo debía actuar en su presencia. Martín, que supuse que estaría pensando en lo mismo que yo, se recolocó la americana sin borrar la sonrisa de sus labios y me indicó con la mano que tomara asiento en una de las sillas que había frente a su mesa. Leí su expresión y por primera vez me sorprendí de tal hecho.

—Tú dirás... —me atreví a decir al fin.

—Esta tarde tengo que pasar por el centro y he creído que tal vez a Héctor le iría bien conocer a otros niños que de algún modo, tampoco conocen su lugar en el mundo.

Fue directo al grano y preferí que así fuera. No me gustaba que se andara con rodeos y menos aún cuando se trataba de asuntos tan importante que concernían a la vida de Héctor.

—¿Trabajas en un orfanato?

Percibí el silencio de Martín antes de que prosiguiera con su explicación.

—Hace muchos años que no existen los orfanatos, por lo menos en Barcelona.

—¿Entonces? Lo siento, pero ando un poco perdida en el tema...

—Existen los llamados CRAE, que no son más que Centros Residenciales de Acción Educativa, pero no son orfanatos propiamente dichos.

—¿Y qué es lo que se hace ahí?

—Son centros en los que se acompaña y tutela a los menores que, por algún motivo, no han podido seguir a cargo de sus familias biológicas. En ellos se ofrece alojamiento temporal todo los días del año, se trata de cubrir las necesidades afectivas, psicológicas, sociales y biológicas de los niños, se enseña a convivir y se ofrece un apoyo en la vida cotidiana entre muchos otros servicios.

—¿Y cuál es tu función ahí dentro?

—Ayudo con todo lo que está en mis manos en la parte psico-afectiva del tratamiento de los menores. Intento proporcionarles las herramientas para que comprendan todo aquello que ansían y necesitan saber y les muestro diferentes caminos para gestionar todos los sentimientos que, por sí mismos, todavía no han aprendido a madurar. De este modo, también tratamos de evitar casos de riesgo inminente, pues la vulnerabilidad a la que han quedado expuestos en muchos supuestos acaba resultando perjudicial para ellos mismos, así como para todo lo que supone su vida, actual y futura.

Le miraba como si aquel joven que tenía delante no tuviera nada que ver con el Martín que yo conocía, o por lo menos, no con la idea del Martín que mi cabeza se había formulado un tiempo atrás. Cada día que pasaba me encontraba frente a un hombre con unos ideales y una fuerza que no casaba con la de aquel estúpido arrogante que había conocido en aquellas primeras ocasiones en las que me adentré en su despacho. Aquel Martín distaba tanto del otro... Su vocación por los niños era pura pasión, le nacía de dentro, de algún punto a partir del cual había erigido su propia existencia.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Por qué no debería hacerlo? Soy psicólogo infantil, ¿a qué quieres que me dedique?

—No... no quería decir eso. Cuando te refieres a los niños, tienes una manera de hablar totalmente distinta, es como si te transformaras en otra persona.

—Cada uno de nosotros tenemos algo que nos mueve por dentro, algo que nos ilumina la mirada y por lo que daríamos todo cuanto poseemos. Simplemente, yo tengo la suerte de que en algún momento de mi vida, convertí mi pasión y vocación en mi trabajo, de manera que lo vivo con la máxima intensidad cada día. —Hizo una leve pausa—. Mientras que muchas personas se dedican a renegar y rugir porque su despertador tiene la desfachatez de romperles el sueño cada mañana para regalarles nada menos que una jornada de tortuoso trabajo, yo despierto pensando en que en mis manos está la solución a muchos problemas y que de mí depende que otras personas, o personitas en este caso, tengan una vida mejor.

Me parecía realmente increíble que la persona que tuviera delante fuera la misma a la que había abofeteado en una discoteca unas semanas atrás. ¿Quién era Martín y qué había pasado en su vida para que ahora fuera la clase de hombre que tenía frente a mí?

—Entonces, ¿te parece bien que me lleve a Héctor esta tarde conmigo? —insistió, volviendo al hilo central de nuestra conversación—. Lo tendrás de vuelta antes de las ocho y media, para que pueda cenar tranquilo antes de meterle en la cama.

—¿Crees realmente que esto le ayudará?

—Creo que, simplemente, necesita que alguien le ofrezca otros puntos de vista para que su pequeño mundo empiece a tener sentido. No tengo

soluciones definitivas, trato de buscarlas día a día a fuerza de probar... Es la teoría del “ensayo y error”. No soy Dios, Jana, no puedo garantizar un resultado, pero puedo asegurarte que hago y haré todo lo que esté en mis manos para ayudar a Héctor.

Me quedé pensativa durante unos instantes. Tal vez dejé que pasaran más segundos —o minutos— de la cuenta, en ningún caso fui consciente de ello. Pero al final, después de lanzarle una última mirada e implorarlo a través de los ojos que cuidara de mi pequeño, acepté su petición sin rechistar y sin atreverme a preguntar qué era lo que pretendía hacer o enseñarle en aquel centro.

—Tiene la merienda en la mochila. Intenta que se lo acabe todo.

—Descuida.

La tarde en el taller se me hizo eterna, los minutos parecían haberse convertido en tortuosas horas y la aguja no avanzaba a pesar de mis plegarias. Tuve la suerte de que un par de clientes me alegraron la semana con sus compras y parecieron realmente interesados en el proyecto en el que estaba trabajando. Sus buenos deseos actuaron de bálsamo para mis ánimos, sin embargo, continuaba con una extraña sensación en el cuerpo. Me sentía nerviosa, ansiosa por lo que podía estar sucediéndole a Héctor. ¿Cómo viviría aquella experiencia? ¿Y si, al contrario de lo que opinaba Martín, le afectaba más de lo debido?

Respiré hondo mientras intentaba centrar todas mis fuerzas en el proyecto. No me concentraba. No lograba mantener mi atención más de un par de minutos seguidos. Mi mente no me obedecía y campaba a sus anchas

por terrenos en los que yo no me quería adentrar. Era desesperante.

Me dirigí hacia el taburete del mostrador y me senté. Saqué del bolso un pequeño bocadillo que me había preparado al mediodía y lo desenvolví mientras intentaba dejar la mente en blanco. Entonces, tuve una sensación extraña. Dirigí la vista hacia el vientre y lo contemplé como si pudiera ver a través del mismo. Me descubrí sonriendo al pequeño ser que crecía ahí y una sensación de extraño placer me envolvió. Tal vez él —o ella— también tuviera hambre. Le di un nuevo bocado y saboreé la mezcla del pan con aceite de oliva y queso. Me encantaba el queso desde siempre y daba las gracias a que el embarazo no me hubiera privado de ello, pues me habían hablado de aquellos antojos repentinos para los que no encontrabas explicación y que en muchas ocasiones, te privaban de cosas que siempre habías adorado.

Perdí la vista en algún punto del horizonte de mi tienda. Tal vez estuviera empezando a encauzar las riendas de mi vida. Me di cuenta de que hacía días, semanas, de hecho, que no había vuelto a tener pesadillas en las que apareciera Sandra. La echaba de menos, eso era algo que no cambiaría nunca, pero ya no sentía aquella tristeza que acababa conmigo con cada uno de sus recuerdos. Desde el leve episodio que me llevó a pasar un par de días en el hospital, era como si todo hubiera cambiado para mí. Empezaba a sentirme dueña de mi propia vida y comenzaba a ser consciente de cuánto poder tenía sobre mis propias decisiones, y lo que estas afectaban en mí.

Si darme apenas cuenta, había retomado el control y ahora volvía a sentirme fuerte, a pesar de que alguien se encargara de robarme parte de mis energías. Pero ya no me preocupaba. Me cuidaba, me alimentaba como era debido y por primera vez en mucho tiempo, me dejaba aconsejar. Sobre todo

por mi madre. Pensé entonces en ellos, en los dos. De nuevo, a pesar de todo, volvía a ver parte de la ilusión en sus rostros y aquello era una inyección de fuerza para mí. Aceptaron mi embarazo y aquella relación, o lo que fuera que existiera entre Martín y yo. Desde entonces todo eran mimos, llamadas en las que únicamente importaba cómo me encontraba, comentarios sobre vestiditos o miles de páginas de bebés que Minerva me enviaba por *WhatsApp* para empezar a tomar ideas.

Me di cuenta de que yo había tenido mucho que ver en el cambio que imperaba en mi entorno. Si yo me sentía feliz, ellos también lo estaban. Me resultaba curioso que así fuera, pues creía imposible que el estado de ánimo de una sola persona pudiera afectar tanto al de sus semejantes. Pero así era, y me sentía radiante al saber que la vida me estaba ofreciendo una nueva oportunidad.

Eso no significaba que no estuviera asustada, al contrario, me sentía verdaderamente aterrada por cómo iría el embarazo, por todo lo que me iba a suceder en adelante y por ver qué me depararía el destino con Héctor y el bebé. Pero no estaba sola y fuera lo que fuese lo que sucediera entre Martín y yo, sabía que de algún modo, tampoco le faltaría de nada. No habíamos hablado todavía del tema, pero empezábamos a conocernos y Martín no parecía la clase de hombre que desaparecía frente a las obligaciones. Al contrario.

Terminé el bocadillo sin darme cuenta del tiempo que había perdido entre todas aquellas divagaciones. Comprobé que el móvil continuaba ausente de notificaciones por lo que me obligué a pensar que todo iba según lo previsto con Héctor. En definitiva, si hubiera habido problemas, Martín me habría avisado, ¿no?

Regresé a mi mesa de trabajo y decidí poner algo de música con la que acallar mis pensamientos. Era la única forma en la que podría continuar trabajando, pues el tiempo comenzaba a correr en mi contra.

Sentí la vibración del teléfono y me sobresalté. Miré la pantalla y vi que era Martín, además de descubrir que pasaban unos minutos de las ocho.

—¡Hola! —saludó más jovial de lo que lo había visto esta mañana—. Nosotros ya estamos listos. ¿Voy para tu casa?

—Hola, Martín. Sí, sí. ¿Cuánto tardáis? Se me ha ido el santo al cielo y todavía sigo en el taller.

—No te preocupes. ¿Te apetece que compre algo para cenar...? Bueno, tal vez tengas otros planes... Esto... no he dicho nada.

—Martín —sonreí ante su repentina inocencia—. Me parece una idea fabulosa. Me encantaría que cenaras con nosotros.

Pude percibir su silenciosa sonrisa a través del teléfono y yo hice lo mismo. Sentí que la niña que continuaba confinada en mi interior aplaudía feliz y expectante, mientras la mujer en la que me había convertido sonreía feliz ante la idea de una cita inesperada con el hombre que conseguía acelerarla en todos los sentidos posibles.

—De acuerdo. ¿Puedo comprar algo para Héctor? Se ha portado como un campeón.

—Hay unos *paninis* pequeñitos en el supermercado. Con eso ya estará bien. Déjale que escoja el que más le guste, pero comprueba que no lleve champiñones, suelen salirle rojeces.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato, pues.

—Perfecto. Hasta luego.

Colgué y me quedé mirando la pantalla del teléfono ensimismada. No recordaba la última vez que había tenido una cita... Y tampoco pensaba que eso pudiera considerarse como tal. Sin embargo, a mi cuerpo no le importaba lo más mínimo, pues la sola idea de cenar con Martín había despertado partes de mí que ahora danzaban alegres. Me apoyé sobre la mesa y me contemplé en aquel espejo que había en una de las paredes. ¿En qué momento mi rostro había recuperado el brillo?

Recogí todo a una velocidad impropia, sin fijarme siquiera si dejaba las cosas en su sitio. Me asaltaban miles de pensamientos, a cada cual más absurdo, pasando del típico *qué debería ponerme para recibirle* hasta el molesto *¡la casa parece una jungla!*

Cerré al fin la puerta y bajé la persiana, asegurándome, esta vez sí, de que la alarma quedaba encendida y el cerrojo bien cerrado. Llegué a casa en apenas unos minutos. Todo parecía aparentemente en orden. Respiré algo más tranquila. Me dirigí entonces hacia mi dormitorio para seleccionar algún modelito con el que sorprender a Martín cuando escuché el timbre de la puerta. Maldije mi suerte al detenerme en seco en el pasillo y di media vuelta en dirección al recibidor para abrirle la puerta. Llevaba un peto tejano y una camiseta ancha y recta de manga larga, blanca y llena de motitas de pintura. ¿En qué estaría pensando por la mañana al vestirme?

Abrí y sin esperarlo, Héctor entró disparado.

—¡Hola! —dijo para mi absoluta sorpresa cuando se aferró a mi pierna.

No pude evitar el asombro de mi rostro. Mis ojos se abrieron como platos, mientras asimilaba que Héctor, por primera vez en su vida, me había

saludado con palabras. Una sola palabra. Algo tan ínfimo para otros y tan importante para mí.

Dirigí la vista hacia Martín y estudié su mirada. Me lo decía todo y lo entendí a la perfección. No debía darle importancia si quería que Héctor continuara avanzando. Debía mostrarme natural, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Y debía hacerlo mientras mi corazón batallaba por escapar de mi pecho, pudiendo sostenerse en el suelo por la fiereza de su propio latido.

—Hola, mi amor —dije al fin con un esfuerzo sobrehumano. Le besé en la cabeza y le vi alejarse en la distancia, como si alguna especie de bicho imaginario le persiguiera.

—¿Qué narices...?!

—¡Te dije que funcionaria!

Martín parecía poseído por una extraña felicidad que me contagió al momento. Me abrazó y me levantó del suelo mientras sonreía feliz por algo que yo me moría por descubrir. No entendía nada y me daba cierto reparo preguntarle, pero Héctor acababa de dar un paso gigante y yo solo quería saber qué hacer para que aquello se repitiera de nuevo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué Héctor ha hablado? ¿Qué le has hecho?

—Jana, tenía un presentimiento. Tenía que funcionar. Héctor es un niño maravilloso, ¡tienes suerte de tenerle en tu vida!

Continuaba sin entender nada pero sus palabras funcionaban como un antídoto a todos mis males. Héctor, mi pequeño príncipe, la suerte de mi vida.

—Pasa, anda, no te quedes ahí —dije con un ademán de la mano, temblorosa todavía fruto de la emoción.

—Me he tomado la libertad de traer un par de rollitos de pollo y queso para cada uno y también refresco sin gas ni cafeína.

Entorné los ojos y fruncí el ceño sin borrar la sonrisa de mi rostro. Moría por una Coca-cola, pero me encantaba que me mimara con aquella atención.

Nos dirigimos hacia la cocina y me detuve frente al dormitorio de Héctor. Estaba sentado en su pupitre con los lápices de colores esparcidos sobre el mismo. Me acerqué y no pude reprimirme más. Le abracé con todas mis fuerzas y le besé repetidamente en la cabeza, hasta que me apartó con la mano, harto de tantos mimos y arrumacos.

—¿Puedes vigilar el horno mientras ducho al niño? —pedí desde la habitación.

Asomó la cabeza por la puerta, que quedaba justo enfrente de la cocina, y contestó de forma afirmativa. Cogí el pijama de Héctor y me dirigí con él hacia el baño. No nos entretuvimos demasiado. Regresamos de nuevo al salón y como dos robots, respondimos de inmediato a los estímulos que llegaron a nuestros sentidos. El olor a queso fundido invadía toda la casa y Héctor y yo nos convertimos en una especie de sabuesos. Martín nos esperaba en el comedor. Había preparado la mesa y la cena esperaba sobre la misma de forma embaucadora. En ese momento, hubiera vendido mi alma al diablo para que esa escena se repitiera cada uno de los días de mi vida.

Sentí una especie de descarga en la parte alta de mi espalda, bajo la nuca, y mi pecho se convulsionó de forma imperceptible para ellos pero muy intensa para mí. Era demasiado bonito y yo no estaba acostumbrada a que las cosas me salieran bien. Por lo menos no en los últimos años; antes, ni siquiera me hubiera molestado en mantener esa clase de pensamientos.

Tomé asiento bajo la atenta mirada de Martín y ayudé a Héctor a que se sentara en su sitio. Necesitaba de un pequeño elevador, un asiento infantil que se colocaba sobre la silla para poder llegar a la mesa sin tener que usar la trona, pero se sentía feliz de poder cenar con nosotros. Martín fue el último en acomodarse y al hacerlo, cogió con confianza la botella de refresco y sirvió un par de vasos. La escena era evocadora y familiar. Ya no había rastro de nervios ni tensiones. Como si lleváramos haciendo aquello toda una vida.

Cenamos entre risas y conversaciones distendidas, pero en ningún momento pregunté sobre lo que había sucedido esa tarde. Dejé que fuera él quien guiara la conversación para evitar así una metedura de pata que pudiera estropearlo todo.

Me acomodé en el sofá tras acostar a Héctor. Martín me esperaba ahí, en silencio, sin haber encendido siquiera el televisor.

—¿Has cenado bien?

—Sí... Mucho. Gracias por todo.

—No se merecen.

Permanecimos en silencio, ahora visiblemente mucho más nerviosos. Era como si la presencia de Héctor anulara nuestros sentimientos y ahora, en su ausencia, estos salieran a la luz y nos hicieran comportarnos como dos adolescentes.

—Martín... hay algo que me gustaría preguntarte desde hace un tiempo.

Me miró con la duda reflejada en sus ojos, preguntándose seguramente a qué me estaría refiriendo.

—Claro, dime.

—¿Qué significa *Un Mundo para Héctor*?

Cogió aire y se llevó una mano hacia la frente. La posó en ese punto durante unos segundos y fue deslizándola hacia el pelo, antes de mesarlo un par de veces en una actitud abiertamente nerviosa.

—Es el proyecto en el que estoy trabajando.

—¿Y por qué lleva el nombre de Héctor?

—Verás... Antes de que llegarais a mi vida, ya andaba metido de lleno en este proyecto. Llevaba dándole vueltas desde hacía tiempo, solo que no encontraba la forma de darle luz. Sin embargo, Héctor, sin ser consciente de ello, abrió la puerta a una nueva posibilidad, mostrándome que en ocasiones, la vida puede ser la que te proporcione la respuesta que llevabas tiempo buscando.

—No te sigo...

—*Un Mundo para Héctor* es algo que va más allá de una simple terapia. Llevaba tiempo indagando la manera de crear algún tipo de sistema distinto al que siempre solemos usar los psicólogos. Si algo me ha enseñado la experiencia y el paso de los años es que todos los niños son diferentes y que nada tiene que ver un caso con otro. Sí, hay ciertas clases de trastornos o de patologías que deben ser tratadas de un modo específico, sin embargo, existen conductas que aparecen un buen día y que no responden a ningún otro precedente previo.

—Tendrás que disculparme, pero sigo sin entender cuál es la

aportación de Héctor en todo esto.

Martín se puso en pie y fue a por su maletín, de donde sacó cuidadosamente unos dosieres. Buscó entre ellos en silencio durante algunos instantes y al fin, cogió uno de aquellos archivadores y lo trajo con él al sofá.

Lo tendió con delicadeza en la mesa que quedaba frente a nosotros y lo abrió, sin dejar de observarme fijamente.

—Jana, esto que te voy a enseñar es confidencial. Entiendes lo que significa, ¿verdad? Hay menores de por medio, y esta información debe ser tratada con el máximo decoro y responsabilidad posible.

—No quiero que te comprometas con nada, Martín. No es necesario que me lo enseñes.

—Tranquila, no te mostraré las identidades, pero quiero que entiendas lo que te voy a explicar y para ello, necesito cierta información que contienen estos documentos.

—De acuerdo.

Me sentía extraña, pero ansiaba conocer aquello que le mantenía tan ocupado. Necesitaba entender muchísimas cosas de todo lo que Héctor y yo estábamos viviendo y sobre todo, necesitaba conocer quién era realmente Martín.

—Todos estos niños comparten un elemento en común: la orfandad. En todos los casos, han ido derivando en distintas conductas que, con el tiempo, y tras muchos meses e incluso, años de trabajo, hemos logrado corregir, devolviéndoles a la mayoría de ellos la felicidad que les fue robada de pequeños o al nacer.

Martín pasaba las páginas, una a una, de forma acelerada, lo suficiente como para que no me diera tiempo a retener ninguna de aquellas imágenes. Sin embargo, se detuvo en la última página justo antes de tomar asiento de nuevo. Me acerqué y sentí una sensación extraña en el centro del estómago. En la parte derecha había una foto de Héctor, con sus datos personales y una breve descripción de su situación particular. A la izquierda, había la imagen de un niño que tendría más o menos la misma edad que Héctor, también con sus datos y una descripción que no quise leer. Sin embargo, aquella imagen me abdujo por completo. Sus ojos color miel, aquellas facciones y la ondulada naturaleza de aquella melena me sonaban demasiado como si, incluso, me resultara familiar. Alcé la vista y me topé de lleno con la mirada de Martín, que me contemplaba impertérrito y expectante, tal vez a la espera de algún tipo de deducción por mi parte, una que yo no lograba encontrar.

Bajé de nuevo la vista y me detuve en la fotografía, repasándola una y otra vez como si quisiera grabarla en mi retina. Entonces, como si fuera cosa del destino, una imagen fugaz cruzó mi memoria de forma abrupta. Vi a ese niño y le reconocí al instante. Y también reconocí a Martín junto a él, en el parque, cuando fui con Héctor a darle de comer a los patos. Había visto a Martín con otro niño y ese mismo, ahora me observaba entristecido desde la carpeta. De nuevo, alcé la mirada y entonces, até cabos al fin. Mis manos comenzaron a temblar y mi cerebro trabajaba deprisa, como si necesitara encontrar la solución antes de que mis propios pensamientos me la jugaran una vez más.

—Es... ¿es tu hijo? —dije sin apenas encontrar fuerza para mantener la firmeza de mi voz.

Martín cerró los ojos durante unos instantes y se rascó la nuca antes

de dirigir la vista hacia el techo para luego, volver a encontrarse con mis ojos.

—No. Óscar no es mi hijo... Es mi hermano.

No entendía nada de lo que acaba de revelarme Martín. Tenía que haberlo entendido mal. ¿Su hermano? Pero, ¿cómo podía ser eso posible?

—Jana, mi vida no ha sido siempre de color de rosa... aunque sigas creyendo que así es.

Tragué consciente de que me costaba controlar el ritmo frenético de mis pensamientos e intenté buscar una explicación lógica que pudiera dar un poco de sentido a sus palabras.

Pero aquella afirmación escapaba de mi comprensión.

—Martín, siento haberme sorprendido tanto pero, entiende que esto que acabas de decirme no tiene lógica ninguna. Por el amor de Dios, ¡este niño debe de tener la misma edad de Héctor! ¿Cómo puede ser tu hermano?

Martín se puso en pie y deambuló durante algunos segundos en absoluto silencio por la estancia, con la mirada perdida en algún punto al que ni siquiera prestaba atención.

—Óscar y yo somos hijos de la misma mujer. Sé que parece una maldita locura e incluso, una broma de muy mal gusto, pero es cierto, te lo prometo. Óscar tiene cuatro años y ahora mismo, está a cargo de una mujer que no es capaz de prepararle un mísero vaso de leche.

—¡¿Cómo dices?!

Me di cuenta en ese mismo instante de que estaba hablando con una persona totalmente desconocida, a pesar de ser el padre de nuestro futuro bebé. No entendía nada y Martín me hablaba de algo que no tenía ningún tipo de sentido.

—Pero, ¡si os lleváis más de veinticinco años!

—Veintiocho, de hecho.

Llevé ambas manos a mi rostro y las pasé de forma desesperada por el mismo. Aquello escapaba de todo orden y sentido común.

—Martín, por favor, explícame todo esto porque te juro que no soy capaz de entender nada... Óscar está a cargo de esa mujer, ¿y tú no has hecho nada al respecto?

—No es tan fácil —respondió justo antes de tomar asiento de nuevo a mi lado—. Y sí que lo hago. Estoy haciendo todo lo posible por reclamar su tutela y llevármelo conmigo.

—Pero... ¿qué es lo que sucede en tu familia? Todo esto empieza a asustarme, Martín. Por favor, necesito que me lo aclares mejor antes de que mi cerebro comience a elaborar sus propias conjeturas.

—Mi madre biológica es una mujer alcohólica, drogadicta y prostituta que, por lo visto, no sabe hacer nada más que engendrar hijos para que luego, sean los servicios sociales los que se hagan cargo de ellos.

No pronunció aquellas palabras sino que más bien las escupió. Había vestigios evidentes de rabia contenida en las mismas, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de decir, a pesar de haber salido de sus propios labios. Y yo, evidentemente, no comprendía nada en absoluto.

—Fui dado en adopción al nacer. Los servicios sociales se hicieron

cargo de mí hasta que, pasados los años, fui adoptado por mis padres. Sin embargo, por lo visto, mi tormento no había llegado todavía a su fin.

Recordé la carta que había encontrado el día que entré a fisgonear entre sus pertenencias y pensé en la dedicatoria de la misma: *A Eloy...*

—¿Quién es Eloy? —solté, cogiéndole totalmente desprevenido por mi salida.

Me miró con la duda reflejada en el rostro, supuse que tratando de entender a qué venía aquella pregunta.

—¿Cómo sabes lo de Eloy?

Medité su pregunta y pensé durante unos instantes mi respuesta. En realidad, no sabía nada sobre Eloy... Simplemente creía que tenía algo que ver en todo aquello que estaba descubriendo ahora y si así era, necesitaba descubrir también su implicación. Abrí el bolso y saqué aquel folio doblado que llevaba siempre conmigo aunque no supiera muy bien el motivo. Avergonzada por ello, sostuve la mirada incrédula de Martín y esperé las palabras de reproche que tanto me merecía.

—Yo soy Eloy.

CAPÍTULO 18

Sus palabras me atravesaron. Aquello ya era demasiado, ni siquiera Martín existía.

Me dejé caer hacia atrás y pensé que no podría soportar todo lo que estaba descubriendo, sensaciones que iban difuminando mi mente y mi capacidad de discernir con claridad. Nada tenía sentido y ahora, ni siquiera conocía el verdadero nombre del hombre del que me había enamorado.

—Entonces... ¿no te llamas Martín? —me atreví a preguntar al fin en apenas un susurro.

—Por supuesto que me llamo Martín. Cambié mi nombre hace años en honor a mi padre, mi verdadero padre —dijo con aplomo y fuerza—. Martín Saavedra es mi padre adoptivo, el único que confió en mí cuando, con doce años, era uno de los pocos pre-adolescentes que continuaba en aquel centro en el que me vi obligado a pasar toda mi infancia.

Me llevé las manos a la boca.

—No intento que sientas lástima por mí por todo esto que te estoy contando, créeme, me siento el hombre más afortunado del planeta cuando pienso en la suerte que tuve al conocer a Martín.

Dejó pasar un par de minutos en silencio, sabedor de que mi mente trabajaba a marchas forzadas tratando de dar algo de sentido a toda aquella explicación. Supongo que en algún momento se dio cuenta de que tenía la

mirada perdida en algún punto del suelo y de que no era capaz de procesar tanta información por mis propios medios. Así pues, se agachó frente a mí, cogió mis manos, ahora frías como el hielo y las envolvió entre las suyas, sin dejar de mirarme a los ojos ni un solo instante.

—¿Qué pretendes decirme con todo esto? —articulé al fin.

—Trato de hacerte entender que ser padre no es un concepto puramente biológico. Es mucho más que eso. He llegado a preguntarme tantísimas veces por qué me abandonaron sin ni siquiera querer ver mi cara que, a día de hoy, he perdido la cuenta. Pero su decisión fue mi fuerza. Luché cada día en contra de todo lo que mis compañeros hacían. Mientras ellos perdían el tiempo, lloraban y suplicaban por marcharse de ahí, yo trataba de estudiar y dar sentido a mi vida. Por eso, cuando mis padres me adoptaron, decidí convertirme en el hijo que ellos deseaban y jamás darles motivos para que me enviaran de vuelta a aquel centro del que me habían sacado.

»Nunca me metí en líos, nunca salí de noche mientras era menor y nunca saqué menos de un sobresaliente, con el único propósito de que Martín no se planteara ni un solo instante si habría hecho bien al adoptarme. Por otro lado, Marina, su mujer y por ende, mi nueva madre, me cuidó desde el primer día como si ella misma me hubiera dado la vida... pues, en cierto modo, así había sido. Me mimaba, me preparaba lo que más me gustaba para comer, a pesar de que nunca se lo pedí, y me colmaba de unos abrazos que yo no estaba acostumbrado a recibir, pero que llevaba toda una vida anhelando.

—Martín... todo esto que estás diciendo es tan duro...

—*Shhhh*, déjame terminar —dijo asiéndome con más fuerza las manos—. Sí, ellos no eran mis verdaderos padres, biológicamente hablando, claro. Pero dieron su vida por mí, por hacerse cargo de un niño que a partir de

aquel momento, se convirtió en su único hijo. Y siempre me trataron como tal. Nunca sentí que yo no les perteneciera pues, al contrario de lo que yo pensaba, mi vida les correspondía a ellos y la suya iba a ser mía desde aquel momento. Me colmaban de caprichos que yo ni siquiera pedía pero, para ellos, verme feliz era lo único que les llenaba. Sin embargo, nunca se dieron cuenta de que su decisión, su forma de estar a mi lado pasara lo que pasase, el modo de saludarme cada mañana o la sonrisa cómplice que compartían conmigo, era lo único que me hacía feliz en la vida. No necesitaba nada más.

—Pero... —comencé mientras sentía que mi cuerpo se agitaba oscilante frente a un precipicio desconocido—. Antes has dicho que Óscar y tú sois hijos de la misma mujer... ¿Qué es lo que está pasando entonces?

Vi que Martín apretaba los labios con fuerza después de haber apartado la mirada de mi rostro. Le dolía confesar todo aquello y sin embargo, lo estaba haciendo. Se abría a mí, exponiéndose con todo su ser mientras yo sentía que empequeñecía por momentos.

A veces, parecía que la suerte pudiera sorprender a algunas personas, colmándolas de felicidad y facilidades. Sin embargo, la realidad para otras personas podía ser muy distinta y muy cruel. ¿Cuánto dolor estaba preparado para soportar el ser humano? ¿Cuánto sufrimiento tenía que padecer un niño antes de poder llegar a ser verdaderamente feliz?

—Hace pocos años, comencé a tener unos sueños repetitivos. Eran tan intensos que creí que terminaría volviéndome loco. En todos ellos aparecía una mujer que afirmaba ser mi madre, una mujer a la que yo me negaba incluso a acercarme. Pero su imagen era demasiado clara... Y despertaba seguro de que mi vida estaba llegando de algún modo a su fin, precipitándose con violencia hacia una especie de muro cuyo impacto, no me permitiría sobrevivir. Tal vez te suene lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

Aparté la mirada y recordé todas las noches de sueños y pesadillas en las que la imagen de mi hermana me envolvía y se adueñaba de toda mi cordura. Despertaba empapada en sudor, un sudor frío y aterrador que me estaba afectando hasta el punto de haberme descuidado por completo de mi salud. Claro que me sonaba lo que me decía, de hecho, le entendía a la perfección. Era un dolor tan intenso que ni siquiera se podía tratar de explicar con palabras y mucho menos, intentar que alguien pudiera comprenderlo sin tener ni una ligera idea del sufrimiento que podía llegar a provocar. Volví a mirarle y busqué la comprensión en sus ojos, la identidad, la igualdad de posiciones. Al fin y al cabo, Martín no era un superhéroe de hierro, al contrario. Martín estaba demostrando ser humano, un hombre cuya valentía comenzaba a sorprenderme y a despertar en mí ciertos instintos de protección y consuelo hacia él.

Hice un amago de sonrisa, leve y disimulado, pues mi cuerpo no sabía cómo reaccionar a sus explicaciones. Pero quería que supiera que estaba ahí y que comprendía todo lo que me estaba contando.

—Necesitaba encontrar a mi madre y conocer la verdad. Saber por qué motivo hizo aquello. Al principio, me resultó muy difícil hacerme con la información. Pero ya no era el niño pequeño que habían criado durante toda una vida. Ahora era un hombre, un psicólogo de reputado prestigio que además, quería colaborar con el mismo centro en el que creció. Había una de las trabajadoras, la señora Carmen, que siempre me había tenido mucho cariño. Me cuidó con todo su amor y a pesar de la tristeza que imperaba en aquel hogar, siempre guardaba una sonrisa para mí.

—Supongo que fue ella la que te proporcionó la identidad de tu madre... ¿no? —dije atando cabos al momento.

—Sí. Ella me ayudó a conseguirla y por eso, le estaré eternamente

agradecido —hizo una leve pausa antes de continuar—. Encontré a mi madre hace poco más de un año y sin darme cuenta, lo único que conseguí con ello fue darme de bruces contra la peor de mis pesadillas.

Le acaricié el rostro con cuidado en ese mismo instante. Le observaba con una especie de adoración y comprensión en los ojos, sorprendida por el aplomo y valentía que estaba demostrando poseer. Lo que me contaba no era algo fácil de asumir, al contrario, podría comportar la perdición para muchas otras personas, cuya fuerza y entereza no estuviera hecha a prueba de fuego. Pero no era el caso de Martín.

—He tratado de ayudarla en numerosas ocasiones, incluso mis padres se han volcado en ello y han tratado de poner también de su parte para conseguir que salga del pozo en el que está hundida... Pero no hemos conseguido nada. Sin embargo, todo se complicó cuando descubrí la existencia de Óscar.

Sentí un fuerte estremecimiento. La imagen del parque volvió a sacudirme y me sentí culpable y molesta conmigo misma. Todos tenían razón, siempre saltaba a la defensiva y me mantenía en alerta, atacando a la primera de cambio en vez de detenerme a analizar las situaciones. Recordé lo dolida que me sentí al imaginar que Martín me había estado engañando con otra mujer y la forma en la que ni siquiera le permití darme una explicación al respecto. Sentí náuseas y me maldije mentalmente. Tenía que empezar a madurar cuanto antes y dejar de comportarme como una niña caprichosa.

—¿Sabe Óscar quién eres en realidad?

—No. Hace poco que empezamos a conocernos y no podía decirle nada al respecto si quería ir con cuidado. La realidad de Óscar no es la de cualquier niño, Jana. Ha vivido un verdadero infierno y todo su pequeño

mundo se reduce a una supervivencia constante. Lucha por sobrevivir cada día y pone todas sus fuerzas y empeños en cualquier aspecto que implique su atención. Apenas sabe hablar con claridad y le cuesta fijar la atención de forma continua. Olga le ha hecho mucho daño y corregir algo así, te aseguro que no es fácil.

—¿Por qué siempre hablas de mundos?

A pesar de que su explicación llegó a remover mis entrañas, aquel dato fue el que me resultó más curioso. Tal vez la pregunta fuera inoportuna, y más después de todo lo que acababa de confesarme, pero necesitaba que me contara el motivo de aquella expresión que tanto llamaba mi atención.

—Todos tenemos nuestro mundo particular, Jana, solo que unos lo exponemos más que otros. Algunas personas tienen la capacidad de compartir ese mundo con los demás, de abrirse y dejar que estos sean partícipes del mismo y otros, en cambio, reducen toda su existencia a ese pequeño espacio que les pertenece solo a ellos, en su integridad. Con los niños sucede lo mismo. Desde que nacemos, nuestra vida se erige en función de unos principios y valores que nos inculcan aquellos que están a nuestro alrededor. De ese modo, nuestra personalidad se configura y se define, estableciéndose de aquel modo la base que el día de mañana, conformará nuestra personalidad.

»Sin embargo, hay veces que todo esto sufre pequeñas o grandes alteraciones o interferencias, que dificultan el procedimiento de aprendizaje normal y lo resquebrajan, permitiendo que otros factores externos lo alteren y rompan la estabilidad de aquel mundo que habíamos estado creando, llevándose con ello gran parte de nuestra esencia como personas.

—¿Es eso lo que le pasó a Héctor? —comenté entonces sin poder

evitar el temblor del labio inferior.

—Me temo que sí...

Su voz sonaba profunda y rasgada, como si hiciera un gran esfuerzo para mantener la compostura.

—¿Y cómo puedo devolverle su pequeño mundo? —añadí, temerosa de su respuesta.

—No puedes... —Escucharle decir aquello me descompuso, como si todos mis sentimientos se fundieran con mi propia sangre y ahora buscaran cualquier poro a través del cual, poder abandonar mi cuerpo—. Pero puedes ayudarlo a reconstruirlo de nuevo.

Alcé la mirada y me topé con sus ojos. No sabía si sería capaz de lograr lo que él me decía. Pero tenía que intentarlo por todos los medios, deseaba crecer, aprender, madurar y convertirme en aquella persona que Héctor necesitaba a su lado.

—Jana, ser padre es mucho más que decir que lo eres. Ser padre consiste en reconocer ese estatus. Significa respirar tranquilo cuando sabes que la personita que está a tu cargo también lo hace o sonreír cuando aprende a atarse los zapatos después de muchos intentos fallidos. Es pasarle una mano por el pelo cuando ni siquiera se es consciente de ese gesto. Ser padre es mucho más que decir te quiero. Jana, mírame —imploró después de que me hubiera vuelto a perder en la inmensidad de todas aquellas palabras—. Héctor necesita a su madre. No necesita compartir la mitad de su genética contigo ni que siempre le recuerdes que no es tu hijo.

—¿Cómo...?

—Espera. —Me pausó cortándome una vez más—. Héctor sabe

perfectamente que algo sucedió y sabe que no eres su madre de verdad. Pero la realidad es otra y es que, por mucho que los dos lo deseéis con todas vuestras fuerzas, Sandra no va a regresar. Héctor necesita a una madre que le mime, que le haga sentir querido, único y especial. Necesita saber que estarás en todo momento, que le cuidarás y que jamás peligrará su vida si tú estás con él. Y tú, necesitas rescatar tu alma de una vez por todas. Hace dos años que una parte de ella se rompió al perder a tu hermana y a tu cuñado en aquel accidente, pero debes mirar al frente, coger con fuerza la parte que todavía te pertenece y concederte a ti y también a Héctor, una segunda oportunidad. Que asumas la realidad no hará que esta cambie, ni tampoco que sea menos dolorosa, pero te ayudará a sobrellevar aquello que todavía te aflige. Y, si tú me dejas, yo estaré a tu lado para ayudaros en todo este proceso. No os dejaré solos en ningún momento, decidas lo que decidas respecto al bebé que llevas dentro, pero debes empezar a entender que tú eres la pieza clave en todo este puzle y la única que, una vez encajada, dará sentido al pequeño y profundo mundo de Héctor.

CAPÍTULO 19

Los días pasaron y aquello comenzó a resultarle imposible de esconder. Esperó paciente la llegada del joven caballero durante la semana. En los últimos días había disimulado su latente barriga bajo anchas vestimentas y holgados ropajes sin embargo, en la intimidad resultaría absurdo cualquier burdo intento de tratar de pasar desapercibida, pues cualquier hombre sobrio descubriría la realidad echando un simple vistazo a su cuerpo.

El día en cuestión llegó y por fin, el caballero cruzó la puerta de aquel establecimiento que había pasado a formar parte de su vida. En un primer momento, su corazón se aceleró al recordar todas las promesas de amor que él había profesado por ella. La emoción se reflejó en su rostro y sus ojos le mostraron risueños toda la ilusión que aquella no tan inesperada aparición le producía.

Se encerraron en el mismo aposento que solían frecuentar y se dejaron llevar por la pasión de todos esos besos que, de forma exclusiva, se regalaban desde hacía tiempo. Los minutos pasaron y sus manos recorrían sus cuerpos, anhelantes de aquellas caricias y aquellos pálpitos que solo el otro solía producirles. Entonces, sin haber opuesto resistencia a que tal hecho sucediera, el joven caballero se deshizo de la ropa para observar con absoluta sorpresa el cuerpo de la campesina, que tanto había cambiado desde su último encuentro. Quedó paralizado y palideció por momentos,

tornándose su rostro en el más fiel reflejo de una repugnancia que jamás había mostrado con ella.

Olga no entendía nada. Después de todo lo que él le había dicho, aquella reacción nada tenía que ver con la que ella había esperado. Entonces, haciendo que la situación se tornara todavía más difícil, el joven caballero comenzó a dedicarle improperios e insultos a la campesina, que los recibió sin oponer resistencia, pues el dolor que sentía en el centro de su corazón superaba con creces aquellas abominables palabras que llegaban desde la distancia hasta sus oídos.

—Jana, no quisiera interferir en tu ritmo diario, ni mucho menos decirte qué es lo que deberías hacer... Pero... ¿Has pensado en el hecho de que tal vez sería conveniente que acudieras al ginecólogo?

La miré con la sorpresa y la duda reflejadas en el rostro.

—Todo está bien. Me dijeron que no había ningún problema.

—Ya, pero estás a punto de entrar en el tercer mes de embarazo... Tal vez haya llegado el momento de que programes tu primera ecografía... ¿no crees?

Me detuve en seco ante su afirmación. Tenía razón. Tenía toda la razón.

—¿Y cómo lo hago?

—Hombre, no es muy difícil... Llamas al ginecólogo y le pides cita...

—No me refiero a eso... —Me senté en el taburete y dejé caer la cabeza entre mis manos, donde la escondí mientras un torbellino de pensamientos se arremolinaba en mi mente dispuesto a hacerme la vida un poco más difícil—. Me refiero a que... ¿debería decírselo a Martín?

Minerva se colocó frente a mí, justo al otro lado del mostrador. Me observaba con una especie de cautela y curiosidad, con aquella mirada con la que me estudiaba cuando quería sacar algo de mí.

—¿No crees que tiene el mismo derecho que tú a estar ahí?

Asentí sin saber ni siquiera que lo estaba haciendo. Claro que tenía derecho, otra cosa muy distinta era que yo encontrara la manera de gestionar todo aquello. Me resultaba tan increíble todavía pensar que estaba

embarazada... Tal vez fuera la única mujer en el mundo a la que le pasara algo así. Las mujeres solían volverse monotemáticas cuando se quedaban embarazadas. Pasaban a obviar todo cuanto les rodeaba para centrarse únicamente en el bebé y en todo lo que a este se refería. En cambio, yo había continuado como si nada. No era que no le prestase atención, resultaba inevitable no hacerlo. Simplemente, lo obviaba más de lo habitual, o quizá más de lo que los demás esperaban de mí.

—Supongo que sí... Aunque no tengo ni idea de cómo plantearle el tema.

—¿Por qué sigues negándote a ver el Martín que vemos los demás?

—¿Cómo dices?

Minerva sujetó mi mano entre las suyas con cariño. Fue un gesto natural. De pronto, volví a sentir el mismo abrigo que Sandra solía proporcionarme cuando me sentía perdida y respiré tranquila. No estaba sola, por muy confusa y desorientada que pudiera llegar a sentirme en algunos momentos.

—Martín es un chico dulce y cercano. Dale una oportunidad. Ve de frente con él, habla, exprésate. Es psicólogo, ¿no crees que sabrá mejor que nadie cómo manejar todo lo que sientes?

—También ha demostrado ser muy temperamental...

—Y tú has demostrado ser una consentida en muchas ocasiones y no veo que se haya alejado de ti en todas estas semanas.

Pensé en aquella última afirmación. Sí que lo había hecho, pero ella no estaba al corriente. Me acobardé tanto cuando él se apartó de mí que no pude ni siquiera contárselo a mi mejor amiga por temor a que aquel

pensamiento se materializara en una realidad... aunque ya lo fuera. Martín había regresado y eso era lo único que me importaba ahora. No quería volver a estropearlo todo.

—¿Debería decírselo antes de pedir hora?

—Eso ya queda a tu elección. ¿Tienes seguro privado?

—Sí.

—Mejor. Tal y como está ahora mismo la seguridad social, tener mutua es una de las mejores decisiones que hayas podido tomar.

—La saqué al poco tiempo de llegar de Héctor.

—Bien hecho. Y ahora, no le des más vueltas. Saca la agenda, buscaremos un día para la cita.

Abrí el primer cajón del mostrador y saqué la gran agenda en la que por suerte, era capaz de organizar de algún modo el desastre que tenía por vida. Me había acostumbrado a depender de ella para todo y ahora ya no podía dar un paso sin apuntarlo antes.

Busqué entre las páginas y me situé a finales de diciembre. Cumplía los tres meses de embarazo el día treinta de dicho mes, según lo que me dijeron en el hospital los días que estuve ingresada. Quizá fuera la única mujer que continuara hablando de meses, pues lo de contar en semanas me resultaba un sinsentido y una pérdida de tiempo, aparte de un lío tremendo para mi ya embotado cerebro.

—Cumpló los tres meses para navidades... —dije sin levantar la cabeza.

—Puedes pedirla una semana antes. Se recomienda hacer la primera

ecografía entre la séptima semana y la número doce. No es necesario que seas estricta por unos días de diferencia.

—¿Y tú por qué sabes tanto de embarazos? —pregunté. Me extrañaba aquel conocimiento por su parte, pues nunca se había mostrado demasiado interesada en la llegada de un bebé al mundo.

—Te recuerdo que yo también viví el embarazo de Héctor... Y mi prima tuvo un bebé hace apenas unos meses. Al final te acabas enterando de cómo funciona esto de los pañales, la lactancia y el resto de cosas que espero, todavía tarden en llegar a mi vida.

—Gracias... —contesté lacónica sin poder evitarlo.

—Eso no quita que quiera vivir contigo todo el proceso...

—No me consuela.

Apretó los labios en un gesto inquieto y alzó una ceja en señal de disculpa. Resultaba graciosa incluso así.

—No estarás sola, Jana. Vamos, yo también estaría acojonada. Pero eres valiente y tienes a un hombre maravilloso a tu lado que quiere dar el paso contigo.

—No tengo ni la menor idea de quién es Martín en realidad...

—¡Pues dedícate a conocerlo! Tenéis nueve meses para ello...

—Seis —puntalicé cortándola.

—Tenéis seis meses —rectificó sin perder la sonrisa— para conocerlos. Nadie ha dicho que os vayáis a vivir juntos. Tan solo dedicaos a salir, a descubrir quiénes sois en realidad. ¡Demuéstrale quién es Jana y de cuánto es capaz! No había ningún chico que se resistiera a tus encantos, cielo.

Saca de nuevo a la chica que habita en tu interior, a la leona que llevas dentro. Tienes carácter y siempre has sido fuerte. No te faltaban agallas y siempre conseguías lo que querías. Déjale que conozca a esa chica y que sea él quien decida si quiere acompañarte en este viaje.

Su discurso llegó a partes de mi cuerpo que necesitaban ser acariciadas. Con el tiempo, había perdido el amor propio que guardaba hacia mí misma y era plenamente consciente de ello. Sentía pavor hacia todo en general y nada en particular, una sensación que nunca antes había experimentado. Me ponía mucho más nerviosa de la cuenta y perdía los estribos con facilidad. Pero sabía que todavía quedaba algo de mí. Tan solo necesitaba rescatarme. Las palabras de Minerva actuaron de motor, era como cuando un entrenador ponía a sus jugadores una de aquellas estudiadas canciones antes de un partido, una con las que motivarles y darles las alas y el empuje que necesitaban para creer en ellos y saber que la victoria era posible.

Minerva empujó con los dedos el teléfono móvil que había sobre la mesa, casi sin apenas moverse, y lo acercó hacia mí mientras me dedicaba una mirada divertida.

Lo cogí, busqué el número en cuestión en la agenda de contactos, pulsé el botón de llamada y esperé.

Al colgar, una sensación extraña burbujeaba en mi propia sangre. Eran demasiadas cosas a la vez. Sentí una especie de sacudida y me llevé la mano al abdomen casi al instante. Alcé de nuevo la vista hacia mi amiga y la contemplé mientras me observaba con atención.

—Veo que no eres la única que se alegra de haber dado un paso al

frente —dijo al fin con aquella media sonrisa tan suya.

¿Cuántas cosas me quedarían por vivir durante los próximos meses?

Aquellas dos semanas pasaron volando. Trabajaba en el taller a destajo, como si me hubiera autoimplantado alguna especie de motor eléctrico que me diera empuje. Las visitas de mi madre se convirtieron en una constante. Cada mañana aparecía por la tienda y cuando no lo hacía con un bollo, lo hacía con un zumo. Cualquier excusa era buena. Y se lo agradecía tanto que ni siquiera me atrevía a decírselo. Por otro lado, el proyecto del concurso avanzaba a buen ritmo. Tenía los planos claros y los materiales en mi poder. Tan solo necesitaba horas de montaje, lijado, pintura y unir todas las piezas.

Héctor seguía de cerca todo el proceso conmigo. En ocasiones, tenía la sensación de que quería decirme algo. Intentaba animarle en silencio a que lo hiciera, pero nunca llegaba a dar el paso. Sin embargo, me obligué a no desistir. Estaba mucho más cerca que antes de hallar una solución, los dos lo sabíamos, tan solo teníamos que aprender a hacerlo y Martín había sido claro: debía de tratar el tema con naturalidad. Mientras yo ensamblaba y desmontaba trozos de madera sin descanso, Héctor pintaba sin cesar. Había recuperado su estilo particular, su forma de ver el mundo. Sus trazos, a pesar de la evidencia de su edad, volvían a ser más claros. Avanzábamos pausadamente, lo sabía. Solo era cuestión de tiempo... y si algo nos ofrecía la vida, era tiempo. Aprovecharlo era una opción. No hacerlo, una perdición.

Y no habíamos sobrevivido para perder.

Echaba de menos a Martín. Durante aquellas dos semanas le sentí realmente ausente. A pesar de recibir alguno de sus mensajes a diario, echaba de menos el aroma de su piel junto a la mía. Las sesiones con Elsa resultaron agradables, pero no era lo mismo. Jamás había experimentado nada igual. Apenas había tenido tiempo de recrearme con la suavidad de su piel y sin embargo, añoraba unas caricias de las que apenas tenía recuerdos. Nuestros encuentros habían sido esporádicos, pues no habíamos erigido nuestra relación precisamente en un contacto físico. Pero recordaba la tensión que poseía mi cuerpo cuando le tenía cerca. Me atraía de un modo casi demencial, y lo había hecho desde el primer día. Era como si nos conociéramos de antes. Reaccionábamos del mismo modo que lo harían dos imanes: nos atraíamos y repelíamos con una facilidad alarmante. Pero nuestros cuerpos se necesitaban el uno al otro para incrementar su fuerza. No tenía ni idea de cuál era el futuro en el que Martín y yo confluiríamos, pero estaba segura de que se había convertido en uno de los pilares de mi vida y fuera cual fuera nuestro sino, una parte de él residiría por siempre a mi lado. Y aquello me asustaba con la misma intensidad que me tranquilizaba. Y si aquella cualidad estaba escrita en su genética, saber que mi bebé sería portador de ella acallaba mis recelos.

No era consciente de que mis dedos teclearan un mensaje al sujeto de mis pensamientos pero, por lo visto, llevaba escribiendo algunos instantes de forma automática. Así pues, leí rápido el contenido del mismo antes de pulsar la tecla de enviar.

«Estaba pensando en que tal vez te apetecería venir a cenar a casa. Mañana es noche buena y por la mañana veremos por primera vez... al bebé. Tal vez podrías quedarte a dormir y así, saldríamos juntos desde casa.»

Podríamos celebrar una pre-noche buena. A nuestra manera... la que quieras.09.01».

Pulsé la tecla sin querer detenerme mucho más. Si lo hacía no lo enviaría, y me apetecía realmente pasar la noche con él. Había perdido la cuenta de los días que hacía que no nos veíamos, pero durante todo aquel rato que su recuerdo llevaba inundando mi mente, sentí un ligero cosquilleo en el estómago, insistente y radioactivo. Un hormigueo que alcanzaba todos los puntos de mi cuerpo sin olvidarse de ninguno de ellos. Guardé el teléfono en el bolsillo trasero de los tejanos que llevaba puestos y me encaminé hacia el dormitorio de Héctor. Eran las nueve de la mañana, ya había dormido suficiente por hoy. Llevaba unos días inquieto, nervioso y alterado. Eran las primeras navidades que empezaba a ser consciente de la existencia de Papá Noel y los Reyes Magos y se estaba notando. Sin embargo, tanto su energía como su ilusión eran pegadizas, pues incluso yo misma parecía tener los nervios a flor de piel.

Le contemplé durante algunos segundos desde el quicio de la puerta. Tenía la melena despeinada y le tapaba parte de los ojos. Le había crecido mucho el pelo pero no me atrevía a cortárselo. Mi pequeño Mowgli era bonito y salvaje al natural, y poseía el mismo color de pelo que mi hermana. Me moría de ganas por verle abrir los regalos de ese año. No eran gran cosa ya que no podía permitirme grandes lujos, pero Héctor era feliz con tan poco... Hacía tan solo unas semanas que había encontrado el regalo perfecto para él. Había estado trabajando sin descanso en el taller, pues una parte de mi proyecto se había centrado justamente en eso. Héctor era feliz pintando, aquella era su mayor vía de escape y sin él saberlo, se convirtió en mi mayor fuente de inspiración. Quería que Héctor se sintiera el hermano mayor del bebé. Quería que supiera que le quería y que deseaba con todas las fuerzas que pudiera convertirse en modelo y ejemplo del que siempre sería su

hermanito, o hermanita. Así fue como mezclé ambas cosas y trabajé en ellas. Ambos serían los protagonistas de mi proyecto y por ellos dos intentaría ganar el concurso.

Me pasé la mano por el vientre, suave, una caricia de la que ni siquiera fui testigo. Algo se removió en mi interior y sonreí, satisfecha por primera vez en mucho tiempo, feliz como hacía demasiado que no lo estaba. De repente, como si hubiera intuido de algún modo mi presencia, Héctor abrió los ojos y pestañeó unas cuantas veces antes de que estos pudieran acostumbrarse a la luz que entraba desde mi puerta. Se los frotó con aquellas manitas que me tenían enamorada y me contempló con su habitual silencio.

—Buenos días, cariño.

Me saludó desde la cama con un movimiento de la mano y creí que moriría de amor en ese mismo instante. ¿Cómo se pueden llegar a obviar cosas tan importantes en la vida? ¿Cómo se pueden dejar de apreciar sonrisas tan importantes en algún momento?

Me acerqué a él y le planté un sonoro beso en la mejilla. Feliz por mi estado de ánimo, sentí sus brazos aferrándose alrededor de mi cuello y al mismo tiempo, fui consciente de un torrente de energía que brotaba por todo mi cuerpo, ahora henchido y atiborrado de felicidad y fortuna.

—¿Hoy viene Papá Noel?

Mantenia su rostro en el hueco de mi cuello y sentí aquellas palabras como una especie de cadena, una que hubieran anudado a mi estómago antes de tirar fuerte de ella para arrancarlo de mi interior. Fue una sacudida inesperada y demasiado intensa como para poder obviarla. «*Piensa con claridad. Actúa con normalidad. Hazlo por él*». Demasiados pensamientos se arremolinaban en mi cabeza mientras mi pequeño príncipe esperaba una

respuesta para la que ni siquiera me salían las palabras. Era como si me hubieran extirpado las cuerdas vocales... y parte del corazón.

—No, cariño mío... —logré balbucear al fin con toda la normalidad que fui capaz de reunir—. Papá Noel viene mañana.

—Vale.

Vale.

Una sola palabra. Cuatro letras. Cuatro insignificantes letras que en ese momento, para mí lo significaron todo. Llevaba meses esperando escuchar la voz de Héctor y por primera vez, lo que antes parecía imposible, ahora comenzaba a coger una forma definida. Era bonita, suave, tan dulce que quizás entregaría mi propia vida si así lograra volverla a escuchar, si así pudiera oírla una y otra vez.

Fui vistiéndole mientras mi mente trabajaba a gran velocidad. No dijo nada más, pero aquello fue suficiente, pues tampoco sé cómo habría podido reaccionar de haber continuado hablando. Pensé en Martín y en todo lo que me contó sobre su pasado. En realidad, no éramos tan diferentes. ¿Cómo debía de ser Óscar? ¿Cuán difícil podía ser llegar a ser el descubrir todo aquello de un día para otro?

Me di cuenta de que en realidad, éramos nosotros mismos los que teníamos la capacidad de sanarnos por dentro y de sacar las fuerzas de sitios que ni siquiera conocíamos. A veces necesitábamos ayuda, como en mi caso, y otras, golpear nos una y otra vez no era motivo suficiente como para llegar a caer. Martín era tan fuerte que me resultaba increíble incluso pensarlo. Había demostrado un aplomo infranqueable y una fortaleza indestructible. Al igual que yo, ahora se encontraba con un niño entre sus brazos que le necesitaba

tanto como el aire que respiraba. ¿Quién era yo para privarle de tal cosa? No podía inmiscuirme. Aquel niño tenía que ser su prioridad, aunque yo le echara tanto de menos que dolía solo con pensarlo.

Sentí la vibración en la parte trasera de mis pantalones y di un pequeño brinco por la emoción. Desbloquéé la pantalla del teléfono y abrí la notificación. Era Martín.

«Me parece una idea maravillosa. A las ocho estaré ahí. Gracias por adelantarme el regalo de Navidad.9:10».

Sonreí y sentí que me ardía la punta de las orejas. Pero esa sensación desapareció rápidamente para dar lugar a la incertidumbre, pues al releer aquellas palabras, me di cuenta de que realmente no tenía ningún regalo preparado para Martín... ¿Habría comprado él algo para mí? Miré a Héctor con la duda reflejada en el rostro. Entonces, tras sostenerme la mirada, el pequeño mostró una mueca sonriente y no pude evitar sonreír al ver sus diente-cillos de ratón. Qué fácil me lo ponía. No le había comprado nada, cierto, pero podía pasar el resto del día preparando una cena especial y Héctor podría ayudarme. Sería un buen modo de pasar el día juntos y a la vez, mostrar a Martín cuán importante resultaba para mí su compañía aquella noche.

Llevé a Héctor al parque donde le dejé jugar durante un rato mientras escribía una lista con todos los ingredientes que iba a necesitar para la noche. El tiempo pasaba volando y si no me apremiaba, no me daría tiempo a prepararlo todo. Metí a Héctor en el carro de la compra y anduve con él así hasta el supermercado más cercano. Le encantaba cuando le dejaba meterse ahí dentro. Abría los brazos en cruz y cerraba los ojos, como si creyera que en realidad estaba volando. Lo descubrí una vez por casualidad, cuando todavía era pequeño para caminar demasiado. No podía llevar el carro de la

compra y su cochecito, por lo que opté por llevar uno solo. Y aquello resultó ser todo un descubrimiento. Desde entonces, casi siempre le permitía ir un ratito dentro, para que pudiera volar de algún modo en su particular forma de hacerlo. De hecho, a veces aceleraba el paso con él dentro, de manera que toda su melena revoloteaba al viento, brindándole una sensación de libertad que transmitía a todas las personas que nos cruzábamos a nuestro paso y que no podían evitar sonreír ante tal escena. Héctor empezaba a tener su propio club de fans, y lo ampliaba día a día, cada vez que salíamos a la calle.

Llegamos a casa divertidos, compartiendo una pequeña bolsa con chucherías y ositos de colores. Héctor tenía los mofletes pringados por culpa de aquel bastoncito de caramelo blanco y rojo, y resultaba tan divertido que no pude evitar hacerle una foto y mandársela a mis padres.

—Vamos, debemos ponernos manos a la obra. ¿Quieres ser el ayudante del Chef?

Me lanzó una mirada curiosa y levanté la mano para que chocara los cinco conmigo, cosa que no tardó en hacer. Así pues, rebosantes de una felicidad sobrevenida, nos encaminamos hacia la cocina donde dimos inicio a nuestro zafarrancho particular, mientras me obligaba a no dejarme llevar por los nervios que sentía respecto a la ecografía de mañana. ¿Podía sentirse terror ante una cosa tan bonita? ¿Experimentarían todas las mujeres lo mismo que sentía yo en esos momentos?

Me sentía tan nerviosa frente al espejo que ni siquiera escuché el timbre la primera vez que este sonó. Me retoqué el pelo una y otra vez. Hacía días que no veía a Martín y una parte de mí quería estar impecable para él.

Me había costado muchísimo decidirme por la ropa que debía ponerme pero, al final, decidí vestirme con algo con lo que continuara siendo yo misma. No quería aparentar ser quien no era, pues deseaba despertar su curiosidad al natural. Así pues, opté por unos tejanos ajustados y un jersey de punto en tono rosa palo con un sencillo “*I love New York*” estampado en el pecho que me encantaba y que siempre reservaba para días especiales. Héctor estaba hecho un pincel, con sus tejanos y aquella camisa verde menta que le regalaron sus abuelos paternos. Estuve incluso tentada de hacerle una sesión de fotos y mandarla a cualquier revista de moda infantil.

El timbre sonó de nuevo, esta vez de forma más estridente, y entonces captó toda mi atención y por lo visto, también la de mis entrañas, que se revolvieron agitadas. Héctor corrió hacia la puerta y como siempre hacía, dio un golpecito a la misma. Su gesto me enterneció.

—No es Minerva, cariño. Es Martín —dije agachándome frente a él, ahora ya en la puerta—. ¿Te apetece que cene esta noche con nosotros?

Pareció pensarlo durante algunos instantes, justo antes de mostrar una sonrisa que me alivió. Me puse de nuevo en pie, le cogí de la mano, cogí aire y tras expulsarlo de forma pausada mientras contaba hasta cinco, abrí.

CAPÍTULO 20

—Estás preciosa.

Con aquellas dos sencillas palabras rompió el silencio. Todavía estaba plantada frente a él, seguramente con la expresión más boba que hubiera mostrado en público alguna vez en la vida. Era patética. ¿En qué momento había perdido todo el aplomo y sobre todo, mi dignidad?

—¿Puedo pasar? —añadió de nuevo, esta vez con una divertida sonrisa en el rostro.

Estaba disfrutando con aquello y yo se lo estaba poniendo realmente fácil. Menuda tontería la que me había poseído.

—Claro. Buenas noches, Martín... Adelante.

Héctor le saludó con la mano, feliz con su presencia.

—Hola, Héctor. ¿Cómo estás?

Le revolvió la melena a su paso y sin que pudiera haberlo esperado, se acercó a mí. Percibí primero su aroma, su perfume, aquella fragancia que ya nunca podría olvidar. Sin embargo, cuando pude ser consciente de ella, sus labios entraron en contacto con mi mejilla. Me dio un beso cálido, suave y dulce, muy cerca de la comisura de mis labios. Tanto, que incluso me paralizó. No esperaba aquel saludo por su parte y sin pretenderlo, me anuló, pues tenía puesta toda la concentración en el punto exacto en el que sus

labios habían rozado mi piel, marcando en ella un recuerdo que permanecería perenne en mi memoria.

—Iba a traer vino... —continuó con aquella hipnótica expresión en el rostro—. Pero caí en la cuenta de que en tu estado no sería apropiado... Así que he traído un refresco de naranja... Sin gas. Otra vez.

Nos sumimos en un silencio repentino mientras nuestros ojos se buscaban en la penumbra de aquel punto de mi casa. De pronto, como si hubiera contado el chiste más gracioso del mundo, ambos estallamos en una sonora carcajada. ¿De veras había traído refresco de naranja?

Como si me hubiera leído el pensamiento, lo sacó de su espalda, donde lo había mantenido escondido y me mostró una botella efectivamente de color naranja, con un lacito rojo en el cuello, anudado con perfección y detalle.

—Les pedí que me la envolvieran para regalo. Pensé que tal vez te haría ilusión adelantar alguna de las sorpresas que nos esperan esta navidad...

No sé si fue el uso del plural o la trascendencia de esa última afirmación pero de nuevo, logró reavivar partes de mí que se mantenían a la espera de su pertinente caricia. Poseía un don innato y yo moría por descubrir el alcance del mismo. ¿Hasta cuándo seguiría despertando todas esas sensaciones en mí? ¿Desaparecía algún día aquel efecto?

Anduvimos en silencio hacia el salón. Me sentía tan nerviosa que creí que acabaría devolviendo en cualquier momento, poniéndolo de paso todo perdido. Sentía el latido de mi corazón en la garganta, tan vivo que creí que ya ni siquiera me pertenecía. Martín se detuvo al llegar a la entrada del salón, donde la mesa nos esperaba impaciente. Lo habíamos dispuesto todo como si se tratara de la noche de fin de año. De hecho, a Héctor le encantaban las

uvas, por lo que había una fuente llena de ellas aguardando la hora del postre. Yo me mantuve a sus espaldas, mientras rezaba para que no le resultara demasiado. Temblaba de nervios y me sentía como una ingenua adolescente. Martín no se movía. Su espalda, ancha y robusta, cubierta por su gabardina continuaba inmóvil y yo moría cada segundo que pasaba sin poder observar su expresión. Parecía que el tiempo se hubiera detenido en aquel apartamento que ahora olía a una mezcla de salsa de arándanos y pasas.

Cuando se giró, mi mano aguardaba sin yo ser consciente de ello sobre mi garganta, tal vez en un intento desesperado e inútil de detener el bombeo de la sangre en aquella parte de mi cuerpo. Pero entonces, como si no existiera nada más eficaz en el mundo, me encontré de frente con su expresión y supe que a su lado, nada era imposible. Sus ojos brillaban, del mismo modo que lo hacen las estrellas en la noche más oscura, y pude ver la emoción contenida en ellos. Reaccioné al instante y mi cuerpo lo hizo conmigo, permitiéndome recuperar el ritmo de mis pulsaciones. Me contemplaba con aquella media sonrisa tan suya, sumido en algún pensamiento que no quería interrumpir.

—Gracias.

Aquella única palabra me bastó. No porque con ella me agradeciera que hubiera pasado gran parte del día metida en la cocina, ni porque aceptara la cena como una especie de regalo por mi parte. Me bastó porque completaba la parte de mí que necesitaba ser perdonada. Con una sola palabra acallaba los anhelos que invadían mis noches y los temores que últimamente protagonizaban mis días. Su agradecimiento era una especie de rúbrica a un estado de paz al que necesitaba abocarme. Y sobre todo, al que quería sumirme junto a él.

—No me las des.

Martín lanzó una mirada distraída hacia el pasillo y tras confirmar que Héctor estaba perdido en algún punto del salón desde el que no podía vernos, se acercó a mí, me rodeó la parte baja de la espalda con su mano y me besó. Fue un simple beso, pues tan solo rozó mis labios con los suyos. Pero el efecto que causó en mí fue tan arrollador que logró incluso marearme, mientras mis piernas desfallecían bajo mi propio peso.

—¿Puedo ayudarte con algo más? —preguntó tras separarse de mí mientras yo luchaba por recuperar la consciencia de algún modo.

—No... está todo listo en la mesa. Bueno, sí... —dije antes de hacer una pausa expectante—. Puedes ayudarme a convertir esta en la primera pre-Nochebuena en la que la felicidad vuelva a tener sentido y cabida.

Escucharme a mí misma supuso un pequeño choque emocional y me sonrojé al instante. Hacía tiempo que no exteriorizaba esa clase de sentimientos y hacerlo todavía suponía un verdadero obstáculo que debía superar. Sin embargo, Martín despertaba en mí emociones que todavía no sabía cómo afrontar y cada vez que sucedía, algo en mí cambiaba.

—Entonces, pondré todo mi esmero en que así sea.

Nos miramos como lo harían dos personas capaces de comprenderse sin necesidad de palabras. A esas alturas, negar mis sentimientos hubiera sido tan absurdo como privar a una planta de agua y oxígeno para ver si incluso así, seguiría con vida.

Sentí que algo tiraba de mi jersey y bajé la mirada, saliendo así de aquella especie de trance extraño y placentero. Me encontré a Héctor con unas gafas de aviador en la cabeza, mientras tiraba del borde del jersey con una divertida sonrisa.

—¿Tienes hambre, cariño?

Se sujetó a mi mano, cogió con la otra la de Martín y tiró de nosotros hacia el salón. ¿Y todavía había personas que no se maravillaran ante la inocencia de un niño?

Tomamos asiento los tres. Por un momento, estuve tentada de pedirle que se sacara las gafas para cenar. Pero no fui capaz. ¿Quién era yo para obligarle a dejar de soñar? ¿Acaso tenía derecho a menguar sus infantiles ilusiones? De hecho, observarle con aquel aspecto invitaba a desear de algún modo poder perderte en su pequeño mundo así que, sentirme parte de él al menos lo compensaba.

Nos hallábamos los tres sentados en la mesa mientras un incómodo silencio se instalaba entre nosotros, cubriendo los huecos que la timidez de nuestras voces se negaba a llenar. Entonces, con la intención desesperada de vencer aquella sensación, me puse en pie, cogí el plato de Héctor y comencé a servirle la cena.

—Puedes comenzar, Martín. Por favor, acaba con esta tensión cuanto antes...

Mi sinceridad pareció hacerle gracia y por primera vez, creí conectar de verdad con el chico que realmente se escondía tras aquella apariencia de seriedad y madurez. Martín estaba tan nervioso como yo y eso facilitó las cosas en gran medida. Entonces, en un gesto que emanaba sensualidad, se subió las mangas de la camisa en un par de pliegues, dejando los antebrazos al descubierto y tras echar un vistazo a todos los platos que había repartidos en la mesa, comenzó a servirse un poco de cada.

—¿Tienes ganas de que venga Papá Noel, Héctor?

Ante la pregunta de Martín, sus ojos se abrieron mucho más de lo que sus órbitas tal vez pudieran soportar y sus dientes de ratón, perfilaron aquella

sonrisa que podría firmar la paz en el mundo. Por un momento, esperé sin respiración su respuesta. Deseaba con todas mis fuerzas escuchar de nuevo su voz para así poder insertarla en mi mente, aprendérmela de memoria y recordarla cada vez que la necesitara. Pero no contestó más que con un gesto afirmativo de la cabeza que repitió dos veces.

—Has sido muy bueno este año, estoy seguro de que se portará bien contigo.

Les contemplaba embelesada. Era una escena tan distinta a cualquier cosa que hubiera imaginado que todavía me resultaba difícil hacerme a la idea de que aquella era ahora mi realidad. Me di cuenta de que por primera vez estaba cenando con mi familia. Mi nueva familia. Héctor formaba parte de ella desde el primer día, aunque ahora, su presencia en mi vida hubiera adquirido una dimensión totalmente diferente. Martín, por otro lado, había sido el último en llegar y ahora tan solo deseaba con todas mi fuerzas que no se convirtiera en un simple capítulo de mi historia. Y finalmente, estaba el bebé. Él, o ella, también estaba presente de algún modo, aunque el mero hecho de pensar en ello me diera vértigo. A pesar de que me obligara a distraer mi mente casi las veinticuatro horas del día, el embarazo me nublabla la capacidad de pensar. Y ahora, mientras observaba a mis acompañantes, me di cuenta de que serían las últimas navidades en las que solo estaríamos nosotros. A partir de las siguientes, seríamos uno más y las posibilidades de que la mesa estuviera ocupada por los mismos comensales tan solo dependía de lo que Martín y yo decidiéramos en el futuro. Podría haber un él, un yo o bien, un nosotros.

Conseguí acostar a Héctor no sin grandes esfuerzos. Después de cenar, estuvimos viendo una película de navidad de dibujos animados. Por un momento, los recuerdos de la última noche en la que los tres ocupamos aquel sofá, sin embargo, me asaltaron y temí que pudiera volver a sufrir por ello. Le estreché con más fuerza entre mis brazos y respiré tranquila al tenerle conmigo.

Ahora, nos hallábamos los dos solos y volvía a sentir aquella especie de burbujeo. Mi estómago se había convertido en una especie de cobijo para todas las inquietudes que me negaba a dejar aflorar todavía y que se fraguaban en él, contradiciendo a mi voluntad, que ahora quedaba anulada por todas ellas.

—¿Has pensado en algún...?

Su repentino silencio me intrigó. Creí haber entendido la pregunta, pero no me atrevía a dar el paso, por si acaso me equivocaba.

—¿Sí...? —Le invité a continuar entonces.

Respiró hondo y se rascó la cabeza con delicadeza. Aquella naturalidad me hizo gracia.

—No quiero que te sientas presionada ni nada por el estilo... Pero, estoy muy nervioso por lo que vamos a vivir mañana y... llevo días pensando en la posibilidad de que hubieras comenzado a pensar nombres para el bebé...

Me quedé en silencio al momento. No había pensado en ningún nombre... En mi cabeza era el bebé únicamente, como si aquel se hubiera convertido en su nombre. Sentí entonces el ardor en mis mejillas... ¿qué iba a pensar Martín de mí cuando ni siquiera era capaz de pensar en el nombre de mi hijo?

—No te preocupes... yo tampoco he pensado en ninguno... No debes avergonzarte. A los dos nos ha venido de nuevo en un momento en el que demasiados factores condicionan nuestra vida... ¿Qué te parece si lo hacemos juntos? —continuó con cierto rastro de timidez sobrevenida que en cierto modo, me tranquilizó—. Tal vez sea una de las primeras cosas que podríamos hacer por el bebé y a la vez, también podemos ir conociéndonos mejor. Me sorprendería mucho que dijeras que te gustaría llamarle Segismundo, ¿sabes? Tal vez eso me llevaría a hacerme una idea equivocada de ti...

Me gustó su forma de romper la tensión.

—¿Segismundo? ¿Por quién me tomas? —salté divertida sin poder evitarlo—. En realidad sí que había pensado en un nombre... Siempre he dicho que si algún día me quedaba embarazada me encantaría llamarle así... ¿Qué te parece Eustaquio? Era el nombre de mi abuelo y me haría muchísima ilusión.

Le observé en silencio mientras su rostro se desfiguraba por momentos. Su tez fue palideciendo hasta alcanzar un tono cetrino casi imposible. Estaba haciendo grandes esfuerzos por aguantarme las carcajadas. Su cara era un poema y podía ver cómo intentaba pensar la forma de añadir alguna réplica al respecto. Al final, no pude soportarlo más y estallé, dejándole totalmente atónito.

—¡Es broma!

Dejó caer la cabeza hacia atrás y jugueteó con la lengua entre los dientes justo antes de dejarse contagiar por mi sonrisa. Sus labios se curvaron al fin hacia arriba y dejaron que aquella dentadura brillara con todo su esplendor. Era magnética.

—Joder, por poco me da algo —continuó sin borrar la sonrisa—. No por nada, ¿eh? No tengo ninguna objeción en contra de ese nombre pero... creo que no me veo llamando Eustaquio a mi hijo.

Sus últimas palabras, pronunciadas de forma natural y despreocupada, sin embargo, tuvieron el mismo efecto que un impacto directo en mi estómago. Escuchar en su boca hablar del bebé fue... indescriptible. Todavía no era capaz de entender en qué momento empezaría a acostumbrarme a ello pero ¡estábamos hablando de nuestro hijo!

Sin darnos cuenta, volvimos a quedarnos en silencio, recostados sobre el sofá, con la mirada perdida. Sentí sus dedos buscando mi mano en una caricia apocada y ciertamente, cohibida. La suavidad de la yema de sus dedos actuaba como panacea para mí. Tanteó el terreno antes de continuar y cuando se cercioró de que no iba a oponerme a su contacto, sus dedos continuaron buscando el calor de mi piel, siguiendo con ellos mi brazo, dibujando en él una caricia imborrable.

—¿Qué te parece Sofía?

Me detuve a pensarlo mientras repetía mentalmente el nombre de Sofía una y otra vez. Era bonito, elegante y sonaba bien.

—¿Crees que será una niña? —pregunté, intrigada por el hecho de que aquella hubiera sido su primera propuesta.

—No lo sé... Pero sería bonito...

Sopesé su comentario. Estaba acostumbrada a tratar con Héctor y tal vez, de algún modo había dado por hecho de que se trataría de un niño.

—A mí me gusta Marcos.

—Entonces, ¿crees que será niño?

Nos miramos con complicidad y todas las preocupaciones se desvanecieron. ¿Qué más daba si era niño o niña? Lo único que deseaba era que estuviera sano. Y mañana tendría una primera respuesta para ello.

—En realidad, no me importa... Pero no sé cómo me sentiré mañana... Esto es tan extraño...

Martín me contemplaba como si acabara de encontrar el escondite del Santo Grial en mi rostro. Deseaba con todas mis fuerzas que él también se sintiera igual de inquieto por la inminente ecografía. No quería estar sola en ese barco.

—Para mí también es nuevo todo esto, Jana.

—Pero tú estás acostumbrado a tratar con niños, a desenvolverte con ellos...

—¿Acaso crees que alguno de ellos es mío? Trato con niños, sí... Pero no tengo ningún otro hijo, así que, estamos en igualdad de condiciones.

Volvimos a quedarnos en silencio y la sala quedó reducida a una calma únicamente interrumpida por el leve rastro de nuestras respiraciones. Sus dedos seguían acariciando mi brazo y mi pulso continuaba impaciente, demasiado acelerado para mi gusto.

—¿Crees que podremos verle la cara?

Nos observamos en silencio, como si tratáramos con ello de darle sentido a aquella pregunta. De pronto, sus labios volvieron a mostrarme aquella sonrisa capaz de alterar el ecosistema y el cosmos entero y al final, Martín dejó salir esa carcajada contenida de la que no pude más que contagiarme. Entonces, hundió la cabeza en el hueco que quedaba entre mi cuello y el hombro y sentí el roce de su respiración tan cerca de mi piel que

todo mi cuerpo se paralizó. Sus labios me acariciaron, primero un beso tímido y luego otro, seguido de otro más. Me extasiaba el mero hecho de sentirle tan cerca y aquellos besos tan solo dificultaban más el ritmo de mis pensamientos.

—¿Crees que todos los padres se deben de sentir como nosotros el día antes de su primera ecografía? —pregunté al fin, mientras me aferraba al control de mis propias emociones antes de que estas escaparan de mis manos.

—No lo sé... —Le escuché a través de mi propia piel, pues apenas se separó ni un solo milímetro de donde estaba. Tenía el cuerpo vencido sobre mí, ligeramente inclinado, y por primera vez, llevó su mano hacia mi vientre. Sentí el temblor a través de mi sangre y fui incapaz de distinguir si era yo misma la causante del mismo o realmente Martín se sentía como yo—. Lo único que sé es que quiero vivir todo esto contigo, sin pensar en el futuro, sin preocuparme del pasado. Quiero vivir mi propia vida contigo, descubrirte y descubrirme también a mí de paso. —Ahora sus ojos me contemplaban, mientras mi mano reposaba sobre la suya, todavía sobre aquella parte del cuerpo en la que se estaba gestando la mitad de nuestra propia identidad—. Necesito redimirme y creo que el destino te ha puesto en mi camino por algún motivo. Verte luchar cada día me da fuerza y si alguna vez imaginé a la madre de mis hijos con alguna cualidad que quería que poseyera, te aseguro que la entereza y la lucha eran dos requisitos imprescindibles. No quiero pensar qué será de nosotros el día de mañana, pero quiero compartir contigo todo esto. Saber que no soy el único que se siente apabullado y saber que puedo ayudarte cuando seas tú la que se sienta perdida.

Le besé y lo hice con una mezcla de sentimientos que desconocía hasta el momento. No era lujuria, aunque deseaba a aquel hombre con toda su inmensidad. Le besé porque no encontraba ningún otro modo de pedirle que

no me dejara, que no se alejara de mi vida, de la nuestra, del bebé. Sentí sus labios buscando a los míos con anhelo, casi con desesperación. Abrí un poco más los míos y le permití el acceso mientras ante su contacto, recordaba el sabor de aquellos besos que tanto me habían afectado desde la primera vez.

Sus manos se colaron bajo mi jersey, buscando el calor de mi piel con impaciencia. Sorteó con agilidad la tensión de mi sujetador y sentí el roce de sus dedos sobre mi pecho. Creí que acariciaba el mismísimo cielo en ese instante. Presionó ligeramente y todo mi cuerpo reaccionó. Mi piel se erizó y sentí una descarga que nació desde la parte más baja de mi espalda y que recorrió toda la columna en un lento e intenso escalofrío. Acaricié su mandíbula, tan marcada como el primer día. Era prominente y musculosa. Con cuidado, recliné la espalda hasta quedar tumbada sobre el sofá. La temperatura comenzó a ascender de forma notable a nuestro alrededor, como si la calefacción quisiera acompañarnos en ese viaje de sensaciones. Bajé la mano por su espalda, dibujando con mis dedos todos los músculos que encontraba a mi paso, construyendo en mi cabeza una imagen mental de su busto. Con cuidado, le ayudé a despojarse del jersey y contemplé su pecho, ahora desnudo. Se me secó la garganta ante la visión pues, a pesar de no ser la primera vez que le tenía así frente a mí, continuaba sin creer posible que tal perfección existiera.

Los pasos siguientes fueron demasiado rápidos. Nos hallábamos desnudos los dos sin saber ni siquiera qué clase de danza equilibrista habían llevado a cabo nuestras manos para actuar a tal velocidad.

—Vayamos a mi dormitorio... Héctor... —jadeé de forma entrecortada sin apenas poder hilar más de dos o tres palabras seguidas—. Vamos.

Le cogí de la mano y corrimos como dos adolescentes hacia la

habitación, donde cerré la puerta a nuestras espaldas. De pie, sus manos buscaron mi rostro y lo envolvieron con deleite mientras sus labios regresaban a los míos, para recibirlos con fruición y regocijo. Sentí ahora toda su prominente altura frente a mí y mi pecho se unió al suyo, sudoroso y esplendoroso. Con agilidad, deslizó sus manos por mi espalda hasta llevarlas a mis muslos, tras recrearse en el camino. Las colocó justo en el pliegue de mis nalgas y sin apenas esfuerzo, me levantó del suelo y me colocó a horcajadas en su cintura. Con delicadeza, me apoyó de espaldas contra la pared sin dejar de besarme en ningún momento. Hacía demasiado calor en esa habitación. O tal vez era el hecho de que mi cuerpo no estuviera acostumbrado a tal descarga de adrenalina.

Se introdujo en mí sin previo aviso, llenándome con toda su plenitud. Sus ojos volvieron a buscar los míos, calibrando el grado de aceptación por mi parte. En ese momento, hubiera firmado mi propia sentencia de muerte si hubiera sido necesario para que continuara. Recosté la cabeza hacia atrás y sentí una nueva acometida, lenta, húmeda, llena. Martín entraba y salía con expresa lentitud, dominando a la perfección el equilibrio entre placer y celeridad. Cerré los ojos y le di la orden a mi cerebro para que desconectara de todo. Quería sentirle, quería desaparecer por un momento de mi vida y sentirme dueña de mis emociones. Que me dominaran, que me impulsaran a volver a sentirme como la chica que era. Quería liberarme a su lado, estallar con él y dejar que mi cuerpo poseyera mi propia mente.

—Jana, no puedo más...

Su voz, ronca de deseo, rugió y ya no pude soportarlo. Sus labios, que se habían mantenido a la espera, cazaron al vuelo el sonido de mi propia reconquista, mientras sentía que me llenaba en todos los sentidos posibles.

Nos dejamos caer en la cama exhaustos, extenuados por el esfuerzo.

Me dejé envolver por sus brazos y esta vez fui yo la que buscó el hueco en el que esconder el rostro. Martín era mi refugio. Le habían bastado apenas unas semanas para demostrármelo, pero ahora, necesitaría mucho más tiempo para hacerme cambiar de idea.

—Me gusta Marcos.

—Y a mí Sofía... —afirmé antes de hacer una leve pausa—. Martín... sabes que si aceptas hacer este viaje conmigo... Héctor también será integrante del mismo, ¿no?

Su repentino silencio despertó una pequeña alarma en mi cabeza que rápidamente se afanó en acallar.

—¿Y cuándo te he pedido que cambies tu vida por mí?

CAPÍTULO 21

—Hola.

—Hola, Eloy.

Apretó la mandíbula con fuerza mientras contenía las ganas de responder cualquier improperio, pero tal y como hacía en cada ocasión en la que ella le provocaba, aguantó. Necesitaba ganársela.

—He venido a pedirte que me permitas llevarme a Óscar. Quiero darle la noche de Reyes que se merece.

—Ni lo sueñes.

Con la mano todavía apoyada en la puerta, Olga la empujó dispuesta a cerrarla en las narices del chico. Sin embargo, acostumbrado como empezaba a estarlo a aquella clase de reacciones, Martín levantó una mano y detuvo el portazo.

—Por favor —añadió en una súplica que le ardía desde los labios hasta el pecho.

—No.

—¿Acaso tienes preparado algo para él? —inquirió de nuevo, ahogado en su propio dolor.

—No.

Se pasó una mano por el pelo sin poder dar crédito a la avaricia de aquella mujer. No tenía reparo alguno en hacerle daño a sus hijos, los mismos que habían salido de sus entrañas. Privaba a Martín de la compañía de Óscar solo por su gozo y disfrute, por la sensación de creerse superior por no ceder a las peticiones del psicólogo.

—Olga, te lo suplico. Deja que Óscar tenga la infancia que se merece, al menos por un día. Por favor... Tengo un árbol de navidad montado y algunos regalos para él. —Hizo una leve pausa—. Te lo suplico...

Su voz sonaba ahogada y estaba seguro de haber despertado en ella algún sentimiento, era imposible que no reaccionara frente aquel dolor. No podía haber nadie en el mundo que albergara tanta maldad.

La mujer echó la vista atrás y contempló al pequeño durante un instante. Continuaba apoyado en el alféizar de la ventana mirando al exterior, aunque Martín estaba seguro de que sus ojos no veían nada a través del sucio cristal. Sin embargo, superando todas sus expectativas, Olga volvió a llevar la vista al frente y tras una última mirada, tensa y dispersa, cerró la puerta con fuerza.

Martín dejó caer la cabeza abatido y enterró el rostro entre sus manos. Le temblaban, tanto que dudaba incluso de que tuvieran la fuerza suficiente como para continuar amansando el dolor de su piel. Odiaba a esa mujer, la despreciaba por toda la maldad que corría despiadada por sus venas. ¿Cómo podían existir en el mundo esa clase de personas?

Debatiéndose entre la posibilidad de dar un fuerte puñetazo a la puerta, reventarla y llevarse a Óscar a la fuerza, al final logró encontrar la fuerza suficiente como para tragarse todos los malos pensamientos y dar media vuelta. Llegó al exterior y el gélido frío ambiental le recibió como una

especie de bofetada capaz de devolverle a la realidad. Cruzó la calle, desierta y deteriorada y subió el peldaño de la acera. Llevaba las manos escondidas en los bolsillos de la gabardina que su padre le había regalado unos años atrás. Era cálida y confortable. Aquella se había convertido en una de sus prendas favoritas desde el primer día. No porque fuera cómoda o cara, sino porque era de su padre. Sabía que le encantaba esa prenda y se la regaló simplemente por hacerle feliz, porque se suponía que los padres hacían aquellas cosas por sus hijos. Se suponía que los padres debían querer y amar a sus hijos por encima de todas las cosas. ¿Por qué Óscar tenía que sufrir aquel infierno?

Él estaba dispuesto a darle todo cuanto necesitara y así se lo había dicho al juez y a los servicios sociales en distintas ocasiones. ¿Es que nadie lo veía? Como si hubiera presentido en ese instante su presencia, Martín se detuvo, dio la vuelta y buscó la ventana en la que había visto a Óscar antes de que le cerraran la puerta en las narices. Continuaba ahí, observándole desde la distancia. Sus ojos se cruzaron con los del pequeño y sintió que su corazón batía en el pecho con demasiada fuerza. Le hubiera gustado escalar la pared del edificio y sacarlo por la ventana, si aquella fuera la única manera de llevarse al niño con él. Óscar movió su manita, huesuda y delgada, a un lado y a otro de forma casi imperceptible, despidiéndose de él a través del mugriento cristal. Martín le obsequió con una sonrisa triste y le saludó desde la distancia también. No se movió. Se apoyó contra el muro que quedaba a sus espaldas y permaneció ahí durante un rato, sin perder de vista a Óscar. Tal vez aquella fuera la única manera de pasar la víspera de Reyes con él y que así supiera que no estaba solo. Si debía de ser de aquel modo... así sería.

Entonces, el niño echó la vista atrás y Martín se incorporó de nuevo ante la fuerza de aquel movimiento. Estaba seguro de que Olga le estaba

diciendo algo. Sin margen de error, a los pocos segundos esta se asomó por la ventana y tras descubrir a Martín abajo, cogió al pequeño por el hombro, lo zarandeó, seguramente soltándole unos cuantos improperios más de la cuenta por lo que pudo adivinar a través del rostro compungido del niño, y lo apartó de ahí.

No se lo pensó más. No le hicieron falta más motivos.

Se lo llevaría con él.

Aunque le fuera la vida en ello.

Subió de nuevo las escaleras del escabioso edificio y corrió jadeante hasta la puerta. Llamó con el puño cerrado, ahora ya sin contemplaciones. Llamó sin parar, picando sobre la desvencijada madera una y otra vez. La puerta de enfrente se abrió entonces y el mugriento hombre que había visto en una única ocasión, apareció tras ella.

—¡Métete en tu agujero si no quieres problemas! —rugió Martín en un bramido gutural.

El hombre no tuvo ni que pensárselo. Cerró y desapareció sin importarle lo que aquel chico pudiera hacerle a la mujer.

—¿Qué coño quieres, Martín?! —se escuchó desde dentro.

—¡Abre la puta puerta! —vociferó enrojecido por la ira.

Se hizo el silencio por unos momentos y al final, llamó de nuevo. No iba a cesar hasta conseguir su propósito. Al final, supuso que debido a la insistencia, la puerta se abrió y Olga apareció como si hubiera ascendido del mismísimo infierno.

—Maldito hijo de puta, ¡márchate ya de mi casa o llamaré a la policía!

—Si hay algo que no pongo en duda es que soy un hijo de puta, nunca lo había tenido tan claro como hasta ahora —aseveró con los dientes apretados por la fuerza y los ojos inyectados en sangre—. Pero estaré encantado de que llames a la policía, así podrá ver en primera instancia las condiciones en las que tienes a Óscar. Es más, les llamaré yo mismo. Es hora de que acabemos con esto de una vez por todas. Lo he intentado a las buenas; ahora lo haremos a las malas.

Cogió su teléfono móvil y marcó un teléfono ante la atónita mirada de la mujer. El tono de espera se escuchó y el rostro de ella se desfiguró por segundos.

—¡Está bien! ¡¡Cuelga!! —aceptó al fin—. Llévate a ese desgraciado, por lo menos así me dejará dormir tranquila una noche sin mearse encima.

—Eres despreciable —dijo ahora en un tono mucho más bajo para que Óscar no pudiera escuchar sus palabras mientras guardaba el teléfono en el bolsillo de la gabardina—. Te juro que no pararé hasta que te priven de la custodia de Óscar. Ningún niño debería verse obligado a pasar por todo lo que tú le haces pasar a él. Esto no va a quedar así.

Olga le dedicó una mueca de absoluto desdén y fue a por el niño. Lo trajo casi a rastras cogido por el brazo mientras el pequeño caminaba a paso acelerado a su lado sin entender nada. Cuando vio a Martín, corrió a su encuentro y se escondió tras sus piernas, buscando el refugio que solo él le proporcionaba en la vida.

La mujer, harta de aquellos dos, cerró la puerta con fuerza y les dejó allí pasmados, sin ni siquiera ofrecerle una mochila con ropa para el pequeño

que, de todos modos, Martín no hubiera aceptado. Tenía todo lo que él pudiera necesitar en casa, limpio y libre de bacterias.

—Vamos, Óscar. Te prometo que no te pasará nada —dijo a su altura. Estaba agachado frente al niño, que mantenía la punta del dedo índice en la boca en un gesto que denotaba parte de la ansiedad a la que vivía sometido—. Hoy iremos a ver los Reyes Magos. ¿Quieres?

Sus pequeños ojos color miel, réplica exacta de los suyos, se iluminaron durante unos escasos segundos, justo antes de volver a perder aquel brillo tan mágico tan solo propio de los niños.

—Los Reyes Magos n-no vienen a casa porque n-no sé hacer n-naaada. Ellos n-no les daan regalos a los niños malos.

Martín recibió el impacto de aquellas palabras mientras la realidad le trasladaba a una época lejana en la que él pensaba igual. Los Reyes nunca se acordaban de él, por muchas cartas que les escribiera.

—No digas eso, Óscar. Tú eres un buen niño y este año será diferente. —Lo consoló con el pecho partido por el dolor de su corazón—. Iremos a ver a los Reyes Magos esta tarde y así les podrás dar tu carta.

—No t-tengo caaarta...

—Pues, ¿qué te parece si lo solucionamos cuanto antes?

El destello de su mirada bastó para reconfortar parte del dolor de Martín, aunque fuera ínfima en comparación con el mismo. Pero ya era algo. Óscar se aferró a aquella idea, a aquel deseo y olvidó que se lo llevaban casi a la fuerza de su casa, aquella a la que ni siquiera quería volver. Lo cogió en brazos y lo envolvió con su chaqueta. En la calle hacía frío y Olga ni siquiera se molestó en darle un abrigo para el niño. Llamó a un taxi mientras se

alejaba del edificio a toda prisa, pues no era nada habitual encontrar uno por ese barrio sin que hubiera sido llamado expresamente.

—Todo saldrá bien —le dijo a la altura del oído una vez estuvieron sentados en el vehículo.

Óscar, que continuaba sentado sobre su regazo, se abrazó con más fuerza al cuerpo de su hermano, mientras buscaba el calor de su piel y su reconfortante sensación. No dijo nada al respecto, tan solo respiraba, ahora ya de una forma distinta a como lo había hecho tan solo un rato atrás.

Salieron de casa con unas energías totalmente distintas y renovadas. Había dado un baño a Óscar con agua caliente, mientras le explicaba en qué consistía la cabalgata de Reyes y se tragaba todas las maldiciones que cruzaban por su mente al observar cada una de las huesudas y desnutridas partes de su cuerpo, desnudo y mucho más frágil de lo que correspondería a un niño de su edad. Por un momento, estuvo tentado de llamar a Jana y pedirle de ir juntos, pero no sabía cómo reaccionaría Óscar con el bullicio, con las luces y con el jaleo y por mucho que le dolió, le dio absoluta prioridad a su hermano. Decidió no obstante llamarla y explicarle el motivo de su ausencia a lo que ella, tras un triste suspiro, lo entendió.

Salieron a la calle abrigados. Hacía frío, pero la ilusión en el rostro de Óscar era capaz de vencer cualquier clase de contratiempo. Llegaron a la esquina de su misma calle, por donde ese año estaba previsto que pasaran todas las carrozas, y se acercaron hacia el gentío. Había niños que correteaban alterados por la magia propia de aquel día. Martín llevaba a su hermano cogido de la mano y le observaba con disimulo, atento a todas sus

reacciones. Le hubiera gustado apremiarle para que jugara con otros niños, pero desconfiaba de cualquier reacción que Óscar pudiera mostrar. No estaba acostumbrado a nada de todo aquello y demasiadas emociones al mismo tiempo podían resultar incluso perjudiciales para él. De hecho, no le hicieron falta más que un par de minutos para darse cuenta de que comenzaba a sentirse nervioso y agitado.

Se aferraba con fuerza a la mano de su hermano, apretándola cada vez un poco más. Martín, que por nada del mundo quería verle sufrir, volvió atrás sobre sus pasos y se detuvo cuando se hubieron alejado un poco del bullicio. La reacción fue inmediata. Óscar fue bajando de intensidad la fuerza con la que se asía a él y la tensión de su rostro parecía disminuir mínimamente. Se sentó en un banco de piedra que había junto a unos árboles y Óscar se colocó en el hueco que quedaba entre sus piernas. No se separaba ni un solo milímetro de él.

—¿Sabes? Desde aquí también podremos verlos. No hace falta que nos acerquemos si no quieres. ¿Prefieres que nos quedemos aquí?

—Sí...

—Pues nos quedamos.

Después de una impaciente espera, las carrozas aparecieron al cabo de unos diez minutos. El griterío de los niños se intensificó y Martín se puso en pie para comprobar si ya venían. Pensó en las opciones que le quedaban pero no eran muchas. Desde donde se encontraban, él podría verles a la perfección, pero Óscar no alcanzaría a distinguir más que la punta de las carrozas más altas. Así pues, sin detenerse a pensar si alguien le diría algo por ello, subió al niño al banco y allí, lo alzó hasta sentarlo sobre sus

hombros, para después ponerse en pie sobre la estable estructura de piedra. Normalmente no solía subirse sobre el mobiliario urbano, pero aquel día era especial y nadie les diría nada al respecto. Alzó la vista y se topó con el rostro de Óscar, que contemplaba embelesado el espectáculo de música, disfraces, bailarines y carrozas. Sintió entonces una fuerte descarga por toda la espalda, jamás había experimentado nada parecido. Hacía años que no iba a la cabalgata, y recordaba a la perfección la primera vez que lo hizo. Fue la primera Navidad que pasó junto a sus padres. Pensó en ellos y en lo afortunado que se sentía en momentos como aquel. Ojalá él pudiera darle a Óscar y a su propio hijo el mismo cariño que él había recibido de sus padres.

Embebido por aquella sensación de felicidad, sacó el teléfono del bolsillo de la gabardina y encendió la cámara.

—Mira aquí, Óscar.

El niño desvió la mirada un momento y Martín capturó la instantánea. La puso en pantalla para comprobar que hubiera quedado bien y que no se viera borrosa y sintió que el estómago se le removía. Era la primera vez que contemplaba aquella expresión en el rostro del pequeño, que continuaba con la carta aferrada entre los dedos. Una carta que había escrito él de su puño y letra, con el mismo dolor que si la hubiera escrito con su propia sangre. El niño solo había pedido una cosa, que Martín no se marchara nunca. Así de sencillo. Él le había comprado algunos regalos para dejárselos en el árbol de navidad y el niño ni siquiera pensaba en juguetes. Solo quería que la única persona que se preocupaba por él no le abandonara. Le quería a su lado y a Martín le costó mantener el pulso ante su única petición, y eso que Óscar todavía no hablaba con perfecta claridad. Tartamudeaba de forma constante y se tomaba mucho tiempo para pensar antes de hablar, pues le costaba más de lo normal encontrar las palabras con las que expresarse ya que su vocabulario

era precario al no haber nadie a su lado que se hubiera dedicado a enseñarle.

Seleccionó la foto, buscó a su padre y le escribió un breve mensaje con la que la acompañó.

«Gracias por darme tanto en la vida. Tan solo espero que alguna vez, llegue a ser la mitad de buen padre que lo habéis sido vosotros. Hoy la magia me ha sonreído. Óscar está conmigo. Gracias por enseñarme a querer. Feliz noche de Reyes, papá. Dale un beso enorme a mamá. Os quiero. 19.15».

Volvió a levantar el teléfono frente a él y esta vez decidió hacer un vídeo en el que se les viera a los dos. Quería capturar aquel momento y guardarlo para siempre. Quería que Óscar pudiera revivir la magia cada vez que lo necesitara, cada vez que se olvidara de que existe, cada vez que lo pidiera.

—¿Nos acercamos a darle la carta? —tanteó de nuevo, ahora que parecía no alterarse por el gentío, y sonrió al ver la respuesta afirmativa del niño, que no apartaba la vista de las carrozas.

CAPÍTULO 22

Los días pasaron con una lentitud palpable. El joven caballero no había vuelto a aparecer en todas aquellas semanas y el trabajo de la campesina se había visto mermado por culpa de su estado. Tan solo había dos clientes que todavía querían disfrutar de ella, pues parecía que aquello no fuera más que uno de aquellos fetiches que en la vida diaria tanto costaba saciar. Todo lo que en un primer momento le había parecido fácil ahora se le antojaba repulsivo. Sin embargo, hubo una cosa que todavía dificultó mucho más su vida pues sus padres, al enterarse de la deshonra de su hija, la habían repudiado por completo de sus vidas, dejándola sola en el mundo, sin más compañía que la de aquellas chicas que ya no le parecían tan divertidas y la esporádica presencia de aquellos hombres que no tenían escrúpulos a la hora de poseerla sin reservas, sin contemplaciones y peor aún, sin ningún tipo de respeto.

El día del concurso había llegado y yo me sentía como un verdadero flan. Me temblaba hasta el último pelo de la cabeza. Había muchísima gente en el recinto y aquello me apabullaba. Me sentía pequeña y desvalida, consciente de que yo, con mi diminuta tienda y todas las humildes ideas que cruzaban mi mente no podría competir jamás con grandes cadenas o empresas de diseño de mobiliario interior.

—Mamá, esperadme aquí. Me acercaré sola.

Les dediqué una sonrisa nerviosa y me alejé de ellos con paso inseguro. Me sentía tan niña de nuevo... era como si hubiera retrocedido a una época adolescente de la que ya apenas quedaba nada en mí. Tal vez hubieran pasado únicamente unos años de por medio y sin embargo, era como si aquellos recuerdos pertenecieran a otra vida pasada. Me acerqué al fin al mostrador y saludé con timidez a la chica que había tras el mismo y que recibía y anotaba una por una todas las participaciones en el concurso. Había estado en aquel recinto miles de veces, pero todas ellas tenían mucho más que ver con el Salón del Manga que no con todos aquellos stands llenos de muebles, publicidad y diseños exclusivos. Era curioso ver como cambiaba un lugar cuando sustituías disfraces estrambóticos por trajes de alta costura y corbatas que seguramente valían fortunas.

—Buenos días —saludó la chica.

—Hola... Vengo a confirmar mi participación en el concurso —dije tendiéndole el folio que contenía todos los datos de la inscripción.

—¿Llego tarde?

Me giré al escuchar su voz. Minerva parecía acalorada. Había venido corriendo y, teniendo en cuenta que aquello era una tarea de gran dificultad

debido a sus elevados tacones, le sonreí agradecida por su presencia.

—No. Estaba confirmando la participación —añadí en su dirección antes de girarme de nuevo hacia la chica.

—Está todo correcto, señorita Peñalver. Tiene que estar en el pabellón dos a las doce en punto. Su diseño ya estará ahí, no debe preocuparse. ¡Mucha suerte!

—Gracias.

Nos alejamos y sentí que a mi alrededor se prendía fuego. Sentí muchísimo calor, tanto que creí que no lo podría soportar.

—Eh, tranquilízate —me instó mi amiga, supuse que ante mi mueca de terror absoluto—. Todo saldrá bien.

—Sí... supongo.

Buscaba con la mirada hacia todos los rincones sin encontrar nada en ninguno de ellos. De hecho, tampoco sabía qué era lo que pretendía hallar, aunque podía hacerme una ligera idea al respecto.

—Son cincuenta mil euros, *Ervs*. Eso es mucho dinero.

—Que el dinero sea lo que menos te preocupe, Jana. Estás en un concurso nacional, el simple hecho de que tu nombre conste en la inscripción y puedas exponer tu propuesta públicamente es todo un logro. No lo olvides.

Apreté los labios y cogí aire. Necesitaba serenarme cuanto antes.

En la universidad me había visto obligada a hacer innumerables presentaciones en público sobre distintos trabajos que nos iban proponiendo. Las primeras veces fue difícil e incluso, me costó dormir durante las noches previas. Pero luego me acostumbré. Pasó a ser un ejercicio más que formaba

parte de mi formación y no me disgustaba en absoluto, al contrario. Sin embargo, ahora me sentía totalmente fuera de lugar. Me daba pavor la idea de que la ansiedad pudiera volver a adueñarse de mí. No quería hacer el ridículo delante de tantos profesionales del sector. De hecho, ni siquiera sabía cómo narices había aceptado formar parte de toda aquella pantomima. Seguro que estaba amañado desde el principio y lo único que acabaría haciendo sería un gran ridículo del que luego tendría que huir con una bolsa en la cabeza.

Llegamos de nuevo al encuentro de mis padres. Héctor continuaba cogido de la mano de su abuela y miraba todo a su alrededor de forma curiosa. Llevaba en la mano aquel avión de madera al que últimamente parecía haber cogido tanto cariño. Me agaché a su lado y le miré a los ojos.

—¿Tú crees que ganaremos?

Mi ratoncito sonrió e hizo un divertido gesto de afirmación con la cabeza. Su confianza en mí era ciega. Le abracé y le estrujé con fuerza entre mis brazos. Últimamente sentía la necesidad de hacerlo cada pocos minutos y él se dejaba. A veces, sentía que todos aquellos abrazos que no le había dado se los debía, y quería que fuera consciente de que jamás volvería a suceder nada parecido. Ahora lo hacía constantemente, hasta el punto de la exasperación. Pasé de cero a cien en cuestión de apenas un nanosegundo en el que mi vida, se había tambaleado en una especie de limbo del que no quería volver a saber nada.

Me separé de él y de nuevo, me puse en pie. Al hacerlo, sentí un leve pinchazo en el abdomen y me contraje entera.

—¿Estás bien? —preguntaron mis padres al unísono.

—Sí, sí. Ha sido un pinchacito. Estoy bien.

—Vayamos a la cafetería, así podrás descansar hasta la hora de la

presentación. No es bueno que estés tan nerviosa en tu estado.

—De acuerdo...

Obedecí sin rechistar y nos encaminamos hacia la cantina que habían habilitado en el recinto durante los días de la feria. Escogimos una de las mesas más apartadas y tomamos asiento mientras mi padre fue el que se encargó de acercarse a la barra y pedir desayuno para todos.

Senté a Héctor sobre mi falda y se recostó con cuidado con su espalda sobre mi pecho. Su cabeza quedaba a la altura de mis labios y le besé con ternura durante todos los segundos que me vinieron en gana.

—Debes estar tranquila, cielo. Todo saldrá bien.

—Mamá, estoy más nerviosa que el día que vinieron los *Backstreet Boys* en concierto.

Mi madre estalló en una sonora carcajada al recordar aquel día. Mi hermana y yo estábamos enamoradas de ellos y desde que nos enteramos de que visitaban la capital para un concierto único, nos volvimos locas, literalmente.

—Entonces, tienes un problema, hija —añadió todavía sonriente.

Sin embargo, aquel recuerdo tan sencillo me tranquilizó. Pensar en Sandra y en lo felices que habíamos sido el día que por fin pisamos en Palau Sant Jordi para el concierto actuó como una especie de sedante para mí.

—No me habías dicho que habías visto a los *Backstreet Boys*, bruja —exclamó mi amiga, muerta de celos por el descubrimiento.

—Éramos muy jóvenes y fue un regalo que nos hicieron a las dos. Por cierto, ver a Nick Carter en persona es una prioridad en la vida. Tenlo

presente.

—Bah... yo era más de Brian.

La miré con fingida indignación justo antes de que las dos estalláramos en una agradable carcajada. Mi padre llegó justo en ese momento y trajo consigo una bandeja con un surtido de cruasanes y zumo para todos.

Desayunamos sumidos en una especie de silencio nervioso que casi nunca había compartido. Me comí un par de cruasanes y me bebí el zumo casi del tirón. Puedo asegurar que no me sentía hambrienta, pero creí que darle al cuerpo una buena dosis de azúcar, sin duda ayudaría a que me aguantara en pie llegado mi turno.

Continuamos ahí sentados, ahora ya manteniendo conversaciones triviales a las que ni siquiera me dediqué a prestar atención. Repasé el discurso mentalmente una y otra vez. Me lo sabía de memoria, pero temía quedarme en blanco y hacer un ridículo espantoso. Inconsciente, me llevé la mano al vientre y lo acaricié. Parecía que tenía un día tranquilo. De hecho, en aquellas últimas semanas todo se había estabilizado un poco. Cierto era que en muchos momentos me invadía aquella sensación de náusea tan molesta, pero ya no era tan constante como al principio.

—Jana, cariño. Ha llegado el momento.

Escuché la voz de mi madre como si esta proviniera de otra dimensión, pero reaccioné de inmediato. Sentí que la palma de mis manos me ardía, como si las hubiera colocado sobre una plancha hirviente. Tenía

además el pulso disparado y bamboleaba todo mi cuerpo; no iba a poder conseguirlo.

—Mamá... —gimoteé sin poder evitarlo.

Héctor, que todavía continuaba sobre mi regazo, giró sobre su cuerpecito con cuidado de no hacerme daño y me abrazó. Me rodeó el cuello con aquellos brazos regordetes que a veces recorría con pequeños mordiscos y puso su cabeza en el hueco que había entre la mía y el hombro.

—Te quiero, mami...

Le escuché a la perfección. Le escuché con claridad y supe al momento que había sido la única persona que lo había hecho. Héctor se había escondido, tal vez porque no se sentía preparado para dar el paso. Pero quería que yo supiera que él estaba conmigo y aquel gesto me derritió. Sentí una especie de tobogán, una caída libre de emociones más bien dicho. Era como si hubieran accionado el botón que abría una presa hidráulica y ahora el agua se precipitara con fuerza y estruendo. Llevé la mano hacia su cabeza y la acaricié con todo mi amor. Miré distraída a los demás y comprobé que nadie parecía haberse inmutado siquiera. Mi padre recogía la bandeja del desayuno, mi madre guardaba las cosas en su bolso y Minerva parecía distraída con su teléfono.

—Te quiero, ratón —dije junto a su oído—. Lo conseguiremos, ¿verdad?

Separó la cabeza y me mostró aquella sonrisa por la que yo moriría. Sus dientecitos... su expresión... todo él. Supe entonces que podría con aquello y con cualquier cosa que me propusiera, siempre que él estuviera a mi lado. Tenerle conmigo era tener parte de todas aquellas personas que más quería en el mundo. En Héctor tenía a mi niño, claro, pero en él había

indudablemente el rastro e inocencia de sus padres, de los míos y de toda la fuerza que su amor desprendía. Juntos podríamos alcanzar cualquier meta.

Le ayudé a ponerse en pie e hice yo lo mismo. La suerte quiso que en ese momento por los altavoces sonara la canción de *Photograph* y una repentina sonrisa inundó mi rostro.

—Vaya, sí que te ha sentado bien el zumo... —añadió mi amiga, contagiada por la emoción de mi semblante.

—Puedo hacerlo, Minerva. Sé que puedo.

Creí ver en sus ojos un vestigio de ilusión y emoción a la vez. Brillaban, casi tanto como los de mis padres.

—Claro que puedes, florecilla. ¡Sabía que podrías desde el primer día! —Se abalanzó hacia mí y me abrazó con aquella emoción tan sobrevenida—. Sube ahí y demuéstrales lo que vales.

La vida podía regalarte momentos tan extraños y cotidianos a la vez. Podíamos pasar de cero a cien en apenas un segundo, de la desidia a la ilusión, del hastío a la felicidad absoluta. Y todo a causa de nada, o casi nada. Un pensamiento, un abrazo, un deseo... Cualquier cosa podía activar esa parte de nuestro cerebro, hacer “click” y provocar un volcán en nuestro interior. Y en esa tesitura me encontraba, capaz de sacar una fuerza de la que ni yo era consciente. Confiaba en mí, en mi proyecto y en la posibilidad que me había ofrecido el destino de poder optar a ese premio.

En ocasiones, no somos conscientes de esas pequeñas cosas pero yo era de las que siempre había creído en el destino, de un modo u otro. Sin embargo, hacía tiempo que no experimentaba un pensamiento que fuera en

esta dirección, de hecho, no lo había vuelto a hacer desde el mismo día en el que perdí a mi hermana. Aquella fue la última vez que dejé de creer en el mismo, pues si este había sido capaz de arrebatarme la vida a un par de personas inocentes, no podía ser tan bueno como solían decir. El destino me la tenía jurada y yo, simplemente dejé de creer en su suerte.

Sin embargo, me vi a punto de subir a un escenario, presentando algo que había hecho sin más ayuda que la de mis conocimientos y esfuerzo y el calor de mi familia. Y creí que mi sino, por una vez, volvía a concederme una tregua, como si tratara de disculparse por algo que yo no le perdonaría jamás.

Llegamos hasta la zona del concurso y sentí un ligero vértigo al contemplar a todas las personas que había ahí. Todos parecían ejecutivos sacados de un catálogo de trajes, hombres en su inmensa mayoría. Eché un vistazo rápido y me di cuenta de que el noventa por ciento de ellos superaba la franja de los cuarenta, un nueve por ciento la de los treinta y luego estaba yo. Fantástico. Todos me sacaban años de ventaja y experiencia.

—Jana, no tienes nada que envidiarles. Recuerda que al premio se opta por un montón de factores: diseño, novedad, originalidad, aprovechamiento de materiales...

Minerva me leía como un libro abierto, aunque dudo que resultara muy difícil reconocer todo lo que me estaba pasando por la mente en ese momento.

Hice un leve gesto afirmativo con la cabeza y busqué por instinto la mirada de Héctor. Cogido de mi mano, parecía perdido en alguna parte de aquella sala. Sujetaba con la otra su avión de madera. Daba la sensación de que era consciente de lo que sucedía a su alrededor. En ocasiones, continuaba abrumándome su capacidad de percibir el mundo; era fascinante.

Nos acercamos y tomamos asiento en la cuarta fila. Toda la estancia estaba llena de sillas de madera, de aquellas plegables y sencillas, y todos los participantes nos íbamos colocando donde queríamos. Me quedé en el extremo para que llegado mi turno, me resultara más fácil salir y acercarme al escenario.

El concurso dio inicio y los primeros cinco diseños me parecieron realmente buenos, bien trabajados y originales. Sin embargo, había algo en ellos que no terminaba de convencerme. No despertaban en mí la sensación de necesidad, lo cual creía que era un aspecto esencial para la venta. Conseguir que el consumidor sintiera que necesitaba aquel producto era el primer paso para una venta segura.

—Jana Peñalver.

Escuché mi nombre a través de los altavoces y retumbó en mi cabeza durante un par de segundos antes de que yo lograra reaccionar. Eché un vistazo rápido hacia mi izquierda y me topé de frente con la mirada de mis padres y la de mi mejor amiga. La esperanza de sus ojos me derribaba.

—Suerte, mi vida. Confía en ti, todo saldrá bien.

Mi padre y su eterna capacidad de permitirme volar.

Me puse en pie, me pasé las manos por la camisa y traté de alisar las pocas arrugas que se hubieran formado. Cogí aire, respiré hondo y me dirigí con rectitud hacia el escenario por el pasillo central que había entre las sillas mientras contemplaba cómo sacaban de un lateral mi diseño sobre un una especie de carro.

Me colocaron un pequeño micrófono en la solapa de la americana y al final, me acerqué a la chica que estaba haciendo de *speaker* y presentadora del concurso.

De repente, sentí unas risitas contenidas de todo el público y lancé una mirada tratando de encontrar alguna explicación. Todos los ojos estaban puestos en el escenario. ¿De verdad se reían de mi diseño? De pronto, sentí algo en mis piernas y bajé la mirada con avidez. Hasta que descubrí a Héctor. Llevaba su avión en la mano y con la otra se aferró a mi pierna, mientras miraba hacia el público sin centrar la vista en nadie en concreto.

Busqué a mi madre con la mirada, tratando de encontrar una explicación razonable al hecho de que Héctor se hubiera escapado de sus brazos. La encontré de pie mientras me decía con un gesto que no le había dado tiempo a reaccionar.

—Lo siento... —me disculpé en dirección a la presentadora—. Héctor, cariño. Regresa a tu silla.

Se agarró con más fuerza a mi pierna y me mostró una mirada para la que no hallé fuerzas suficientes. Ni yo ni nadie. De hecho, el público pareció enternecer. Aquello no me podía estar pasando a mí.

—No se preocupe, señorita Peñalver. Puede quedarse.

Lancé una mirada cargada de reproche a Héctor y su expresión, de nuevo pudo conmigo. Le perdoné al instante sin poder encontrar la forma de enfadarme con él.

—Cariño, puedes quedarte, pero debes permanecer sentado ahí —le dije señalando hacia un rincón del escenario.

Me obedeció al momento, después de hacer un gesto afirmativo con la

cabeza dos veces, como siempre había hecho. Se desprendió de mi pierna y se dirigió hacia donde le había indicado, justo antes de sentarse en el suelo sin apartar la vista de mí en ningún momento.

—Bien, retomamos el hilo del concurso después de esta tierna interrupción —añadió entonces la chica—. Tengo entendido que has decidido participar con un diseño infantil, ¿es así?

De los altavoces empezó a escucharse las primeras notas de una canción que me sabía al dedillo gracias a Héctor. Distinguí la primera estrofa de la emblemática canción del Libro de la Selva y no pude evitar lanzar una nueva mirada a mi niño, que parecía extasiado al haberla reconocido también. Entonces, sin saber muy bien el porqué, mis ojos buscaron algo en la distancia, justo al final de la sala, donde reconocí un traje en concreto. Uno cuyo portador empezaba a conocer bastante bien. Nuestras miradas se cruzaron y mi corazón dio un vuelco, se precipitó, extendió las alas y echó a volar. Sonreí y creí morir cuando Martín respondió del mismo modo. En ese momento fui consciente de que en realidad, todo estaba en mis manos. El éxito dependía de mí. Todos confiaban en mi trabajo, tan solo faltaba que yo hiciera lo mismo.

—Así es —dije entonces volviendo la vista hacia ella.

—¿Podrías explicarnos en qué consiste? A simple vista, diría que se trata de una cuna.

—Exacto. Es una cuna *colecho*.

—¿Perdón? —exclamó la chica con una sonrisa curiosa.

—Se trata de una cuna a la que le falta uno de los extremos y que tiene un sistema de acople de fácil instalación para que puedas encajarla a la cama de matrimonio, de manera que se convierte en una extensión de la

misma. De este modo, evitas tener que levantarte durante la noche en el caso de que el bebé llore o se despierte y del mismo modo, duermes tranquila sabiendo que no caerá y, detalle importante, no pierdes espacio en tu cama para poder continuar durmiendo a tus anchas.

Aquella última afirmación pareció divertir al público, pues se escuchó una sonrisa tímida generalizada que me ayudó a saber que iba por el buen camino.

—Dicen que el hambre agudiza el ingenio. Creo que alguien le ha robado espacio a su madre durante mucho tiempo... —dijo esta vez en dirección a Héctor, quien mostró una sonrisa que terminó de ganarse a los asistentes.

—De hecho, Héctor no me ha robado nunca el espacio —continué con el mismo tono de familiaridad. Por extraño que pudiera parecer, me sentía cómoda con todo aquello y ya no quedaba ni rastro de los nervios iniciales. Volvía a ser la Jana de siempre, desprovista de vergüenza y timidez, valiente y con fuerza suficiente para comerse el mundo—. Estoy embarazada y me gusta demasiado dormir a mis anchas. Está todo pensado.

El público estalló en una nueva carcajada y de hecho, me di cuenta de que Martín sonreía complacido. Me pareció distinguir una estela de orgullo en su mirada, como si estuviera satisfecho ante aquella declaración. En ese instante, sin embargo, me di cuenta de que era la primera vez que afirmaba en público y sin temblor alguno que estaba embarazada. Y me sentí bien por ello.

—¿Nos puede indicar entonces cuáles son las ventajas o aspectos que mejoran su diseño respecto de los que ya hay en el mercado?

—Claro. En primer lugar la ligereza de los materiales que he usado.

Se trata de un tipo de madera más fina y ligera, que facilita el desplazamiento de la cuna sin que peligre su estabilidad bajo el peso de un bebé. En segundo lugar —añadí acercándome a la cuna para mostrarles las mejoras que iba explicando—, el sistema de acople a la cama. He mejorado el ensamblado para que sea fácil y rápido y que asegure una unión fija que no pueda escaparse a pesar del movimiento propio del colchón bajo el peso de dos adultos.

—Parece que lo tiene todo bien atado. ¿Hay algo más que pueda añadir al respecto?

—Sí. Lo más importante, creo. —Me sentía radiante, pletórica. El público me escuchaba expectante y por una vez, me sentí útil y buena en mi trabajo, lo que me dio un último empujón para continuar con aquella exposición—. Es importante tener en cuenta que nos encontramos en una época de crisis y que no todos los bolsillos están preparados para asumir todos los diseños, aunque haya gente que desearía tener un objeto en concreto. De ahí surgió entonces la siguiente idea. El aprovechamiento de algo que en realidad es perecedero en el tiempo, pues una cuna no tiene un uso continuado, a pesar de que cuando el niño pase a dormir en una cama todavía siga como nueva.

—Tiene razón. Entonces, ¿cuál es su propuesta?

—Se lo enseñaré.

Me dirigí hacia la cuna y con facilidad, desmonté los extremos. En pocos movimientos, logré desarticular sus piezas y montar un nuevo diseño, ahora totalmente distinto. No me hicieron falta más de tres o cuatro minutos. Dejé a un lado el colchoncito y los protectores laterales, así como las sábanas y me aparté para que pudieran verlo mejor.

—Héctor —dije en dirección al pequeño—. Ven. Siéntate.

El niño obedeció con la misma diligencia de siempre y tomó asiento en el pupitre que acababa de crear en apenas unos minutos. Ya no quedaba ni rastro de la cuna.

—¡Vaya! ¡Es una idea formidable!

—Partí de la base de las cunas ya existentes, cuya composición luego da lugar a diferentes muebles que componen una habitación infantil y minimicé el sistema. Una cuna sencilla, asequible para la gran mayoría de bolsillos y que después, puede pasar a convertirse en una mesa en la que el niño podrá aprender a comer, pintar o cualquier uso que se le quiera dar a esta. Además, el color es personalizable. El tipo de madera usada admite un lacado de origen que reduce mucho los costes, de modo que puede adaptarse a la decoración de cada dormitorio.

Lancé una nueva mirada hacia Martín, el único de mis acompañantes que no conocía en qué consistía mi diseño y la mueca de su rostro pudo conmigo. Conseguir su aprobación visual fue un gran incentivo y supe que lo había hecho bien. Ganara o no ganara, mi diseño valía la pena. Era innovador, bueno y sobre todo, mío. Fruto de mi esfuerzo, constancia y dedicación. Debía sentirme orgullosa por ello, fuera cual fuese el resultado final.

—Excelente trabajo, señorita Peñalver. Creo que ha tenido usted una idea formidable.

—Gracias.

—¿Hay algo más que debemos saber? —añadió con la misma simpatía que mantenía con todos los participantes.

—No, creo que esto es todo.

—Perfecto. Pueden regresar entonces a su sitio mientras el concurso continúa. Recuerde que los resultados serán comunicados a las cinco de la tarde.

—Gracias por la oportunidad, estaré pendiente.

Descendí del escenario con Héctor cogido de mi mano mientras escuchaba los aplausos del público. Me sentía en una nube. En ese momento podría alcanzar cualquier meta que me propusiera. Estaba convencida de ello. Me acerqué hacia mis padres y Héctor corrió hasta la silla que había ocupado antes. Me recibieron jubilosos, incluso pude distinguir un par de lágrimas de felicidad en la comisura de sus ojos.

—Dadme un segundo, por favor.

Continué por el pasillo central hasta el final mientras todo a mi alrededor se difuminaba. No era capaz de ver nada más que aquella silueta masculina, alta, imponente y atractiva que me esperaba con la ilusión reflejada en el rostro.

—Jana, ¡has estado incre...!

Corté sus palabras con un beso. Un beso que no hubiera podido evitar aunque me hubieran plantado delante el premio en ese momento. Era un beso cargado de necesidad. Tras unos segundos de incertidumbre, pues estaba segura de que aquel arrebato le había cogido por sorpresa, casi del mismo modo en que yo lo sentí, Martín llevó sus manos a ambos lados de mi cabeza. Sentí el calor a través de su piel mientras mis mechones se enredaban entre sus dedos y mis labios buscaban el reconocimiento de los suyos. Los tenía registrados en mi memoria, en mi piel, y ahora los buscaba con ímpetu, con intimidad. Nos sobraban las palabras. Creí haber subido al cielo, lo había

acariciado y sin embargo, nada tenía que ver con lo que el sabor de sus labios provocaba en mi corazón.

Nos separamos al fin y tras un ligero y tímido pestañeo, nuestros ojos se encontraron, evocando a través de ellos todas las sensaciones que nuestras palabras no podrían llegar a definir.

—Jana, estoy muy orgulloso de ti. Quiero que lo sepas.

Acepté sus palabras de forma apocada y vacilante, mientras un leve mareo se hacía cargo de la estabilidad de mi cuerpo. Fue como recibir una inyección de adrenalina, demasiado cargada como para aceptarla sin efectos secundarios.

—Gracias, Martín. No sabes cuánto me alegra saber que estabas aquí. De verdad...

—No podía perdérmelo.

Nos fundimos en un nuevo abrazo, como si nuestros cuerpos sufrieran cada minuto en el que, de algún modo, no entraban en contacto. Necesitaba sentir su piel, su roce, su aliento o cualquier cosa que proviniera de él, pues aquella se había convertido en una de las pocas formas que había encontrado mi corazón para ir sanando y recomponiendo todos los pedacitos que lentamente, iban creando cada día una nueva imagen de mí misma.

—Vamos, nos esperan.

Llegamos al banco y tras saludar a Martín, todos se desplazaron una silla hacia la izquierda para hacerle un hueco a mi lado.

Terminamos de comer en la misma cafetería en la que habíamos desayunado unas horas atrás. No quise darle mayor importancia al hecho de que aquella era la primera vez en la que mi familia compartía mesa con Martín y cuando fui consciente de ello, faltó poco para que me atragantara y por poco perdiera el conocimiento. Sin embargo, la naturalidad con la que todo iba trascurriendo me tranquilizó, pues parecía que Martín formara parte de mi vida desde mucho tiempo atrás. Mis padres hablaban con él como si aquello no fuera importante cuando, para mí, era uno de los hechos más destacables del día. En ese momento, mientras observaba de forma pasiva la charla distendida que mantenían sobre algunas anécdotas del concurso, me di cuenta de que en realidad, era la primera vez que un chico con el que de algún modo —continuaba sin tener muy clara la etiqueta que nos definía— mantenía alguna relación, compartía una comida relajada con mi familia, pues Minerva quedaba englobada desde hacía tiempo en aquella consideración. Jamás había traído a ninguno de mis ligues a casa, a pesar de las insistentes súplicas de mis padres por conocer a la persona con la que compartía el tiempo. A decir verdad, en realidad habían tenido muy pocas ocasiones para pedirlo ya que nunca había sido de largas relaciones. Como cualquier chica de mi edad, había tenido algún que otro escaqueo, ligue o rollete temporal, como quisiera que se llamara. Pero no se me podía atribuir ninguna relación formal, por lo que todo me venía un poco de nuevo.

Miré de reojo a Martín, sentado a mi lado y aparentemente relajado. Llevaba la corbata más suelta de lo normal, algo que solo hacía cuando se sentía tranquilo —o excitado, que no era el caso—. Solía mostrarse de forma impoluta frente a todo el mundo, sin embargo, verle hablar con aquella complicidad con los míos hizo que algo se removiera en mi interior y se espachurrara contra las paredes de mi estómago. Héctor estaba sentado sobre sus piernas, calmado, apacible, sin dar muestras de sentirse extraño o

incómodo en su presencia. Era como si en realidad, todo fuera mucho más fácil de lo que quizás yo me empeñaba en creer posible.

Tendemos a pensar que las cosas, para ser ciertas, deben ser complicadas. Sin embargo, en ocasiones sucede todo lo contrario, y ahí es donde reside la verdadera magia, la felicidad. Que algo sea fácil no tiene por qué significar que no es bueno o suficiente, tal vez sea el símbolo más evidente de que eso es justamente para ti.

—Ha llegado casi la hora —soltó Minerva, incorporándose en su silla y provocando que casi me diera un síncope.

Todo mi cuerpo reaccionó de inmediato. No creía posible que mis piernas pudieran llegar a soportar el peso de mi cuerpo, estaba segura de ello. Temblaba y sentía el frío bajo mi piel, escarchada y llena de estalactitas que me pinchaban por dentro al mínimo roce. Sentía un miedo atroz que nada tenía que ver con lo feliz que me había sentido unas horas atrás en la presentación. ¿Qué me estaba sucediendo?

—Jana, que sea lo que tenga que ser. Nadie va a recriminarte nada...

Sentí las palabras de Martín acariciando alguna parte de mi corazón, ahora paralizado y expectante. Nadie me juzgaría, aparte de yo misma. ¿Por qué me pedía tanto?

Héctor, ya en pie, se acercó a mí y me cogió de la mano, a la espera de que me levantara también y nos encamináramos hacia la zona del concurso. Le miré y me detuve en sus ojos oscuros. Me observaba impaciente, con una mueca curiosa y divertida. Tal vez quería decirme algo, o tal vez simplemente eso es lo que yo deseaba que hiciera. Fuera como fuese, entendí todo lo que transmitía su silencio. Me había aprendido su lenguaje hacía mucho tiempo y ahora, mirarle era como leer un libro abierto.

Habíamos creado entre nosotros un alfabeto visual que nadie más tendría el poder de comprender y que para siempre, nos pertenecería únicamente a nosotros. Era algo de los dos, y me di cuenta de que a pesar de que deseaba con toda mi alma que Héctor aprendiera a hablar como cualquier otro niño, no cambiaría por nada del mundo todos y cada uno de sus silencios contenidos y las miles de emociones que a través de ellos lograba transmitir.

—¿Hemos ganado, verdad?

Con efusividad, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mucho más pronunciado de lo normal, mientras me mostraba sonriente aquellos dientecitos que algún día el *Ratoncito Pérez* o el *Hada de los dientes* se encargaría de robarme.

Fue como recibir una bofetada de realidad ahí mismo. Qué maravillosa capacidad tenían los niños para entender la victoria y la derrota de un modo tan distinto al nuestro... Me fascinaba tan solo de pensarlo. Mientras nosotros nos concentrábamos en un premio, ya fuera metálico o no, para ellos la victoria podía ser el mero hecho de haber sido capaces de presentarse. Resultaba envidiable su capacidad de contemplar y comprender el mundo. Yo de mayor quería volver a ser niña, cada vez lo tenía más claro.

Eché un vistazo rápido a la mesa y me di cuenta de que ya estábamos todos en pie. Todos esperaban a que yo diera el primer paso y me observaban con una mezcla de ilusión y esperanza en los ojos que no podían disimular. Me tambaleé, pero decidí iniciar el paso antes de que mi cerebro comenzara a darle más vueltas al tema.

Llegamos a la sala del concurso y de nuevo, esta volvía a estar repleta. Todos los asistentes estaban sentados en los mismos sitios que habían

ocupado unas horas atrás. Los nervios se respiraban en el ambiente, a través de aquel silencio extraño en el que solo se intuía algún susurro teñido de buenos deseos. Me fijé en los rostros de algunos de los participantes. Podía verles la sangre bombeando con fuerza a través de las inflamadas venas de sus sienas. Algunos incluso parecían idos, como si únicamente estuvieran ahí de cuerpo presente. Y no podía culparles, cincuenta mil euros podían suponer muchas cosas. Muchos planes, muchos sueños por cumplir.

Ocupamos los mismos asientos de la mañana y de nuevo, me situé en el extremo, esta vez junto a Martín. Los minutos comenzaron a pasar y sentía que paulatinamente, mi boca iba perdiendo su habitual humedad y mi respiración era cada vez más costosa. Pero me mantuve firme, y eso era lo que contaba. Analicé mentalmente mi presentación mientras mi familia conversaba en una especie de charla que, lejos de pretender aparentar tranquilidad, dejaba entrever en cada una de sus palabras los nervios que también les poseían. Había ido bien, estaba segura. De hecho, creía haberlo hecho mucho mejor que algunos de los participantes, pues sus ideas me parecían insulsas y sin aplicación práctica. Una pequeña parte de mí, seguramente una de las más egoístas, creía fervientemente que era yo la que merecía ganar aquel premio. Había vivido demasiadas cosas en la vida, alguna vez debería tocarme ser la protagonista de una buena noticia, ¿no?

La misma chica que había presentado el concurso subió al escenario y la sala se sumió en un expectante silencio que me retorció las vísceras. Ninguno de los presentes íbamos a poder soportarlo durante mucho tiempo y me dio la sensación de que incluso ella misma se percató a la perfección de ese estado generalizado, pues no dudó en poner la directa sin alargar más aquella situación.

—Bien. El jurado ya ha deliberado y en primer lugar, queremos agradecer a los cincuenta participantes vuestras propuestas y participación. Todos los diseños presentados son de gran calidad y han llamado la atención del tribunal, sin embargo, solo tres de ellos serán premiados.

Pude ver que muchos de los presentes se removían incómodos en sus asientos. No podía culparles, aquellas palabras, lejos de tranquilizarnos, consiguieron inquietarnos todavía más. Había llegado el momento. Estaba demasiado cerca. Sentí la cálida mano de Martín envolviendo la mía y su calor inesperado actuó en mí como un verdadero ungüento de paz. Le miré y me topé de frente con aquellos ojos color miel que tanto comenzaba a necesitar en mi día a día. Podría perderme en ellos y estaba segura de que no me haría falta pedir indicaciones para encontrar escapatoria. Martín tenía algo magnético, distinto, algo que me atraía como el polen a las abejas. Y por mucha resistencia que quisiera oponer, una y otra vez sentía que caía rendida a ese encanto tan peculiar. Del mismo modo que lo hice en el karaoke, cuando apenas pude ver nada más que sus ojos y su sonrisa. Su voz, su tono sus sentimientos... Incluso ebrio era capaz de atraerme a él como un maldito imán de tamaño industrial.

Le sonreí por última vez, me respondió del mismo modo y complacidos con ese gesto tan simple, ambos llevamos la vista al frente cuando la chica se disponía a enunciar el nombre del ganador.

—Así pues, tras las deliberaciones, el ganador del primer premio es...
—Me tensé por completo de los pies a la cabeza y mi respiración se detuvo durante unos escasos segundos—: Juan Ramón Recasens.

Abrí los ojos, destensé los puños y al fin, solté el aire que había contenido durante aquellos instantes de tensión. No quise mirar a mi familia. No quería mirar a ningún lado. Todas mis esperanzas se venían abajo

mientras trataba de controlar la cantidad de oxígeno que entraba en mis pulmones. De pronto, Héctor se lanzó a mis brazos, igual de sonriente que antes y escaló por mis piernas hasta colocarse sobre mi regazo mientras mis ojos, empañados en lágrimas de frustración, se empeñaban en soportar la tensión y no dejarme derrumbarme frente a él. Se enganchó a mi cuello, enrollando sus brazos alrededor.

—Eres la mejor.

Volví a escuchar su voz, al igual que lo había hecho esa mañana. Lo había vuelto a hacer del mismo modo, casi en un susurro para que fuera yo la única persona que pudiera escucharle. Pero no me importaba, aquello me bastaba. No tenía que demostrarle a nadie que Héctor sabía hablar, lo haría cuando estuviera preparado. Sentí la fuerte presión de mi garganta que me impedía hablar. Sus palabras, mi frustración, sus buenas vibraciones... Y ahora, mis ojos estaban anegados en lágrimas sin que yo hubiera podido evitarlo. Ni siquiera me di cuenta de que de pronto, todas las cabezas de la sala miraban en nuestra dirección hasta que Martín llamó mi atención.

—Jana... Eh, Jana, ¿te están llamando!

—¿Señorita Peñalver? —dijo la presentadora desde el escenario.

—Sí, yo. Perdón. Dígame —respondí con la voz entrecortada.

—Le decía que ha ganado usted el segundo premio.

Sentí que toda mi piel se erizaba al momento. Llevé la vista a mi izquierda y distinguí los rostros de mi familia, todos ellos tan emocionados como lo estaba yo misma. Héctor reaccionó, separó la cabeza del hueco de mi cuello y me miró con el rostro embebido de ilusión.

—¿Has oído? ¡Hemos ganado! ¡¡Héctor, hemos ganado!!

Me puse en pie y con él en brazos, di una vuelta sobre mis talones. Hacía años que no experimentaba aquella sensación de felicidad en el cuerpo. Era una mezcla de euforia, de adrenalina, de sentimientos que habían desaparecido en algún rincón y habían quedado dormidos para no despertar hasta que llegara el momento indicado para hacerlo. Héctor aplaudía como un loco todavía entre mis brazos y yo me sentí la mujer más feliz del mundo por haber conseguido despertar en él aquella felicidad que tanto se merecía.

Aquel premio era más suyo que mío, aquel premio tenía que ser su respiro, su entrada a mi mundo y mi regreso al suyo.

Le dejé en el suelo con cuidado y con él cogido de la mano, corrí hacia el escenario. Me dieron igual las formas, los protocolos y las miradas de todas aquellas personas. Nadie iba a robarme aquella emoción y mucho menos, iba a permitir que se la quitaran a Héctor. De hecho, sin ser conscientes de ello, conseguimos contagiar nuestro júbilo a gran parte del público, que nos observaba con una expresión de ternura dibujada en el rostro. No podía negarlo, Héctor brillaba con luz propia y yo lo único que deseaba era que nunca más volviera a desaparecer ese albor de su rostro.

La chica nos entregó un gran cheque con mi nombre escrito y la friolera cifra de veinte mil euros escrita en él, tanto en números como en letras. Le tendí la mano, cogí un extremo del gran cheque y lo bajé hasta dejarlo a la altura de Héctor, que cogió el otro extremo para hacernos la foto de rigor. Pensaba enmarcarla tal y como me mandaran la copia.

En ese instante, dirigí la vista hacia mi familia y me sentí la chica más afortunada del mundo. La vida me había arrebatado a la persona que más quise, se la llevó sin previo aviso. Sin embargo, todavía me brindaba la posibilidad de compartir toda mi eternidad con aquellas personas que solo tenían amor que ofrecer, mis padres. Y aunque aquello no pudiera sustituir la

ausencia de Sandra, mi única opción era saber apreciar la parte positiva de la realidad. A ellos les debía todo lo que yo era. Su emoción me traspasaba y vi el orgullo que mostraban sus ojos. En ese preciso momento fui consciente de dos cosas: la primera, que deseaba que Héctor sintiera algún día lo mismo que yo sentía en ese momento, y juré que haría todo lo posible por que así fuera. La segunda, que ojalá Martín pudiera ser testigo de todos los momentos que me quedaran por vivir de ahora en adelante.

Como si estuviéramos en medio de un concierto de rock, Minerva y Martín se pusieron en pie y silbaron con fuerza sin dejar de aplaudir. La gente, al principio extrañada ante tanto jaleo, al final se dejó contagiar por nuestra alegría y nos permitieron vivir aquel momento como más nos apetecía. Héctor, desbordado, comenzó a aplaudir y a dar saltitos sobre sí mismo mientras daba vueltas como un loco. No pude más que mirarle, observarle con detalle y grabar todas aquellas emociones en mi memoria, donde estaba segura que jamás habría nada que pudiera hacerlas desaparecer.

Le dejé hacer y le seguí mientras nos encaminábamos de nuevo hacia nuestros asientos. Miles de sensaciones me abordaban la mente pero un único pensamiento se hizo con el control y poder por encima de todos los demás. Me bastó mirar una última vez a Héctor para darme cuenta de que la felicidad de un niño dependía de la felicidad de los que configuraban su alrededor. Si yo lloraba, Héctor lo hacía, y si yo era feliz, él lo era también. No daba crédito al hecho de no haber sabido verlo antes pero ahora que lo tenía tan claro, me juré que sería la última vez que Héctor sufría por mi culpa. La vida, el destino, el karma o quienquiera que fuera el que mandaba sobre cada uno de nosotros, me había querido regalar a Héctor por algún motivo y yo no lo había sabido ver de aquel modo hasta ahora. Sin embargo, en ese mismo instante supe que de ahora en adelante, juntos seríamos invencibles. Los tres. Y solo deseaba que llegara el momento de decirle a Martín que, si él quería,

estaba invitado a formar parte de aquella ecuación. De la forma que él quisiera.

CAPÍTULO 23

Todavía tenía aquel cheque entre los dedos mientras jugueteaba con él. Veinte mil euros. No había ganado el primer premio pero quedar finalista había supuesto la misma alegría para mí. Tenía veinte mil euros en las manos, en un papelito blanco tan frágil que podría llegar a romper sin querer.

Dejé caer la espalda hacia el respaldo y reposé mis manos sobre los muslos. Necesitaba aquel dinero, aunque no me resultara imprescindible para sobrevivir. Con el tiempo, me había convertido en una especie de hormiguita y ahorraba de forma constante, a pesar de que la llegada del bebé ahora se llevaría gran parte de esa cantidad que tenía guardada para ocasiones especiales.

Sin embargo, continuaba dándole vueltas a lo que había hablado con Martín. Su proyecto era tan sólido... Gracias a él, Héctor estaba recuperando la vitalidad. Sabía que era un proceso largo y que todavía nos quedaba un arduo recorrido por delante. Pero Héctor estaba dando los primeros pasos en su avance y todo aquello se lo debía a Martín. Del mismo modo, según iba sabiendo por él, Óscar parecía reaccionar de igual modo que lo hacía Héctor, símbolo inequívoco de la efectividad de su trabajo. La situación con su hermano cada vez era más delicada, pero Martín se volcaba día a día en la lucha por conseguir su tutela, mientras continuaba trabajando con la misma profesionalidad en cada uno de los casos que estaban en sus manos.

En lo que concernía al centro en el que colaboraba de forma

totalmente desinteresada, su proyecto todavía se volvía más etéreo aunque necesario. Aquellos niños habían vivido en su mayoría atormentados, atemorizados por un presente del que no eran merecedores y del que nadie se atrevía a rescatarlos. Necesitaban respuestas, alguien que se dedicara a ellos, alguien que les dijera que eran especiales y que por ello, debían sentirse afortunados.

Volví a lanzar una mirada distraída hacia el cheque y lo dejé sobre la mesilla que tenía frente a mí. Cogí el teléfono móvil y reparé en el mensaje que había a la espera de ser leído.

«Si te apetece. Podríamos cenar juntos esta noche. 17.15».

Sentí que mi estómago se revolvía expectante. ¿Se trataría de alguna especie de cita?

«No veo por qué no. Lo siento, no había visto el mensaje. ¿Sigue en pie la oferta? 18.25».

«Por supuesto. Podéis venir a mi casa, si quieres. Así también puedo empezar a mostrarte más facetas sobre el “estúpido” psicólogo con el que estás obligada a tratar... Hay algo que quiero enseñarte. ¿Qué me dices? 18.27».

Su insinuación, lejos de molestarme, me resultó graciosa. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no le llamaba “estúpido” ni nada por el estilo. Había cambiado. Habíamos cambiado los dos. Parecía mentira que el paso de los días pudiera afectar tanto a una persona, pero era cierto. Sucedió y yo lo tenía muy claro. Y además, me moría por conocer aquello que quería enseñarme.

Yo no era la misma que hacía apenas un mes. Ni siquiera la misma que la semana anterior. No tenía nada que ver con esa chica. Efectivamente,

continuaba siendo inmadura y estaba segura de que aquello se convertiría en una constante en mi vida. Sin embargo, me bastó un buen susto para darme cuenta de lo que realmente era importante. Me hizo falta perderme a mí misma para ello pero a veces, pasos como los que yo había dado de forma errónea, eran totalmente necesarios para abrir los ojos y contemplar nuestro sino.

Héctor también había mejorado con el paso de los días y sin querer pensar en todo lo que había tenido que sufrir por mi culpa, ahora me sentía feliz. Dichosa porque tenía a mi alcance la respuesta, la forma de ayudarle a entender aquel pequeño mundo que él había creado. Me sentía responsable de todo cuanto le pasaba y ver que sus emociones iban tan ligadas a las mías me permitió darme cuenta de que en realidad, estábamos conectados por algo mucho mayor que la simple genética.

Héctor y yo nos habíamos reencontrado, y lo habíamos hecho justo en el momento en que perdimos la parte más importante de nuestras respectivas vidas. Él era mi apoyo y yo deseaba ser el suyo hasta el resto de mis días.

Y todo aquello se lo debía a Martín.

Le había insultado, menospreciado, gritado e incluso, abofeteado. Y, sin embargo, Martín me había concedido el mayor de mis deseos: me devolvió la vida de Héctor. Porque hasta su llegada, yo no me había percatado de que en realidad, esta ahora me pertenecía, y lo haría para siempre. Sabía que jamás me pediría nada por todo lo que hacía por nosotros, pero me sentía en deuda con él. Tal vez hubiera llegado el momento de poner un poco de sensatez y demostrarle la mujer que realmente era.

«De acuerdo. Me tienes intrigada con tanto misterio. ¿Sobre las ocho va bien? Héctor suele cenar pronto. 18.48».

«La espera se hará eterna. A las ocho os espero. 18.48».

Miré a mi príncipe y me detuve a contemplarle con la ilusión reflejada en el rostro. Mi pequeño ratoncito, con aquella sonrisa capaz de deshacerme por dentro y por fuera. Llevaba una camiseta a rayas azul cielo y blancas y un pantalón beige. Estaba precioso y cada día que pasaba se parecía más a sus padres. Estarían tan orgullosos de él...

Me agaché y sin poder evitarlo, lo atraje hacia mí y le abracé con fuerza mientras le llenaba la mejilla de besos. Se dejó hacer, como casi siempre que me daba un arrebato de aquellos.

—Te quiero, ratón. Lo sabes, ¿verdad?

—Te quiero, mami.

Sentí que el corazón se me paralizaba al instante, amenazante e insensato. Lo había escuchado junto a mi oído, no había sido una imaginación mía. Eso sí que lo tenía claro. Había pasado mucho tiempo padeciendo aquel tipo de alucinaciones con Sandra, pero que había escuchado la vocecita de Héctor lo sabía, aunque no supe qué hacer a continuación. No sabía si premiarle por haberse atrevido a hablar una vez más o si lo mejor para él sería actuar con naturalidad y no darle importancia, tal y como Martín hizo en su día en la consulta. Tragué con un intenso nudo en la garganta que me oprimía amenazante. ¿Qué debía de hacer?

Me separé lentamente de él y le miré a los ojos. Bajó la mirada con timidez, del mismo modo como si hubiera sido descubierto tras una travesura.

Con ternura, puse mis dedos en su barbilla y alcé su cabeza, obligándole a sostenerme la mirada. Vi que hacía un gran esfuerzo para resistirse y parecía que empequeñeciera por momentos, cuando lo único que yo deseaba era liberarle de esa carga.

—Puedes decirlo siempre que quieras, Héctor. Mamá siempre estará contigo para quererte y cuidarte mucho.

Su mirada fue adquiriendo un matiz más sumiso, mientras supuse que entendía el significado de aquellas palabras. Mi pobre niño, cuántas cosas le pedía la vida. En apenas poco más de tres años se había visto obligado a entender tantísimas circunstancias que no quería pedirle una más, pero debía hacerlo. Por él y por mí. Y por primera vez, no pensé en Sandra cuando pronuncié aquellas palabras. Se lo dije de corazón, consciente de que las cumpliría hasta el infinito, fuera cual fuese el precio de aquella promesa.

Volví a ponerme en pie y le puse la bufanda, el gorrito con orejas de oso y finalmente el abrigo, antes de hacer lo propio conmigo misma. Le di la mano, me aseguré de que llevaba los guantes bien puestos y salí con él por la puerta, justo antes de llevar por última vez la mano hacia el bolso y comprobar que aquel papel tan importante continuaba en el interior del mismo. Salimos al exterior y dejé que el aire frío, una brisa gélida y placentera, llenara cada recodo de mis pulmones mientras me repetía mentalmente las palabras que acababa de pronunciar Héctor, al mismo tiempo que todo mi cuerpo oscilaba nervioso, como si no me perteneciera y solo la fuerza de mi pequeño fuera el motor que me impulsaba a continuar con aquellos pasos.

Llegamos a la dirección que Martín me había mandado y creo que los dos quedamos fascinados por la apariencia de aquel edificio. Era bonito, amplio y rezumaba lujo por todos lados. Estaba situado en plena zona alta de la ciudad, en el barrio de Sarriá. Era un edificio de líneas rectas y estéticas, con muchísima vegetación en los jardines así como también en los balcones. Nada que ver con las estructuras impersonales a las que estábamos acostumbrados nosotros.

Entramos al edificio y nos recibió el portero con cordial educación, uniformado y con mirada de buena persona.

—Buenas noches —saludó.

—Buenas noches. Busco el piso del señor Saavedra —indiqué, temerosa de que tal vez no supiera de quién hablaba.

—El doctor Saavedra hijo, supongo.

Aquella precisión me sorprendió.

—Sí. Martín Saavedra hijo.

—Claro, es el tercero A. Ahí mismo tiene el ascensor —añadió, señalando con la mano hacia el final del amplio recibidor.

Con Héctor todavía de la mano, mientras con la otra sostenía aquella avioneta de madera que había querido traer consigo, me dirigí hacia el ascensor fascinada por lo bonito que llegaba a resultar aquel lugar.

Llegamos al tercer piso y salimos mientras un aroma suave y delicado irrumpía en la amplia estancia. Olía realmente bien, aunque no supiera descifrar el origen del mismo. Sin embargo, olía a tranquilidad, a hogar, a

sueños y a esperanza, como si en aquel lugar no hubiera cabida para los problemas.

Nos plantamos frente a su puerta y sin embargo, me detuve en seco y me quedé inmóvil sin atreverme a llamar. Al cabo de unos segundos, Héctor alzó la cabeza hacia mí, interrogándome con la mirada justo antes de dar un leve tirón de mi mano. Sin poder evitarlo por más tiempo entonces, llevé la mano al timbre y lo pulsé una única vez. El efecto fue inmediato. El pulso se me disparó y mis manos comenzaron a temblar bajo el fino escondite de tela de mis guantes. Sentí el palpitar de las venas de mi cuello y supe que mis mejillas ardían hasta el punto de resultarme imposible encubrir o disimular el efecto que me producía la sola presencia de Martín.

Entonces, la puerta se abrió y sentí que todo mi cuerpo reaccionaba al instante. Héctor se desprendió de mi mano y se lanzó contra la pierna de Martín mientras yo agradecía en silencio los segundos de distracción que me regaló con ese movimiento. Martín cogió en brazos a Héctor y le sacó el gorro antes de revolverle el pelo con cariño.

—Tengo una sorpresa para ti, Héctor. Creo que te gustará. Por cierto, bonito avión.

Héctor sonrió y pensé que ya no podría soportarlo más. La escena era tan natural como abrumadora. Al momento, Martín dejó a Héctor en el suelo y este corrió hacia el interior del inmueble, dejándonos ahí plantados.

—¡Héctor, espera! —le llamé desde la distancia.

—Déjalo, no importa. ¿Cómo estás?

No me dio tiempo a responder. Sentí la suavidad de sus labios sobre los míos mientras toda su fragancia me poseía, elevándome del suelo y llevándome directa hacia un estado de catarsis completa. Su mano se dirigió

hacia mi vientre y un eléctrico zumbido nació de la parte de mi piel que entró en contacto con sus dedos y se dispersó por todo el cuerpo a una velocidad vertiginosa. Fue como si reavivara en mí toda una serie de sensaciones que nunca hubieran resurgido de no ser por su repentina aparición en mi vida.

Nuestros labios se separaron y por fin abrí los ojos, recorriendo su rostro hasta grabar en mi mente una instantánea mental que guardaría en mi memoria junto el resto de imágenes que iba coleccionando de Martín.

—Adelante, pasa. Estás en tu casa.

—Gracias.

Di un paso al frente y entré. Solo el recibidor ya era un perfecto anticipo de lo que me esperaba dentro. Era espacioso y luminoso, todo en tonos blancos excepto el mobiliario, que era de un color agrisado oscuro. Dejé el abrigo en un perchero que había a la izquierda de la puerta y le seguí por donde me indicaba.

Cuando pasé por su lado, sentí el roce de su barba contra mi cuello. Sus manos me asieron por la espalda, todo mi organismo me abandonó a traición y se desplazó lejos de mí, dejándome sola con todas aquellas sensaciones que no conocía.

—Tenía muchas ganas de verte —susurró de nuevo junto a mi oído.

Tragué consciente de que no conseguiría articular una sola palabra. ¿Quién era aquella Jana que no conocía? Jamás un hombre había conseguido aquel efecto en mí. Siempre me había caracterizado por tener un carácter fuerte y atrevido, ¿qué clase de armas usaba Martín contra mi capacidad de ser la mujer que era?

—Es muy importante para mí que hoy estéis aquí, los dos. Bueno...

los tres. —Sus palabras me sonaron extrañas, tanto por la forma en la que las pronunció como por su significado. Los tres...—. Estoy un poco nervioso, así que si digo cualquier tontería, tendrás que perdonarme.

¿Qué él estaba nervioso? Aquello sí que no me lo esperaba. Sin embargo, no pude evitar mostrar una sonrisa tímida cargada de complicidad.

—Por cierto, Óscar no está acostumbrado a la cotidianeidad de un hogar... —Vi que pronunciaba aquellas palabras con dificultad, del mismo modo como si me estuviera confesando algún secreto con el que no se sentía a gusto—. No le tengas en cuenta muchas cosas.

—¿Óscar? ¿Óscar está aquí? —pregunté incrédula por aquel descubrimiento.

—Sí... Te dije que quería enseñarte algo... Quiero demostrarte la clase de persona que soy en realidad.

Ahora ya sí que no entendía nada. No entendía qué estaba sucediendo y efectivamente, no entendía qué era lo que quería enseñarme o demostrarme, tal y como él aseguraba.

—Jana, soy consciente de que no he sido precisamente un libro abierto —admitió. Tomó mis manos entre las suyas y me buscó con la mirada. Era la primera vez que observaba en él aquella especie de agitación nerviosa. Mantenía el semblante habitual, pero una expresión infantil cruzaba su rostro sin poder evitarlo—. Quiero enseñarte que no solo soy el Martín que conoces del despacho, o las pocas pinceladas que has podido ir descubriendo de mí. Tú me has dejado ser parte de tu vida y creo que llegados a este punto, yo debería de hacer lo mismo. Es más, quiero hacerlo. Lo necesito.

Asentí con la cabeza y le sonreí sin añadir nada más al respecto. Quería conocerle, quería descubrir aquello que tantas ganas tenía de

mostrarme y quería, del modo que fuera, formar parte de su vida.

Le seguí hasta el comedor y quedé maravillada con la visión. Era casi del mismo tamaño que todo mi apartamento en su integridad y tan solo era el salón. Al fondo, a la derecha, había una amplia estancia en la que había colocados tres sofás, en el centro de los cuales había una mesa baja. Frente a ellos, quedaba un mueble bajito con un gran televisor de pantalla plana. En el otro extremo estaba la mesa, con capacidad para ocho comensales. Era amplia y de cristal y en ese momento estaba vestida con un bonito mantel de cuadros granate. Había de todo: una fuente con un humeante caldo y junto a ella, otra con un pollo relleno que olía de maravilla. La mesa estaba servida para cuatro personas y supe a la perfección que nos esperaba con paciencia.

—¿Te gusta? Puedo enseñarte el resto de la casa si quieres.

—Martín, es verdaderamente bonito... de verdad.

—Mira, ven.

Me tendió una mano y le seguí divertida y maravillada hacia el pasillo que quedaba a la derecha, tras uno de los sofás.

—Mira, esta es la habitación de invitados —explicó tras abrir la primera puerta que quedaba a la derecha. Era realmente acogedora, como si perteneciera a la de cualquier hotel de clase superior. A continuación, me enseñó el baño, decorado en su integridad por dos únicos colores: blanco y negro. Nada desentonaba ni se salía de aquel orden sistematizado—. Este es mi dormitorio —dijo ahora, abriéndome la puerta de lo que creí que podría ser gran parte del cielo.

Se trataba de una estancia completamente cuadrada, de unos veinte metros cuadrados aproximadamente. La cama, en uno de los laterales, parecía cómoda y mullida incluso desde la distancia. En una de las paredes había

toda una serie de puertas que seguramente, abrirían paso a una especie de vestidor y frente a ellas, había colocada una gran alfombra gris, un banco de piel y una estructura metálica en la que poder dejar colgada la americana y el pantalón del traje sin ningún riesgo de que pudieran arrugarse. Me moría por abrir alguna de aquellas puertas y descubrir así la parte más íntima de Martín. Desconocía cuántas chicas habrían estado en esa misma habitación, pisando el suelo que ahora había bajo mis pies. Pero no me importaba, quería sentirle un poco más dentro de mí, con una profundidad que deseaba que no hubiera regalado a nadie más.

Al fondo de la estancia, en un lateral que daba a un gran ventanal, había un jacuzzi. ¡Un maldito jacuzzi en el dormitorio! No daba crédito a lo que veían mis ojos. Me giré con el asombro todavía reflejado en el rostro y me quedé atónita frente al joven que tenía delante, que ahora se mostraba ante mí con aquella naturalidad. Reparé en su rostro y me di cuenta de que no se sentía del todo cómodo conmigo ahí dentro, era como si de algún modo todavía le costara compartir parte de su intimidad conmigo.

—Es precioso, Martín. Tienes un gusto exquisito.

—Gracias.

Se pasó una mano por la melena, mesándola y dejando que los mechones se colaran entre sus dedos de forma graciosa y elegante.

—¿Dónde están los niños? —pregunté entonces. Estaba tranquila porque él no se había mostrado nervioso ante la desaparición de Héctor. Ahora sabía que Óscar también estaba ahí, pero a pesar de que no debían de haber pasado más de cinco minutos desde nuestra llegada, quería confirmar que Héctor estaba bien.

—Están en el mejor lugar de esta casa.

Volvió a cogerme de la mano después de haber logrado eclipsarme con la mirada y tiró con suavidad de mí. Regresamos de nuevo al salón y nos dirigimos ahora hacia el otro extremo, donde estaba la mesa. De ahí salía otro pasillo. A mano derecha pude descubrir por encima una gran cocina, espaciosa, elegante y muy blanca.

—Luego te la enseño —añadió, cortando así mis pensamientos, como si hubiera podido adivinarlos.

Continuamos y nos detuvimos frente a una puerta que se mantenía entreabierta. Sentí un cosquilleo nervioso, como si fuera a revelarme un gran secreto en ese instante. Puso la mano sobre la madera y con cuidado, la empujó para dejar al descubierto aquella estancia. Era igual de maravillosa que el resto de rincones de la casa.

Frente a nosotros, en el suelo, sentados sobre una alfombra blanca, estaban Héctor y Óscar. No sabía cómo mi ratoncito había llegado hasta ahí, pero podía hacerme una ligera idea. Tal vez hubiera intuido la presencia de Óscar, los niños a veces podían resultar increíblemente instintivos. La complexión de Óscar era muy parecida a la de Héctor, por lo que deduje que entre ellos no había gran diferencia de edad. Ambos niños estaban sentados dentro de una maleta. Héctor se había colocado delante, con un gorro de aviador y unas gafas rojas, mientras hacía volar su avión con una de sus regordetas manos. Óscar estaba sentado tras él, con un gorrito de explorador en la cabeza. Ninguno de los dos hablaba, parecían ajenos a todo. Sin embargo, en su mundo particular volaban. Surcaban un cielo seguramente repleto de sueños, de ilusiones, de infantiles colores. Me fijé en la expresión de ambos y la serenidad que emanaba de sus caritas se convirtió en una especie de brebaje, capaz de tranquilizar al más temible y fiero de los dragones. Era la viva imagen de la inocencia, de la infancia.

Ni siquiera había reparado en el resto de la estancia. No podía dejar de contemplar a aquellos dos niños que volaban hacia un mundo paralelo en el que estaba segura que nada se parecía al real. Giré el rostro hacia Martín y me sorprendí de su gesto, tan mágico y hechizante como el mío. Les contemplaba desde mi espalda, con una especie de admiración y cariño en los ojos.

Llevé entonces la vista hacia el resto de la habitación y me di cuenta de que aquello era el despacho personal de Martín. A un lado, había situado frente al gran ventanal una mesa de escritorio, ancha y espaciosa. Sobre ella había colocado un ordenador y algunos dossieres. Todo estaba ordenado de forma impoluta, no podía ser de otro modo. En uno de los laterales había una estantería muy similar a la que tenía en el despacho del colegio. Estaba repleta de archivadores que, al igual que la otra, debían de contener todos los informes de los niños que iba tratando. En el otro extremo, sin embargo, justo donde estaban situados los niños, todo parecía sacado de un cuento de duendes y hadas. Había juguetes infantiles, cuentos, un rincón repleto de almohadones y miles de cosas más con las que un niño podría pasar horas y horas distraído.

—Óscar, ven.

El niño ni siquiera se inmutó. Sin embargo, Héctor se detuvo al instante y bajó el brazo hasta dejar el avión en el suelo. Tras unos segundos en los que nadie dijo ni hizo nada, Héctor se giró hacia Óscar y este levantó la mirada. Héctor señaló hacia nosotros y llevó la mano hacia el hombro del otro. En un gesto delicado, le agitó ligeramente aquella parte del cuerpo sin dejar de señalarnos y el niño, como si ahora sí que hubiera entendido la orden, se puso en pie y se acercó a nosotros, todavía con el gorrito de explorador y las gafas de aviador. En ningún momento alzó la mirada hacia

Martín ni tampoco me miró a mí.

—Mira, Óscar, ella es Jana. Una nueva amiga con la que también puedes jugar —le explicó el psicólogo, ahora agachado para ponerse al mismo nivel que el niño—. ¿Te importa que cene hoy con nosotros?

El niño me lanzó una mirada curiosa, como si tratara de cerciorarse y adivinar así si podía fiarse de mí o no.

La mirada de Óscar era tan penetrante como la de su hermano. De hecho, ambos tenían idénticos rasgos en ese sentido, lo que todavía me abrumó un poco más. Contemplar a Óscar era como ver a un Martín desvalido, despojado de toda su entereza y sobre todo, aññado.

Sentí una conexión con él casi al instante, aunque su mirada continuara siendo turbia y estudiada.

—Hola, cielo. Me encantará cenar contigo, y estoy segura de que Héctor también disfrutará.

Óscar tenía agarrado entre las manos una especie de peluche haraposo, estaba estropeado y envejecido. Pude adivinar que se trataba de alguna clase de osito, pero no me atrevería a meter la mano en el fuego por ello.

—Vamos, Héctor —añadió esta vez el psicólogo hacia él—. Vayamos a cenar antes de que se enfríe la comida.

Los niños salieron por delante de nosotros en dirección al salón. Óscar, como si ya tuviera un sitio asignado, subió con cuidado a una de las sillas y permaneció a la espera de que los demás hiciéramos lo propio. Martín nos indicó las dos sillas que quedaban justo enfrente de la que Óscar había escogido y la de su izquierda, que intuí rápidamente que ocuparía Martín.

—Por favor, sentaos. Sentíos como en casa.

Ayudé a Héctor a subir a la silla, en la que pusimos un almohadón al igual que hicimos con Óscar, y le puse una servilleta a modo de babero. Era educado, pero lo de ensuciarse en cada comida era el pan nuestro de cada día. Martín, por su parte, antes de tomar asiento, pasó por el lado de su hermano y con cuidado, le sacó el sombrero y las gafas que todavía llevaba puestas. Óscar le miró con el rechazo dibujado en el rostro pero no dijo nada, sin embargo, Martín reaccionó con astuta parsimonia y no se dejó amilanar por la amenaza de aquellos ojos que eran una perfecta copia de los suyos.

—Sabes que en la mesa no puedes estar disfrazado —aseveró en un tono estricto pero calmado.

Óscar no respondió. Asumió la orden, cogió el tenedor y lo llevó hacia el plato, dispuesto a comenzar con la cena. Sin embargo, Martín reaccionó de nuevo —para mi absoluta sorpresa— y volvió a reprender el movimiento del pequeño.

—Óscar, debes esperar a que te sirvan la comida en el plato.

El niño le miró una vez más e hizo un intento de puchero que llegó a dolerme incluso a mí.

—No te estoy riñendo, no te preocupes. No has hecho nada malo, pero yo te enseñaré a hacerlo bien. ¿Trato hecho?

Martín sostuvo un puño frente a él y esperó a que su hermano reaccionara durante unos instantes. Al final, cuando Óscar estuvo seguro de que Martín no le reprendía, alzó su puñito y lo chocó contra el de su hermano.

—Bien. Ahora, serviremos primero a los invitados y luego te pondré

la cena a ti.

—Martín, por favor... —renegué ante su declaración, con la que no estaba de acuerdo.

—No. Los niños aprenden desde pequeños, Jana. No le hago ningún daño, que yo sepa. No le estoy negando la comida, le estoy enseñando modales. Esperar unos segundos más de la cuenta no es malo, les ayuda a aprender, a ser pacientes y sobre todo, a ser educados.

Traté de interiorizar aquellas palabras para las que no encontré argumento en contra. Tenía razón, aunque yo no aplicara aquella rigidez en la vida de Héctor.

Cuando los cuatro tuvimos la comida servida, todavía dudaba sobre si debía comenzar o dejar que Martín fuera el que marcara el ritmo. Entonces, Héctor lanzó una mirada al psicólogo que respondió con un gesto afirmativo de cabeza. Al momento, Héctor comenzó a comer y Óscar, tras observarle unos instantes, le imitó. Así pues, la cena dio comienzo mientras yo me debatía internamente sobre lo que estaba sucediendo ahí. Martín parecía poseer una autoridad que los niños respetaban y veneraban sin atreverse a cuestionar ninguna de sus órdenes, al mismo tiempo que profesaban por él un tipo de cariño extraño y muy personal a la vez. Sin duda alguna tenía un don. Había nacido para ello, cada día que pasaba estaba más segura.

Probé aquella sopa y me di cuenta de que mis ojos se cerraron durante una milésima de segundo de puro placer. Estaba deliciosa. Sabía a invierno, a todos aquellos ingredientes que te recordaban que estabas en casa y que ahí nada podía pasar. Cuando los abrí, me topé de frente con la mirada de Martín,

que me observaba complacido, como si hubiera logrado el mayor reto que se hubiera planteado en la vida.

CAPÍTULO 24

—¿Qué es lo que quieres que te cuente?

Le miré con una mezcla de temor y respeto. Quería preguntarle tantísimas cosas que me costaba la sola idea de ordenarlas en mi cabeza para formularselas después.

—¿Cómo descubriste la existencia de Óscar?

Martín recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Se llevó los dedos hacia la sien y apretó con fuerza mientras seguramente trataba de enfocar aquel recuerdo.

—Perdóname. No pretendía meterme donde no me llaman... Lo siento.

Levantó la cabeza y me buscó con la mirada. Sus ojos me atravesaron. Había algo en ellos que luchaba por salir, como si llevara demasiado tiempo manteniendo todo aquel dolor al margen.

—No te preocupes. Si vas a formar parte de mi vida, es lógico que quieras saberlo... Y yo quiero contártelo.

Se detuvo un momento y pude escuchar a la perfección el sonido de su nuez al subir y bajar lentamente a través de su garganta. Ojalá pudiera ayudarle a apaciguar aquel sufrimiento. No me gustaba verle así. Todavía nos estábamos conociendo y apenas sabía cuatro datos sobre su vida, pero

reconocía aquella clase de dolor del mismo modo que lo reconocen solo aquellas personas que lo han vivido en su propia carne.

Tendí mi mano hacia él y busqué la suya con suavidad. Nuestros dedos se entrelazaron temerosos, impacientes a la espera de no ser desechados. Sentía un leve hormigueo electrizante en todos, correteando serpenteante entre ellos como si su solo contacto ya fuera suficiente para despertar todas aquellas partes de mí que aguardaban dormidas a su regreso.

—Mi madre biológica es politoxicómana, prostituta y alcohólica. —Recibí aquellas palabras como un balazo directo en el pecho, pero aguanté el tipo. No quería que Martín creyera que no estaba a la altura. Había conocido partes de mí que no hubiera deseado mostrarle jamás y sobre todo, había conocido la parte más inmadura en los pocos meses que llevábamos compartiendo. Sin embargo, quería que viera que era la clase de mujer con la que se podía mantener ese tipo de conversaciones que solo compartirías con los más íntimos—. Yo no me crié con ella, de hecho, desconocía de su existencia hasta hace apenas un tiempo. Así fue como descubrí que en esa casa vivía mi hermano pequeño.

Casi podía ver las imágenes que en esos instantes cruzaban la mente de Martín, tiñendo sus recuerdos de una oscuridad que no le deseaba ni al peor de mis enemigos. La reconocía. La había vivido de una forma tan intensa que observarla tan de cerca no hizo más que remover mis propios demonios. Quise abrazarle al momento. De hecho, era más una necesidad que un deseo. Saber que no era la única que había pasado por un momento tan difícil no me consolaba, en absoluto, pero me ayudó a sentirme comprendida. Había alguien que sufría del mismo modo que yo, que conocía los verdaderos estragos del dolor, de la furia y del terror y sentí que entre nosotros se creaba un lazo irrompible, un nexo de unión inquebrantable que pasara lo que pasara

de ahora en adelante, nada podría romper.

Había conocido a Martín de un modo totalmente distinto y actualmente, tenía ante mí a un hombre que se había convertido en mi gran motor de vida. Ahora era él quien me necesitaba, y por una vez, me sentía útil.

—¿La encontraste sin más?

—No... —negó acompañándose de un gesto negativo de la cabeza—. Hubo un día en el que sentí la necesidad de ponerme en contacto con ella y al final, con la ayuda de algunos contactos sin los cuales no habría podido haber hecho nada, conseguí dar con su paradero... —Giró su cuerpo en el sofá y lo volteó, quedando ahora frente a mí. Parecía indefenso, débil, había perdido toda la fuerza y vitalidad que le caracterizaba y ya no quedaba apenas rastro del Martín que yo creía conocer—. Te juro que he intentado ayudarla e incluso, mis padres se volcaron en ello. Pero esa mujer no quiere nada de nadie, es como si solo deseara tentar a la muerte hasta comprobar cuándo llegará su día. Llegué a encontrarle trabajo en una empresa de limpieza, pero no lo quiso... No quería nada. Hasta que descubrí la existencia de Óscar y todo cambió para mí.

—Eso que dices es muy duro, Martín... ¿Cómo puedes llevarlo tú solo?

Las palabras brotaron sin apenas tener que detenerme a recapacitar sobre ellas. Yo me había callado durante dos años. Dos años que se me hicieron cuesta arriba, una montaña repleta de sensaciones que no sabía gestionar. Necesitaba sacarlo y no encontraba la manera de hacerlo... y aquello no hacía más que hundirme hasta una profundidad que me aterrorizaba. Ver a Martín en la misma situación que yo me dolía, él era el

fuerte, debía ser el fuerte. Por él, por Óscar, por el bebé, por mí...

—No lo llevé solo... Mis padres me ayudaron, pero era consciente de que hablarles de esto les hacía daño. Ellos lo habían dado todo por mí, se implicaron en mi educación y se volcaron de lleno en darme una vida mejor. Pero, de pronto, sentían que perdían una parte de mí, aunque eso no fuera cierto. Y yo no quería que mi madre se sintiera mal. Ella siempre será mi madre, y no habrá nada ni nadie que pueda cambiar eso. Olga me trajo al mundo, no fue más que un mero trámite en mi vida. Pero a mi madre se lo debo todo.

Se detuvo y le dio un sorbo al contenido de su copa, terminando en ese momento el poco vino que todavía le quedaba. Nos quedamos en silencio. ¿Cómo podía considerarse alguien un mero trámite para la persona que le había dado la vida? ¿Cómo podía alguien despertar ese sentimiento en su propio hijo?

—¿Qué pretendes hacer con Óscar? —me atreví a preguntar al fin, temerosa de la respuesta.

—Quiero asumir su tutela. Pero no es fácil. —Se reclinó de nuevo hacia atrás y dejó caer ambos brazos a los lados, como si le costara mantener el peso de los mismos—. El sistema actual protege en primera instancia a los padres biológicos, aunque seas un hijo de puta sin compasión.

Escupió aquellas palabras con rabia. No estaba acostumbrada a aquel tipo de lenguaje en él, pero si alguna cosa me había quedado clara en aquellos días era que Olga despertaba y hacía aflorar la peor parte de Martín. Le convertía en una persona que no era, en un tipo desvalido, acosado por el injusto sufrimiento por el que le había obligado a pasar.

—¿Sabe alguien de su entorno de tu existencia?

—Los servicios sociales están al corriente de la situación. No es la primera vez que Óscar pasa la noche en un centro de tutela. Y no sabes cuánto me jode que esto sea así.

Se puso en pie, incapaz de aguantar la tensión. Tenía las venas de los antebrazos inflamadas, como si la sangre corriera a través de ellas con un caudal demasiado potente. Su pelo estaba revuelto y la camisa, con el primer botón desabrochado, enfatizaba su aspecto airado.

Me levanté y de forma instintiva me puse frente a él. No sabía qué debía hacer ni cómo ayudarle a gestionar todo lo que sentía, pero quería intentarlo, como fuera. Sentí su mirada penetrante tratando de buscar en mis ojos la comprensión que tanto necesitaba. Lentamente, llevé mis manos hacia las suyas y tal y como había hecho antes, enredé mis dedos entre los suyos. Me recibió sin poner impedimento y agradecí que no quisiera alejarse de mí.

Del mismo modo en el que lo había hecho durante toda mi vida con mi padre, llevé la cabeza hacia su pecho que quedaba justo a esa altura y la apoyé en él. Sentía el latido de su corazón, frenético y desquiciado. Solté la mano derecha y la llevé hacia el pecho antes de colocarla justo sobre la parte de su cuerpo que escondía el músculo más poderoso, el único que nos mantenía vivos. Sentí la calidez de su piel a través de la mía y todo mi cuerpo reaccionó. Era eléctrico, vibrante, magnético.

Entonces, para mi sorpresa, Martín se desprendió de la otra mano por la que todavía seguíamos unidos y con cariño, me envolvió entre sus brazos. Sentí sus labios posándose sobre mi cabeza justo antes de darme cuenta de que aquel beso que acababa de darme decía tantas cosas que no llegaría a poder abarcarlas todas. Sentí su barbilla en la misma parte en la que segundos antes habían estado sus labios y sin poder evitarlo cerré los ojos. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que mi mente me la jugaba. Podía ver a

Sandra, la veía tan cerca de mí que dolía demasiado.

—¿Siempre duele tanto?

—Dicen que el tiempo lo cura todo... —Su voz sonaba extraña, rasgada y pausada—. Pero hay cosas que nada pueden sanar. Lo único que está en nuestras manos es aprender a vivir con ellas, a ponerle ruedas a la carga que nos supone y a convertirlas en parte de nosotros mismos. Todos los actos de nuestra vida configuran nuestra esencia, negarnos a ellos nos convertiría en menos auténticos.

Me negaba a pensar que la pérdida de mi hermana me hubiera ayudado a crecer como persona. Pero sin ella, era cierto que hoy no sería la mujer que era y eso tampoco podía obviarlo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me salió sin más

—Solo compréndeme. Entiéndeme cuando ni yo mismo lo haga. Conviértete en mi otra mitad, mi complemento, mi unidad. —Sus palabras me envolvían y yo sentía que quería abrazarlas todas, acogerlas y quedármelas. Separé lentamente la cabeza de su pecho, al que todavía continuaba unida, y llevé la vista hacia su rostro. Me contemplaba embelesado, ajeno a nada más que aquella especie de burbuja que habíamos creado entre los dos y que nos protegía de todo menos de nuestros sentimientos—. Jana, te prometo que no tengo la menor idea de hacia dónde se dirige lo nuestro y te juro que en mi vida he sentido nada igual. Llevas dentro un bebé que es mío y a pesar de que nunca me había imaginado que sería así, lo único que quiero es hacerlo lo mejor posible. Quiero conocer su rostro, su carácter y darle lo mejor de mí. Sin embargo, no quiero hacerlo solo. Siento que apenas conozco un diez por ciento de ti, tal vez ni eso, y te doy mi palabra que estoy dispuesto a entregarte todo mi tiempo si me dejas

conocerme mejor.

»No sé nada sobre tu pasado, más allá de lo que me has contado, claro. Pero sé que tras esa apariencia de infantil y jovial inmadurez se esconde una verdadera mujer. La única que ha conseguido removerme, agitarme y anularme la capacidad de razonar y de soñar. Quiero que nos demos una oportunidad, es más, necesito que nos concedamos una oportunidad.

CAPÍTULO 25

El día en el que pondría fin a todos esos días de desamparo había llegado. Aquellos últimos meses habían sido muy difíciles para Olga, pues había tenido que sobrevivir sin más ayuda que la de sus compañeras quienes, llegado el momento, no habían resultado tener tan buenas intenciones para con ella. Se vio sola en medio de la nada, sin familia a la que pedir ayuda, sin amigos y sin un hombro sobre el que llorar. Así pues, debido a la merma que su cuerpo había producido en su trabajo, al final decidió acordar una especie de contrato con el dueño del local en que llevaba a cabo sus actividades. Él le cedía por completo la habitación que siempre ocupaba si, a cambio, ella se quedaba allí durante los próximos cinco años, cediéndole su cuerpo al negocio y un porcentaje bastante elevado de sus beneficios. No tuvo más opciones que aceptar aquella rastrera y mísera oferta, pues llegado el invierno, aquella suponía la única forma de poder asegurarse el dormir caliente cada día.

Sin embargo, todo había llegado a su fin pues, tal y como en el hospital le habían informado, aquella semana saldría de cuentas.

Supe que había llegado el momento de dar el gran paso. Mi cuerpo me lo pedía a gritos y mi corazón clamaba por llevar a cabo su cometido. Me puse en pie, me dirigí hacia mi bolso y saqué el papel que había traído conmigo con un único propósito.

—Martín, quiero darte una cosa —dije mientras tomaba asiento a su lado de nuevo. Me miró extrañado, tal vez en un intento de encontrar alguna pista que le ayudara a comprender el qué antes de que yo confesara el secreto—. Esto es para ti.

Le tendí el cheque bajo su atenta mirada. Lo cogió entre los dedos y leyó lo que ponía. Tardó en reaccionar y me asustaba pensar que pudiera tomárselo mal.

—No puedo aceptarlo. Es tuyo. Te lo has ganado con esfuerzo y trabajo.

—Martín. Puedo vivir sin el premio. Creo en tu proyecto y quiero colaborar contigo. Héctor está mejorando día tras día y todo es gracias a ti, a tu dedicación. Te has volcado con él y jamás podré agradecerte lo que estás haciendo para que salga adelante. Soy consciente de que todavía queda muchísimo trabajo por hacer, no sé si serán meses o tal vez años. No tengo ni idea de cómo podré ayudarle, pero si esta es la única forma en la que tengo una oportunidad para hacerlo, quiero que así sea. Coge el dinero e inviértelo en tu proyecto.

—Jana, no...

—Considérame tu socia capitalista, si quieres. Martín —susurré. Llevé los dedos a su mentón y lo alcé con delicadeza. Nuestras miradas se encontraron y se estudiaron con profundidad. Había tantas cosas que decir...

tantos sueños, tantas palabras, tantos deseos—, te volcaste con Héctor sin apenas conocernos. No sé qué es lo que nos deparará el futuro a nosotros pero, si hay algo que sí tengo claro es que quiero que sigas tratándole como lo has hecho hasta ahora. Héctor necesita ayuda y tú tienes algo que ofrecerle. Tienes un don y si puedo agradecer tu apoyo permitiendo que otros niños también puedan obtener un rayo de esperanza en su vida, me sentiré plenamente realizada.

»Durante toda mi vida me he comportado de forma egoísta. —Hice un gesto con la mano para obligarle a continuar en silencio, pues sus intenciones de interrumpirme eran más que evidentes—. He pensado en mí, en mi diversión, en mi felicidad y en lo que me apetecía hacer. Sin embargo, en apenas unos meses, todo se ha tambaleado hasta el punto de haberme casi destruido, poniendo en peligro mi vida y la de dos personitas que no tienen ninguna culpa de ello. Sin embargo, siento que desde tu llegada, todo ha cambiado. Te has convertido en la constante de todo lo bueno que me sucede. Me siento fuerte, no he vuelto a tener pesadillas y he aprendido a creer en mí.

—Jana, yo no he hecho nada de eso... Has sido tú.

—No, Martín. Has hecho mucho más de lo que crees, aunque no sepa decir el qué. Me ayudaste cuando creí que me ahogaba, recuperaste la posibilidad de que pudiera dormir y sentirme tranquila de nuevo. Confiaste en mí cuando ni siquiera los médicos lo hacían.

—Eres fuerte, lo sé.

—El problema es que era yo la que no lo sabía.

Nos quedamos en silencio. No sabía cómo decirle todo lo que él significaba para mí, pues ni yo parecía saberlo. Pero le necesitaba, de eso ya no había duda. Deseaba que aceptara el cheque, que siguiera adelante con su

proyecto, que luchara por el mismo. Quería estar ahí, ayudarle y verle lograr el éxito que se merecía. Martín había demostrado ser una de aquellas personas capaces de reponerse, de crecer cada día, de superar obstáculos sin permitir que una caída suponga no llegar a la meta. Se lo merecía por todo lo que había entregado por aquellos niños por los que nadie quería apostar, tan solo para enseñarles que nada está perdido y que la felicidad no es un lujo sino un derecho que debería estar al alcance de todos.

—¿Estás segura de lo que haces? Sabes que esto puede salir bien, o mal... ¿No? No existe ninguna garantía de éxito seguro en este proyecto.

—Martín, de lo que estoy segura es de que eres el mejor en lo tuyo. Podré haberte dicho cientos de estupideces durante estos meses, pero jamás pondría en duda todo el trabajo que estás haciendo y la forma en la que apuestas día tras día por cada uno de los niños que aparecen en tu consulta.

—Gracias.

Volvimos a quedarnos en silencio. Analicé mentalmente mis propias palabras mientras me daba cuenta de que posiblemente, aquella era la primera vez que mantenía una conversación de tal calibre. Hasta ahora me sentía todavía pequeña, la niña a la que unos buenos padres habían cuidado y mimado incluso más de lo debido. Había asumido con el tiempo ciertas responsabilidades sin querer en realidad hacerme cargo de ellas. Lo hice porque tocaba, porque así me había sido asignado. Sin embargo, ahora me sentía dueña de mi propia vida. Por una vez sabía que todo lo que tenía era gracias a mi esfuerzo y que de él dependía que nada corriera peligro. Sentía que había madurado, que había descubierto una parte de mí de la que podía sentirme realmente orgullosa. Una parte que jamás podría separarse de Héctor, ni de aquel bebé que crecía en mi interior.

—Aceptaré el cheque con una única condición.

—Tú dirás.

—Quiero que estés presente en la mayor parte del proceso.

Escuché aquellas palabras con una especie de fascinación y duda. No las entendía. De hecho, no comprendía en qué podría ayudarle yo, más que aportando aquel dinero que acababa de caerme del cielo.

—No sé qué es lo que podría hacer yo por ti... ni por el proyecto.

—No es tanto lo que podrías hacer por mí sino por lo que creo que te necesito junto a mí. Jana, a duras penas nos conocemos. Es una realidad...

—Asentí con la cabeza pues negarlo hubiera sido un verdadero sinsentido—. Jana, yo nunca...

Me di cuenta de que le costaba continuar. Se quedó callado, tal vez debatiéndose consigo mismo sobre la viabilidad de contarme aquello que se disponía a contarme.

—Jana. Esto que voy a decirte es algo que no he confesado a nadie. Lo saben mis padres y créeme que no es algo de lo que me siento orgulloso, aunque ha sido fruto de mi entera voluntad.

—Vuelves a asustarme...

—No, no... para nada —acogió mi mano entre las suyas y la acarició antes de respirar profundo y continuar—. Jana, nunca antes me había entregado a una mujer. Me refiero a entrega real, en cuerpo y alma. Como te conté, he pasado mi vida volcado únicamente en mi trayectoria porque quería que mis padres se sintieran orgullosos de mí. En estos años han entrado y salido chicas, no te mentiré. Pero ninguna ha perdurado en el tiempo. Me desahogaba con ellas a pesar de que no me guste reconocerlo. En el fondo,

supongo que esperaba a la chica indicada. Aquella con la que viviría un romance idílico, me casaría y seguramente, se convertiría en la madre de mis hijos.

—Martín, yo... —Sentí pavor. Me di cuenta de que mis mejillas alcanzaban altas temperaturas y que la vena de mi cuello incrementaba su tamaño, mientras la sangre pasaba a través de ella a un ritmo acelerado.

—Espera. No temas... Jana, no tengo la menor idea de si esto que tenemos llegará a buen puerto, o no. Y me aterra. Me aterroriza pensar que en tu interior crece mi primer hijo y que no conozco ni una décima parte de la persona que creo que hay en ti. Te he imaginado de mil maneras, te he soñado e incluso, te he dado vida en mis pensamientos. Y ahora te tengo aquí. Al principio me alterabas. Tu soberbia, tu manera de creer que lo tenías todo bajo control y que nada ni nadie podía modificar... No sabía tratar con mujeres, no lo había hecho nunca y mucho menos, con una que conseguía disparar mi pulso hasta límites insospechados. Me enervabas y despertabas en mí sensaciones que jamás había experimentado. No he tenido amores adolescentes... De hecho, creo que jamás he sentido aquello que otros llaman los efectos del amor —dijo, acompañando esa última expresión con un gesto de comillas.

No sabía qué decirle. Hablaba de algo que me venía grande.

—No tengo ni idea de qué pasará entre nosotros, como bien te he dicho. Pero, por primera vez en mucho tiempo, siento que quiero enseñarle a alguien esa parte de mí que jamás he mostrado en público. Quiero que conozcas al verdadero Martín y que me dejes conocerte a ti. Ambos estamos volcados en este proyecto, aunque sea con implicaciones de distinto calibre. Es una oportunidad para pasar más tiempo juntos y permitir que las circunstancias hagan el trabajo que en otras condiciones el paso de los días

hubiera llevado a cabo por sí solo. Hemos empezado la casa por el tejado —añadió señalando a mi barriga con una mueca ciertamente divertida—, pero no significa que no podamos hacerle un hueco a los cimientos. Quiero mostrarte todo lo que quieras saber de mí, siempre que tú estés de acuerdo con ello.

Medité aquellas palabras y su profundidad. Decía demasiadas cosas para las que tal vez no estaba preparada. Me había enamorado de él y lo hice antes de darme cuenta de la gran —y desconocida— persona que tenía delante. Y ahora, creí que sin él en mi vida nada volvería a tener sentido. Sin embargo, yo tampoco me había sincerado jamás con un chico y me abrumaba abrirme en canal y mostrar todo mi ser, mis pasiones, mis respetos y debilidades.

—Está bien —me sorprendí al escuchar mis propias palabras—. Hagámoslo.

Fue como si todo desapareciera a nuestro alrededor. Nos vi como a través de una especie de pantalla imaginaria a la que solo yo tenía acceso. Era como observar una película adolescente donde la huella del primer amor permanecía latente. Nos sentíamos nerviosos, tímidos, me atrevería a decir que incluso vergonzosos. Habíamos compartido besos, caricias y momentos de mucha más intimidad. Sin embargo, ahí estábamos los dos, aturdidos por unas palabras que habían irrumpido dispuestas a calar hondo y desestabilizar aquel pequeño castillo que nos proponíamos construir.

Le miré de reojo del mismo modo que lo haría una niña de cinco años con su primer amor. Me ardía la nuca y sabía que las puntas de mis orejas debían de estar más rojas que el carmín. Apreté los labios en un gesto natural e instintivo y di un pequeño sobresalto cuando sentí la mano de Martín sobre las mías. Buscaba mi contacto y me observaba tan nervioso como lo estaba

yo misma. Sin saber muy bien el porqué, la imagen de Héctor me vino a la cabeza y recordé alguna de las formas en la que nos comunicábamos los dos. Había gestos que habíamos adquirido con el paso del tiempo y que para nosotros, habían pasado a tener un significado propio.

Así pues, llevé la mano frente a los dos y la cerré en un puño, dejando únicamente el dedo meñique levantado, mientras observaba la mueca de sorpresa que iba dibujando su rostro.

—¿Me prometes que iremos a un paso con el que ambos nos sintamos cómodos?

—¿Alguna vez te has parado a pensar qué significa ese gesto tan simple?

Bajé la mano y me contemplé el dedo meñique, que todavía continuaba alzado.

—No. Es algo que aprendes en el colegio y por lo visto, las nuevas generaciones continúan manteniendo como si ellos fueran los que lo hubieran inventado.

—Pero todas las costumbres tienen una explicación...

—A ver, hombre que todo lo sabe, sorpréndeme.

Me lanzó una mirada curiosa y enigmática. Parecía que aquella timidez que nos había envuelto se disipara de forma lenta e imperceptible, devolviéndonos a un estado de calma y comodidad que ambos necesitábamos.

—¿Has escuchado hablar de la teoría del hilo rojo del destino?

Dudé durante un par de segundos antes de negar con la cabeza, tras

buscar en mi cerebro algún tipo de información respecto de esa teoría.

—Cuenta una leyenda oriental que todos nacemos predestinados a una persona desde el día que llegamos a la vida. Sea cual sea el motivo, circunstancia o el momento de nuestro nacimiento, nos encontramos unidos a ella a través de un hilo rojo que enlaza nuestros meñiques. Con el tiempo, da igual donde estén esas personas, ese hilo podrá tensarse o estirarse pero jamás podrá romperse, aunque cambien de continente. El hilo las mantendrá unidas para siempre, pues el dedo meñique contiene la llamada arteria ulnar que conecta este directamente con el corazón, fuente de vida y eternamente concebido como el hogar del amor. Por eso, una promesa sellada con los dedos meñiques cruzados alude a una unión mucho más metafísica e incorpórea entre las dos personas que deciden prometerse algo, pues sus palabras quedarán lacradas con aquella impermeabilidad eterna que nada podrá estropear.

Martín detuvo su explicación y yo me di cuenta de que me hallaba totalmente hipnotizada por sus palabras. Dirigí la mirada hacia mi dedo meñique, que todavía continuaba en la misma posición que antes, y lo contemplé como si pudiera ver en él la marca de aquel hilo rojo del que Martín acababa de hablarme.

—En occidente —continuó, atento a todos mis movimientos—, esta teoría se ha distorsionado ligeramente y se ha dado más importancia al dedo anular, de ahí que la alianza se coloque en ese dedo precisamente y no en otro. Sin embargo, mantenemos el gesto de cruzar los meñiques cuando queremos dar por rubricada una promesa que, por cualquier motivo, nos parece lo suficientemente importante como para concederle tal honor.

Todavía continuaba encandilada con el trasfondo de aquella leyenda y por un momento, me permití recordar mi infancia, cuando mi cuñado me

contaba alguna de sus infinitas historietas a escondidas de mi hermana. Sin darme cuenta, mis ojos se empañaron y me opacaron la mirada, tornándola gris. Pero no cayó ni una lágrima. Por primera vez en mucho tiempo, aquel era un recuerdo que se me antojó feliz, a pesar del dolor que me produjo en el fondo de mi apaleado corazón.

Entonces, como si entendiera por primera vez lo que aquel gesto significaba en realidad, volví a dirigir la vista hacia mi dedo meñique, sonreí sin poder evitarlo y lo alcé frente a su rostro sin decir nada más, tan solo esperando a que él también considerara que aquella promesa nos pertenecía únicamente a nosotros dos y nuestros meñiques no hicieran más que sellar de forma eterna nuestras palabras y por ende, unos sentimientos invisibles, que ahora parecían batallar por escapar de algún lugar de mi cuerpo en el que se habían mantenido confinados hasta el momento.

Martín alzó también su meñique y lo cruzó con el mío después de unos segundos de indecisión, mientras que sus ojos me miraban exultantes, con un brillo peculiar que logró desarmarme por completo. Entonces, en el mismo momento en el que nuestros dedos entraron en contacto, sentí una de las cosas más extrañas que había sentido jamás. Fue como si de repente, fuera consciente de la sangre que recorría mis venas, pues pude captar el momento exacto en el que mi cuerpo se electrizó y una pequeña descarga recorrió toda la parte interna de mi brazo, que todavía continuaba alzado y unido al suyo a través de nuestros dedos.

Tal vez Martín acabara de inventarse aquella historia, o tal vez esta fuera real. Pero lo que experimenté fue tangible y verdadero y pude sentirlo en cada recodo de mi cuerpo.

El ritmo de mi frenético corazón me impedía razonar. Martín había abierto una puerta secreta, un acceso directo a mi ser del que yo no tenía

conocimiento. Me temblaba el cuerpo y sentía la boca seca. Le contemplaba embelesada. Empezaba a hacerme una ligera idea de la clase de hombre que tenía delante y aquello me producía un vértigo incontrolable. Era como si un ejército de caballería estuviera pasando sobre mí y al mismo tiempo, mi sangre se hubiera convertido en una estampida y todos aquellos animales, hambrientos, desbocados y fieros, se precipitaran contra las paredes de mi piel.

Sentía mi garganta expectante, alerta, incluso dolorida. La tensión podía conmigo. Me sudaban las palmas de las manos y me temblaba cada uno de los dedos. No podría ponerme en pie. Estaba segura de que mis rodillas tampoco iban a sostener mi propio peso. ¿Qué narices era lo que me estaba pasando?

Miré a Martín en busca de algún síntoma parecido a lo que yo estaba padeciendo. Sus ojos brillaban de un modo peculiar. Aquel tono color miel se había pronunciado y ahora centelleaba con fuerza, habiéndose tornado de un curioso color fuego. Tenía la mirada encendida, o incendiada. No me atrevería a decir cuál de las dos cosas.

Sus rasgos, prominentes y definidos, se escondían ahora bajo aquella tímida fina capa de vello que recortaba con una precisión milimétrica. No pude soportarlo y llevé la mano hacia su mandíbula. La acaricié con los dedos sin prisa. Sentí el calor que desprendía su piel, exultante y suave. La temperatura de la estancia ascendía de forma desconsiderada incluso y encima, lo hacía por momentos. Sentí una gota de sudor descendiendo desde mi nuca a través de mi espalda, recorriendo toda la columna mientras provocaba un leve cosquilleo a su paso.

Desconocía todas y cada una de aquellas reacciones que Martín me provocaba, pero no las cambiaría por nada del mundo. Me había privado

durante mucho tiempo de experimentar nada parecido y él, había llegado a mi vida como una especie de tormenta, de aquellas que no avisan, que destruyen y te empapan, de las que dificultan el paso y con las que sin embargo, sabes que al final, siempre acabará apareciendo el arco iris.

Mis dedos quemaban al contacto con su piel. Los aparté y los miré, en una búsqueda absurda de alguna pista que me hiciera entender por qué ardía aquella parte de mi cuerpo. Sin embargo, Martín llevó la mano hacia la mía, la sujetó con cuidado y la llevó de nuevo hacia su mejilla. Sentí de nuevo su piel, pero ya no quemaba. Fue... electrizante. Un cosquilleo nervioso que empezaba ahí y que iba ascendiendo por todo el brazo, esparciéndose por el cuerpo en una especie de explosión sideral.

Nuestras miradas se cruzaron y como si me observara desde fuera, supe lo que iba a pasar a continuación. Lo supe y por lo visto, todo mi cuerpo también lo vio. Me estremecí entera cuando vi que Martín se acercaba. Observé sus labios apenas unas décimas de segundo y no me dio tiempo ni siquiera a pensar en lo mucho que deseaba sentir la suavidad de los mismos por todo mi cuerpo. Los sentí junto a los míos y entonces, como si aquella fuera la única cosa que hubiera necesitado todo ese tiempo, el latido de mi corazón se ralentizó y se estabilizó, permitiéndome centrarme en lo que estaba sucediendo sin tener que gastar parte de mis fuerzas en mantenerme consciente.

Martín sabía como lo haría un helado una tarde de verano: dulce, delicioso, fresco y con la virtud de dejarte siempre con ganas de más. Mis labios identificaron al momento su recuerdo y se abrieron para dejarle paso. Sentí su lengua, temblorosa e indecisa, y reaccioné con todos los estímulos de los que estuviera dotado el cuerpo humano. Llevé la mano hacia la parte trasera de su nuca y dejé que mis dedos se perdieran entre sus corto cabello,

revuelto y ondulado. Era suave. El ritmo de nuestros besos se tornó más frenético, casi descarado. Martín dejó caer lentamente su cuerpo hacia atrás, acompañando el mío con él. Sentía sus manos sobre mi espalda. Sin dejar de besarle, fui moviéndome hasta colocarme a horcajadas sobre él.

—¿Estás seguro de que los niños duermen? —susurré sin apenas separar mis labios de los suyos.

—Sí.

Sentí entonces su mano bajo la tela de mi jersey, en contacto directo con mi piel y creí que estaba tocando el cielo, pero esta vez no veía la caída de forma inminente. Llevé mi mano hacia su pecho, duro y fuerte, y lo contorneé con delicia. Martín me volvía loca, me obnubilaba y había demasiadas partes de mi cuerpo que opinaban lo mismo.

—Quédate a dormir conmigo... —jadeó junto a mi oído—. Por favor.

¿Podía una súplica de aquel calibre provocar un infarto? Porque si no podía, estaba segura de que iba a convertirme en el primer caso que rompiera esa estúpida premisa.

CAPÍTULO 26

—No he traído nada... —resollé entre sus labios de forma contenida.

—No lo necesitarás...

Me bastó. No sé a quién pretendía engañar.

—Pero, los niños... Héctor, no he traído ropa para él.

Miles de pensamientos inundaban mi mente, a cada cual más disparatado.

—Jana, deja de preocuparte por una vez y vive, te lo pido por favor.

¿Qué tenían aquellas palabras que en sus labios provocaban aquel efecto en mí?

—Tengo ropa que compré para Óscar que le servirá a Héctor. Tiene una cama, ambos duermen. Ahora nos toca a nosotros. Necesito... Necesito tenerte. Necesito que me rescates. Y solo quiero que seas tú quien lo haga.

Busqué algo en sus ojos que me diera algún tipo de explicación al respecto, pero no sabía qué era lo que trataba de encontrar. Me retorcí inquieta y más excitada. Sentí a través de la tela del pantalón la dureza de su miembro y temblé. Moví las caderas en círculos, pausados, lentos y acompasados. Llevé las manos hacia su camisa y desabroché los botones de la misma. Uno por uno. Su pecho quedó al descubierto y toda yo me tambaleé confusa. Recordé que la mitad de su genética ahora crecía en mí

vientre y una parte egoísta de mí sonrió. De algún modo, Martín sería mío para siempre.

Me di cuenta de que en realidad todo me daba igual. Aquella era la única verdad. Martín siempre formaría parte de mi vida y era lo único que me importaba. Como aquellos que se tatuaban algo en honor a una persona. Yo no me haría nunca un tatuaje, pero en mí crecía parte de la esencia de Martín. Su bondad, su empatía, su capacidad para querer de forma infinita y su belleza... Todo formaría parte de la personalidad de mi bebé y eso me tranquilizaba.

Me quitó el jersey con cuidado, precavido, como si temiera hacerme daño. Llevó las manos a mi espalda y desabrochó el sujetador con maestría. Mi piel se erizó al momento y no precisamente por culpa del frío. Me contempló embelesado y hundió el rostro en mi pecho. Sentí sus labios aprisionándolo y cerré los ojos conmovida por todo lo que me hacía sentir. Sus manos buscaban la cinturilla del pantalón y sus dedos desabrocharon el botón sin que yo fuera ni siquiera consciente de ello. Le facilité las cosas y me puse en pie para que pudiera continuar bajándome los pantalones. Sin embargo, no esperaba que se llevara de paso mi ropa interior. Quedé totalmente expuesta frente a él pero lejos de sentirme cohibida, por primera vez no deseé que apagara la luz. Me contemplaba con una expresión en los ojos capaz de romper todos mis esquemas. Supe entonces que desde ese instante, solo quería despertar aquella sensación en él una y otra vez. Martín continuaba sentado frente a mí mientras recorría mi cuerpo con la mirada y sus dedos seguían el contorno del mismo. Estaba erguido, con la espalda recta, la camisa abierta y el cinturón desabrochado. Resultaba erótico tan solo el hecho de mirarle.

Sus manos se detuvieron entonces a la altura de mi vientre, extendidas

a ambos lados de mi obliquo. Su calor me traspasaba. Llevó los labios hacia el mismo y creí que estaba a un suspiro de la autodestrucción. Recorrió aquella parte de mi cuerpo con placer, sin borrar aquella expresión tan especial de su rostro. Besó toda la zona repetidas veces, sin dejar ni un solo rincón olvidado. Dios mío, aquella era la tortura más deliciosa que había probado en toda mi vida. Me sometería a ella hasta el fin de mis días.

Sus besos fueron descendiendo y el pulso se aceleró. Con la ayuda de las manos, separó un poco más mis muslos y sin dejar de dibujar un camino de besos, hundió el rostro entre mis piernas. Sentí su lengua palpitante, suave y húmeda rozando partes de mi cuerpo que hacía años que nadie acariciaba. Sucumbí a sus efectos y me dejé llevar, consciente de que aquello era solo el preludio de algo que no había hecho nada más que empezar.

—Martín, estaba pensando en el tema y de hecho, me he dado cuenta de que todavía no sé muy bien en qué consiste tu proyecto *Un mundo para Héctor*.

Me acomodé a su lado, envuelta por la calidez de aquellas sábanas entre las que habíamos dado rienda suelta a nuestros instintos. Olían a algodón limpio, a jabón de Marsella, y su naturaleza estaba impregnada en ellas y me abrazaba, proporcionándome aquel calor tan especial por el que todos los seres humanos suspiramos alguna vez.

—¿No?

Remolón, me dio un beso en la frente y me atrajo hacia su cuerpo.

Sentí el contacto de la piel de su pecho suave contra mi nariz y aspiré sin poder contenerme. Olía a masculinidad y testosterona, y todas mis hormonas reaccionaron con una leve danza en mi vientre. Tal vez aquella personita que crecía en mi interior reaccionaba al contacto de aquellas dos personas que le habían dado la vida, como si supiera que estuviéramos compartiendo aquel momento de intimidad. O tal vez aquello no fueran más que imaginaciones mías.

—No.

Cogió aire y respiró profundo. Llevó sus dedos hacia mi rostro y lo contorneó con dulzura. Era como si miles de hormigas trazaran un camino a través de mi piel.

—¿Te acuerdas del cuento que le contabas a Héctor?

En un primer momento, su pregunta me pilló desprevenida. Claro que lo recordaba, lo escribí precisamente para él. Era su propia vida.

—Por supuesto.

—Pues esa fue la premisa inicial. Me di cuenta de que Héctor reaccionaba al cuento y de que para él, era muy importante. Así pues, trabajé sobre ello. Cuando tú dejaste de contarle la historia, yo continué haciéndolo, intuyendo qué era lo que había sucedido a continuación. De ese modo, Héctor comenzó a mostrarse un poco más estable de nuevo.

—¿Y ya está? —añadí desinflada por el descubrimiento, que imaginaba mucho más espectacular.

—No. Por supuesto que no. Me percaté del impacto que tenían los cuentos sobre los niños. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —Martín apoyó el brazo sobre la cama y recostó la cabeza sobre su mano. Me

contemplaba atento y por su rostro podía distinguir las cientos de emociones que cruzaban a la vez—. Con el paso del tiempo, las generaciones han sido educadas a base de cuentos. Los niños crecían con pequeñas leyendas populares, cuentos e historietas con las que dar sentido a lo que les rodeaba a través de su pequeña visión.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu proyecto?

—Verás. Si te detienes un minuto a analizarlo, la mayoría de cuentos encierran algún tipo de moraleja o enseñanza con la que ayudar a un niño a comprender un aspecto en concreto. Por ejemplo, el cuento del lobo y las ovejas para que aprendan a no mentir, el de Blancanieves para que no se fíen de los desconocidos, la Bella y la Bestia para ver que las apariencias engañan...

—Ahá...

—Pues bien. Pensé que si a Héctor le funcionó un cuento personalizado, tal vez aquello también pudiera servir a otros niños que, desgraciadamente, se vieran en una situación de orfandad o desamparo que amenazara con desestabilizar todo su mundo. —Imité su posición, ahora intrigada por la explicación que me daba, y continué prestando atención a sus palabras sin perder el hilo.

En este punto se detuvo y me percaté de que en realidad, quería decirme algo con lo que no se sentía demasiado cómodo.

—Primero, antes de nada debo pedirte perdón. He actuado de forma egoísta.

Ahora sí que me había perdido. Abrí los ojos un poco más de la cuenta. Lancé una mirada rápida al despertador que había en su mesilla. Eran las dos y media de la madrugada. No eran horas para hacer bromas.

—Deberás explicarte mejor... —añadí dubitativa.

—El otro día, cuando te pedí permiso para llevarme a Héctor... En realidad, no era la primera vez que lo hacía.

Me incorporé todavía un poco más y sentí que me aceleraba. Hasta el momento, mi cuerpo yacía de forma placentera, calmada. Pero su revelación me sorprendió y no sabía muy bien cómo debía tomarme aquella confesión.

—Continúa, por favor.

—Me volví loco con todo lo que estaba viviendo con Óscar. Durante estos últimos meses he dejado de ser yo mismo y Héctor... Sin pretenderlo, se convirtió en un rayo de luz en toda esta historia. Todo el tema de Olga y Óscar me estaba consumiendo. Óscar pasaba días al cargo de los servicios sociales por culpa de las recaídas de aquella mujer y eso me comía por dentro. Me presenté en la DGAIA y demostré de forma fehaciente mi relación con Óscar. Desde ese momento, le he tenido conmigo en algunas ocasiones, básicamente aquellas en las que la malnacida de Olga estaba tan ocupada con sus sobredosis que no era capaz de alimentar a su propio hijo.

—¿Por eso Óscar está hoy contigo? —pregunté atando cabos. No podía reprocharle nada. No sabía cómo hubiera actuado yo en su lugar.

Asintió con un gesto de cabeza y sentí que el dolor le atravesaba de arriba abajo.

—Y con esto también quiero justificar algunas de mis repentinas ausencias en la terapia. Lo siento.

Entendí lo que quería decirme. Recordé aquellas desapariciones sobrevenidas y me sentí culpable de lo que imaginé en su momento. Pensé que era un imbécil incapaz de afrontar sus propios sentimientos cuando en

realidad, se estaba encargando de los de otra personita que necesitaba demasiado de su ayuda.

—Un miércoles cualquiera de hace unas semanas, me vi obligado a aparecer en el colegio con Óscar. Tuve que ir a recogerlo de forma inmediata y le llevé conmigo. Haría un par de gestiones rápidas que requerían de urgencia y me marcharía a casa con él. Sin embargo, a las nueve y media, Elsa apareció con Héctor de la mano. Ni siquiera pensé en avisarla de que aquel día no podría llevar a cabo mi sesión con él. Así pues, de repente me vi con dos niños que necesitaban de mi ayuda en un espacio de apenas diez metros cuadrados. Sin embargo, sus miradas captaron algo que a mí se me escapaba y le dije a Elsa que dejara a Héctor. Me encargaría de los dos.

Alcé una ceja curiosa. Me molestaba no haber recibido esa información al respecto de mi pequeño, pero no me sentía con fuerzas para reprocharle nada. Cada uno de nosotros teníamos un infierno particular. Yo necesité ayuda para empezar a superar el mío... y Martín, estaba haciendo todo lo que podía para salir del suyo.

—Lo siento... —susurró de nuevo, visiblemente afectado—. Sé que debería habértelo dicho.

—No te preocupes. Continúa, por favor.

—Héctor y Óscar se reconocieron al instante. No porque se conocieran de antes —se apresuró a precisar ante mi repentina mueca de sorpresa—. Se reconocieron porque ambos compartían algo que los demás no habíamos vivido. Les observé en silencio. En un principio, Óscar no reaccionaba, tan solo seguía a Héctor con la mirada. Continuaba sentado en el suelo con la cabeza agachada. No suele mirar a nadie directamente... —se apresuró a precisar—. Pero le seguía con la vista. Héctor se puso a jugar en el

otro extremo, sin decirle nada. Dejó que pasaran algunos instantes y fue consciente de que Óscar no le perdía de vista en ningún momento. Al final, se acercó a él y le tendió el avión de madera que había sacado de la caja que tengo allí con juguetes.

Así que de ahí había salido el avión... Y yo que pensaba que se lo habrían regalado sus abuelos alguna de las tardes que pasaban con él.

—En un principio, Óscar no reaccionó. Yo les observaba desde la distancia, tomando notas de lo que estaba sucediendo sin darles ni una sola orden ni indicación. Entonces, Héctor se sentó entre las piernas de Óscar, cogió sus manos y las enrolló a su cintura. Extendió los brazos en cruz sin soltar el avión y comenzó a simular que pilotaba algún tipo de aeroplano que solo él podía ver. Te juro que no daba crédito a lo que veía, por absurdo que pueda parecer. Óscar no reaccionaba pero se mantenía aferrado al cuerpo de Héctor con fuerza mientras este guiaba el avión. Se mantuvieron así durante un par de minutos, en un mundo totalmente ajeno al mío hasta que al fin, vi que Óscar sonreía. Era la primera vez que le veía hacerlo y poco me faltó para dar un brinco en la silla. Pero me contuve, y no sabes cuánto me costó.

Le observaba con fascinación. Verle hablar así de los logros de los niños todavía me turbaba y no encontraba la forma de acostumbrarme a esa sensación.

—Óscar no se había atrevido a hablar conmigo todavía, pero yo sabía que conocía nuestro lenguaje. Sin embargo, con Héctor no le hicieron falta las palabras. Lo aceptó como guía, nada más. Era un semejante, un niño que no le pegó, que no le hizo daño y que no le miró mal. Y por eso se apoyó en él.

»Fui egoísta, Jana. Lo fui y te juro que lo siento. En ese momento me

cegué. Vi tan claro que necesitaba a Héctor para ayudar a Óscar que ni siquiera me atreví a consultarlo contigo. Tenía que probar lo que mi mente proponía y si salía bien, habría dado un gran paso para él, para ellos. No creas que dejé de lado a Héctor, para nada. Óscar se dejaba guiar y Héctor ejercía como conductor de la situación. La compañía les ayudaba a los dos. Por primera vez ambos avanzaban: Héctor se sentía útil y responsable de alguien que necesitaba de su ayuda y Óscar, necesitaba un impulso. Así pues, me llevé a Héctor a casa a media mañana, tras hacerle jurar a Lucía y a Elsa que no te dirían nada. Te pido que no las culpes, solo cumplían órdenes. Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte conmigo pero, por favor, antes deja que te lo cuente todo.

Descubrir aquello me enfureció. Me sentía engañada y lo peor de todo no era eso sino el hecho de que incluso en mi estado, les entendía, a los tres. Ellas por no querer que su puesto peligrara y él, porque en realidad solo lo hacía con la intención de ayudar a los niños.

—No te preocupes. No voy a gritarte ni a enfadarme contigo —dije al final, recuperando mi tono habitual aunque con cierta autoridad de más—. Tienes mi consentimiento para llevarte a Héctor cuando lo necesites si crees que esto puede ayudarle, pero quiero estar siempre al corriente de ello. No puedo estar trabajando pensando que Héctor está en el colegio y que en realidad, no sea así. ¿Y si le hubiera pasado algo? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Tienes razón, Jana. Y lo siento, te lo prometo. Te doy mi palabra de que te mantendré al corriente de todo lo que haga en adelante, siempre que Héctor esté implicado.

—De acuerdo.

La mitad de sus labios se curvaron hacia arriba en una mueca de comprensión y agradecimiento. Hablar de un tema tan profundo nos estaba afectando a los dos y ninguno sentíamos ahora ni rastro de la felicidad que nos había poseído unas horas atrás. Ahora éramos dos adultos conversando sobre algo demasiado importante como para dejarnos llevar por instintos primitivos. Éramos dos padres afectados por el crecimiento y los problemas de dos niños que nos necesitaban más que el propio aire que respiraban.

—Aquí en casa, la cosa funcionó más o menos del mismo modo que antes. Les dejé en mi despacho y yo volví a sentarme a observar. Sin que se percataran, esta vez les dejé a mano algunos cuentos. Estaban sentados el uno frente al otro y Óscar solo miraba a Héctor con una especie de fijación y maravilla que a mí me estaba volviendo loco. Entonces, Héctor cogió uno de aquellos cuentos y del mismo modo en que tú habías hecho con él, empezó a recitarle el único cuento que él conocía de memoria.

Martín se incorporó y salió de la cama. Estaba eufórico, pero era un estado muy diferente al que solía mostrar cuando estaba contento. Era una felicidad distinta. Vestía únicamente un pantalón de pijama de algodón y su cuerpo parecía una escultura esculpida por un artista de alto renombre. El pelo revuelto caía por su frente y sus ojos centelleaban con sus palabras.

—Jana, tienes que entenderme. Acababa de descubrir algo que creía que podría ayudar a muchos más niños.

Me incorporé también y quedé sentada sobre la cama, erguida y atenta. Me enrollé la sábana alrededor de mi cuerpo para cubrir mi desnudez. Levanté las rodillas, las abracé y le contemplé a la espera de conocer más detalles de aquella historia. Verle así era algo para lo que no estaba mentalizada. Quería escucharle y deseaba compartir todas sus emociones pues, en el fondo, parte de ellas también me pertenecían.

—¿Qué es lo que te propones hacer? —me atreví a preguntar al fin.

—Jana, no sé si es una maldita locura. Necesito saber tu opinión más sincera, por favor te lo pido. Sea cual sea, ¿vale? —Asentí con la cabeza—. Estoy pensando en crear una especie de colección de cuentos personalizados. He presentado el proyecto a un par de editoriales infantiles, pero todavía espero su respuesta.

—¿Personalizados?

—Sí. Pero todos ellos con un tema en común: la orfandad. Jana, esos centros están llenos de niños que no comprenden el mundo porque han perdido su mayor referente. A veces, menospreciamos el poder e influencia que tienen los padres sobre sus hijos, pero te aseguro que es infinito e irremplazable. Llevo años estudiando el tema. La ausencia de unos padres en las primeras etapas de un niño pueden afectar a su desarrollo e incluso, a su personalidad y carácter. Necesitan comprender que no están solos.

—¿Crees que un cuento puede cambiar sus conductas? —pregunté sin acabar de comprender muy bien su explicación.

—No, en absoluto. No hay nada que pueda cambiar eso. Pero puedo ayudarles a entender su situación. Es vital y a veces, hacerlo resulta sumamente difícil. ¿Cómo le dirías a un niño de tres años que sus padres le dieron en adopción porque no le querían? No puedes hacerte ni la más remota idea de lo difícil que resulta...

Se sentó cerca de donde yo estaba y perdió la mirada durante unos instantes. Casi podía ver el ritmo frenético de sus pensamientos.

—Pero... si pudieran ver que en realidad, el mundo está en sus manos y que la posibilidad de un final feliz siempre es posible... creo que les ayudaría a luchar. Son niños que aprenden a base de sobrevivir. ¿Por qué no

hacerles la infancia más fácil? La vida ya trae las desgracias por sí solas... Como mínimo, que tengan algo en lo que respaldarse.

—¿Y cómo harías esos cuentos?

—Durante los últimos meses, he ido recopilando distintos historiales. En todos ellos me he fijado en la forma en la que esos niños han quedado desamparados o en una absoluta orfandad. Llevo meses escribiendo diferentes cuentos que en realidad, cuentan distintas historias que no dejan de ser a la vez una sola.

—¿*Un mundo para Héctor* es uno de ellos?

—Sí. Es el primero de ellos. De hecho, me tomé la libertad de copiar la primera parte que era la que tú le contabas. Luego lo terminé. También tengo el de Óscar y algunos más —hizo una pausa—. En ellos se tratan diferentes casos. Hijos de padres alcohólicos, embarazos no deseados, madres adolescentes que se han visto sobrepasadas por las circunstancias... Hay un total de veinticinco ahora mismo.

—¿Has escrito veinticinco cuentos? —pregunté asombrada.

—Sí... —Se llevó una mano a la nuca y por primera vez observé en él un rastro de timidez—. La propuesta es que se pueda personalizar el nombre para cada caso. Es decir, habría *Un mundo para Héctor*, *Un mundo para Óscar* y así sucesivamente. Trabajaríamos con una impresión bajo demanda y por medio de fundaciones benéficas.

—¿Cómo dices? —aquello último sí que no me lo esperaba.

—Jana, no busco lucrarme con esto, tan solo pretendo ayudar, como pueda. Existen muchas fundaciones y organizaciones sin ánimo de lucro que actúan en este sentido. Les he presentado el proyecto y se han mostrado

interesadas en colaborar. Pero necesitamos una pequeña inversión inicial. El proceso a seguir sería sencillo: en septiembre se recopilarían algunos de los diferentes casos que hay en la ciudad. Niños que llegan a los centros en una edad comprendida entre los dos y los ocho años. Yo recibiría los informes, los analizaría y pasaría los nombres a la editorial junto con el cuento pertinente. Se imprimiría un cuento para cada niño, el que mejor correspondiera con su historia. Entonces, las fundaciones se encargarían de recogerlos y repartirlos por navidad. Cada niño recibiría la noche de Reyes su regalo en forma de cuento. Algo que solo le perteneciera a él y con lo que tratar de recomponer parte de su pequeño mundo... —Hizo una leve pausa—. Crees que es una gilipollez, ¿verdad?

Escondió la cabeza entre las manos y sentí que jamás podría albergar tanto cariño por un hombre. Martín acababa de abrirme la puerta de su yo más íntimo y mientras él creía que era una tontería, yo pensaba que tenía frente a mí al hombre más íntegro, honesto y honrado que jamás podría llegar a conocer. Su devoción y entrega alcanzaba límites insospechados. Tal vez su pasado tuviera mucho que ver, o tal vez simplemente poseía un corazón que no le cabía en el pecho. Me moví con cuidado sobre la cama hasta colocarme junto a él. Dejé caer la cabeza hacia el lado y la recosté sobre su hombro. Su calidez me acarició. Cerré los ojos y sonreí. No podía sentirme más orgullosa y feliz de poder colaborar de algún modo con él. Cuando decidí entregarle el cheque, apenas conocía la mitad del proyecto. Pensé que era mucho más pequeño, menos altruista. Sin embargo, ahora que sabía hasta dónde quería llegar, creí que aquella era sin duda una de las decisiones más acertadas de mi vida. Esos niños se merecían una oportunidad. Héctor la tuvo conmigo, pero no todos tenían la misma suerte. Martín era un claro ejemplo de ello. No conoció el amor de unos padres hasta bien llegada la adolescencia y solo de pensarlo, sentía que el corazón se me encogía y pellizcaba una parte de mi

alma. Pensé en todas las cosas que yo había vivido junto a mis padres durante mi infancia: las tardes de chocolate con churros, las vacaciones en el camping, las salidas en bicicleta, cuando me enseñaron a leer... Martín no había podido vivir nada de todo aquello y me dolía pensar que había muchos niños en su misma situación.

—Martín, no creo que sea una gilipollez. Creo que es una idea maravillosa y que te mereces todo el apoyo del mundo. Hacen falta más hombres como tú.

Alzó la vista y me contempló. Estudiaba mi mirada como si buscara la duda en mis ojos, algo que le dijera si estaba hablando en serio o no.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Y quiero ayudarte. Quiero ayudar en lo que sea, no solo con el cheque.

Sus labios rozaron suaves los míos. Era uno de aquellos besos con los que me anulaba, cada vez un poco más. Podría perderme en ellos sin necesitar nada más. Aunque no supiera en qué momento había sucedido realmente, ni siquiera qué era realmente lo que sentía por él, entregaría mi alma a cambio de poder besar sus labios cada uno de los días de mi vida. Jamás un beso me había dicho tantas cosas, jamás un silencio me había aportado tanto.

—Gracias.

—Martín, si hay alguien que debe dar las gracias aquí soy yo.

Le pasé una mano por la mejilla, áspera y cubierta de una barba incipiente.

—Sabía que tras esa apariencia inmadura y emocional se escondía

una gran mujer. Solo tenías que encontrarte...

—No. Solo tenías que encontrarme. Tú a mí.

—¿Crees en el destino?

Su dedo meñique se alzó frente a mí y sentí que mi estómago se contraía, mis piernas temblaban y toda yo me agitaba convulsa.

—No.

Vi el desconcierto en su rostro. El asombro, tal vez el pánico.

—La vida me ha enseñado que el destino puede tener muchas sorpresas preparadas. Creo en el ahora. Y me extraña que tú no lo veas igual... Sin embargo, si tú crees en el destino, me gustaría estar a tu lado y apoyarte, si tú me dejas. No te prometo nada. Me conozco y sería absurdo pensar que no te montaré ninguna pataleta más; soy temperamental y creo que así seguirá siendo durante mucho tiempo. Pero puedo intentar acompañarte en este viaje, si tú aceptas ser mi acompañante en el mío.

Alcé mi dedo meñique frente a los dos, justo al lado del suyo, pero no lo entrelacé. Tenía que ser él quien aceptara ahora.

—Jana, yo tampoco puedo prometerte demasiado. He pasado toda mi vida solo y no sé cómo podré gestionar todo lo que estamos viviendo. Estoy seguro de que en algún momento, el Martín que más detestas aparecerá. Y quiero pedirte que estés ahí y que me devuelvas a la tierra, que me pongas de pie en el suelo. Deseo compartir este viaje contigo. Contigo, con el bebé, con Héctor y con Óscar.

Sentí el escalofrío por todo mi cuerpo y me precipité de nuevo al abismo. Cinco. Me lancé. El bebé. Caía sin remedio. Sandra. Todo iba demasiado deprisa. Héctor, Martín...

Percibí esa sensación que padeces cuando crees estar al borde de la muerte. Como cuando subes a una atracción de caída libre y te sueltan. Sientes el estómago en la garganta hasta que de pronto, llega el freno. Eso fue lo que sentí cuando mis alas se abrieron de golpe.

Surcaba el cielo. Flotaba por él. Planeaba. Todo había cambiado demasiado y ahora ya no tenía dudas. Podríamos hacerlo. Tan solo era cuestión de aprender a volar. El resto... llegaría solo.

Entrelazamos los meñiques a la vez. No sabría decir quién de los dos dio el primer paso. Fue decisión de ambos. No creo que ninguna de las promesas que tomara a lo largo de mi vida llegara a tener en algún momento el mismo valor que alcanzó la que acabábamos de sellar con nuestros dedos, sin testigos, sin condiciones.

CAPÍTULO 27

Aquel mes pasó demasiado deprisa para que ni siquiera pudieran darse cuenta de ello. Al final, una de las editoriales aceptó la propuesta de Martín, tras ver que había unos fondos detrás con los que abalar la primera producción. Todo salía a pedir de boca.

Aquella mañana estaba liado en el despacho ultimando todos los detalles. Parecía que el proyecto avanzaba a buen ritmo y todos querían aportar su granito de arena, ahora que ya se había hecho público. Incluso el colegio en el que trabajaba se volcó de lleno con el subdirector.

Estaba concentrado en la pantalla de su ordenador cuando una llamada entrante le devolvió a la realidad.

—¿Señor Saavedra?

—Yo mismo. Dígame.

—Buenos días. Le llamo de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia...

—¿Qué le ha pasado a Óscar?! —Se puso en pie de un salto y su cuerpo reaccionó de inmediato tras la identificación. Se tensó y todos sus músculos se tornaron rígidos—. ¿Dónde está? ¿Está bien?

—No se preocupe, señor Saavedra. Óscar está bien. Está aquí con nosotros.

—¿Cómo? Voy de inmediato.

Colgó sin darle tiempo a dar más explicaciones. Sabía lo que había pasado, no tenía que ser muy listo para averiguarlo. Quería matar a esa mujer. Era consciente de que aquella clase de pensamientos no eran precisamente los mejores, pero no podía evitarlo, la odiaba con todas sus fuerzas.

Cogió el casco que había sobre la estantería del despacho y salió disparado sin recoger siquiera los documentos en los que estaba trabajando. Cerró la puerta con llave y llamó a la que había enfrente. No esperó a escuchar su voz.

—Elsa, debo marcharme. Si preguntan por mí, ocúpate tú. ¿Podrás hacerlo?

—Claro. ¿Estás bien? Pareces desencajado.

—Sí. Cosas personales. Debo irme. Gracias.

Bajó por el ascensor mientras sentía el pulso acelerado. Sabía que conducir la moto en ese estado de nervios no era precisamente lo más recomendable, pero tenía demasiada prisa. Más le valía no cruzarse con Olga, hubiera sido capaz de ahogarla con sus propias manos.

Llegó a la dirección en cuestión en apenas unos minutos. Aparcó en la puerta y entró en el centro veloz como un rayo. Preguntó por una de las chicas a las que ya conocía y a los pocos segundos, esta apareció por la puerta.

—Buenos días, señor Saavedra.

—¿Dónde está Óscar? —añadió sin más preámbulos.

—Tranquilícese, por favor. Debo ponerle al corriente de la situación

antes de nada.

Apretó la mandíbula y sintió que se le tensaban las venas de la sien. Sus orificios nasales se abrieron y cogió aire nervioso. Se pasó una mano por el pelo, lo revolvió y dirigió la vista hacia todos los rincones de la recepción. No había ni rastro del pequeño.

—¿Está bien?

—Sí. Óscar está bien, no se preocupe. Le han hecho un examen médico y todo está correcto.

—¿Un examen médico? ¿Por qué? ¿Qué es lo que le ha sucedido?

La chica le asió por un brazo con cierta timidez y le guió hacia un sofá que había en un lateral. Tomaron asiento, pero daba la sensación de que Martín fuera a salir corriendo en cualquier momento.

—Esta madrugada, la policía ha sido alertada tras los repetidos llantos de un niño. Han acudido al domicilio y tras unas infructuosas llamadas, se han visto obligados a avisar a los bomberos y han forzado la puerta para entrar. Se han encontrado el cuerpo tendido sin conocimiento de Olga... y a Óscar totalmente desatendido. La ambulancia se ha llevado rápidamente a su madre...

—No es mi madre —cortó sin miramientos.

—Se ha llevado a Olga y a Óscar. Tras hacerle un reconocimiento al niño para comprobar que no había ningún rastro de lesión, nos han alertado para que fuéramos a recogerle. Está impactado. Pero creemos que estará mejor con usted. ¿Puede hacerse cargo de él?

—¡Por supuesto que puedo! ¡Sabéis que llevo meses solicitando su tutela! Por el amor de Dios, ¿cuántas veces más vais a permitir que esto

suceda?

—Martín —dijo usando por primera vez su nombre, obviando parte del protocolo indicado—, sabes que los procedimientos legales son los que son.

—¡Me da lo mismo los putos procedimientos, Alba! Óscar no tiene por qué continuar aguantando toda esta mierda, ¡y lo sabéis! Puedo darle un hogar, cariño y toda la atención que necesita. ¿Cuántas veces tendré que demostrarlo? ¿Cuántas veces tenéis que obligarle a sufrir?

—Olga es su madre... —intentó ella, tratando de defender lo que para Martín era indefendible.

—Olga es un desecho. La he intentado ayudar, tú lo sabes, ¡todos lo saben! No quiere la ayuda de nadie, solo quiere un puto chute y lo único que hace es joderle la vida a Óscar para torturarme.

—Martín, debes calmarte antes de que pueda entregarte a Óscar.

—Me cago en la puta, Alba. Esto ya se pasa de la raya. Te juro que voy a iniciar cualquier procedimiento legal que sea necesario para que esto no se repita. —Estaba totalmente fuera de sí y era plenamente consciente de ello, pero no podía controlarse, por mucho que lo intentara. Alba lo sabía, conocía a Martín desde hacía meses y sabía que estaba perdiendo lo estribos, él no era así y todos conocían su impoluto historial.

—Te entiendo. Estás en pleno derecho de hacerlo, ya sabes que nosotros solo cumplimos con la ley...

—Estoy hasta los huevos de la ley y de todo lo que impide que la realidad pase por encima de un papel. Óscar necesita atención, muy urgente de hecho. ¿Acaso la ley va a proporcionársela? Por el amor de Dios, está

viendo como su madre bebe y se droga hasta perder el conocimiento. ¿Cómo crees que puede asimilar eso su cerebro?

—Olga está en estado grave en la Vall d'Hebrón. Lleva horas sin lograr despertar del coma.

—Ahora ya ha dejado de importarme. Esta vez se ha pasado. Por favor —dijo tomando aire y tratando de serenarse por todos los medios—, llévame con Óscar. Necesito verle y saber que está bien.

Alba le miró compungida, el dolor era tan evidente en él que no podía negarse a su petición. Conocía a Martín y había vivido muy de cerca el caso de Óscar desde que el psicólogo se enteró de su existencia. Se volcaba cada día, les ayudaba en el centro, respetaba sus normas y había seguido todas sus indicaciones a pesar de no estar de acuerdo con ellas. Le entendía a la perfección y no podía culparle de nada.

—De acuerdo. Pero debes calmarte, por favor. Óscar no puede verte así y lo sabes. Necesita mucha tranquilidad ahora.

Volvió a coger aire. Inspiró y expiró durante un minuto hasta que recuperó el ritmo más tranquilo de su pulso.

—Vamos.

Se pusieron en pie y Alba le guió hasta la habitación donde aguardaba Óscar. Abrió la puerta y descubrió que estaba con otra de las chicas del centro, que le vigilaba por si el niño lloraba o si pedía algo. Estaba tumbado en un sofá, arropado con una manta de colorines y abrazado a un peluche andrajoso. Martín acudió rápidamente a su encuentro. Se agachó y le pasó una mano por la frente. No parecía tener fiebre pero aquello no le consoló. Era tan pequeño y estaba tan indefenso...

—Hola, grandullón —le saludó aunque los ojos del niño continuaran perdidos en alguna parte—. ¿Quieres venir a casa conmigo? Podemos desayunar juntos. Todavía quedan cereales de colores de los que te tanto gustan...

Óscar no reaccionaba y Martín sentía que su alma se partía en miles de pedacitos que jamás llegaría a recomponer. Aquello le desbordaba, pero sabía que debía mantenerse en pie, con aplomo. Aquella era la única forma de que Óscar reaccionara también.

—¿Tienes ropa para él?

—Claro que tengo. Tengo en casa todo lo que puede necesitar —contestó con más sequedad de la que tal vez le hubiera gustado.

Lo cogió en brazos con cuidado y el niño se dejó hacer. Se abrazó al cuerpo de su hermano y escondió la cabeza en el hueco de su cuello.

—Tienes que firmar algunos documentos antes de que podáis marcharos, Martín.

—De acuerdo. Pero Óscar se viene conmigo.

Les siguió de nuevo hasta la recepción y una vez allí, estampó su rúbrica en todo aquel arsenal de documentos que le pusieron delante antes poder salir al fin a la calle, llamar a un taxi y regresar a casa con él.

CAPÍTULO 28

El repentino silencio de Martín me estaba matando. Era como si se hubiera volatilizado. Pero no quería presionarle. Este último mes todo había funcionado de forma fácil y automática. No necesitamos emplear demasiado esfuerzo para que las cosas salieran bien. Yo tenía bastante trabajo en la tienda y Martín estaba volcado de lleno en su proyecto. Héctor avanzaba a pasos agigantados y de tanto en tanto, cuando menos lo esperaba, me sorprendía con alguna palabra suelta. Y yo me moría de amor cuando la escogida era un simple *te quiero*. Cuánto poder oculto en únicamente dos palabras.

Me di cuenta de que en cierto modo, Héctor había madurado mucho desde la aparición de Óscar. Nunca se separaba de su avión, supuse que era una forma de reconocerse a él mismo como el piloto, aquel capaz de controlar el mando.

Salí de la ducha y me dirigí hacia el armario en busca de algo que ponerme. Escogí uno de aquellos jerséis de punto que me gustaban y me sorprendí al ver que empezaban a apretarme por la zona de la barriga. Me puse de perfil frente al espejo y lo levanté, dejándola así al descubierto. Mi estado empezaba a ser más que evidente. Sonreí ante la imagen que me devolvía mi reflejo. Creo que nunca me había imaginado cómo de extraño sería verme el día que estuviera embarazada. Sin embargo, ahí estaba, una barriga que crecía a un ritmo escandaloso, casi tan rápido como aumentaban

mis ganas de comer chocolate las veinticuatro horas del día. Ya podría haberme dado por las ensaladas, por lo menos.

Cogí el teléfono móvil y me hice una fotografía en esa misma posición que mandé automáticamente a Minerva.

«¿Crees que es un buen día para que vayamos de compras? Hay alguien que necesita ropa de su talla, URGENTE. 10.32».

«Cielo, hoy me resulta imposible. Cerramos un acuerdo importante y estoy en Blanes con mi padre. Vamos el próximo sábado si quieres. Te quiero, florecilla engordada. 10.33».

«No te preocupes. Iré con Héctor. ¡Suerte con el acuerdo! Yo también te quiero, pelirroja huesuda. 10.34».

Terminé de vestirme y ayudé a Héctor con el desayuno. Cuando recogí los platos de la mesa y fui a dejarlos en el fregadero, una imagen colgada en la puerta de la nevera llamó mi atención. Era el bosque que había dibujado el día que vino al taller y todavía estaba enfadado conmigo, aquel que luego yo terminé de pulir. Era un dibujo que habíamos hecho entre los dos. El primero de ellos pues, desde ese día, volvimos a hacerlo muchas veces más. Ambos compartíamos la misma afición y dar rienda suelta a nuestra imaginación de forma conjunta había supuesto una nueva forma de conectar todavía más con él. Era realmente asombroso ver cómo funcionaba la mente abstracta de un niño. Podías conocer tanto de ella que me resultaba increíble no haberme dado cuenta antes.

De ese modo, de hecho, fue como descubrí que poseía la misma afición que tenía Sandra por la naturaleza. Le encantaba ir al bosque y le fascinaban todos los árboles, sin preferencias ni distinciones. Así pues, empezamos a coger el hábito de ir los domingos de excursión. De ese modo,

conseguimos que cada vez cogiera más confianza a volver a ir en coche y a la vez, viera satisfecha aquella parte tan suya, selvática y natural. Al principio resultó complicado, pero gracias a las indicaciones del psicólogo, Héctor parecía progresar con éxito, aunque se me encogiera el pecho cada vez que veía el terror en sus ojos cuando tenía que subir al coche. Martín nos acompañó en un par de ocasiones y fue una sensación tan extraña como especial. Ahí estábamos los tres. Como una familia... pero sin serlo. O tal vez sí. Ya no sabía ni lo que éramos. Me limitaba a pensar que éramos dos adultos, dos personas que habían decidido darse una oportunidad para conocerse mejor. Las etiquetas ya vendrían más adelante, en todo caso.

En algunos momentos, le veía observar a Héctor en silencio. Al principio pensaba que se limitaba a estudiarlo, hasta que pude ver que aquel gesto tan sutil iba mucho más allá de un simple estudio. En aquellas últimas semanas habíamos hablado largo y tendido del tema. De hecho, hablábamos mucho de todo, supongo que en eso consistía lo de “conocerse mejor”. Martín llevaba luchando por la tutela de Óscar desde hacía meses. Incluso, lo tuvo en casa unos días mientras su madre se recuperaba de una sobredosis. Fue la primera vez que dormí en su casa y cuando pude descubrir al fin qué clase de hombre tenía a mi lado. Entender sin embargo el motivo por el cual el pequeño estaba en su casa no me alivió, al contrario. Martín le hablaba como si se tratara de su propio hijo. Intentaba tratarle de forma normal, educarle, inculcarle hábitos y valores aunque su corazón lo único que pedía era consolar a ese pequeño que pedía a gritos silenciosos un abrazo. Veía el dolor en sus ojos cada vez que hablaba de él y sin darme cuenta, aquello todavía me unió más a Héctor. Era un sentimiento recíproco que jamás había experimentado. Tal vez porque quizá nunca le había dado el valor que realmente tenía nuestra unión. Ver la necesidad que despertaba en Martín aquella situación hizo que me aferrara todavía más a mi pequeña familia.

Hacía días que me sentía diferente. Bueno, creo que todos apreciaron el cambio que estaba experimentando. La relación con mis padres había mejorado y no habíamos vuelto a discutir por nada durante aquellas últimas semanas, como si al haberme relajado yo hubiera provocado que también se calmara todo lo que conformaba mi alrededor.

Abroché el abrigo de Héctor y le cogí de la mano. Salimos, cerré con llave y nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿Adónde vamos?

Todavía no me acostumbraba a esa intromisión de su voz a nuestro habitual silencio. Era tan esporádico que cuando lo hacía, me sobresaltaba y me entraban ganas de dar saltos de alegría, cogerlo, abrazarlo y llenarlo de besos. Pero Martín continuaba insistiendo en que debía mostrarme natural para que Héctor tampoco le diera importancia y así, pudiera ir cogiendo más confianza en sí mismo. ¿Contradictorio? Sí. Pero yo no era la psicóloga y había prometido cumplir todas sus indicaciones para que él pudiera valorar la efectividad de su trabajo. Sin embargo, creo que Héctor percibía a la perfección mi sorpresa cuando, al decir alguna palabra, yo aguardaba unos instantes en silencio, me tragaba la euforia y le miraba con los ojos vidriosos, colmados de felicidad. Estaba segura de que lo sabía.

—A comprar ropa —dije mientras trataba de recomponerme—. Se me ha quedado pequeña.

—Porque tienes la barriga gorda.

Tragué. Tragué de nuevo y respiré. Su pronunciación era tan clara... Su voz tan bonita. ¿Por qué no lo hacía siempre? Llevé los ojos al techo reteniendo para mí aquellas lágrimas que me tentaban amenazantes y me

obligué a sonreír y mostrar tranquilidad.

—Exacto. Porque me ha crecido la barriga.

Salimos a la calle y nos dirigimos hacia la parada de metro más cercana. Cuando llegamos al centro comercial, parecía que toda la ciudad hubiera pensado lo mismo aquel día. Odiaba ir de compras los sábados... Pero hacía tanto tiempo que no iba que ya me había olvidado de ese pequeño detalle. Héctor aguantó como un campeón las dos horas que me llevó escoger algunas prendas premamá. Así pues, creí que se merecía algún premio por ello. Bendita suerte tenía con él y su calmado carácter.

Nos sentamos en una cafetería y pedí un par de gofres. Él haría el tonto con la mitad del suyo y yo tendría la excusa perfecta para comer uno y medio. Decían que ahora debía alimentarme por dos... ¿no? Pues los caprichos también se computaban en esa ecuación. Pensé en el bebé y miré a Héctor. Todavía no me había atrevido a contarle nada del embarazo. Sin embargo, aquella tal vez fuera la ocasión perfecta para hacerlo. Tenía que encontrar el momento y cuanto antes lo hiciera, quizá fuera mejor.

—Cariño, ¿sabes por qué me crece la barriga?

Héctor me observó curioso. Tenía los labios manchados de chocolate y el pelo revuelto y sujetaba aquel tenedor de plástico blanco en la mano que, del mismo modo, también estaba pringada de chocolate. Estaba literalmente para comérselo. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Vas a tener un hermanito.

Me salió natural y ni siquiera me detuve al pensar que en realidad, sería su primo. Sin embargo, yo no quería que hubiera diferencias entre los dos. Quería tratarlos y quererlos por igual, por lo que sencillamente, encontré natural la denominación de hermano.

—Bueno, o una hermanita. ¿Te gustaría?

Apartó la vista de mi rostro y la llevó directa hacia mi barriga. ¿Cómo explicarle a un niño tan pequeño el proceso de un embarazo? Para mi sorpresa, se puso en pie y se acercó a mí. Colocó la oreja en mi barriga y permaneció expectante, como si escuchar algo pudiera hacerle entender lo que le decía. Pasé la mano por su melena y sonreí, divertida por su inocencia.

—No oigo nada.

Ahí estaba. Había vuelto. Su voz. Me sentía radiante, aquel día parecía que todo me viniera de cara.

—Claro, porque todavía es muy pequeñito.

—¿Así? —juntó el dedo índice y el pulgar y dejó solo una separación de un centímetro entre ellos frente a mis ojos, mientras yo sentía vértigo al pensar que estaba manteniendo la primera conversación de más de un par de palabras con él.

—Un poquito más grande —añadí con más dificultades de las que jamás hubiera imaginado llegado el momento—. Como esto más bien.

Hice una especie de bola entre mis manos y la puse frente a su rostro. Parecía impactado por el descubrimiento y ya no sabía quién de los dos estaba más asombrado.

—¿Y yo seré su hermano mayor?

—Claro, mi amor. —El vértigo. El maldito vértigo. Tenía que sostenerme. Tenía que obligarme a mantener la calma y aguantar las ganas que tenía de dar brincos, gritos y aplausos—. Tendrás que enseñarle todas las cosas que sabes. Se fijará en ti y querrá aprender todo lo que tú hagas.

—Yo no sé nada.

—Tú sabes muchísimas cosas. Eres un niño increíble, Héctor. ¿Me oyes? Y tu hermanito o hermanita querrá ser como tú. Para siempre.

—¿Tú eres su mami?

Me llevé una mano a la frente y sentí que mi cuerpo oscilaba y se tambaleaba con fuerza. Me estaba mareando por momentos. Cogí el vaso de agua y me lo bebí rápidamente, me moría de calor. ¿Cómo podía decir eso?

—Claro, cariño. Yo soy su mami, y también la tuya.

—Yo tengo dos —dijo, acompañando sus palabras con un gesto de la mano en la que mostraba dos deditos.

Me sorprendí ante la rotundidad de su afirmación. ¿Cómo lo sabía? ¿Qué era lo que recordaba? Apenas rozaba el año cuando tuvieron el accidente... ¿Se acordaba de su madre o eran los cuentos los que le habían ayudado a comprender? Envuelta en aquel mar de dudas, sin embargo, me precipité a darle una respuesta antes de que sospechara de mi reacción.

—Sí, cielo. Tú tienes dos. Y siempre te querrán con todo su corazón. Las dos. Y nosotros querremos al bebé, y le cuidaremos mucho porque nos necesita.

—¿Y tiene papá?

Me recosté sobre el respaldo de la silla, dejándome caer lentamente sobre él. Todo aquello me sobrepasaba. Estaba conversando con él. Estaba hablando con Héctor por primera vez mientras me demostraba por fin su visión del mundo. Conocía su pasado. Aceptó la muerte de mi hermana y de su padre y me había aceptado a mí como su nueva madre. Y le parecía natural. ¿Cómo podía tener esa capacidad para entenderlo todo? ¿Cómo debía

reaccionar? Me sentía tan perdida... Pero él me esperaba... Esperaba una respuesta que aclarara sus dudas y no podía dejar que el pánico se apoderara de mí.

—Sí. Tiene papá.

Tenía el pulso demasiado acelerado. Debía rebajarlo como fuera, aquello no era bueno para el bebé.

—¿Óscar es mi hermano?

Dios mío, se me acababa el oxígeno de los pulmones. Cogí aire, conté hasta tres y lo solté lentamente bajo su atenta mirada.

—¿Te gusta cuidar de Óscar?

—No entiende muchas cosas y nadie se las enseña.

No pude contenerme más. Le abracé. Me importaba un comino lo que Martín me hubiera dicho al respecto. Le abracé tan fuerte que temí por un momento romperle los frágiles huesitos que debía de esconder aquel niño que era todo bondad. Tenía el mismo instinto protector que sus padres y verles reflejados de forma tan fiel en él me emocionó. Le besé la cabeza, tantas veces como me lo pidió el cuerpo y continué abrazándole hasta que logré reducir el latido de mi corazón. Era demasiado.

—Eres el niño más valiente del mundo, Héctor. Nunca lo olvides — dije al final junto a su oído.

Aquella tarde, cuando al fin le acosté, me encerré en el baño y me permití llorar. No estallé ni tampoco entristecí, tan solo me permití liberar toda la tensión que había acumulado durante la tarde. La primera

conversación de Héctor había sido de una profundidad inesperada... Sabía tantas cosas que yo ignoraba que pudiera conocer... Y para colmo, había pasado un día sin saber nada de Martín. Necesitaba tanto uno de sus abrazos... ¿Qué estaba pasando?

¿Cuán diferente podía ser el mundo para cada uno de los habitantes del mismo?

CAPÍTULO 29

Aquel día desperté con una sensación extraña en el cuerpo. Las nauseas poco a poco remitían y me permitieron seguir adelante de forma más apacible. Mi madre continuaba diciendo que eso se debía a que llevaba un niño, pues las niñas solían afectar mucho más en el embarazo. Según ella, las embarazadas más radiantes eran las que llevaban un niño, al contrario, las mamás de niñas solían mostrar mala cara y se aquejaban de muchos más dolores en comparación con las otras. Por lo visto se trataba de alguna especie de lucha de hormonas o algo así.

Echaba de menos a Martín, continuaba igual de desaparecido. No quería atosigarle, estaba segura de que se hallaba enfrascado en su trabajo y en el proyecto y que estaba dando el máximo de sí mismo. Pero hacía ya unos días que no le veía. Durante el mes de enero estuvimos trabajando codo con codo para la presentación del proyecto y ya lo tenía muy avanzado. Sin embargo, esos últimos días estaban pasando lentos. Me envió algún que otro mensaje en respuesta a los que yo le mandaba, a la espera de saber si estaba bien. Le notaba escueto y distante y me inquietaba que algo hubiera empeorado.

Así pues, decidí que había llegado el momento de aclarar la situación y salir de dudas. Era domingo por la mañana, por lo que Martín debía de estar en casa. Aquel pensamiento me tranquilizó. ¿Dónde podría estar sino? Salí del baño y comprobé que Héctor continuaba tirado en el sofá, con el pelo

revuelto y perdido por completo en los dibujos que estaba viendo. Me encerré en mi habitación y me saqué el albornoz para ponerme la ropa interior. Me miré en el espejo ahora que estaba semidesnuda. La barriga comenzaba a ser evidente y sentí una pequeña sacudida nerviosa. Era redonda y dura y había convertido mi figura en la de una mujer totalmente distinta. Bueno, mi figura y también mi vida.

Me dirigí hacia la esquina, donde tenía una silla junto a un pequeño tocador con cajones. Saqué una blusa en tonos azules, de cuello ancho, que se ajustaba bajo el pecho —que también estaba aumentando de tamaño por momentos— para caer luego en un cómodo vuelo. Volví a mirarme al espejo y me sonreí divertida al verme de aquella guisa. ¿Me habría imaginado alguna vez que iría vestida con ropa premamá con tan solo veinticinco años? Creo que si me lo hubieran dicho unos años atrás, el ataque de risa hubiera sido soberano. Sin embargo, ahora me observaba con detalle y me veía bonita, distinta... renovada. Era como si apenas no quedara nada de la Jana que un día solía ser, tan solo la esencia de la misma persistía en mí, aunque a veces me costara dejarla salir.

Cuando hube terminado, fui hacia el comedor y después de dejar que Héctor hiciera el remolón un poco más de tiempo, le ayudé a vestirse. Desayunamos unos cereales y al final, salimos a la calle cuando el sol ya empezaba a sonreír de buena mañana.

Estuve tentada de coger el transporte público, como casi siempre solía hacer para moverme por la ciudad. No obstante, eché un vistazo de reojo a Héctor y pensé que todavía no había hecho aquello sola. Desde que Martín contempló la posibilidad del shock post-traumático, todos los intentos de subir a Héctor al coche habían estado supervisados por él. Pero me sentía preparada para ayudar a mi niño. Ya no temblaba al pensar que no estaba a la

altura. Verle sufrir de aquel modo no formaba parte de un futuro en el que yo quería estar. Héctor se merecía ser feliz y vivir igual de tranquilo que cualquier otro niño.

—Cariño, ¿te parece bien que vayamos en coche?

Su manita, que como siempre iba agarrada a la mía, se tensó con fuerza. Las puntas de sus deditos se tornaron blancas por la presión pero no dijo nada al respecto. Sentía toda la rigidez en su cuerpo mientras sus cortas piernas seguían mis pasos en absoluto silencio.

—Yo estaré contigo. Lo haremos poquito a poco. Sé que podemos hacerlo... Formamos un buen equipo.

No sabía de dónde salían aquellas palabras de aliento, pero necesitaba infundirle valentía, hacerle creer en él mismo. Su mirada continuaba clavada en el suelo y me sentí mezquina por hacerle aquello. No quería verle así, deseaba con todas mis fuerzas verle feliz... Ahora que todo parecía que empezaba a ir bien, no quería ser yo la que lo estropeará.

Llegamos al parking y bajamos hasta la planta correspondiente. Pulsé el botoncito del mando desde la distancia y unas luces parpadearon a unos metros de nosotros. Héctor se detuvo en seco, rígido y tenso como nunca. Tenía los puños bajados y los apretaba con fuerza, mientras sentía que su respiración comenzaba a agitarse, con la mirada todavía clavada en el suelo. Me sentí horrible. Me obligué a tragarme el nudo que se me había formado en la garganta y alcé la mirada en un intento de no dejarme vencer por las lágrimas que amenazaban en la comisura de mis ojos. No quería hacerle eso a mi niño, le estaba haciendo daño y lo único que deseaba con todas mis fuerzas era ayudarlo a superarlo. Me llevé una mano hacia la boca y silencié un sollozo. Tenía que obligarme a ser fuerte, por los dos. Me concedí unos

segundos para recuperar el aliento y cerré los ojos mientras contaba hasta diez en silencio. Al final, volví a abrirlos y me agaché frente a él hasta que nuestros rostros quedaron a la misma altura. Héctor tenía los ojos vidriosos pero no derramaba ninguna lágrima. Ojalá pudiera ponerme en su piel, ojalá pudiera eliminar todo aquel dolor que condicionaban su pequeño mundo.

—Mi vida, sé que esto es difícil. Pero estamos juntos y no te dejaré en ningún momento. —Le pasé una mano por el pelo y le aparté algunos mechones que caían sobre su frente—. ¿Sabes? Para mí también es muy difícil.

Sin darme cuenta, me senté en el suelo, sin importarme que nos encontráramos en un parking privado, ni que este estuviera seguramente demasiado sucio. Crucé las piernas y me coloqué como un indio frente a él, todavía a unos metros de distancia del coche.

—Yo también perdí mucho aquel día —seguí, volviendo a apartarle el pelo del rostro—. No sé cómo es posible que recuerdes aquello... y ojalá no pudieras hacerlo. Eras tan pequeñito... Pero, a veces, estas cosas pasan. Y es difícil aprender a vivir con ellas. Sobre todo porque nadie puede entenderlas.

Ante aquella última afirmación, sus ojitos, todavía vidriosos y algo más enrojecidos, me buscaron en la penumbra. Pensé en lo que había dicho y analicé un momento mis propias palabras en busca de aquellas que le habían hecho reaccionar. Que fuera algo que nadie pudiera entender le aliviaba, pues tal vez aquello le hiciera ver que no era el único que se sentía perdido.

—Yo también les quería mucho —continué sin saber por qué le contaba todo aquello a un niño tan pequeño. Pero necesitaba sincerarme por primera vez con él, necesitaba sanar una parte que solo compartíamos nosotros y si con mi propio dolor podía aliviar el suyo, valdría la pena

cualquier cosa—. Eran unos príncipes maravillosos.

Sus puñitos se destensaron lentamente, aunque su rostro mantenía la misma rigidez. Entonces, como si necesitara aquel contacto, se acercó a mí y se acurrucó en mi regazo, enroscado como un ovillo. Le abracé con tanta fuerza que temí partirlo en dos. Mi pobre niño. Tan pequeño y tan fuerte a la vez.

—No sé qué es lo que puedes recordar... y sé que sientes miedo. Para mí también es confuso... Pero quiero ayudarte aunque para ello, yo también necesitaré tu ayuda.

Lancé aquel señuelo para observar su reacción. Héctor se había mostrado distinto desde la aparición de Óscar, se sentía en parte responsable de él porque creía que tenía que ayudarlo. Que le necesitaba. Tal vez, apelar a aquella extraña e impropia madurez podía ayudarme a darle la vuelta a todo aquel asunto, y así, comenzar a recuperar su frágil y debilitado mundo.

Alzó la mirada y me buscó, tal vez a la espera de que yo le dijera cómo podría precisamente ayudarme él a mí.

—¿Te sorprende? —dije tratando de esbozar una sonrisa que me estaba costando un verdadero sacrificio.

Sentí el leve movimiento de su cabeza mientras asentía de forma casi imperceptible.

—A mí también me asusta subir al coche —dije, en un intento desesperado de mantener su atención puesta en mí—. Pero tenemos que ser valientes. Y yo sé que juntos podemos hacerlo. Te prometo que siempre estaré a tu lado para darte la mano siempre que lo necesites, pero tienes que prometerme que tú también me salvarás a mí cuando lo necesite.

Escuché unos pasos a mis espaldas y giré un poco la cabeza para ver quién había. Una mujer se acercaba hacia donde estábamos nosotros, con una mirada extraña. Al llegar a nuestra altura, se detuvo, a un par de metros de distancia, aguardando prudente a nuestra reacción.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis ayuda? —preguntó con cautela.

—No, gracias. Estamos bien. Tan solo estábamos... charlando.

Me dedicó una sonrisa cómplice y se despidió de Héctor con la mano, aunque él no reaccionó.

—¿Qué me dices? ¿Lo intentamos juntos?

Sus bracitos rodearon mi cuello y su infantil aroma me retorció las entrañas. Respondí del mismo modo, estrechándole con fuerza entre mis brazos y traspasándole todo el calor de mi cuerpo.

Nos pusimos en pie y de nuevo cogidos de la mano, nos dirigimos hacia el coche. Su respiración continuaba agitada y percibía a la perfección la lucha interna que Héctor mantenía. Nos detuvimos frente al coche y le dejé tomarse todo el tiempo que necesitara. Me sorprendió que no llorara, aunque viendo su expresión, lo hubiera preferido. Me desconcertaba y me asustaba a partes iguales, mientras un sinfín de imágenes y pensamientos paseaban a sus anchas por mi cabeza.

Volví a pulsar el botón del mando y abrí el coche, que se había cerrado por seguridad pasados unos minutos en los que no habíamos abierto la puerta. Héctor, ante el pitido del coche, dio un pequeño respingo.

—Hemos subido mil veces juntos, cariño —susurré a su lado—. Conoces el coche... ¿Quieres intentarlo?

Continuaba rígido con su habitual silencio. ¿Qué debía de pasar por

su mente?

—Me da miedo...

Me bastó medio segundo para que se me rompiera el alma en mil pedazos, cayera al suelo y formara un devastador estruendo. Mi pobre niño. Volví a agacharme y le abracé una vez más mientras mi propio corazón era el que latía con fuerza y luchaba por salir disparado de mi pecho. Tenía que calmarme y tenía que calmarle a él.

—Cariño, es normal tener miedo —dije usando unas palabras en las que ni yo misma apenas confiaba—. Pero tú tienes que ser más fuerte. —Recordé que llevaba en el bolso aquellas gafas de aviador a las que parecía haber cogido tanto cariño y, desesperada como lo estaba por ayudarlo como fuera, le propuse una idea para comprobar hasta qué punto podía funcionar. Lo había visto en alguna película... ¿por qué no iba a dar resultados con Héctor?—. Mira, curiosamente tengo tus gafas en el bolso —comencé antes de sacarlas, una vez tuve toda su atención puesta en mí—. Pero lo que no sabes es que guardan un secreto. Estas gafas son mágicas.

Sus ojos ahora buscaban los míos, mientras seguían mis labios, dispuesto a no perderse ni una sola de mis palabras.

—¿Mágicas?

Ahí estaba de nuevo su voz, un rayo de luz al que aferrarme con todas mis fuerzas. Empezaba a reconocer aquel timbre tan peculiar y moría cada instante por escucharlo una y otra vez. Era mi oportunidad, tenía que conseguirlo.

—Sí, cariño. Son mágicas. No quería decírtelo porque la magia debe usarse siempre del mejor modo... pero tú eres un niño valiente y fuerte. Así que te has ganado conocer el secreto.

Sus puños comenzaron a destensarse y algo me decía que iba por el buen camino. Lo estaba haciendo bien y Héctor estaba reaccionando. Tenía que seguir así.

—Mientras lleves las gafas puestas, nada malo podrá pasarte. Ellas te protegerán y a través de sus cristales, nunca verás el miedo. Pero tienes que creer en la magia. ¿Tú crees en la magia?

—¿Como Mickey Mouse?

—Sí, cariño. Como Mickey Mouse en Fantasía —dije agradeciendo mentalmente aquella afición mía por Disney que había traspasado a Héctor.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sus ojos ahora me observaban expectantes, a la espera de mis siguientes palabras.

—¿Crees que eres el niño más indicado para poseer las gafas mágicas?

Volvió a afirmar y esta vez me dejó ver, aunque de forma muy fugaz, aquellos dientes de ratón.

—De acuerdo. Te las voy a poner. Tendrás que estar atento, ¿vale?

Sentí un extraño nudo en el estómago. Temía que aquello no fuera suficiente, pero la imaginación de un niño alcanzaba límites insospechados... Sin embargo, aquello no bastaba para calmarme pues tenía serias dudas al respecto. ¿Podría algo tan grande ser vencido por la propia imaginación?

Le puse las gafas y le contemplé divertida. Qué bonito era. Sus ojos se agrandaban tras aquellos cristales redondos y su expresión ahora era muy distinta. Recé para que funcionara y me aferré con todas mis fuerzas a aquel último deseo.

—¿Lo sientes? ¿Sientes la magia, Héctor?

Esperé sin respiración su respuesta, sin perder de vista ninguna de sus reacciones. Sus labios comenzaron a curvarse hacia arriba y su expresión se serenó mientras mi corazón batía extasiado.

—¿Crees que ahora podrás subir al coche?

Tardó unos segundos en responder y al final, para mi sorpresa, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Muy bien, Héctor! ¡Estoy muy orgullosa de ti! —exclamé feliz por su gran paso.

Abrí la puerta trasera y le ayudé a subir a la sillita antes de abrocharle el cinturón de seguridad. Continuaba tenso, pero había algo diferente en él. Tenía la mirada al frente y se agarraba con fuerza a lado y lado de la silla. Le besé la frente con ternura y le dediqué una sonrisa.

—Eres un campeón.

Subí al asiento del piloto y me pasé el cinturón por el pecho hasta anudarlo por completo. Puse la llave en el contacto y mientras encendía el motor, le observé a través del retrovisor. Tenía la mirada perdida y el terror reflejado en el rostro, pero se mantenía con aplomo, con una entereza que no era propia de un niño tan pequeño.

—¿Estás bien?

Hizo un gesto afirmativo muy débil, sin mirar a ningún sitio en concreto. Así pues, cogí aire, puse primera y dejé que el coche se moviera lentamente sin dejar de mirarle a través del espejo.

—¡Muy bien, cariño! ¡Sabía que juntos podríamos hacerlo!

Con ese pensamiento en la mente, me obligué a mirar al frente e inicié la marcha en dirección a casa de Martín, al mismo tiempo que ahora, un nuevo sentimiento afloraba con timidez. Mi segunda preocupación del día me esperaba y no las tenía todas de que aquello fuera únicamente un sentimiento infundado.

Estacioné el coche a un par de calles. Al ser domingo, no me costó demasiado encontrar aparcamiento y menos por aquella zona. Salí del vehículo y me dirigí hacia la parte trasera de forma apresurada. Abrí la puerta, desabroché el cinturón de Héctor y lo cogí en brazos contagiándole mi alegría.

—¡Muy bien, cariño! ¡Lo has hecho muy bien!

Héctor respiró tranquilo, incluso me pareció ver que soltaba todo el aire de golpe exhalando un suspiro, como si al detenerse el motor se hubiera quitado un gran peso de encima. Continuaba con las gafas puestas y su imagen ahora reflejaba unos sentimientos muy distintos. Estaba feliz consigo mismo, como si ganar aquella batalla hubiera sido el mayor de sus retos.

—¿Sabes? Hoy cenaremos lo que tú quieras, te lo has ganado. ¿Te parece bien?

Respondió con efusividad ante mi oferta. Aplaudió feliz por la propuesta y sonrió abiertamente por primera vez en todo aquel rato que había durado aquella pequeña tortura. Le tenía de vuelta conmigo. Ahora solo quedaba que el otro de mis temores desapareciera... y para ello, necesitaba ver a Martín y comprobar que nada malo había sucedido.

CAPÍTULO 30

Nos encerramos en el ascensor y sentí que una vez más, mi pulso se aceleraba nervioso. Caí en la posibilidad de que tal vez estuviera cometiendo un verdadero error. No sabía qué le pasaba, de hecho, ni siquiera sabía si le pasaba algo. Tal vez necesitara distancia, o tiempo para trabajar. Pero me había sentido tan sola...

Miré a Héctor, que ahora parecía otro. Continuaba con las gafas puestas y estaba realmente gracioso. Me pasé una mano por el vientre de forma distraída y traté de sentir el bebé, tal vez él también se sintiera nervioso.

Llegamos al fin al rellano en cuestión y me detuve un instante frente a la puerta de Martín. Me llevé la mano hacia el rostro y mordí nerviosa la uña del pulgar. Hacía años que había dejado de mordérmelas, pero ahora me sentía perdida. Héctor fue el que me sacó al fin de mi ensimismamiento cuando tiró con cuidado de mi mano, mientras que con el dedo índice de la otra señalaba la puerta de Martín con un gesto de incertidumbre en el rostro.

—Vamos —dije al fin antes de dar un primer paso hacia aquella.

Conté mentalmente hasta tres y al fin, llamé al timbre y esperé a que alguien abriera la puerta. Me pareció escuchar unos pasos cortitos pero rápidamente estos quedaron apagados y relegados a un nuevo silencio, si es que no habían sido producto de mi propia imaginación. Volví a llamar y

entonces sí que le escuché y supe que era él. Sin entender muy bien el motivo, se me cortó la respiración y sentí que mi garganta se cerraba con fuerza y restringía el paso del aire a través de ella. La puerta se abrió en aquel momento y la imagen de un Martín desolado y carcomido por alguna extraña tristeza de la que no tenía constancia, me recibió con impacto.

—Cielo santo, Martín, ¿qué sucede?

Sus ojos, coronados por unas oscuras ojeras que nunca antes le había visto, me buscaron en aquel iluminado rellano. Pero no dijo nada. Como si aquello fuera lo único que necesitara en el mundo, dio un paso al frente y se aproximó a mí hasta que nuestros pechos entraron en contacto. Sus brazos me envolvieron sin que tuviera tiempo a reaccionar, mientras yo continuaba con Héctor cogido de mi mano. Me abrazó y sentí el frío que traspasaba su cuerpo, muy distinto al calor que solía desprender.

—¿Qué ha pasado, Martín? ¿Por qué no me has dicho que necesitabas ayuda?

Continuaba sintiéndole cerca de mí, con su barbilla enterrada en mi cuello. Sentía su respiración chocando contra mi piel, derritiéndola ante su contacto.

—Gracias por venir —susurró junto a mi oído para que Héctor no pudiera escucharle—, no sabes cuánto lo necesitaba.

—Solo tenías que pedírmelo... hubiera venido sin pensarlo. Pensé que estarías trabajando y necesitabas espacio.

Volvió a quedarse en silencio. Le acaricié la espalda mientras sentía que mi mente trabajaba a un ritmo frenético tratando de darle algún tipo de sentido a aquel sentimiento de desazón que le poseía.

—Vayamos dentro. Prepararé un té caliente y algo de desayuno. ¿O habéis desayunado ya? —preguntó haciendo acopio de toda su entereza. Entonces, lanzó una mirada hacia mi izquierda y buscó a Héctor con la mirada antes de dirigirse hacia él—. Hola, Héctor. Pareces un atrevido aviador con esas gafas.

—Hola —respondió para nuestra absoluta sorpresa.

Martín y yo nos miramos y, a pesar de que su tristeza me había apagado, una nueva sensación de infinita dicha se hizo con el control de mis ojos, que ahora centelleaban vidriosos, colmados de júbilo. Martín me hizo un gesto negativo con la cabeza que entendí a la perfección. *Tratarle con naturalidad*, me repetí mentalmente como un mantra antes de que pudiera estropear la situación.

—¿Está Óscar? —repitió aquella vocecita de la que desde ya me declaraba profundamente enamorada.

—Sí. Óscar está en casa —dijo Martín. Entonces, se agachó antes de continuar y se puso a la altura de Héctor—. Pero está un poco triste. ¿Crees que podrás ayudarle?

—Tengo unas gafas mágicas. Pero yo se las dejo a Óscar —dijo justo antes de sacarse las gafas tras las que todavía escondía sus ojos.

No supe muy bien qué parte de aquellas pocas palabras me emocionaron más, pero la grandeza del corazón de mi niño puso patas arriba toda la fortaleza que trataba de mantener a su lado. Me desarmó.

—Mamá siempre sabe cómo arreglar las cosas, ¿verdad? —le dijo Martín, ahora con una sonrisa mientras Héctor respondía con un gesto afirmativo de la cabeza—. Óscar está en el estudio, se alegrará de verte.

Se deshizo de mi mano y corrió hacia el centro del inmueble en busca de Óscar. Martín volvió a incorporarse y como siempre, su altura se impuso frente a mí con aquella magnitud que me encantaba.

—Si quieres... puedo ayudarte a preparar el té.

—Claro, pasa —dijo acompañando sus palabras con un ademán de la mano.

Dejé el abrigo sobre el respaldo del sofá y antes de seguir a Martín hacia la cocina, eché un vistazo rápido al estudio. Óscar tenía la mirada apagada y observaba a Héctor con una especie de deleite en los ojos. Su expresión era triste. Estaba sentado en el suelo, en el centro de la estancia, mientras Héctor, que había dejado el abrigo en el suelo a la entrada de la habitación, le colocaba las gafas con cuidado. Me llevé una mano al pecho y sentí el temblor de mi labio inferior mientras la comisura de mis ojos se humedecía una vez más. Había algo que estaba haciendo bien con Héctor y no podía sentirme más orgullosa del buen corazón que tenía mi pequeño príncipe.

Sin querer meterme en lo que estaban haciendo, pues creía fervientemente que aquella comunicación entre los dos era absolutamente necesaria, continué unos pasos más y me metí en la cocina con Martín, que ya tenía la tetera humeante sobre la vitrocerámica.

—Siento haber estado ausente, Jana. No tenía derecho a alejarte de esta manera. ¿Estás bien? Dime que estás bien, por favor. Me siento un ser despreciable ahora mismo...

Su mirada era distinta a la de siempre, se había opacado, como si una tela invisible pero irrompible, se interpusiera frente a ella.

—No pasa nada, estoy bien... —me afané a tranquilizarle. Había algo

en todo aquello que no me daba buena espina y por primera vez en mucho tiempo, discutir o echarle en cara su abandono no formaba parte de mis planes inmediatos—. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te ha sucedido a ti? Si puedo ayudarte en algo... sabes que lo haré. ¿Es por el proyecto?

Llevó la tetera hacia donde estaba yo y llenó con ellas un par de tazas antes de volver a dejarla en su sitio.

—Vayamos al salón... Es largo de explicar y creo que no tengo ni idea de por dónde empezar.

Le seguí hasta el salón y los dos, como por inercia, volvimos a echar un vistazo al estudio para confirmar que los niños seguían tranquilos. Héctor ahora estaba frente a Óscar y de algún modo, parecían mantener una especie de conversación silenciosa que ninguno de nosotros dos lograba entender. Nos sentamos en el sofá y dejamos las tazas, ahora ya con una bolsita de té en el interior, sobre la mesa que había frente a este.

—Verás... Hace días que me llamaron de la DGAIA para avisarme de que Olga había sido ingresada por una nueva sobredosis. —Se me encogió el pecho nada más escuchar aquellas palabras, al imaginar lo que obviamente venía después—. Recogieron a Óscar de aquel tugurio y me llamaron para que fuera a por él. Han pasado unos días y Olga todavía sigue en coma. Por eso no te he dicho nada... He estado absorbido con el cuidado de Óscar y tal vez no he sabido gestionar todo esto. Perdóname.

Su dolor me traspasaba, como finas agujas que se colaran por mi piel y navegaban a través de ella, punzando sin templanza cualquier recodo de mi cuerpo.

—No pasa nada, Martín. Supongo que ha debido de ser muy duro para ti.

—Sí, sí que pasa, Jana. Quiero demostrarte que puedo ser un buen padre y la he cagado frente al primer contratiempo. Lo siento, te juro que quiero aprender a gestionar todo esto y quiero demostrarte que puedo estar a la altura.

—¿A la altura de qué, Martín?

—A tu altura.

Le miré y sentí toda su tristeza clavándose en mi corazón con fuerza. Me vi tan reflejada que casi me asusté de mí misma, de la forma en la que los demás debían de verme a mí cada vez que cometía un error.

—Martín, te recuerdo que estás hablando conmigo. Soy experta en cometer errores. ¿Acaso lo has olvidado?

Tal vez aquel gesto le gustó o simplemente, el mero hecho de comprobar que no estaba enfadada con él le aliviara. Por un momento, me dio la sensación de estar sentada frente a un niño que esperaba una regañina.

—Oye, escúchame. —Me acerqué un poco más hacia él y puse mi mano sobre su antebrazo, captando su atención—. No voy a juzgarte por esto, ¡hace apenas unas semanas que me rescataste de un infierno del que no creía encontrar una escapatoria! Ahora, con el paso de los días, estoy entendiendo muchísimas cosas y cada día aprendo algo más. Ya no tengo pesadillas y cuando pienso en mi hermana soy capaz de aguantar el tipo. Héctor ha empezado a hablar y por primera vez siento que puedo ser una buena madre. ¿De veras crees que un hombre capaz de lograr todo esto, no está a mi altura?

Escondió la mirada y la perdió en el horizonte durante unos instantes. Aprovechamos ese instante para recapacitar los dos. Lo necesitábamos, nos hacía verdadera falta.

—Creo que deberías darte a ti mismo una tregua... Te exiges demasiado.

—Tú no lo entiendes —contradijo abatido.

—Pues explícamelo... Tal vez entre los dos encontremos una solución.

Martín suspiró notablemente y se recostó en el sofá. Su agotamiento era palpable. Se notaba que llevaba días sin comer bien y seguramente, sin dormir apenas. Parecía incluso más delgado, como si sus facciones se hubieran perfilado un poco más.

—Nunca he manejado tantas emociones porque nunca me he dejado llevar por ellas.

—Tal vez haya llegado el momento de hacerlo, ¿no crees?

—No lo sé. Tan solo sé que esto me supera, me descontrola, me anula la capacidad de razonar.

—Martín —continuó, de nuevo con voz melosa y mucho más tranquila de lo que tal vez imaginaba—, trabajas con niños... Las emociones deberían de ser algo habitual en tu vida.

—No es lo mismo, Jana. No tiene nada que ver.

—Ah, ¿no? ¿Crees que los niños no sienten o padecen?

—No, yo no he dicho eso. No tiene sentido.

—¿Entonces? —pregunté quisquillosa, pues intuía que necesitaba que le tirasen de la lengua para poder sacar todo lo que llevaba dentro y que le estaba dificultando todo aquel proceso de adaptación.

—Manejar emociones ajenas es mi especialidad, sobre todo las infantiles. He estudiado el tema y me he especializado en ello. El problema viene cuando tengo tanta presión en el pecho que me cuesta respirar mientras pienso en cómo narices hacerle ver a los juzgados que yo soy la persona más indicada para hacerse cargo de Óscar, mientras me debato mentalmente entre las ganas que tengo de meterme en la cama contigo y dormirme entre tus brazos. Me anulas. Me anulan todos y cada uno de los pensamientos que me asaltan a lo largo del día.

Escuchar aquellas palabras en parte me tranquilizó. Saber que me deseaba de aquel modo me calmaba, a pesar de que no quería convertirme en un motivo de congoja para él.

—Martín, no debes preocuparte por mí. Lo primero es lo primero. Óscar te necesita más que yo, y tal vez Olga también.

—Has cambiado tanto en apenas unas semanas... —comentó tras unos segundos de silencio.

—Pero, si apenas conociste a la Jana anterior... —añadí con una sonrisa, tratando de quitarle hierro al asunto.

—No era difícil hacerse una idea mental de tu carácter... y menos después de todos aquellos arrebatos.

—Las personas a veces pueden cambiar...

—Y tú lo estás haciendo para convertirte en una mujer increíble.

Me sonrojé tan deprisa que ni siquiera fui consciente de su sonrisa hasta que sentí aquel ardor tan placentero en mis mejillas.

—Todo necesita un tiempo... Y en ocasiones, es preciso tocar fondo para darte cuenta.

—¿Crees que tocaste fondo?

—Creo que necesitaba ser rescatada... Y ahora, creo que tú también lo necesitas.

—Ni siquiera sé qué es lo que necesito...

—Pues tendremos que averiguarlo.

Permanecimos unos instantes en silencio, cada uno perdido en sus propias cavilaciones. Me sentía confusa. Por una parte, verle de aquel modo me afectaba y anhelaba encontrar un modo de aplacar su pesar. Sin embargo, por otro lado, saber que se había dado cuenta del cambio que yo estaba experimentando me serenaba, pues pensar que era yo la única que lo sentía no me tranquilizaba demasiado. Yo también era consciente de que no era la misma persona desde aquel desmayo y nada tenía que ver con que ya no pensara en Sandra, puesto que eso no era verdad. Pensaba en ella cada día, pero ahora lo hacía de un modo distinto. Recordar su rostro apaciguaba mis temores y me ayudaba a pensar que todo saldría bien, pues sabía que de continuar a mi lado, estaría orgullosa de mí. Héctor parecía haberlo notado y conforme yo avanzaba, él también lo hacía, reconfigurando aquel pequeño mundo del que yo no había tenido el cuidado que requería. Escuchar su voz una vez más se había convertido en mi única obsesión, en el pensamiento con el que despertaba cada mañana. Y cada vez que me regalaba una de sus palabras, miles de emociones distintas me poseían al mismo tiempo. Y si a todo eso le sumaba la llegada del bebé... Todo adquiriría una nueva dimensión.

—Héctor parece otro... —dijo, cortando aquel silencio que habíamos mantenido. Su rostro mostraba una media sonrisa, distinta pero bonita, mientras escondía los ojos bajo sus manos, cruzadas con los dedos

entrelazados entre ellos y la cabeza recostada totalmente en el respaldo—. ¿Cómo ha afrontado el trayecto en coche?

—Como un campeón... —añadí esta vez con una nueva sonrisa—. Ojalá yo fuera tan valiente como él. Notaba la tensión en todo su cuerpo y sin embargo, ha aguantado y ha dado un gran paso al frente.

—Lo de las gafas ha sido una idea maravillosa. Estoy orgulloso de ti y de todo lo que estás consiguiendo.

—Gracias... —susurré—. ¿Sabes? Sigo sin comprender que todo esto pueda ser debido a un shock postraumático. Era tan pequeño...

—La verdad es que nunca me había enfrentado a nada parecido... A mí también me asombra. Pero Héctor es un niño increíble. Posee unas facultades muy desarrolladas y su capacidad de entender el entorno y las cosas que le rodean han tenido mucho que ver en ello. Como te dije, es posible que él no recuerde realmente lo que pasó y tan solo tenga un accidente grabado en la memoria. Los momentos en los que se descarga mucha adrenalina pueden conllevar cosas así y degenerar en fobias o bien en amnesias momentáneas. Pero haber descubierto el origen del problema está facilitando mucho las cosas. Ahora, tan solo es cuestión de darle tiempo y dedicarle mucha atención. Y para eso nos tiene a los dos.

—Martín, te debo muchas cosas en la vida. Más de las que posiblemente sea consciente. Así que, si me necesitas, cuenta conmigo. Tal vez siga equivocándome, pero te prometo que intentaré echarte una mano con todo lo que esté a mi alcance.

—Todavía no he ido a ver a Olga al hospital —dijo después de un extraño silencio.

Iba a contestar algo al respecto cuando me di cuenta de que no me salían las palabras. Traté de recapacitar sobre el motivo por el cual Martín no había querido ni siquiera visitar a aquella mujer, aunque la respuesta a esa pregunta se presentó ante mí de forma obvia. Tal vez si fuera yo misma la que hubiera estado en su lugar, tampoco lo hubiera hecho. Le entendía a la perfección, pero aquello no significaba que estuviera bien hecho. Martín necesitaba redimirse, en muchos sentidos. Y Olga era su cuenta pendiente desde hacía mucho tiempo.

—Tal vez deberías ir.

—No se lo merece.

—Pues no lo hagas por ella. Hazlo por ti y por Óscar. Sácate este peso de encima cuanto antes.

—¿Por qué debería de hacer tal cosa?

—Porque hasta que no lo hagas, no lograrás perdonarte a ti mismo.

—¿Perdonarme? He hecho todo lo que estaba en mis manos para ayudarla, no sé por qué debería perdonarme...

Su voz ahora sonaba recelosa, con el rastro de una incertidumbre que confirmaba mis sospechas.

—Necesitas perdonar todo el dolor que has sentido durante toda una vida en la que ni una sola explicación era capaz de paliar tus infantiles miedos. Miedos que, a día de hoy, todavía permanecen en ti. Hazlo, aprovecha ahora que no puede contestarte para decirle todo lo que necesitas. Créeme... —añadí antes de hacer una pausa significativa—, tal vez luego sea demasiado tarde.

Su silencio me mataba. Era consciente de estar tocando partes de su

pasado que no querían salir a la luz. Martín era fuerte, aunque su vida acabara de dar un giro de trescientos sesenta grados.

—¿Me acompañarías?

—Claro. Puedo quedarme fuera con Héctor y Óscar si lo necesitas.

—Puedo decirle a mis padres que vengan y se queden con Óscar, no quiero que sea una carga para ti.

—No lo es. Además, parece que con Héctor se entiende bien. Si su presencia sirve de alivio, yo no tengo ningún inconveniente en esperar con ellos.

—Gracias.

Sus brazos volvieron a rodearme como lo habían hecho un rato antes, pero no había en ellos la misma necesidad. Era un abrazo cálido, reconfortante, agradecido. De aquellos capaces de transmitir sinceridad y valor. Sentí sus labios a través de la piel de mi cuello, que se erizó al instante, hasta que se encontraron finalmente con los míos. Le devolví el beso con suavidad. Le había echado muchísimo de menos y en ese momento, me di cuenta de cuán diferente podían llegar a ser las cosas cuando evitabas un enfrentamiento directo. La Jana de antes hubiera entrado cuchillo en mano, pidiendo unas explicaciones que no hubiera estado dispuesta a asimilar de forma fácil. Sin embargo, tratar de entender qué había sucedido en primera instancia había resultado mucho más sencillo y me había reconfortado más de lo que hubiera imaginado. Me gustaba aquella nueva Jana. Me sentía a gusto con ella y con su forma de actuar.

CAPÍTULO 31

Llegamos al hospital después de comer. Habíamos comprado un pollo y preparamos patatas fritas para los cuatro. Fue una situación extraña... aunque en ningún momento me sentí incómoda. Resultaba curioso, tal vez. Durante aquellas escasas dos horas me di cuenta de que estaba comiendo con mi nueva familia. Seguían sin importarme las etiquetas. Héctor parecía extrañamente tranquilo y pasaba todo el rato pendiente de Óscar, que le contemplaba con una adoración que me maravillaba. El pequeño no pronunció ni una sola palabra en todo el rato pero no fue algo que me sorprendiera, pues estaba más que acostumbrada a los permanentes silencios de Héctor. Fue una conversación tranquila, aunque teñida de una inquietud de la que los niños no tenían que ser conocedores.

Decidimos que lo mejor sería que yo me quedara con los dos en el parque, pues no quería que ninguno se viera envuelto en un ambiente hospitalario si no era estrictamente necesario. Además, Martín necesitaba aquel espacio para él. Aprovecharía los pasos que le separaban de la entrada a aquellos pasillos para poner en orden todos los pensamientos que necesitaba esclarecer y encontrar seguramente las palabras que quería decirle a Olga.

Los niños fueron directos hacia un balancín de tamaño reducido al que podían subir sin problema. Héctor ayudó a Óscar a subir, pues parecía no entender el funcionamiento del mismo, como si nunca le hubieran llevado a un parque; luego, tomó asiento en el otro extremo. Sus rostros se iluminaron,

sobre todo el de Óscar, que vivió el primer balanceo como algo totalmente novedoso. Me emocioné sin poder evitarlo tras aquella visión. Saqué el teléfono móvil e hice un par de fotos a los niños para luego poder enseñárselas a Martín.

Mientras ellos continuaban jugando con una especie de complicidad que a mí todavía me sorprendía, un retortijón nervioso se adueñó de mis entrañas al pensar en lo que aquello realmente podía significar. Martín llevaba tiempo luchando por la tutela de Óscar y si finalmente le pasaba algo a Olga, tal vez acabara obteniéndola por derecho. Si eso sucedía, significaba que su vida cambiaría totalmente pues, además de Héctor y el bebé, Óscar también formaría parte de su vida. Y por tanto, de la mía también.

Sentí que me temblaban las manos y que mi respiración se agitaba. Tres niños. Tres niños de los cuales, dos de ellos necesitaban toda nuestra ayuda y atención. ¿Cómo había podido cambiar tanto mi vida en apenas unos meses? ¿Cómo iba a poder asumir todos esos cambios?

Hundí la cabeza entre mis manos y recapacité durante unos segundos mientras luchaba por recuperar la serenidad que necesitaba. Tres niños. Por el amor de Dios, ¡tenía veinticinco años y estaba a punto de hacerme responsable de tres niños! Cerré los ojos y busqué alguna imagen en mi memoria con la que tranquilizarme, hasta que di con ella. Recordé a Sandra una vez más el día que supo que estaba embarazada y el pavor que sintió ante el descubrimiento. Reímos y lloramos juntas mientras era yo la que le decía que podría con aquello, que podría hacerlo porque era la mujer más preparada del mundo para ser madre. Sandra no me creyó, sin embargo, fui consciente de que su cuerpo aminoraba la tensión y su sonrisa era totalmente distinta. No me creyó, pero confió en mis palabras.

Una nueva imagen pasó ahora por mi mente. De nuevo estaba ella,

con Héctor en brazos. Era tan pequeñito que parecía que pudiera romperse con solo mirarlo. Estábamos las dos solas en el hospital, en uno de aquellos momentos que el ajetreo del nacimiento de un bebé podía ofrecerte. Sandra me miró y volvió a bajar la vista hacia Héctor. Sonrió con una magia tan deslumbrante que casi sentí envidia de no ser yo la que recibiera aquel gesto.

—Sabes, tenías razón. Puedo hacerlo. No hay nada en el mundo que pueda detenerme y algún día, tú también sentirás lo mismo. Y cuando llegue ese momento, te convertirás en la mejor madre que un niño pueda necesitar. Por ahora —añadió con una pequeña pausa mientras con el dedo índice acariciaba la mejilla de Héctor, rosada y apetecible—, puedes practicar con Héctor. Serás la mejor tía del mundo.

Alcé la cabeza y sentí que me escocían los ojos. Me sobresalté al encontrar frente a mí a aquellos dos mochuelos que me había llevado al parque. Estaban inmóviles justo delante de donde yo estaba sentada, cogidos de la mano, observándome con atención. Para mi sorpresa, Óscar se sacó las gafas de aviador de las que no se había desprendido en toda la mañana desde que Héctor se las había colocado y miró al otro, como si estuviera pidiéndole permiso. Héctor cogió la mano de Óscar y la acompañó hacia mí. Me entregaban sus gafas mágicas, aquellas que tenían poderes para curar cualquier temor.

Miles de burbujas explotaron en mi cuerpo mientras hacía esfuerzos titánicos para mantener el temple ante aquel gesto. Sonreí a los dos niños y les revolví el pelo. Era la primera vez que dedicaba un gesto íntimo a Óscar, pero no lo pensé. Simplemente salió y él lo recibió con agrado. Le miré detenidamente. Era la viva imagen de Martín, pero en tamaño reducido. Para su edad —tenía un año más que Héctor— era muy pequeñito y mostraba evidentes carencias de alimentación, nutrición y educación. Se cansaba

mucho más rápido de lo que correspondería, apenas sabía hablar y mucho menos, gestionar emociones. Pero su mirada era sincera y no había ni rastro de maldad en ella. Tan solo dolor. Tan evidente, que incluso asustaba de verlo.

Algo despertó en mí en ese momento. O tal vez lo hubiera hecho unas semanas atrás. Ya no sabría decirlo. Pero me sentía de algún modo responsable de aquellas dos pequeñas personitas que esperaban tanto de nosotros. Era evidente que entre ellos habían establecido algún vínculo que yo no podía ver, se entendían. Y ver que Héctor reaccionaba tan abiertamente en presencia de Óscar hacía que me sintiera feliz. Quizá fuera egoísta pensarlo, pero si Héctor necesitaba a Óscar para avanzar, haría lo posible para que estuviera con él. Desde que Martín se lo había llevado, Héctor había empezado a traspasar muros que él solo había erigido. Cierto era que todavía no se había atrevido a hablar delante de alguien que no fuéramos nosotros dos, pero eso ya era un gran avance en su vida. El proyecto de Martín funcionaba, era obvio, y tanto Héctor como Óscar eran la muestra de ello.

Ambos habían sufrido durante sus primeros años los estragos de una orfandad sobrevenida. Héctor por culpa de un accidente y Óscar, por una madre que ni siquiera le cambiaba los pañales. En ambos casos, Martín había actuado e interferido y desde que lo hizo, sus pequeños mundos adquirieron otra dimensión. Comprender de algún modo su situación les estaba ayudando, aunque fuera de forma camuflada en un cuento. Gracias a ello, habían descubierto que no eran los únicos niños que habían sufrido algo así porque los protagonistas de sus cuentos favoritos, de los que desconocían que en realidad eran ellos, también habían sufrido. Pero siempre se convertían en héroes después y eso les ayudaba a continuar soñando. No se podía robar los sueños a un niño. Nadie tenía derecho a hacerlo.

Volví a centrar la vista en ellos. No les había quitado el ojo de encima, pero mi mente estaba en otro lugar. ¿Formaba aquello parte de mi sueño? No tenía una respuesta para aquella pregunta pero volví a centrarme en la sonrisa de los dos. Hacía mucho tiempo que no veía a Héctor tan radiante. Conseguía hacerle reír en muchas ocasiones, pero ahora era distinto. Parecía feliz. Por primera vez en muchos meses Héctor estaba feliz.

Si aquella situación era mi sueño o no, dejó de ser relevante en ese preciso instante. Tan solo quería volver a ver esa sonrisa, quería que me la enseñara cada día de mi vida. Y tal vez, Óscar también lo necesitara.

CAPÍTULO 32

Cuando Martín llegó a la puerta que le habían indicado en la recepción, sintió que todo él se retorció convulso y su esófago parecía untarse de un agrio sabor. Se miró la mano que llevó a la maneta y comprobó que el temblor de la misma era tan real como efectivo. La zarandó y luego se la pasó por el pelo en un gesto nervioso. No tenía ni idea de lo que tenía que decirle a aquella mujer, ni siquiera sabía si quería decirle algo, de hecho.

Al final, para evitar que las enfermeras que recorrían arriba y abajo el pasillo repararan en su presencia, abrió la puerta y entró.

La habitación mantenía cierta penumbra, a pesar de todos aquellos fluorescentes que había alrededor de la cama. O tal vez únicamente fuera una sensación suya. Entró, cerró la puerta a sus espaldas y permaneció inmóvil en aquel punto de la estancia. Olía a hospital, a todas aquellas cosas que a nadie podían traerle buenos recuerdos.

Olga yacía en la cama tumbada. De su cuerpo salían cientos de tubos, de sus brazos, de la boca, de la nariz... El pitido repetitivo de la máquina que había al lado indicaba que todavía se mantenía con vida, a pesar de que siguiera inconsciente. Maldijo mentalmente la capacidad que tenía el ser humano para autodestruirse de aquel modo. Olga había tenido posibilidad y aun así, se había lanzado de lleno a las drogas, consumiendo todo lo que caía en sus manos sin control ni piedad.

Su imagen era cadavérica. Apenas tenía masa muscular, como si sus huesos únicamente estuvieran recubiertos por una finísima capa de piel, cetrina y amarillenta.

—¿Qué te has hecho? —susurró, todavía desde la puerta.

Nadie contestó. Sus palabras resonaban en la habitación, recordándole que estaba igual de solo como lo había estado siempre.

Se sacó la americana y la dejó sobre el respaldo del sillón que había al lado de la cama, donde segundos después se sentó. Sentía calor por todo su cuerpo, como si aquella situación le viniera realmente grande. Se desabrochó los botones de la muñeca y con parsimonia, fue doblando la manga hacia arriba, dejando los antebrazos al descubierto. Apoyó los codos sobre sus muslos y hundió la cabeza entre sus manos, mientras sus dedos se enterraban entre su pelo. Aquello era demasiado.

Alzó la cabeza de nuevo y volvió a echar un vistazo a la estancia. No había ni rastro de la presencia de alguien. Nadie había pasado durante días por aquella habitación. Ni una nota, ni una caja de bombones, ni una miserable flor marchitada. Olga estaba sola en el mundo, algo que no deseaba para nadie, pues siempre había creído que aquella era la peor de las desdidas que podían existir. La soledad.

Llevó los ojos hacia el rostro de Olga. Le parecía increíble que aquella mujer le hubiera dado la vida. A lo largo de los últimos meses se había preguntado en tantas ocasiones cómo era posible que alguien tirase su vida por la borda de esa manera que ahora ya ni siquiera se lo planteaba. Ahí estaba el resultado, aquel que de un momento a otro, tenía que llegar.

—Con el tiempo, llegué a entender que no me amaras. Tal vez no fui el hijo que deseabas y tan solo llegué para estropearte la vida... Sin embargo,

entendí mucho menos lo de Óscar. Ya tenías una edad. Si te hubieras dedicado a darle el cariño que se merece, te hubieras dado cuenta de lo maravilloso que es ese niño. No te lo mereces. No te mereces ni una de sus lágrimas. Las mías se secaron hace tiempo y te perdono cada una de ellas. Pero las tuyas no. Es demasiado pequeño y le has dejado solo ante la vida, indefenso y asustado.

»No sé si despertarás o no, eso es algo que ya no me pregunto. Hoy he venido porque una mujer a la que tengo infinito respeto me ha ayudado a abrir los ojos. ¿Sabes? Ella también está embarazada y hasta hace poco, creía que estaba sola. Pero al igual que hubiera hecho contigo, voy a volcarme en ella y en mi hijo, y lo haré con todas mis fuerzas. Porque detesto a las personas que pasan por la vida sin prestar atención a la huella que dejan en el mundo. No quiero ser como tú y no quiero que ni ella ni el bebé se sientan desprotegidos en algún momento de sus vidas. Y en cuanto a Óscar... Te juro por lo que más quiero en este mundo que no volverá a sufrir ninguna de tus torturas. Le daré una casa, una educación y sobre todo, le daré todo el cariño que necesita. Voy a devolverle la sonrisa que tú te encargaste de borrar.

Se secó las lágrimas que caían por sus mejillas con los dedos, mientras el reloj de su muñeca indicaba que llevaba más de media hora en la sala. No había sido consciente de cuánto había necesitado aquello. Eran tantos los sentimientos acumulados que poder desahogarse sin gritos de por medio había supuesto una verdadera liberación. Se puso en pie y la contempló de nuevo. Estaba demacrada. Se acercó un paso más y fue alzando la mano temblorosa hasta ella. Dudó durante algunos instantes, indeciso y temeroso. Entonces, su dedo entró en contacto con la mano de Olga; fue una caricia fugaz y casi imperceptible. Sin embargo, su intensidad demolió todos sus cimientos. Su piel se erizó al instante y un gélido escalofrío serpenteó en su columna.

Dio media vuelta, cogió la americana que había colgado un rato atrás sobre el respaldo, la colocó con cuidado sobre su antebrazo y se encaminó hacia la puerta donde una vez más, se detuvo.

Inspiró con fuerza mientras se aferraba al poco aire que sus pulmones le permitían recoger, era como si todo a su alrededor pretendiera acabar con él. Expiró con fuerza, contó mentalmente hasta donde pudo y finalmente, fue su corazón el que explotó.

—Gracias... —dijo con cierto temblor en el labio inferior—. Gracias por permitir que me convierta en el hombre que hoy soy y por hacerme ver lo importante que es el amor y sobre todo, la familia. Gracias a ti y a tu desidia por tu propia vida y la de tus dos hijos, he podido descubrir que amar no es una expresión escrita, ni tampoco una palabra vacía de contenido. Y eso es lo que yo quiero enseñarle a mi familia... y se lo demostraré cada día de mi vida. Espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse, Olga, así que vayas donde vayas, encuentra la felicidad que tanto necesitas. Yo me encargaré de la de mi familia —añadió justo antes de un último y quebradizo silencio—. Adiós, Olga.

No le concedió ni un minuto más. Abrió la puerta sintiendo que el pecho iba a estallarle y salió al pasillo, donde la luz blanca, las pisadas apresuradas y la vida real le recibieron de nuevo.

CAPÍTULO 33

Sentí su presencia incluso antes de verle aparecer. Sabía que estaba a mis espaldas, podía intuir algún tipo de fuerza proveniente de su cuerpo. Giré la cabeza y al descubrirle, esboqué una media sonrisa teñida de preocupación.

—¿Estás bien? —pregunte una vez se hubo sentado a mi lado.

—Supongo...

Nos quedamos en silencio con la mirada perdida en los dos niños. Continuaban sentados en el balancín, jugando juntos con aquella expresión de serenidad e inocencia tan envidiable.

—Es maravillosa la capacidad que tienen los niños de convertirse en pequeñas aves Fénix para renacer de sus propias cenizas... ¿verdad?

Le miré con la duda reflejada en el rostro. Martín tenía cosas como aquellas, reflexiones que invitaban a pensar la magnitud de todos aquellos pensamientos que tal vez pasaban por su cabeza.

—Ojalá no se vieran obligados a tener que hacerlo.

—No siempre estará en nuestras manos poder evitarlo... Aunque sí podemos ayudarles a encontrar un camino más fácil.

Como sucedía muchas veces, volvimos a quedarnos en silencio. Era reconfortante estar a su lado, aunque su sola presencia me agitara por dentro de tantas maneras posibles. Sin esperarlo, sentí su mano buscando la mía. No

quise mirar abajo, tan solo me dediqué a sentir lo que su tacto quisiera proporcionarle a mis sentidos. Sentí la áspera suavidad de su mano sobre la mía, mientras sus dedos buscaban la forma de enredarse con los míos. No estaba cálida, sino que su tacto era frío y temeroso. Con la otra mano, envolví entonces la suya, tratando de proporcionarle el poco calor que la baja temperatura de la calle me hubiera permitido mantener.

—Jana, quiero hacerlo bien. No quiero convertirme en una persona como Olga y echarlo todo por la borda... Pero no sé si podré lograrlo. Por Óscar, por ti, por todo...

—Martín. No conozco a esa mujer pero no tienes nada que ver con ella. Tus padres te han educado bien y eres un hombre increíble. Óscar estará bien atendido y algún día, seguirá tu ejemplo. Y el bebé... tendrá un padre y una madre que cuidarán de él durante toda su vida.

—¿Y nosotros?

Sentí aquella pregunta de forma extraña en mi pecho. Fue como si mis oídos no la hubieran escuchado y solo hubiera sido captada por el lugar en el que cohabitaban mis emociones. ¿Había un nosotros? Fruncí los labios y cogí aire con fuerza. Continuaba sin conocer a aquel hombre aunque sentía que sin él a mi lado, todo carecía de sentido. Pero no era tan fácil, había dos niños pequeños a nuestro cargo y uno más en camino. Miré a Héctor. Sus ojos sonreían risueños. Óscar le contemplaba encandilado, como si hubiera descubierto su maestro. Le imitaba en todos sus movimientos y le seguía a escasos pasos de distancia. Estábamos jugando a un juego demasiado peligroso.

Era consciente de que Martín esperaba una respuesta por mi parte, pero mi nueva yo se sentía serena. Quería hacer las cosas bien y dejar de vivir

a base de repentinos designios. Por mí, por Héctor, por mi familia. Pensé en Sandra y la imaginé desternillándose de risa ante mi inesperada —y tan poco propia de mí— forma de vida. ¿Sería eso lo que llamaban madurez?

—¿Y si dejamos que ese “nosotros” se defina por sí mismo?

Me contempló de reojo antes de volver a dirigir la mirada hacia los niños. Continuaba con su mano entre las mías. Sin embargo, con delicadeza la apartó y con una especie de timidez adorable, la llevó hacia mi barriga y la acarició con la punta de los dedos, después de colarla entre el hueco del abrigo.

—¿Sabes? Me llamaste la atención desde el primer segundo que te vi... y eso que iba tan borracho que ni siquiera recuerdo la mayoría de la noche. Me pasé días despertando con tus ojos clavados en mi retina, tu sonrisa y tu voz. Todo tu desparpajo me atrajo como un caramelo a un niño. Te conocí y me volviste loco... Literalmente. —Sonreí ante aquel comentario sin poder evitarlo—. Siento mucho que cayeras al fondo de aquel pozo al que te habías abocado con desesperación, y siento mucho haber contribuido de algún modo a ello... Pero desde que pasó aquello... siento que te has convertido en una mujer tan increíble que lo único que deseo es regalarte cada segundo de mi existencia, para que jamás vuelvas a sentirte sola y sigas compartiendo miles de experiencias a mi lado. Quiero ser el hombro en el que te apoyas y el origen de tu sonrisa. Quiero que nos ayudemos en todo esto y que de algún modo, aprendamos a ser padres juntos.

—Martín, yo... —comencé.

—Sin prisas, Jana. Quiero hacerlo sin prisas. Sé que da vértigo y soy consciente de ello... No creas que yo no lo siento también. Solo necesitaba que lo supieras. Ahora la prioridad son ellos —dijo, señalando a los niños con

un ademán de la mano—, pero no quiero que nos olvidemos de nosotros.

Nuestros ojos se encontraron y todo desapareció a nuestro alrededor como por arte de magia. Sentía el destello de su mirada y el brillo en la mía. Quería besarle. Necesitaba sentir sus labios, su naturaleza templada en los míos. Pero no era el lugar, ni tampoco el momento. Héctor y Óscar necesitaban un proceso y debían de asimilar las cosas a su debido tiempo. Como si Martín me hubiera leído el pensamiento, se acercó hasta mí y me envolvió entre sus brazos. Nos fundimos en un abrazo cálido, mientras todo su aroma se impregnaba en mi ropa, en mi mente, en mi recuerdo. Cerré los ojos mientras le recordaba vagamente como el protagonista de alguno de mis sueños. Tal vez no pudiera reconocer su rostro, pero aquella fragancia jamás podría olvidarla. Era mi refugio particular y así lo sería para siempre. Estuviera o no a mí lado. Aquella era una de las cosas más maravillosas de la mente humana. Podías llegar a olvidar momentos, rostros e incluso, anécdotas; pero había olores que jamás pasarían al olvido, recordándote una y otra vez que en algún momento de tu vida, aquel aroma lo fue todo para ti.

—Creo que es la primera vez que quiero hacer las cosas sin precipitarme... —dije al fin, con una media sonrisa contenida.

—Y yo creo que es la primera vez que temo el significado de mis propias palabras.

Recordé entonces cierta conversación que tuvimos no hacía muchos días y sonreí. Sonreí porque en realidad ya no me quedaban más opciones que aceptar mi destino de aquella manera. Era sonreír o hundirme... y ya había estado en el fondo del pozo durante demasiado tiempo. Necesitaba recuperarme y sentía que a su lado podía hacerlo. Tal vez continuáramos viviendo separados y tal vez las cosas avanzaran a un ritmo mucho más lento del que quizá nos gustaría, pero sentía que si lo hacíamos juntos, nada nos

detendría. Héctor era un claro reflejo de lo que la influencia de Martín era capaz de hacer y Óscar, a pesar de su propio infierno, era capaz de sonreír.

La vida, a veces tenía escondidos duros e inesperados golpes, capaces de hacerte tambalear y de hundirte para siempre. Otras, en cambio, ponía frente a ti la oportunidad de dejarlo todo atrás y resurgir de tu propio averno.

Puse la mano entre los dos y todavía enfundado en el guante, levanté el dedo meñique sin poder borrar una sonrisa de mis labios.

—¿Lo hacemos juntos?

Me contempló con la misma dulzura con la que observaría un algodón de azúcar una noche de verano en fiestas populares.

—Todo —concluyó al fin, entrelazando su dedo meñique con el mío, sellando aquella promesa para siempre.

Pasamos el resto del día en casa de Martín. A pesar de que los dos tratamos de disimular, se notaba en el ambiente un aura de tensión. A media tarde decidimos ver una película de dibujos animados con los niños, pues tal vez aquella era la forma más disimulada de permanecer en silencio mientras cada uno se permitía divagar en su particular mundo al mismo tiempo que los niños se distraían. Martín les tendió una colección de películas infantiles que sacó de su despacho para que ellos escogieran mientras nosotros nos dirigimos a la cocina para preparar palomitas para todos. Abrí el armario en el que me indicó que estaban los cuencos cuando su presencia me sobresaltó. Sentí primero el aliento de un suspiro, justo antes de notar el roce de sus labios sobre mi clavícula. Con una mano y mucha suavidad, me apartó el pelo

de esa parte de mi cuerpo y continuó besándome con una pasión sobrevenida que me cortó incluso la respiración. Su mano fue deslizándose por el lateral de mi busto hasta posarse en mi vientre, por debajo de la ropa, para reunirse con la otra en ese mismo punto. Me giré lentamente, rodeada entre sus brazos, hasta quedarme frente a él en una cercanía tan embriagadora como demencial.

No me dio tiempo a decir nada al respecto. Sus labios se enterraron entre los míos, buscándolos con delirio. Respondí a su beso del mismo modo, con el mismo fulgor y pasión. Su mano se posó en mi nuca y sentí la presión de sus dedos que impedían que pudiera haberme separado de él si lo hubiera deseado. Le rodeé con mis brazos por la cintura y llevé las manos hacia su espalda, ahora únicamente cubierta por una camisa azul cielo con sus iniciales bordadas en el bolsillo izquierdo que quedaba a la altura de su pecho. Con su otra mano resiguió el contorno de mi cuerpo y creí que estallaría en miles de pedacitos de un momento a otro. Tal vez fuera porque mis hormonas estaban más alteradas de la cuenta pero sentía cada uno de sus roces como si el mismísimo leviatán jugara en mi piel.

—No juegues con fuego, Martín. Te lo suplico. Esta cosa que llevo dentro y yo no estamos en condiciones de ser lo que se dice precisamente pacientes.

Rio ante mi comentario y respondí del mismo modo. De alguna forma, la antigua Jana que todavía aguardaba en mí a veces hacía acto de presencia para regalarme momentos como ese.

—Siempre me ha gustado contemplar el fuego... ardiente, encendido y muy vivo.

—Tú sigue así y te quemarás... —sentenció con más lujuria que voz.

—No habrá entonces una cicatriz más hermosa en mi piel.

Joder. Joder con Martín y su maldita habilidad con las palabras.

—Mami, esta.

Sentí aquella vocecita y poco faltó para que me atragantara sin necesidad de haber ingerido nada. Martín se separó de mi cuerpo y se rascó el mentón, en un gesto nervioso que ya empezaba a reconocer. Se me escapó la risa y sentí que mi rostro se tornaba de un rojo rubicundo nada atractivo y muy difícil de disimular.

—C...Cariño —empecé, sintiendo grandes dificultades para hilar las palabras de forma seguida—, estáis aquí —añadí haciendo un gesto con la mano a Martín con el que se intuía un claro “¿*en qué estábamos pensando?*”—. A ver, dejadme ver cuál habéis escogido.

Me acerqué a ellos mientras sentía que Martín aguantaba la risa a mis espaldas por culpa de mi azoramiento. Estaba apoyado en el mármol, con los brazos cruzados y una mirada divertida en el rostro. Héctor me tendía la película y Óscar aguardaba escondido tras él, con el dedo índice en la boca, asido a la parte trasera de la camiseta de Héctor.

—Bambi... —dije sin apenas poder creerme que hubieran hecho precisamente aquella elección. Lancé una mirada disimulada e interrogante hacia atrás y busqué una respuesta en los ojos de Martín, que me respondió acompañando sus palabras con un gesto de los hombros.

—Te dije que los cuentos eran la mayor fuente de comprensión del mundo para los niños.

Sus palabras calaron en mí y sentí que perdía el equilibrio por un momento. ¿Cómo era posible? Héctor conocía a la perfección la mayoría de

películas de Disney gracias a mí, pues aprovechaba cualquier momento para ponerle alguna. Pero que hubiera escogido precisamente aquella de entre todas... Había visto que Martín tenía *Toy Story*, una de sus favoritas... ¿Por qué Bambi?

—Cariño, ¿no preferís una más divertida? —indagué, agachándome para ponerme a su altura.

—Óscar dice que se han llevado a su mamá. Bambi no tiene mamá pero es feliz.

Me llevé una mano hacia el rostro para tapar con ella el temblor de mi labio inferior. Martín se dio cuenta perfectamente de mi estado y se acercó veloz para salvar la situación antes de que me derrumbara frente a ellos.

Se agachó a su lado y quedó frente a los niños, con aquella expresión tan suya y que a mí me desarmaba. Esta vez fui yo la que se puso en pie y se alejó un poco para dejarle a él asumir el mando de la situación mientras yo trataba de mantener el tipo frente a los críos.

—Me parece una elección fantástica, Héctor. ¿Qué crees que podemos enseñarle a Óscar con este cuento?

No podía creer que le estuviera haciendo reflexionar de una forma tan abierta. Pero Héctor no pareció extrañado, como si aquello fuera algo habitual entre los dos.

—Que él también será feliz aunque no esté su mamá.

Por favor, ¿cómo no podía haberme dado cuenta de lo increíble que era mi niño durante todo este tiempo?

—Muy bien, Héctor. Estoy muy orgulloso de ti —continuó Martín sin perder aquella expresión de serenidad—. Óscar necesita ayuda y tú eres un

niño muy valiente. ¿Le ayudarás?

Héctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sentirse responsable de alguien le gustaba, daba la sensación de que hubiera crecido de golpe mientras yo temblaba de arriba abajo, apabullada e inmovilizada por completo.

—Óscar —dijo ahora en dirección a su hermano, que continuaba escondido tras Héctor—, ven. —El niño obedeció con la mirada en el suelo, sin soltar la mano con la que seguía agarrado a la camiseta de Héctor—. Quiero que sepas que no estás solo. Héctor ha escogido una película para ti que cree que te gustará. ¿Quieres verla?

Para sorpresa de todos, Óscar soltó la camiseta de Héctor para abrazarse ahora a su brazo. Observar aquel niño tan pequeño e indefenso no dejaba indiferente. Sus ojos eran la viva expresión de la desolación y la incertidumbre, como si no entendiera nada de lo que sucedía pero necesitara aferrarse a algo con todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Óscar estaba muy delgado. Además, para ser un año mayor que Héctor, seguramente debido a grandes carencias nutricionales, su crecimiento se había visto duramente afectado. Era muy menudo y tenía grandes dificultades para afrontar el día con fuerzas.

—Podemos verla todos juntos. ¿Te parece buena idea?

Óscar escondió la cabeza detrás de Héctor una vez más. Se sentía abrumado, le estábamos pidiendo demasiado. Nos dimos cuenta de ello, pero no podíamos dejarle solo. Aquel niño estaba acostumbrado a la soledad, a que nadie se fijara en él, ni le limpiaran la cara cuando estaba manchado. Ahora, tenía toda nuestra atención y aquello le venía grande. Sin embargo, para nuestra sorpresa, una vez más fue Héctor el que cogió las riendas de la

situación.

—Vamos a ver la película —afirmó sin más.

Dio media vuelta e inició el paso de nuevo hacia el salón. Óscar le seguía a escasos centímetros de distancia con paso torpes, tropezando con sus propios pies en numerosas ocasiones, todavía agarrado a su camiseta. Con paciencia, le ayudó a sentarse sobre la alfombra del sofá e hizo lo mismo a su lado.

No me di cuenta de que las lágrimas brotaban de mis ojos en un silencioso descenso. Tal vez algún día me acostumbrara a todas las maravillosas cosas que Héctor tendría preparadas pero, por ahora, todavía era demasiado pronto para pedirme tanto.

—Siéntate, desahógate tranquila —dijo Martín antes de acercarme un vaso de agua.

—Me parece tan increíble que pasen estas cosas...

Sabía que las hormonas se habían ocupado de enaltecer mi estado y poner mis sentimientos a flor de piel. Pero no podía evitarlo. Me sequé las lágrimas con una servilleta que cogí de la mesa y traté de recomponerme.

—Son demasiadas cosas a la vez, Martín.

—Lo sé, no te culpo por ello. Es normal que estés así, de hecho, es bueno que lo dejes salir... Llevas demasiado tiempo conteniendo y manteniendo a raya tus propios pensamientos.

¿Qué me pasaba? Últimamente tenía la sensación de tener la lágrima muy fácil.

—A veces me abruma imaginar lo que tal vez pueda recordar de aquel

día... y también ver lo rápido que es asimilando las cosas. ¿Y si no estoy a su altura?

—Lo que recuerda... no creo que llegemos a averiguarlo jamás. Los efectos de un shock postraumático son a veces tan complejos que resultan muy difíciles de diagnosticar, y todavía mucho más complicados de tratar. Que Héctor es un niño con Altas Capacidades cada vez me parece más obvio, pero tendremos que esperar todavía un tiempo para poder determinarlo de forma fehaciente. Pero no debes fustigarte, está dando pasos agigantados en las últimas semanas. ¿No te sientes feliz por ello?

—Sí, claro que me siento feliz. Escuchar su voz ha cambiado mi vida, literalmente —sentencié. Desde mi posición, incliné un poco el cuerpo para poder ver a través de la puerta. Los niños continuaban sentados en la alfombra del salón, esperando pacientes nuestra llegada con las palomitas, que todavía no habíamos preparado—. La primera vez que me llamó mamá, creí que iba a morir. Tú lo sabes. Pero, mientras caía en aquella oscuridad, miles de pensamientos inundaban mi mente. Tenía que cambiar, el mayor problema era yo. Él me demostró lo fuerte que era y yo, en cambio, cedí ante la tristeza que envolvía mi vida. Desde ese instante, siento que soy una mujer completamente distinta y a cada paso de Héctor, yo también avanzo. Pero a veces, su velocidad me abruma. Y ahora, también está Óscar, y el bebé... y nosotros. Oh, Dios mío, ¿cómo lo vamos a hacer?!

—Eh... Tranquilízate, Jana. Todo saldrá bien...

—Y para colmo —seguí, cortándole sin miramientos—. Ahora tenemos que ver Bambi... Y yo no quiero ver Bambi. Es muy triste, ¿sabes? Se muere su madre, Martín... Cuando es solo un bebé.

Sollozaba sin remedio hasta que me di cuenta de la sonrisa que

mostraban sus labios. Se reía de mí. En la cara. Aquello era lo que me faltaba.

—¿Te hace gracia? —salté, haciendo acopio de mi dignidad, con los ojos enrojecidos.

Sonrió una vez más y me dio un beso en la frente, antes de dirigirse hacia el microondas y meter una bolsa de palomitas en el interior.

—La has visto mil veces, sabes cómo termina.

—No quiero ver Bambi, Martín. No aguantaré sin llorar. ¿Es que no ves cómo estoy? —dije señalándome, por si no fuera lo suficientemente evidente mi estado.

—Los niños tienen que experimentar emociones desde pequeños y deben saber que los sentimientos son naturales y que forman parte de la vida. Los cuentos son la herramienta más preciada que tenemos nosotros para mostrarles el camino. Algunos se leen, otros se miran. Pero quitarles eso sería ponernos nosotros mismos impedimentos para avanzar. Que te vean emocionada no es malo, al contrario. Eso les ayuda a afrontarlo con naturalidad y a entender que la vida, a veces te da sonrisas y a veces, te roba unas lágrimas.

—Martín... Bambi.

Regresó hasta mí, ahora con un par de cuencos llenos de palomitas hasta arriba. Me puso uno justo enfrente y me tentó con una sonrisa. Había conseguido que mis lágrimas cesaran, pero me resistía a regalarle una nueva sonrisa.

—Si lloras, prometo abrazarte y ser tu pañuelo hasta que me obligues a apartarme de ti...

¿O tal vez sí que quería?

CAPÍTULO 34

Soporté Bambi con más aplomo y entereza de la que hubiera creído posible. En ningún momento me separé de los brazos de Martín, eso sí, pero tal vez fuera más por deseo que por necesidad. La película terminó y ya había oscurecido, por lo que decidimos quedarnos en su casa. Los niños se encerraron en el despacho de Martín donde les dejamos a su alcance un juego de piezas gigantes con el que podían montar construcciones. Tenían cuentos con dibujos —de aquellos que apenas tenían una o dos frases por página— y también algún juego como el *Tozudo*, con el que descubrimos que ambos se morían de risa sacando piezas del burro antes de que este saltara, lanzando todo por los aires.

Les dejamos a solas al fin y nos sentamos de nuevo en el sofá. Cada minuto que pasaba a su lado era valioso, pues aprovechábamos cada instante para conocer un poco más de la persona que teníamos delante. Nos dejábamos llevar por las emociones, aquello era inevitable, pues nuestras manos buscaban una caricia furtiva en la penumbra de aquella habitación, que ahora acogía los primeros recuerdos de lo que tal vez llegaría a convertirse en la gran historia de nuestra vida.

Tuvimos la tentación de abrir una botella de vino pero al recordar que en mi estado no era muy recomendable, nos decantamos por una taza de té caliente, sin teína, claro.

Como si no fuéramos conscientes de que el mundo real existía

también, mucho más cerca de lo que recordábamos tal vez, el teléfono de Martín nos sobresaltó. Miró la pantalla distraído y no se inmutó al ver en ella un número desconocido.

—¿Sí? —contestó de forma escueta.

Le contemplaba con cierta curiosidad, como si pretendiera ser testigo de todas las expresiones de su rostro. Fue de aquel modo como averigüé que algo no iba bien. Sus ojos habían perdido la luz y sus labios se mantenían apretados, cada vez con más fuerza. Me erguí de inmediato sin poder evitarlo. Apenas hablaba. No fueron más de un par de minutos, pero bastaron para acabar de algún modo con una parte de Martín.

—¿Todo bien? —me atreví a preguntar al fin.

—Olga...

No hizo falta que dijera nada más, entendí a la perfección el silencio de sus palabras.

—Lo siento.

Hizo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza, antes de enterrarla entre sus manos. No sabía qué debía hacer para ayudarle, ni cuál era el mejor papel que debía interpretar en un momento como ese. Todavía no había logrado averiguar qué clase de sentimientos albergaba respecto de su madre biológica, pero aceptar una muerte repentina no era fácil para nadie. Su silencio me hacía sufrir, pero no quería adelantarme a los acontecimientos. Si necesitaba mis palabras, las tendría; si necesitaba mi silencio, se lo ofrecería.

—¿Cómo narices se lo explico a Óscar?

Tragué y pensé en su pregunta. Yo jamás me había enfrentado a aquella disyuntiva. Héctor era demasiado pequeño. Pero llevaba luchando dos

años por contarle la verdad a través de unos cuentos y ahora sabía que Héctor conocía de algún modo en concreto la realidad. Sabía que yo no era su madre, aunque me había adoptado como tal. Pero había sido un proceso largo. Largo y necesario.

—¿Por qué no pruebas con los cuentos?

Suspiró antes de contestar. Tenía los ojos empañados, pero por su rostro no caía ni una sola lágrima. Mostraba una mezcla de dolor extraño en el rostro e intuía que no todo era debido a la muerte de su madre.

—Hace tiempo que Óscar escucha su propio cuento... Pero esto dificulta las cosas. Son demasiados cambios en muy poco tiempo.

—Martín... la vida tiene estas cosas. Tal vez sea de la única cosa que puedo hablar con conocimiento de causa... te aseguro que no siempre es todo como desearíamos que fuera.

—Ya... Pero Óscar ha tenido, y sigue teniendo, muchos problemas debido a los constantes cambios que ha sufrido en su vida... ¿Por qué ahora?

Me aproximé un poco más a él y recosté mi cabeza sobre su hombro mientras deslizaba los dedos por el suave antebrazo, descubierto por unas mangas que continuaban arremangadas con la misma diligencia con la que lo hacía todo.

—Siento que tengáis que pasar por todo esto. Si hay algo que pueda hacer por vosotros... Lo haré.

Sin embargo, mientras decía aquellas palabras, sentí mareo y terror a la vez. Aquello lo cambiaba todo. Era consciente de que Martín llevaba peleando por la tutela de Óscar desde hacía meses, pero la muerte de Olga convertía aquel trámite en algo inmediato. Era inevitable. Estábamos

hablando de tres niños. De hoy para mañana, me encontraba con la posibilidad de afrontar una nueva vida con tres criaturas a nuestro cargo. De hecho, no era consciente de qué era lo que más me asustaba, si el tener que afrontar una nueva vida tan distinta a la que tal vez hubiera imaginado para mí o bien, dar por sentado que aquello era lo que deseaba, hablando en plural y reconociendo que aquellas dos personas con los ojos color miel ya formaban parte indivisible de mi propia vida.

—Jana, nos estamos pidiendo demasiado. No puedo ofrecerte la vida que tal vez soñabas. Como ves, mi historia no es precisamente un cuento de hadas. Tan solo lograría complicarte la existencia un poco más. No creo que...

Me tensé ante aquellas palabras. ¿Se estaba rindiendo? ¿Acaso me estaba dejando? Me puse en pie y le observé con el corazón luchando por salir despedido de mi pecho. Me iba a volver loca. ¿Acaso no le estaba demostrando que podía contar conmigo?

—Jana, yo... Esto... ahora...

—¡Y una mierda, Martín! No voy a permitir que te rindas, ¿vale? Nos lo debes... ¡Nos lo debes a todos! ¿Crees que yo no siento verdadero pánico? —Me detuve frente a él, me aparté el flequillo de la frente y lancé una mirada hacia el estudio para comprobar que los niños no estaban pendientes de la discusión, justo antes de bajar un poco el tono—. ¿De verdad has pensado durante un jodido momento que yo no estoy asustada? ¡Estamos hablando de tres niños!

Me contemplaba con la mirada perdida. Fuera del modo que fuera, los dos estábamos metidos hasta el cuello en aquella historia y por primera vez en mi vida, no me daba la gana de rendirme y mucho menos, porque él

quisiera hacerlo. Le necesitaba fuerte, y lo necesitaba con urgencia porque perderle supondría perder mi propio norte... y no podía permitirlo. Ahora no.

Volví a fijarme en él y pude percibir algo en su rostro muy distinto a lo que había visto en él durante todo este tiempo que habíamos estado compartiendo y coleccionando momentos. Se estaba perdiendo en su propio infierno particular. Conocía aquellos ojos perdidos, aquella oscuridad, conocía perfectamente aquella expresión. Y también sabía lo que venía a continuación, del mismo modo que sabía que no estaba preparada para poder soportarla.

Un cristalino destello se convirtió en una lágrima, transparente y silenciosa. Cerré los ojos y una vez más, cientos de imágenes de aquella noche en el hospital me atormentaron. Sentí entonces un escalofrío que nacía desde mi pecho, me traspasaba y se expandía a través de mi piel, por mis brazos, por la espalda, por la nuca. Mi garganta se cerraba y dolía, tanto como si alguien quisiera estrangularme con todas sus fuerzas. Sin embargo, no había nadie más a nuestro alrededor, tan solo aquel infierno que nos mantenía a los dos en una especie de limbo contra el que llevábamos luchando demasiado tiempo.

Hay veces que te aferras a la idea de pelear contra el mundo en el que vives; ansías sobrevivir, aprender a llevar el dolor que te invade y que se adueña incluso de tus propios deseos. Sientes temor, tristeza. Es un estado al que no quieres verte abocado y del que nadie te enseña a salir. Buscas la puerta, aquel cartel que indica la vía de escape. ¿Sabéis ese miedo de precipitarse al vacío? Tal vez no. Pero no debe de ser difícil de imaginar. Sería como coger un avión y abrir las compuertas a cinco mil metros de altura. Sientes el viento en la cara y el frío por todo el cuerpo, presión en el pecho y un fuerte temblor en las rodillas. Apenas te queda fuerza para

enfrentarte a los designios de la naturaleza. Miras abajo y todo a tus pies parece difuminado, borroso, lejano. Sientes entonces el mismo miedo de saltar que de no hacerlo. Sientes miedo de lo que eres... y miedo de lo que podrías ser. Entonces, respiras hondo y te das cuenta de que en la vida, en realidad todo tiene esa misma fragilidad.

Me coloqué frente a él y me agaché para que nuestros rostros pudieran quedar a la misma altura. Respiré hondo y llevé mis dedos con delicadeza hacia su barbilla. Alcé el mentón y le obligué a sostenerme la mirada mientras ponía todo mi empeño y fuerzas para que la sonrisa no desapareciera de mis labios.

—No dejaré que te rindas. Y no me importa lo que digas o pienses acerca de mi vida. Es mía y la escojo yo. Y soy yo la que escoge este camino... tal vez con la misma inconsciencia con la que llevo actuando toda mi vida. Me da igual lo que pienses —dije antes de hacer una leve pausa y tomar aire, ahora que sabía que tenía toda su atención puesta en mis palabras—. Decidimos hacer esto juntos. Creo en ti, en tu proyecto, en nosotros... Creo en nosotros, Martín... Y confío en esto. Salga bien o salga mal. No hay garantías. Tú mismo lo dijiste.

—Jana, esto es mucho más serio... No estamos jugando a mamá y a papás en el patio del colegio.

—¿Crees que me lo estoy tomando como un juego?

Sé que le sorprendían mis palabras, pero yo era la primera a la que todo aquello le venía de nuevo. Pero estaba dispuesta a hacerlo y nada ni nadie me detendrían. Me aterró la llegada de Héctor, del mismo modo que me aterraba la llegada del bebé en los próximos meses. Pero le quería a pesar de no haberle visto todavía la carita. Y quería vivir todo aquello junto a Martín.

—Estamos construyendo la casa por el tejado... y todos sabemos que eso nunca puede acabar bien.

—¿Acaso alguien tiene garantía de que todas las decisiones que tomará en la vida acabarán bien?

Nos sumimos en un tenso silencio, cada uno de nosotros poseídos por un pensamiento muy diferente. La prioridad de Martín era Óscar y yo jamás me interpondría entre ellos, igual que no dejé que nadie se interpusiera entre Héctor y yo cuando me comunicaron que estaría a mi cargo a partir de ese momento. Quería ayudarle, igual que él lo había hecho con nosotros. Del modo en que fuera. Pero no iba a permitir que se apartara de nosotros, por muy acostumbrado que estuviera a aquella soledad en la que había crecido, por mucho que la vida se empeñara en ponernos trabas, por mucho que el destino tuviera más golpes escondidos.

—No quiero pedirte esto, Jana. No me lo perdonaría jamás...

—¿Qué es lo que no quieres pedirme? ¿Que sea la madre de tu hijo? ¿No crees que ya vas un poco tarde? Sea lo que sea lo que decidamos, este bebé que llevo dentro es de los dos... y eso no cambiará nunca.

Sentí la tensión de su cuerpo cerca del mío, el dolor de sus pensamientos, el pesar de sus decisiones. De pronto, se levantó de un salto, como si hubiera sido impulsado, y me abrazó con tal fuerza que poco faltó para que cayera de espaldas. El primer impacto me vino por sorpresa, pues para nada esperaba aquella reacción por su parte. Pero luego no pude más que dejarme llevar y respondí a su abrazo con la misma fuerza. Tal vez el destino no había sido nuestro mejor aliado de vida, o tal vez había permitido que nos cruzáramos en este mundo para afrontarlo cogidos de la mano. Jamás lo sabríamos. Pero fuera cual fuese la realidad, me quedaría con esa última.

Sentí el contacto de sus labios sobre mi cuello, dulce, suave, húmedo y salado. Su lágrimas se mezclaron con las mías, silenciosas, acallando miles de gritos y de sufrimiento que cada día pugnábamos por mantener lejos de nuestros recuerdos.

Lo sabíamos todo del otro sin apenas saber quién era la persona que teníamos delante.

De repente, aquella melena morenita que necesitaba un corte de pelo urgente, apareció por la puerta del estudio. Con disimulo, pues yo era la que estaba de frente, le di un toque en la espalda a Martín mientras le susurraba junto al oído que los niños nos estaban observando. No quería que le vieran así, Martín era el fuerte, el apoyo y sustento de aquella familia.

—¿Lloras por Bambi, mami?

Y de nuevo, aquella palabra a la que sabía que jamás me acostumbraría. Nunca pensé que cuatro letras pudieran significar tantísimo. Cuatro letras que lo eran todo. El amor, el dolor, los sueños, el perdón.

Cuatro letras que significaban un mundo.

Un mundo que yo quería para Héctor.

—Sí, mi vida, lloro por Bambi... —contesté tratando de tragarme todas las lágrimas contenidas—. Es una historia triste y a veces, llorar es bueno, ¿sabes?

Corrió hacia mí y no se lo pensó más. Ni siquiera fue consciente de que Óscar casi cayó de bruces contra el suelo, pues estaba agarrado a la parte trasera de su camiseta y el inesperado movimiento de Héctor le vino por sorpresa. Se metió entre Martín y yo y se abrazó con fuerza a mi pierna

mientras yo creía que moriría de amor. Me agaché separándome de Martín, que ya se había recompuesto con grandes esfuerzos, aunque se mantenía de espaldas a los niños, y le envolví entre mis brazos, mientras le llenaba la cabeza de besos. Sin embargo, sentí un pequeño pinchazo en el estómago al sentirme observaba desde la distancia. Alcé la cabeza y me topé con la mirada de Óscar que nos estudiaba, y contemplé su inexpresivo rostro. Aquellos ojos color miel... aquella mirada que pedía a gritos un poco de amor.

—Ven, cariño —dije sin poder evitarlo.

Vi la duda en su rostro, con aquel dedo índice en la boca. De hecho, veía miles de cosas que un niño jamás debería de haberse visto obligado a experimentar. Martín contemplaba la escena a mis espaldas sin decir nada, todavía intentaba recuperarse de lo que durante muchos años había sido su particular condena. La misma que hacía que Óscar le necesitara tanto en su vida.

—Vamos, cielo —le dije de nuevo, con una sonrisa conciliadora.

Al final, tras unos segundos en los que creí que no lo conseguiría, Óscar dio un primer paso. Y luego otro. Y uno más. Todavía tenía un andar torpe, como un niño que hiciera poco que hubiera comenzado a caminar. Todos le esperamos con nervios, con expectación. Aquel era un gran paso para él y para nosotros.

Tal vez jamás me hubiera detenido a pensar lo que un simple abrazo podía significar y ahora que lo hacía, me estremecía con la sola idea de verlo en directo. Un abrazo que contenía anhelos, sueños, esperanza. La entrada a una familia, la capacidad de aprender a dejar atrás...

Se detuvo frente a nosotros sin atreverse a dar el paso definitivo, con

la mirada ahora puesta en sus pies. Abrí uno de los brazos, mientras con el otro sujetaba a Héctor, y le acogí con cariño. Percibí su recelo inicial hasta que Héctor también se animó y le abrazó en un gesto tan tierno que podría derretir un iceberg. Alcé la cabeza con ellos entre mis brazos y contemplé la expresión de Martín, tan entregada a aquella imagen como lo estaba yo.

Con él a mi lado, todo saldría bien.

CAPÍTULO 35

Los días pasaron a una velocidad vertiginosa y todo se volvió acelerado, demasiado precipitado, quizás.

El funeral de Olga fue íntimo, pues tan solo acudimos unas diez personas. Allí pude conocer a los padres de Martín. Los señores Saavedra me recibieron con cariño entre sus brazos y al instante supe de dónde había sacado Martín todos los rasgos positivos que tenía. Era la viva imagen de la tranquilidad de su madre y el aplomo y entereza de su padre. Un porte majestuoso que imponía respeto y cariño a partes iguales. Me sentí cómoda con ellos, a pesar de que las circunstancias tal vez no fueran las más indicadas.

El repentino fallecimiento de Olga supuso un gran avance en la tutela de Óscar ya que al ser Martín el familiar directo más cercano y tras comprobar su impecable historial y certificar que había solicitado su tutela en ocasiones anteriores, le fue otorgada de forma preventiva hasta que un juez se ratificara definitivamente en la decisión. Sin embargo, los abogados de Martín no temían por la decisión y le aseguraron que esta no sería revocada en un noventa y nueve por ciento de posibilidades.

Martín estaba radiante y Óscar se había convertido en su pequeño delirio, aunque en ningún momento volvió a perder el norte de vista. Sin embargo, los pasos que dábamos eran equiparables al de una hormiga para alterar lo más mínimo la tranquilidad de los niños. No obstante, ver a los

señores Saavedra derretirse en carantoñas con Óscar era suficiente. A pesar de que en realidad no lo era, Óscar pasó a convertirse en su primer nieto de algún modo y como tal, lo adoptaron con el mismo amor que habían profesado siempre por Martín mientras que el niño, agradecido por todo aquel cariño, se dejaba hacer.

Aquel día fue intenso, pues mis padres decidieron esperar fuera con Héctor y Óscar, que no tenían por qué contemplar la ceremonia. Así pues, en un mismo día, mis padres conocieron a los de Martín, al mismo tiempo que yo también lo hacía. Así era la vida, ¿no? Algunas personas montaban una cena especial tras meses y meses de largo noviazgo para que los respectivos padres pudieran conocerse y a nosotros, nos había tocado hacerlo en una ceremonia a la que todos hubiéramos preferido no tener que ir. Pero deseábamos acompañar a Martín en un momento tan delicado, y aquel era el único lugar en el que debíamos estar.

A pesar de lo extraño de la situación, no obstante, en ningún momento pensamos en nada más allá. No había incomodidad, recelo, ni temblores adolescentes. Tan solo quedaba la realidad.

Los días siguientes fueron todavía más agitados y extraños. Pasábamos muchas horas juntos, hasta el punto en el que empecé a conocer todos los rincones de aquel apartamento en el que empezamos a sumar anécdotas a nuestro álbum personal. Cuando Martín me pidió que diseñara una habitación para Óscar, en la que Héctor también estuviera incluido, temblé de emoción, lloré y sonreí. Todo a la vez. Una petición sencilla pero que escondía demasiadas cosas tras ella.

Tardamos casi tres semanas en tenerla totalmente terminada, pero quedó fabulosa. Si la habitación de Héctor parecía un bosque de hadas, la de Óscar contenía un pequeño océano. Nos decantamos por ello después de una visita al acuario, donde los niños alucinaron con todos los peces, los tiburones y las estrellas de mar. Su dormitorio era grande, por lo que instalamos en él una litera ya que las posibilidades de que Héctor y yo nos quedáramos a pasar la noche en esa casa eran cada día mayores. Fue una decisión que contemplamos los dos y sobre la que no tuvimos ninguna duda. Además, aquella conexión que habían establecido entre ellos crecía cada día que pasaba y nosotros no podíamos más que ayudarles y facilitar que aquello no desapareciera. Óscar imitaba a Héctor en todo lo que hacía, le observaba embobado y le seguía como si fuera su sombra a todas partes. Y Héctor... mi príncipe daba pasos agigantados cada día que pasaba.

Vivimos también la segunda ecografía con muchísimos más nervios que la anterior. Todavía recordaba la primera vez que entramos en aquella diminuta estancia. El doctor que llevaría mi embarazo, tras algunas preguntas, bajó la intensidad de la luz y puso aquel aparatito sobre mi vientre. Temblamos juntos, cogidos de la mano, y no pudimos evitar derramar un par de lágrimas silenciosas al observar por primera vez la imagen de nuestro bebé en la pantalla y escuchar por primera vez su latido. Sin embargo, aquella segunda vez fue totalmente diferente. Nos sentíamos mucho más unidos y nuestros corazones ahora llevaban tiempo latiendo a un mismo compás. Llevábamos días discutiendo sobre colores, vestiditos, cunas y cualquier cosa que se nos pasara por la mente, siempre con una sonrisa. Estábamos extasiados por descubrir cuál era el sexo de nuestro bebé. Así pues, cuando nos confirmaron que llevaba dentro a la pequeña Sofía, sin poder evitarlo, lloramos eufóricos de emoción. Ella se convertiría en el contrapunto perfecto

para aquellos dos hombretones que teníamos en casa y que cada día, nos enamoraban un poco más.

Por otro lado, hacía tan solo un par de días que mis padres escucharon la voz de Héctor por primera vez y todavía temblaba solo de pensarlo. Fue sin querer, tal y como solo suceden las mejores cosas de la vida. Héctor estaba distraído en el sofá viendo unos dibujos animados, metido de lleno en el capítulo mientras nosotros terminábamos de comer. De pronto, uno de los muñequitos se cayó y el niño explotó en una sonora carcajada.

—Mami, ¡mira! —exclamó mientras un círculo de estrellitas rodeaba la cabeza del personaje en cuestión.

Mis padres, que me acompañaban en la mesa en ese momento, me miraron atónitos y luego hicieron lo mismo con él. Hacía días que les había contado la verdad, así como también les había advertido de que actuaran con total normalidad cuando llegara el momento. Pero fue tan inesperado que incluso yo me sorprendí. Sin embargo, que hubiera sido de aquel modo facilitó mucho las cosas, pues Héctor continuaba ajeno a todo con los dibujos mientras mis padres hacían esfuerzos demoledores para contener las lágrimas. Sin ser consciente de tal hecho, había acabado con el último de los obstáculos más resistentes con los que había protegido hasta ahora su pequeño mundo.

Los días pasaban y las semanas desaparecían del calendario mientras que Martín y yo nos concedíamos un pequeño espacio del que solo éramos

testigos los dos. Era algo que nos pertenecía a nosotros y que todavía no queríamos compartir con nadie más. Aquella habitación se convirtió en el escenario de caricias furtivas, de besos entregados junto a silenciosas promesas. En aquella habitación nos dedicamos a conocernos mejor, a hablar, a descubrir los secretos del otro. Iniciamos la preparación cuando terminamos con la de Óscar y a esta le dedicamos un mimo especial y diferente. Las paredes eran rosas y estaba decorada como la habitación de una verdadera princesa. Absolutamente todo lo montamos nosotros y salió de nuestro esfuerzo. Ninguno avanzaba sin la presencia del otro. Esperábamos ansiosos que llegara la salida del trabajo para ponernos manos a la obra, y ahora, ya la teníamos preparada para la llegada de Sofía. Nuestro pequeño secreto.

No había sido fácil. Martín y yo habíamos tomado la decisión de continuar viviendo por ahora cada uno en su respectivo apartamento. A pesar de la euforia que caracterizaba cualquier inicio de una relación, pues no éramos distintos al resto de los mortales, había dos niños que necesitaban que todo se hiciera como era debido. Por ellos y por nosotros también. Precipitar los acontecimientos no iba a dar buenos resultados y todos necesitábamos volcarnos verdaderamente en aquellas dos personitas tan importantes. Así pues, mientras manteníamos nuestra independencia, el proceso siguió un curso más natural y Héctor y yo nos quedábamos a dormir en casa de Martín cuando nos apetecía, a pesar de que las visitas se tornaron cada vez más frecuentes.

Óscar empezó a ganar peso y nos esforzábamos a diario para que mejorara en sus habilidades motrices. Había mucho trabajo pendiente, años de desarrollo de los que nadie se había ocupado y que ahora necesitaban de

una atención muy delicada. Como el hecho de que aún no pudiéramos quitarle el pañal por las noches o que hubiera sustituido el dedo por un chupete a la hora de dormir. Pero avanzaba bien y cada vez era más fácil conseguir robarle una sonrisa.

Héctor, por su parte, cada día nos sorprendía con algo nuevo. Habíamos logrado que pudiera subir al coche sin que se pusiera a temblar y a sudar en silencio, pero jamás se separaba de sus gafas de aviador. Le ayudaban a sentirse tranquilo y verle así lo valía todo. Cada vez hablaba con mayor naturalidad, pero Martín todavía continuaba tratándole a solas tres veces por semana en el colegio, con esmero y mucha dedicación. Estaba casi seguro de que Héctor poseía Altas Capacidades y trataba de comprobarlo cada día, poniéndole un nuevo reto que él solía superar sin apenas dificultades. Su capacidad de comprensión era muy superior a la de sus compañeros y tal vez aquello estuviera facilitando las cosas en gran medida. Sin embargo, el diagnóstico definitivo podía tardar años en llegar a ser conclusivo.

Tras hablar con el centro, Martín logró una plaza para Óscar en el mismo colegio. Todos entendieron la procedencia de que continuara tratando el caso del pequeño de cerca y que así debía ser por la delicadeza de la propia situación. Sin embargo, debido a sus dificultades en el aprendizaje y las carencias con las que había crecido, le asignaron plaza en un curso inferior al que le pertenecía por edad, por lo que pasó a estar en el mismo curso que Héctor, aunque por diligencia, les pusieron a cada uno en una clase para que no se estableciera entre ellos una fuerte relación de dependencia que pudiera dificultar todo el trabajo que llevaban realizando hasta ahora.

A pesar de todo lo que habíamos vivido, aquel era un día muy

especial para los dos. Sin perjuicio de todo el trabajo que nos había llevado unir nuestras vidas y acoplarlas sin que eso supusiera un gran cambio para todos, en ningún momento habíamos perdido de vista el proyecto de Martín. Los primeros días tras el fallecimiento de Olga fueron confusos y el proyecto pasó a un segundo plano. Sin embargo, cada vez que veíamos lo bien que reaccionaban los dos niños cuando sus propios cuentos les ayudaban a formular aquellas preguntas que su edad todavía no les permitía conocer, teníamos más claro que debíamos continuar luchando por aquello.

Sin darnos cuenta de cómo había sucedido, volví a dibujar. Mi mano comenzaba a trazar líneas y figuras sin ser consciente de ello y de forma cada vez más continua. Hacía casi tres años que había dejado de hacerlo y de golpe, mis dedos me pedían perderse con las posibilidades que me otorgaba un folio en blanco. Fue de aquel modo como me descubrí a mí misma ilustrando todas las páginas que Martín había creado con el cuento que un día yo dejé a medias.

Esos dos últimos meses apenas pasaba por el taller más que para atender a las ventas. Había paralizado la restauración de muebles de forma temporal, pues el embarazo ya estaba muy avanzado y ambos concluimos que había llegado el momento de centrarme únicamente en mí y en el bebé. Teníamos ahorros para cubrir aquellos meses y Martín había insistido en ayudar para que no nos faltara de nada. Fue así como comencé a pasar horas y horas entre páginas, folios, colores y acuarelas. Pintaba casi sin descanso mientras los tres estaban en el colegio.

Minerva pasaba algunas mañanas para traerme el desayuno, pero sus apariciones eran rápidas y esporádicas, por lo que invertía todo el tiempo en ilustrar todos los cuentos que Martín había ido escribiendo.

Sumaban en total una colección de treinta historias en las que intentó

englobar el máximo de situaciones posibles por las que un niño hubiera quedado huérfano. *Un mundo para Héctor* se convirtió así en un proyecto distinto e innovador en el que Héctor, un pequeño niño de melena revuelta y ojos almendrados, ayudaba en cada historia a un niño diferente. Él les enseñaba a despertar de aquel trance al que la realidad les había empujado. Les daba la mano, les sonreía y les ayudaba a comprender que no estaban solos, aunque ahora tenían que ser fuertes y valientes.

La primera vez que le enseñé los bocetos a Martín temí su reacción. No quería entorpecer ni tampoco entrometerme más de lo debido en su proyecto, tan solo quería que los viera. Recuerdo que el día que lo hice, estaba sentado en el sillón repasando unos dossiers del colegio. Me acerqué por detrás y le tendí una taza con un té aromático de canela —había descubierto recientemente que aquella era una de sus mayores debilidades y aprovechaba cualquier momento para prepararle uno—.

—¿Estás muy ocupado? —pregunté, sosteniendo la taza frente a sus ojos.

—Hola, cariño —sonrió ante el ofrecimiento, erizándose la piel como lo hacía cada vez que utilizaba alguno de aquellos apelativos—. Un poco, pero nada serio. Dime.

—Me gustaría enseñarte algo en lo que llevo días trabajando...

—Jana, te dije que te olvidaras del taller durante unos meses... tienes que cuidarte...

—Shhhh —le corté sin borrar la sonrisa de mis labios, manteniendo la carpeta escondida a mi espalda—. No es nada del taller. ¿Puedo robarte un par de minutos?

—Claro.

Recogió los documentos y los dejó sobre la mesa, haciéndome un hueco en el sofá, justo a su lado. Me senté con cuidado, pues cada vez me costaba más hacerlo con aquella barriga que parecía crecer por momentos y le entregué la carpeta con los nervios a flor de piel—. Ábrela. Pero no te sientas obligado a nada, ¿vale?

—De acuerdo.

Le vi incorporarse sin levantarse del sofá. Como siempre, llevaba la camisa impoluta con las mangas subidas y los antebrazos descubiertos. La corbata la había dejado en el dormitorio, junto con la americana. La cinturilla del pantalón se amoldaba a la perfección a su cuerpo y sus músculos se intuían por la espalda a través de la tela. Hacía días que tenía las hormonas revolucionadas y cada vez que le miraba parecía que estas se pusieran en guardia, danzando bailarinas por todo mi cuerpo, alborotándolo y produciéndome unos sofocos que cada vez me costaba más disimular. Me pasé una mano por la frente y me obligué a pensar en otras cosas mientras mi cuerpo pedía a gritos un nuevo asalto como el de esa misma mañana... o como el de anoche.

Me fijé en su expresión y traté de apreciar cualquier cambio en ella. Pero nada sucedió. Supe entonces que me había equivocado, que aquello era una tontería, una chiquillada más... Con el tiempo que Martín llevaba trabajando en aquello y yo, dedicándome a hacer dibujitos en una libreta.

—No te preocupes... estaba aburrida. No es necesario que te molestes.

—¿Acaso alguna vez valoras tu trabajo?

—¡Oye! ¿A qué viene eso? —respondí con indignación.

—Eh, frena. Jana, estos dibujos son increíbles. ¿Por qué has pensado

lo contrario en algún momento?

—Porque... yo... déjalo, no lo entenderías.

Me miró con aquellos ojos que ahora conocía de memoria. Conocía todas sus manchitas, su iluminación, su forma de decirme que estaba excitado o la manera de alargarse que tenían cuando se sentía feliz. Si tuviera que escoger una imagen antes de despedirme de este mundo, esa sin duda sería una de las finalistas.

—Jana, me gustan. Me encantan. Creo que son justamente lo que necesitan los cuentos. ¿Por qué no me dijiste que dibujabas tan bien? Te lo hubiera propuesto desde el principio...

Me observaba con una especie de fascinación en el rostro que me abrumaba un poco, pero me sentía radiante al saber que de algún modo, al final yo también podría ser parte real de aquel proyecto, aportando lo único que realmente me hacía feliz.

—Hacía tres años que no cogía un lápiz... Pero siempre me ha encantado dibujar... Creo que es lo único que Héctor ha sacado de mis genes. ¿De veras crees que son buenos?

—Son perfectos, Jana. Son diferentes... especiales. Se intuye en ellos el cariño que desprenden los niños. No hubiera imaginado algo tan bueno para los libros. Gracias. Gracias por todo lo que estás haciendo por todo esto. Gracias por crear *Un mundo para Héctor* cuando ni siquiera eras consciente de ello.

Sonreí emocionada. Sentí que se me difuminaba la mirada y que se humedecían mis ojos. Por fin estaba casi listo. Sus manos se posaron en mis mejillas y se me tensó el cuerpo entero. Jamás había visto unas manos tan bonitas, tan varoniles, definidas... ¡Dichosas hormonas! Sus labios se

posaron en los míos y busqué en ellos aquel beso capaz de provocar que me olvidara de todo lo que había a mi alrededor.

El timbre sonó, cortando aquel momento tan íntimo. Martín me lanzó una última mirada y alzó una ceja divertido, consciente de que acababa de esfumarse la posibilidad de acabar en la cama de un momento a otro. Eran las nueve de la noche y no esperábamos visita, por lo que mi cuerpo, inconscientemente, se puso en tensión.

—Hola, tortolitos —escuché la voz de Minerva a través de la puerta—. ¿Molesto?

—Adelante, Jana está en el salón.

—Lo daba por sentado —añadió graciosa después de darle un par de besos a Martín—. Hola, gorda —dijo esta vez en mi dirección—. Sentaos, tengo algo que contaros.

Divertidos por su habitual teatralidad, nos colocamos los dos en el sofá y ella se sentó al borde de la mesilla que quedaba justo frente a nosotros. Sacó del bolso el iPad, buscó algo en él y lo tendió frente a nuestros rostros.

—Aquí tenéis la solución a vuestros problemas. No necesitáis a ningún inversor que financie el proyecto ni tampoco gastaros el dinero del premio del concurso que, por otro lado, tanto necesitaréis para la llegada de mi sobri —añadió lanzando una mirada cargada de ilusión a mi redonda barriga—. Si queréis, podemos crear una campaña de *crowdfunding* asociada con colegios e instituciones educativas para presentar el proyecto y que sea la gente la que os apoye. De este modo, aparte de ayudar a todos esos niños, también estaréis obligando a que se haga un acto de consciencia social. Os explico —dijo antes de dar un par de toques a la pantalla para cambiar la imagen—. Podemos hacer publicidad por colegios, por ejemplo, presentar el

proyecto y que sean estos los que os ayuden a recaudar fondos a través de actos o eventos de los alumnos. A cambio, podéis ofrecer la entrega de una colección por colegio para que ellos puedan tenerla disponible en sus propias bibliotecas por si en algún momento, se encontraran con casos de riesgo de algún alumno. ¿Qué os parece? —continuó mientras seguía deslizando el dedo por la pantalla y nos mostraba algunas exitosas campañas que habían tenido éxito gracias a una publicidad como aquella—. Luego, con lo que recaudéis, podéis financiar la colección para los centros a los que se los queréis regalar.

—Pero, ¿cómo daríamos a conocer el proyecto entre la población?

—Cariño, me dedico a ello. La publicidad dejadla en mis manos, ya tenéis suficiente con lo vuestro —añadió con un guiño de ojo.

—Pero, entonces, ¿propones que nos ocupemos de todo nosotros mismos? —preguntó esta vez Martín, ciertamente extrañado.

—Cariño, la autogestión es el futuro. Tan solo tenéis que maquetar el libro, yo conozco algunos programas para hacerlo. Según lo que me dijisteis, cada libro puede ir personalizado con un nombre, pero la historia siempre es la misma, ¿no? O sea, treinta cuentos diferentes, me refiero, que nunca modifican nada más que el nombre y sexo del protagonista, ¿verdad?

Los dos asentimos con un gesto de cabeza.

—Bien, una vez maquetado, tan solo tendríais que ocuparos de encontrar una imprenta que os lo hiciera a buen precio y cada vez que tengáis que hacer una entrega, introducís los cambios en el archivo y lo enviáis. Sin intermediarios y sin beneficios para nadie. No os interesa que nadie os cobre por llevar a cabo un proyecto benéfico. Martín —dijo ahora dirigiéndose concretamente a él—, sé que haces esto porque lo deseas con toda tu alma y

crees en él. Es tu trabajo, no dejes que nadie lo convierta en un proyecto comercial y pierda su esencia. Cada cuento es especial porque es único. Hagamos que *Un mundo para Héctor* sea lo que llevas tiempo soñando que fuera.

Pude distinguir la ilusión en su rostro. Fue un destello momentáneo en sus ojos pero lo capté a la perfección. Creía en el proyecto y llevaba tiempo peleándose con editoriales que querían modificar su idea. Había recibido ofertas de muchas colecciones infantiles pero ninguna le convencía. Él creía en aquel mundo, en los niños, en la ayuda que necesitaban y en la magia y el poder de un cuento. Aquel era su proyecto, su idea.

Aquella era su propia historia, camuflada en los ojos de Héctor; un niño valiente envuelto por un mundo que no entendía su silencio.

Un pequeño héroe de melena revuelta y ojos almendrados, que le había mostrado su propia vía de escape.

Le contemplaba extasiada, enamorada hasta el mismísimo tuétano de aquella mirada capaz de detener mi propio mundo. Giró la cabeza hacia mí y nuestros ojos se encontraron de frente. Sentí que estallaba. Lo teníamos todo en nuestras manos. Veía en sus ojos todos y cada uno de sus sentimientos pasar desfilando por su mente, un recuerdo tras otro.

Nadie que no hubiera vivido una infancia como la suya, como la de Óscar, o como la de todos aquellos niños que habían perdido a sus padres sin tener apenas tiempo de descubrir ni siquiera quiénes eran en realidad, tenía derecho a decidir sobre aquel proyecto. Martín debía tener la última palabra.

La emoción se percibía en el ambiente. Las dos esperábamos su opinión con una sonrisa contenida y los ojos cristalinos. Minerva tenía los

labios apretados y yo sentía que los puños se me habían quedado blancos de hacer fuerza. No podía más. Sabía que aquella era la mejor opción.

Nos miró, primero a ella y luego a mí. Y cuando lo hizo, sentí miles de estrellas, mariposas, libélulas y caballitos de mar brincando en mi estómago. Iba a aceptar. Íbamos a hacerlo y ya no pude contenerme más.

Me abalancé a sus brazos y me recibió con ilusión y nervios a la vez.

—¿Confías en esto? —preguntó a la altura de mi oído con una voz ronca capaz de anularme el sentido.

—Confío en el profesional que llevas dentro y creo en el Martín que conozco. Si tú crees en ti, yo te seguiré y caminaré de tu mano.

Nuestros ojos se cruzaron por última vez y cuando ya no creía que pudiera soportarlo más, alzó una mano, la interpuso entre los dos y dejó únicamente levantado el dedo meñique.

Tragué y sentí que iba a desmayarme de un momento a otro si mi corazón continuaba latiendo a esa velocidad descarriada. Me pasé una mano por el pelo, me re Coloqué aquellas gafas blancas que siempre me acompañaban y con la más sincera de mis sonrisas, alcé el dedo y lo entrelacé con el suyo.

Sellamos de aquella manera la promesa más importante de nuestra vida, un pacto de ayuda mutua, de comprensión, de empatía y sobre todo, de amor.

Porque a pesar de todas las vueltas que nos tuviera preparado el destino, teníamos toda una vida por delante. Miles de emociones que descubrir, miles de sentimientos que experimentar, miles de sonrisas que regalar. ¿Acaso había algo mejor que hacerlo rodeada de las personas a las

que más querías?

A lo largo de nuestra vida, tenemos tiempo suficiente para descubrir muchas cosas. Nos da tiempo a trabajar, a reír y a llorar, a soñar despiertos y también dormidos. Porque al final, Martín tenía razón. Todos tenemos nuestro propio mundo. Aquel al que nos sumergimos cuando queremos desaparecer y el que nos rescataba cuando creemos desfallecer. Pero encontrarle un sentido a ese mundo no había sido fácil y ahora, el mío estaba completo. Con él. Con ellos.

Mis hijos.

Mi vida.

Mi familia.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quizás algún día logre acostumbrarme a la sensación de terminar una novela y desprenderme de ella sin padecer miles de emociones a la vez; siempre lo digo, aunque dudo realmente que en algún momento suceda. Dejo en estas páginas una historia dura, de superación, de vidas truncadas, de sueños rotos pero sobre todo, una historia cargada de esperanza, de silencios que merecen ser contados.

Me ha llevado dos años terminarla. He vibrado con Jana, Héctor y Martín. He llorado, he reído, he dado tumbos y me he perdido sin saber cómo llegar a su fin. Me he emocionado con ellos y he descubierto que los límites, muchas veces nos los imponemos nosotros. Por eso mismo, quiero dedicar esta novela a todos los que alguna vez se han sentido igual de perdidos en el mundo, a los que han descubierto la forma de florecer, de abrir las alas de nuevo y alzar el vuelo. En realidad, si nos lo proponemos, somos imparables.

Todos tenemos un mundo particular y el mío, está lleno de personas a las que quiero muchísimo y sin las cuales, nada tendría sentido. Por supuesto, todo esto se lo debo a ellos. Gracias “mama” y “papa” por convertirme en lo que hoy soy y gracias a mi marido por mantenerme al pie del cañón, sin permitir que desaparezca la esencia de mis sueños. Gracias a toda mi familia, por estar siempre a mi lado.

Se lo dedico a Sheila, por estar siempre ahí para todo y ante todo; a Marta, una vez más, por crear tan maravillosa portada y a Maite, por el gran

trabajo que haces como lectora y por compartir un sueño tan bonito conmigo. Llegarás lejos, lo sé, y espero estar ahí para verlo.

Gracias a todas y todos los lectores que hacéis que esto tenga sentido cada día, a los que me seguís siempre, a los que me apoyáis y permitís que escribir continúe teniendo sentido. Y también, quiero dar las gracias a todos los que me habéis ayudado a documentarme para poder escribir esta historia.

Y por último, quiero hacer especial mención a todas aquellas personas que me han enseñado que debemos ser fuertes siempre. A todos los que habéis rozado el mismísimo infierno para luego renacer, a los que alguna vez se han rendido y al final se han vuelto a levantar, a todos los que han reunido todas sus fuerzas cuando creían que no lo lograrían jamás. Gracias a todos los que demostráis el verdadero significado del amor, de la valentía, de la esperanza, de la familia, de la entrega y de la vida.

Todos llevamos a un pequeño Héctor en el interior y a veces, necesitamos escuchar su silencio.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA.

QUIERO QUE CONOZCAS A ALGUIEN.

Narrativa Contemporánea. Misterio. Familiar.

Premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014.

Premio púrpura a la mejor autora revelación en romántica adulta 2014.

DÉJAME SABER QUIÉN ERES.

Narrativa Contemporánea. Misterio. Romance.

EL ESPEJO DE #COOKIECRUZ.

Comedia Romántica. Chick-lit.

UN MUNDO PARA HÉCTOR I.

Narrativa Contemporánea. Drama. Familiar. Misterio.

